



**DON DIEGO  
PORTALES**

# D O N   D I E G O P O R T A L E S

por Magdalena Petit

Ciertas figuras históricas parecen no agotarse nunca bajo la pluma de historiadores, de novelistas y poetas. Es tan grande su contenido humano, tal la trascendencia de su obra en el destino de la nación que les vió nacer, tal la ejemplaridad de sus actos o de su aceptación de la muerte, que parece que el misterio que ellos encierran no termina nunca de ser plenamente revelado.

Entre estas figuras quizá ninguna, en la historia de nuestra patria, alcance la nota de influencia, riqueza humana y sobria ejemplaridad que la de Diego Portales. Conductor del destino político de Chile, aglutinador de las dispersas fuerzas de la sociedad que se destruían en estériles luchas, representante típico de la mentalidad chilena, Portales encarna al hombre de su siglo, con sus cualidades firmes y sus defectos casi siempre simpáticos.

Figura para el historiador, inspiración para el poeta, personaje para el novelista, Portales ha despertado en nuestra literatura páginas encendidas de admiración y de repudio. No es el antiguo estancadero un ser ante el cual se puede permanecer indiferente: un creador de un destino para una nación incita a continuar por el camino que él trazara o a negar su obra. El término medio es desconocido.

El carácter novelesco de Diego Portales en su aspecto humano, apenas soslayado por la historia cuando no ha querido recargar con tintas sombrías algunos episodios de su existencia para arrojarlos sobre la obra del estadista, permite a una imaginación creadora como la de Magdalena Petit, apoyada en los testimonios documentales, crear el ambiente, traerlo del pasado y comunicarle la misma vida que se da al biografiado. Sencilla, limpia en su estilo y en su concepción es esta vida de Diego Portales: enseña, deleita, transmite un vivo destello de lo que fué para Chile la obra del gran Ministro. Pocos volúmenes podrán mostrar esa calidad de valor de estilo y de valor de fondo como esta biografía novelada de Magdalena Petit.

MAGDALENA PETIT

DON DIEGO

---

PORTALES

---

COLECCION BIOGRAFIAS

DIRECTOR ROQUE ESTEBAN SCARPA

Es propiedad - Inscrip-  
ción Editorial N.º 11.802  
Copyright by Empresa  
Editora Zig-Zag, S. A.  
Santiago de Chile  
1948

EMPRESA EDITORA ZIG - ZAG, S. A.

SANTIAGO DE CHILE, 1948

M A G D A L E N A P E T I T

P R E M I O M U N I C I P A L 1 9 3 7

# DON DIEGO PORTALES

*(EL HOMBRE SIN CONCUPISCENCIA)*

B I O G R A F I A

N O V E L A D A



Z I G — Z A G

# OBRAS DE MAGDALENA PETIT

LA QUINTRALA (novela) *Premio La Nación*. Reeditada por Zig-Zag en 1947.

LOS PINCHEIRA (novela histórico-policial). Agotada. (En prensa, reeditada por Zig-Zag).

CALEUCHE (novela folklórica de Chiloé). *Premio Municipal 1946*.

LA QUINTRALA (drama en cinco actos). Agotado. (Representada por la compañía Herrero-Serrador en 1937).

KIMERALAND (fantasía teatral en un prólogo y cinco cuadros), revista *Escelsior* N.º 25.

CALEUCHE (drama en un prólogo, dos actos y un epílogo) (inédito). *Premio único* en el Concurso del Teatro Municipal Condond'Evieri, 1941.

UN AUTOR EN BUSCA DE REPRESENTACION (comedia en un acto). Revista *Atenea* N.º 133.

*Teatro Infantil*: Pulgarcito, El cumpleaños de Rosita, El desencantamiento de los Juguetes: Ediciones Zig-Zag, 1937. Agotados.

*Cuentos*: Rosa Manheim (revista *Nosotros* N.º 239). Una nariz tesonera (revista *Lecturas* N.º 5). Fidelidad, cuento poemático, (*Atenea* N.º 87). Tormenta, cuento poemático, (*Atenea* N.º 101).

*Artículos de crítica*: Del arte en la crítica (estudio sobre *Alone*), (*Atenea* N.º 106). *Pablo Neruda*, (*Atenea* N.º 99). El estilo y la composición en la obra de Proust, (*Atenea* N.º 62). Proust y Alexandre Arnoux, (*Atenea* N.º 64). La psicología en la obra de Proust y Dostoiewski, (*Atenea* N.º 95). Proust snob y servil, (revista *Nosotros*, N.º 282) y en francés en «*Les Cahiers du Sud*».

*A*

MI PADRE

P R O L O G O

## PROLOGO

*T*odo genio, si ha tenido la oportunidad necesaria para demostrarse tal, queda por este hecho inmortalizado, cualquiera que sea el campo en que señale esta superioridad, sobre los demás hombres.

Todo héroe —especie de genio de la valentía— es aún mayormente glorificado por estar más al alcance de la comprensión de todos.

Pero tanto entre los héroes como entre los genios, existen sin duda glorias más ruidosas unas que otras; y también depende este brillo de ser más accesible a la masa lo que se condense en vistosos hechos.

Sin embargo, si hemos de creerle a Federico Nietzsche, “los verdaderos valores giran en la sombra, giran silenciosamente”.

Y más silenciosamente aun gira su memoria, cuando la aplasta “el peso de la noche” y “el pago de Chile”, cual es el caso para don Diego Portales. En efecto, la celebración del centenario de su muerte, el 6 de junio de 1937, fué sencillamente una vergüenza para nuestra Nación: un discursito, una coronita al pie de la estatua —que por algo se puso frente a la Moneda cuando fué erigida—: eso, apenas eso, para agradecerle al Mártir de Quillota y El Barón, al Primer Estadista de América; al mejor Patriota de toda nuestra Historia, al Hombre sin Concupiscencia, modelo para cualquier hombre de cualquier tierra; al que forjó, sacándola del caos revolucionario en que se debatían los países sudamericanos y señalándola destacadamente ante el ojo extranjero, una República democrática que fué ejemplo de buen gobierno durante medio siglo.

Parece increíble que no se aprovechara la fecha del centenario de la muerte de Portales levantándole el monumento que se le debe, para depositar dignamente al fin la urna que encierra su corazón y que ha sido relegada a un rincón obscuro de la sacristía de la iglesia del Espíritu Santo en Valparaíso. Ahí yace, abandonado, ese corazón que fué limpio, fuerte, abnegado, generoso, grande entre todos, y que debiera ser expuesto como símbolo y ejemplo ante el pueblo chileno. Cuando bendijo la columna de mármol que sostiene la urna, el Obispo don Ramón Angel Jara, se expresó como sigue: "Todos los pueblos, entre otros los Espartanos, han considerado el corazón como la reliquia más preciada, y por eso, mientras abandonaban en los campos de batalla los huesos de sus guerreros, buscaban ansiosamente sus corazones para guardarlos con respetuoso cariño en el altar de la patria; porque en el corazón es donde anidan los más generosos sentimientos, las más nobles aspiraciones; y así como Cristo ofrecía el suyo a los hombres, así Portales dejó su corazón a los chilenos, y muy en especial a la ciudad de Valparaíso, como el símbolo del sacrificio, de la abnegación y del heroísmo".

De este modo lo había comprendido un humilde porteño, el jardinero del cementerio N.º 1 donde se hallaba la urna que guardaba, antes del terremoto de 1906, el corazón de Portales. No podemos dejar en olvido el nombre de Bernardino Castro, la persona que nos ha conservado tan preciosa reliquia, y reproducimos con satisfacción y agradecimiento las palabras del señor Roberto Hernández (pág. 320 del Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N.º 8, Año IV, 1937), que nos dan a conocer el hecho:

"Castro —dice el señor Hernández que lo conoció— se detenía diariamente con inmenso respeto ante aquel corazón misterioso que se guardaba en una redoma de vidrio, corazón que había palpitado un tiempo —en los años de la organización de la República— al impulso de los más puros y nobles sentimientos en favor de la patria y del pueblo. El jardinero tenía reverencia por la reliquia de Portales y le ofrendaba algunas flores de las que se cultivan enire los prados de las tumbas. Cuando sobrevino el terremoto y pasados los primeros momentos de estupor Castro pudo ver las ruinas del cementerio iluminadas de lejos por el resplandor de multitud de incendios. Entonces, sin saber cómo ni por qué, le vino a la mente la idea de la reliquia. ¿Qué habría sido del corazón de don Diego Portales, guardado con tanta solicitud en la redoma de vidrio? El jardinero se olvidó de todo lo demás, y armado de una linterna y de una pala avanzó penosamente por las callejuelas del cementerio que cuidaba, obstruido por los escombros de tantos momumentos. Quiso que sus compañeros

—los dos sepultureros— le ayudaran en el propósito que tenía, pero éstos se habían ido lejos, espantados del cataclismo. A Bernardino Castro no le fué posible aguardar ayuda de nadie en momentos tan críticos para la ciudad entera. Cualquiera también lo hubiera tenido por loco al verlo interesado en salvar el corazón de Portales que había dejado de latir en 1837, existiendo en esos momentos tantos otros casos de mayor apuro. Entre tantos y confusos montones de mármoles, pilastras y capiteles destrozados, junto con cadáveres que habían salido de su encierro, el intrépido sepulturero tropezó con un precipicio recién abierto que le hizo abandonar su tarea para el día siguiente. Así pues desde las primeras horas de la mañana, obrando siempre él por inspiración propia, reanudó su tarea arduosamente como un minero que busca la codiciada veta. El mausoleo de Portales había rodado desde su base. Por fin a las 9 de la mañana del 17 de agosto de 1906 Bernardino Castro halló entre la tierra y los ladrillos y las piedras la reliquia que tantas veces había contemplado emocionado, y horas después pudo entregarla al inspector del Cementerio N.º 1 don Abel R. del Canto. De allí la tomó, con todo género de precauciones, el administrador y gerente del Banco Edwards en ese entonces, don Ricardo H. de Ferrari. De esta manera se recuperó el histórico corazón, quedando guardado en un copón de plata, que fué colocado mientras tanto en una caja de seguridad de la bóveda del Banco Edwards”.

Nos parece que, a imitación de este rasgo de Bernardino Castro, debiera nuestro pueblo urgar entre los escombros de los terremotos políticos y tras los dinteles y columnas fascistas y comunistas que yacen por el suelo, salvar ese corazón verdaderamente democrático que gira en la sombra silenciosamente.

Esta biografía novelada que ofrecimos en su primera edición el año 1937 como una manifestación de nuestro aporte para salvar del peso de la noche la memoria del que debiera brillar como sol esplendoroso en el cielo histórico de Chile, esperamos ahora en su nueva edición que contribuya realmente a difundir la verdadera personalidad de don Diego Portales, que tantos intereses políticos encontrados se han empeñado en deformatar. Podemos certificar a nuestros lectores que pusimos el mayor cuidado en presentar a Portales por sí mismo, y que sus palabras y sus actos aquí reproducidos son las palabras y los actos que cualquiera podrá encontrar en su propio epistolario y en los hechos históricos.

LA AUTORA.

**SINOPSIS DE  
PRESENTACION**

## LA PESADILLA

Es de noche. Una ciudad, un país, un continente duermen. Es de noche. Pueblos-Niños, afiebrados, sueñan delirando. Y Walkirias con bonetes frigios cruzan Océanos, cimbran matracas que vocean: ¡Libertad, Libertad! Sonad, caramaios, los Pueblos-Niños danzan la gran ronda fraterna. Cruje, cruje la danza; fragmentase lá ronda en eslabones que juegan al «¿Quién será Rey?» Cielo enturbiado por negro vuelo silbador: como pájaros siniestros, cruza la bandada rápida de balas. Motín, revuelta, bandidaje, guerra civil. ¿Pesadilla? ¿Realidad? ¡Pesadilla real!

## VIDAURRE Y SANTIAGO FLORIN

Por el ojo de la cerradura mira el niño, con odio. Sabe que «el militarrote» —como llama a su padrastro— está forjando, entre otros, planes para disciplinarlo. ¡Cuánto aborrece aquella nariz corta, aquellos bigotillos sobre los labios comprimidos! Y esos ojos pequeños, pero ardientes, con algo de siniestro —ojos que lo intimidan, que lo mandan, que lo vencen—: ¡odiados ojos!

A horcajadas en una silla, como en la acostumbrada montura, el militar hace un movimiento de balanceo, afirmándose en la punta de los pies. Ahora enciende un cigarrillo.

2.—Don Diego.

—¡Ah, perro disimulado, cómo saber lo que estás urdiendo! Pero te mataré... sí, ahora mismo...

Toca el niño, en su bolsillo, la navaja que lleva oculta, la misma con que ha ensayado degollar a un gato. Luego, piensa de qué manera entrar.

—¡Santiago!

La voz del «militarote» lo llama, enérgica. Santiago Florín entra.

—Estás acechándome; sentí crujir la puerta. Adelanta.

Los ojos ardientes parece que quisieran quemarlo. Y queman, en efecto, su voluntad.

—Has de saber que partiremos mañana a la capital. Allá recibirás mejor instrucción y disciplina, y estarás bajo mi vigilancia, pues voy a desempeñar un puesto en el Estado Mayor.

#### ANDRES DE SANTA-CRUZ

Relumbra el ébano de dos ojos. Miran con satisfacción en tosco espejo enmarcado de concha de perla, sobre el que frágil llama de vela echa una luz borrosa. Recorren la imagen del rostro cobrizo reflejado: frente estrecha, bajo retintos cabellos cerdosos. Luego, la vista busca sobre el pecho el efecto que produce la condecoración brillante —oro en el engaste del rojo paño— y torna nuevamente al rostro. Un indio, sí; todo un indio revela la imagen. Mas, ¿no puede, el hijo de la Cacica Huarina, volver al trono de sus antepasados? Ha recibido esta ostentosa medalla en pago de su campaña al lado de Sucre, y ahora le encarga Riva-Agüero una expedición al Altó Perú. Algunas campañas, astucia, intriga sagazmente llevada, paciencia, años de perseverante espera...

Desde el concupiscente deseo de gloria oropelesca brillan las pupilas, y brilla al par la condecoración, multiplicando sus estrellas. Envuelto en su hálito cobrizo, el hombrecito pequeño, flaco, enjuto, se aleja del espejo y pasea, pasea, adentrado en sus meditaciones de imperial conquista.

*CONSTANZA NORDENFLYCHT*

Callejuela de Lima. Casa de muros blanqueados, con sobresalientes ba-  
laustradas de madera café. Una criada negra, con su canasto a cuestas;  
se detiene frente a la reja florida de una de las ventanas: filtrase, ta-  
mizado, el sonido de un piano, y luego una voz femenina, apasionada;  
entona: «O quante lácrime»...

—Ya está la jilguera trinando en gringo...

La jeta luce los blancos dientes reidores.

—No alcanzará la primera misa por estarse dale y dale con piano  
y canto...

La negra avanza hasta la puerta y después de entrar al zaguán si-  
gue un momento escuchando complacida la voz de «su niña Costacia»:  
la «pichoncita mal criá, porfiá como mula palo que quiere; y emperrá  
cuando le dan la contra; y que se le siente a una por na; pero un cora-  
zón con el que se pue contal. ¡Vaya, si no habrá que permitile se lo en-  
tregue a un cualquiera! Pero de eso no hay cuidao. Mah cuidao que se  
quede solterita de puro regodeona, y que cree que el amor es como los  
de sus canturreos gringos...»

Atraviesa el patio la negra, runrunando la melodía, y entre tam-  
baleo y tambaleo vase a sus quehaceres, mientras continúa el canto, al  
par que el sol mañanero, inundando la casa con rayos impalpables de  
vida.

*ANTONIO GARFIAS*

Con su aire de elefante apacible, camina inútil por la vida, escondiendo,  
pudoroso, el ardiente y limpio corazón. Su mano un poco rechoncha se  
afirma, blanda, sobre la cacha maciza del inseparable bastón. A través  
de las gafas oscuras mira sin interés el mundo. Existe, pero no vive.  
Trabaja, pero no actúa. Es hiedra sin árbol, sin muro, y su afecto estéril  
se mustia como el tallo florido de hojas que, anhelante de enredarse y  
trepar, sólo encuentra el vacío. Los vidrios oscuros de las gafas ve-  
lan el mirar atisbador, al acecho del milagroso hallazgo. ¿Existirá un

alma, hermana de su alma insaciada? Recuerda un caso histórico: se llamaban Montaigne y La Boétie... ¡Qué envidiable historia de amistad!

### *DIEGO PORTALES*

La iglesia está vacía. Sombras de crepúsculo van escurriéndose solapadamente hasta los altares y las losas sepulcrales. Parece «desafectado» el templo, a pesar de que arden una vela junto a la Custodia y varias lamparillas frente al mármol de las tumbas. Sí, los muertos están bien muertos y Dios ausente de su iglesia... «Es generoso, para con Dios, creer que no existe» ha repetido mentalmente, recordando la frase de Voltaire, el hombre joven que, sin embargo, sigue de rodillas ante una de las sepulturas. En la inscripción se lee: «Josefa Portales Larraín de Portales, fallecida a la edad de 25 años».

En vano se han llorado y rezado, día y noche, palabras ardorosas de súplica: sube el silencio frío, las absorbe y las devuelve en el eco deformado de un «nunca más, nunca más».

De pie, ahora, la cabeza erguida, los brazos cruzados virilmente sobre el pecho, sigue el solitario contemplando la lápida, más blanca en la penumbra. Su mirar agudo perfora la piedra y ve a la muerta —tal como la recostara él mismo entre suaves mortajas— y, tras la muerta, a la que fué viva mitad de su ser. Evoca, cual cada día —hoy con más intensidad por ser la última vez: así se lo ha impuesto— el corto tiempo de cuando fué rey en la humana dicha. Basta de recuerdos. Los ojos que se humedecían se secan; la garganta se anuda estrangulando el sollozo. Los labios finos se pliegan esbozando escéptica sonrisa, y brota nuevamente del espíritu el volteriano sarcasmo. «Es generoso, para con Dios, creer que no existe».

Ha llegado la hora de marcharse. Los pasos lentos del viudo van sonando dobles en la extraña resonancia del templo vacío, como si su persona, dividida en dos seres que se dieran la espalda, caminara a la vez: hacia atrás, a quedarse con la muerta; hacia adelante, a vivir el ignorado destino.

**PRIMERA PARTE**

*(1822)*

## EN EL PERU

LA desagradable niebla que en ciertas épocas envuelve a Lima, se iba extendiendo como velo que obscurecía, húmedo y gris, la ciudad llamada hasta hace poco «de los Virreyes», en cuya presidencia está a la fecha Riva-Agüero.

A esta hora mañanera sólo algunos mulatos, negros y chinos cruzan por las calles: criados unos, pequeños comerciantes otros, que se dirigen a sus quehaceres. De pronto, un hombre joven, de aspecto extranjero y acomodado, dobla por la calle que lleva a la Plaza, costado oriente. Divisa, entre las casas del comercio, aun cerradas, una cuyo portón está a medio abrir. ¿Será ésta la que busca? Pasos y voces, desde adentro, indican la actividad ya iniciada. No, debe ser aquella otra con aspecto de bodegón. Pero la duda queda de pronto resuelta: una voz bien conocida apostrofa:

—¡Ah, grandes carajos, hijos de...!

Nuestro joven, sin más, precipita sus pasos hacia la primera, sonriendo.

—¡Ah, simpático Diego —exclama para sí—, cómo habían de secaparse los cholos de tus... genialidades!

El mozo que había sido el blanco de los improperios, trémulo, no viendo al señor que entraba, tumbó contra aquél y cayeron desparrramados los paquetes de yerba mate que llevaba al mesón. Gracias a Dios, el «Patrón» estaba ahora de espaldas dando otras órdenes en la trastienda.

El visitante se detuvo a contemplar al amigo: ágil como jefe de orquesta que dirige un scherzo, el «simpático Diego» daba una voz a éste, un gesto al otro, ayudaba al de más acá, y al fin salía acarreando

él mismo algún saco y disponiéndolo en la forma cómo debían ir colocados los demás.

—Las mercaderías tienen que estar listas para el embarque antes de la hora de almuerzo, —decía don Diego—. Nadie podrá retirarse mientras no quede todo terminado.

Como movidos por un flúido de actividad, dos empleados y tres mozos se agitaban bajo sus órdenes casi rítmicamente.

—¡A pesar el azúcar! Pasa tú los cajones con Vega. ¡Si eso no importa, hombre! Puede quedar para mañana.

La voz se impacientaba, el pie golpeaba el suelo.

—¿No comprenden que el azúcar debe salir con la demás carga? ¿Qué hubo, Vega?

—¡Si ya voy, señor! —contestó el mozo recogiendo el último paquete de yerba—. Hay una persona que lo busca— agregó, mirando al visitante.

Don Diego volvió a medias la cabeza. Su nariz, un tanto alargada, parecía mirar por las ventanillas oblicuas, tomándole las señas al posible cliente matutino. Al reconocerlo, casi de un salto estuvo junto a él.

Le tenía tan efusivamente abrazado, que el otro sujetaba con dificultad el sombrero de copa y la alta corbata que ya se le zafaba.

—¡Rengifito lindo! ¡Tú, tú aquí, como caído del cielo! ¿Y quién me lo manda a mi don Manuel? ¡Pero hombre del demonio, sin avisar! Apuesto a que el canalla de Newman y el bribón de Cea lo saben. ¡Y calladitos, los pillos! ¿Pero, a qué hora fondeaste? ¡Si apenas serán las ocho! ¡Hombre, qué gustazo!

Entre palabra y palabra menudeaban sobre las espaldas de Rengifo las palmadas que afianzaban aquel demostrativo abrazo de bienvenida. Al fin pudo éste colocar a su vez una frase.

—El bergantín —dijo— arribó al alba. No quise detenerme mayor tiempo en el Callao, deseoso de darte para el despertar la sorpresa. Newman, con quien me encontré en el desembarcadero, me indicó las señas de tu casa. Pero ahí la criada me contestó que ya estabas en la tienda, que si quería hablar con «la señora»...

Don Diego frunció el ceño, gesto que obscurecía su mirar azul, y dijo, irritado, en tanto firmaba de pie unos vales:

—¡La señora, la señora! . . . Mi querida. Sí, hombre, he vuelto aquí a mis calaveradas de soltero. Del momento que no me entré de fraile ¿a qué andar de ocioso? A tiempo colgué la sotana, —masculló como para sí.

Su boca se plegó en sonrisa sarcástica, que no engañaba al amigo. Bien sabía éste cuán sincero había sido su deseo de entrar en las órdenes a raíz de su temprana viudez. Un amor de la infancia lo había ligado a la Chepita Portales, su prima, y sólo la religión parecía poder mitigar su dolor. Mientras lo miraba escribir, recordaba Rengifo el inútil esfuerzo de los amigos para distraerlo. Diego se lo pasaba en la iglesia, y de la iglesia a la celda del padre Silva, su confesor; o si permanecía en casa no sabía sino rezar o entonar con su conmovedora y bien timbrada voz los cánticos religiosos. De pronto, un cambio se había operado en el ánimo del joven viudo. Se le oían algunas herejías y censuras que provenían de la rebeldía contra su inmerecida desgracia. Los amigos llegaron a temer que, sin el amparo de la fe, tan vehemente desconsuelo le llevara a atentar contra sus días. Pero Diego era un cerebro de equilibrio perfecto, un corazón todo valentía; la vida bullía en su naturaleza ardorosa, sedienta de probar en la lucha ocultas fuerzas latentes. Venciendo el dolor, en pleno desamparo de la fe perdida, habíase encontrado a sí mismo: sería en lo porvenir su propia conciencia y guía. En el concepto de sus amigos, Diego era todo un hombre que ellos admiraban y querían. Al mirarlo ahora, inclinado sobre el pupitre, le parecía a Rengifo como si fuera a entonar, cual en pasados días, los cantos en latín, preces musicales de un corazón fervoroso. Pero a su sorpresa, Diego en ese instante depositó la pluma y, castañeteando con los dedos, agitó los pies en breve y febril zapateo, al par que entonaba:

*Sí, mi don Manuel,*

*Cuando, cuando,*

*Cuando yo me muera,*

*No me lloren los parientes,*

*Llórenme los alambiques*

*Donde sacan aguardiente.*

No bien hubo terminado, se abrazó al amigo y le dijo:

—Don Rengifo, Ud. ha de saber que estoy por darle la patada a mi querida y llega Ud. al punto para una calaveradita esta noche. ¡Hombre, ésta es la tierra de los amoríos! Pero, ¡ay!, que las mujeres son aquí intrigantes, coquetas, amaneradas, celosas. Y queda prevenido: pasarlo bien, y no enredarse en pérfidos lazos. Y ahora, «j'ai le plaisir de vous saluer», que tengo bastante trabajo; o si prefiere, me ayuda. Pase para acá —agregó, sin dar lugar a respuesta— y sírvase sacarme algunas sumas mientras despacho el material con estos zambos.

En esta improvisada colaboración les llegó la hora del almuerzo. Don Diego despachó a su gente y, puesto el candado en la puerta, fueron saliendo. Tomados del brazo, livianos de felicidad como si los llevara en sus velos la niebla que se despejaba, iban charlando ahora de Santiago y de Lima, es decir de sus vidas.

## CAPITULO II

# UNA PARTIDA DE AJEDREZ QUE PROMETE

**E**N el tranquilo café de «Bodegones». Cierta animación por ser la hora de almuerzo. El servicio hecho por gente de color. Humean, aquí y allá, las fuentes sobre las mesitas. Un vaso de cerveza frente a los jugadores de monte o de malilla. La clientela, unos viejos amigos del buen comer y del juego apacible. Diego Portales pensó que sería éste el sitio indicado para conversar sin estorbos, y ahí llegaba con su amigo, bullicioso, movedizo, tomándole el olor al ligero vaho perfumado a aceite freído que, desde la cocina, se espar-

cía insinuante por la sala. Colgaron sus sombreros en las astas de una cabeza de ciervo, y Diego, sin esperar al mozo, arrinconó una de las mesas frente a la ventana.

—Aquí vengo —dijo— cuando he de escribir cartas atrasadas y quiero aprovechar el tiempo del almuerzo.

—¿Sí? —aprobó Rengifo—, parece sitio tranquilo; se ve más bien gente vieja.

—Hay uno arrugadito —dijo Diego— que me costea la diversión cuando viene. Suele amodorrarse, y cualquiera, al verlo a cierta distancia, cabezada viene, cabezada va, creería le está haciendo cortesías a su partidario. Sin embargo, hay que verlo cuando está bien despierto cómo se pelea por una ínfima pérdida.

Rengifo lo miraba, sonriente, dispuesto a celebrar todas sus palabras, feliz de estar en contacto con el compañero de sus entretenimientos juveniles. Diego parecía haber vuelto a los buenos tiempos de antes de que se le muriese la Chepa, como si hubiera enterrado aquel pasado de su pasión amorosa y de su pena. A una leve alusión al respecto, una sombra veló su rostro; no respondió, y luego se puso a hablar, locuaz, de cualquier cosa. Rengifo había comprendido vagamente que en el santuario oculto de la muerta querida pretendía estar solo. Respetuoso del tácito pudor, la conversación se desarrollaría en adelante sobre los acontecimientos presentes o futuros. En tanto se hacía Rengifo estas reflexiones, Diego se había dirigido a la cocina para conferenciar con el jefe sobre la preparación de cierto plato especial, y volvía ahora fro-tándose las manos, encogido de hombros, una sonrisa pícara levantán-dole los finos labios.

Ya se oía en la sala el ruido de los cubiertos al comer. Los escasos mozos precipitaban el paso de una a otra mesa y de la sala a la cocina. Se anudaban las conversaciones.

—¿De manera —preguntó Rengifo— que ha habido aquí algunos disturbios?

—Así también me tiene de fregado el negocio. Hay días en que no se puede salir a la calle sin un pico, porque los famosos carajos que se llaman patriotas y españoles ni al diablo dejan tranquilo.

—Creí que a pesar de todo tu situación se afirmaba.

—Mientras no haya tranquilidad es trabajar en el vacío. Además, tengo a Newman que se me va, a pesar de que le he propuesto aceptara mi propio sueldo. En cuanto a Cea, pide y pide; y yo estoy que me estrecho cada día más. Ya no uso cigarro y no me compraré ropa hasta la vuelta del año. Ahí tienes lo bien que me va.

—¿Pero entonces, por qué no liquidas y te vuelves conmigo a Chile?

—Hemos de responder ante nuestro fiador, un maldito usurero.

—Pero vas a la ruina, hombre. ¿Has tomado en cuenta las nuevas medidas del gobierno?

—¿Qué medidas?

—Están dispuestos a triplicar las contribuciones y gravar el pago de comercio.

Dió un salto don Diego, y asentó sobre la mesa un puñetazo. Los vecinos miraron al exaltado comensal; pero éste, sin reparar en los demás, exclamaba:

—¡Carajo! Hay en esta medida la prueba más absoluta de la corrupción administrativa.

—Así me parece también —apoyó Rengifo.

—Si estos señores, a fuerza de gastos, piensan anular la riqueza nacional: ¿cómo quieren el progreso nacional?

—Están descontentos los ánimos, y se murmura del Director.

—¡Al diablo todos ellos! No pasemos un mal rato por culpa de inconscientes o de pícaros. Mira —señaló a su amigo— ahí viene el chupcito que ha de abrírnos el apetito.

El entrecejo de Diego se había distendido; una sonrisa de ambigua complacencia se le esparcía por el rostro. —Póngamelo aquí, zambito—; yo serviré —ordenó al negro.

Sus manos expertas movían la cuchara, desprendiendo del guiso la parte de la superficie.

—Es plato peruano, ¿verdad? —preguntó Rengifo.

—Bautizo cholo; no digo más.

Y al contestar, espiaba al amigo que, inocentemente, introducía un respetable bocado entre lengua y paladar. Pero ¡ay! junto con probarlo Rengifo lo arrojaba cual carbón encendido y, con la boca abierta como si pidiera auxilio, agitaba la mano en busca de agua.

Diego se retorció de la risa.

—Jajá, jajá, jajá... Bautizado, bautizado, —exclamaba.

Pero a Rengifo no le hacía gracia la pesada broma, y después de tomarse el agua hizo el ademán de retirarse. Diego, demudado ahora, lo retenía.

—¡No, —suplicaba como un chico— no, hombre! No vas a sentirte por una simple broma.

—Bastante pesada, al parecer, —contestó, amoscado, Rengifo.

—Una metida de pata, naturalmente, del bruto de tu amigo. Pero perdónale a este bestia que está hartito mortificado de la mala jugada a su bueno de don Manuel.

Rengifo permanecía serio en tanto se humedecía a sorbitos los labios y la lengua. Diego, en la ansiedad que le producía el haber disgustado a un amigo, impaciente ya de reconciliación, exclamó con vehemencia:

—Si no me perdonas inmediatamente, voy a comerme todo el ají restante, aunque se me sequen las tripas.

No se le podía resistir al elocuente y sincerísimo Diego, que era hombre de hacer lo que decía. Rengifo, sometido, le pasó la mano y se hicieron las paces.

—Ahora, a comer el verdadero chupe, —dijo Diego—, que sólo la capita de encima iba con «malicia».

La puerta del café se abrió y una corriente de aire hizo volverse a los comensales en son de protesta. Al fin entraron dos señores: un militar de vistoso uniforme y un civil con facha de profesor. Se sentaron en la mesa vecina a la de los chilenos.

—Estos no son viejos, —señaló Rengifo.

—Sin embargo, han entrado con más solemnidad que un papa sexagenario.

—Será gente importante. ¿Ves cómo se les comenta?

—El milico es todo un indio,—observó Diego, y llamó al mozo para «tirarle la lengua». Pero sólo consiguió saber que uno era «el coronel que peleó con Sucre» y el otro un señor que escribía en los diarios, ambos muy buenas manos para el ajedrez. Precisamente en ese momento les llevaban un tablero y empezaron su partida.

Don Diego y don Manuel, muy aficionados a este juego, siendo aquél de primera fuerza en el manejo de las piezas, no les despintan ya la vista a sus vecinos, entretenidos en seguir las peripecias de la partida. De pronto, Diego, poniéndose de pie, se acerca a los jugadores y pregunta:

—¿No les molesta que los veamos jugar?

—No, por cierto, —contestó halagado y un tanto obsequioso el militar.

Sus ojillos oblicuos escrutaron a don Diego y luego volvieron al tablero. Por tercera vez daba el «mate» a su adversario y éste pidió fregua alegando sentir dolor de cabeza. Don Diego se ofreció entonces para reemplazarlo.

—Con todo gusto, —respondió el militar—; pero, —agregó vanidosamente—: ¿no tiene miedo a un nuevo «mate»?

—Si se ha peleado bien —contestó don Diego— no le doy importancia.

Comenzó la partida. Movíanse lentamente las piezas. Se hallaban al frente dos espléndidos adversarios que debían pensarlos bien antes de dar cada golpe. El militar jugaba silenciosamente, con sigilo de gato a la caza. Don Diego cantaba su juego y se oía el anuncio de las piezas movidas. Al cabo de una hora los jugadores no cedían. Rengifo se había sentado a hacerle compañía al supuesto profesor, José Joaquín de Mora, escritor español que recorría Sud América. De pronto oyeron la voz clara y alegre de don Diego que, de pie, una pieza en la mano, exclamaba: ¡Mate! En tanto el ruido seco de la pieza colocada en el tablero confirmaba: ¡Mate!

—¡Bravo! Lo felicito, —exultó Mora, que se sentía vengado.

—Es Ud. un buen cerebro —concedió el militar—. ¿Con quién tengo

el honor de haber jugado? Por su pronunciación parece Ud. extranjero. ¿Es Ud. profesional?

—Soy un comerciante chileno, y simple aficionado: Diego Portales, para servirlo. Le presentaré también a mi amigo don Manuel Rengifo: profesión —agregó riéndose—, «tinterillo».

—Encantado, —dijo ceremoniosamente el militar—. Soy el coronel Andrés de Santa-Cruz, y tengo gran aprecio por los chilenos a quienes he podido valorizar en las filas del Ejército Libertador. Les ruego, pues, me acompañen a tomar una copa por Chile y la confraternidad sudamericana.

Sentáronse todos encantados, y luego se entabló animada conversación sobre los recientes problemas americanos.

—No hemos brindado por la gran noticia del día, el reconocimiento de la Independencia por los Estados Unidos, —dijo el señor de Mora, y levantó su copa.

—Verdad, —contestó Santa-Cruz—. La frase de Mr. Monroe será célebre: «Se reconoce que la América es para los americanos».

—Yo, —dijo Portales—, desconfío de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada.

Don José Joaquín de Mora se irguió como pidiendo una aclaración, pero Portales insistía:

—¡Sí! ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar Ministros, delegados, y en reconocer nuestra independencia sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso!

Santa-Cruz lo miró asombrado, creyendo presentir su opinión.

—¿Ud. cree, entonces, —preguntó— que esto obedece a otros fines?

—Sí; me parece vislumbrar en estos manejos todo un plan combinado. Este sería así: hacer la conquista de América no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Si no sucede hoy, será mañana.

—Tiene Ud. la vista larga —dijo con cierta ironía don José Joaquín de Mora.

—Yo —intervino Santa-Cruz— tomo muy en cuenta su previsión, señor Portales, y me parece que todo buen americano ha de estarse

alerta para afirmar la independencia sobre bases cada día más sólidas. Tengo mis sueños al respecto y no desespero de ser uno de los que contribuyan a la unión del continente.

—¡Oh, yo he opinado como pudiera hacerlo cualquier hijo de vecino!—dijo con naturalidad Portales, dirigiéndose a Mora—. A mí las cosas de la política no me interesan.

—A mí sí me interesan —replicó Santa-Cruz—; y, como buen soldado, me empeñaré en que América sea de veras para los americanos, para el indoamericano, —subrayó.

—El coronel —explicó don José Joaquín de Mora— desciende de la cacica Huarina y suele soñar con la restauración del imperio incásico.

—¿No es Ud. partidario de la República? —preguntó Rengifo.

—No demasiado, —respondió, cauteloso, el coronel.

—La Monarquía no puede ser el ideal americano —repuso Portales—. Salimos de una terrible para volver a otra ¿y qué ganamos?

—Celebro sea Ud. partidario de la democracia, —aprobó Mora.

—No, no lo soy; me parece, al contrario, un absurdo en países como los americanos, llenos de vicio y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República.

—¿Y qué sistema preconiza Ud., entonces?, —preguntó, interesado, el coronel.

—La República.

—Pero ¿en qué quedamos? —intervino, disgustado, Mora.

—No esta forma de República, naturalmente, señor —repuso Portales—. ¿Sabe cómo yo la entiendo para estos países?

Y proseguía, sin reparar en la profunda atención con que escuchaban sus palabras:

—Pues, como un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes.

—¿Y cree Ud. en esos hombres modelos del gobierno? —dijo, escéptico, Santa-Cruz.

—No mucho, pero si no llegan a encontrarse, menos se podrá pensar en ideales democráticos. La libertad es algo que debe merecerse.

—¡Cómo me interesan sus ideas —repuso el coronel— y cuanto me agradaría conversar más largo con Ud.! Desgraciadamente, tengo que prepararme para mi viaje esta tarde. Parto al mando del ejército que envía Riva-Agüero al Alto Perú. —Y, sacando el reloj, agregó—: Tengo apenas tiempo para despedirme de Uds., señores. Se me ha pasado la hora tan agradablemente que no la he sentido. Espero tengamos otra ocasión de vernos.

—Así también lo deseamos, —contestaron Portales y Rengifo, estrechándole la mano; y el primero agregó—: Mas, quizás cuando Ud. vuelva no estemos nosotros en el Perú.

Llegados a la puerta, los improvisados amigos se despidieron nuevamente y, con rumbos distintos, fueron alejándose ambas parejas.

### CAPITULO III

## PRELUDIO DE AMOR

**D**ON DIEGO se tomó del brazo de su amigo y le propuso que recorrieran las calles para conocer la ciudad.

Las casas, de rica arquitectura colonial, no podían compararse con las de Santiago, y Rengifo se detenía frente a los macizos portones claveteados, o señalaba la hermosa calidad de las maderas en las prominentes ventanas.

—Los aparadores no se usan por dentro aquí, sino que salen a asomarse a la calle para lucir, —dijo don Diego, despectivo—. A nosotros, los cholos nos creen lacayos, porque no andamos tirando la casa por la ventana.

3.—Don Diego.

Rengifo celebró el chiste, pero observó:

—Parece que no les tienes muy buena voluntad a los peruanos.

Llegaban a una esquina desde donde se oían los arpegios de un pianó. Don Diego se detuvo y dijo:

—Mi don Manuel, quédeseme Ud. aquí: va a presenciar una escena idílica de la que será Ud. la discreta, cuanto imposable celestina.

Acostumbrado a sus rarezas, el dócil Rengifo se plantó en la esquina a esperar el anunciado espectáculo. Diego se dirigió con paso elástico hasta la mitad de la callejuela y empezó a silbar un «triste», mientras levantaba la vista hacia un florido balcón. De pronto cesó el ruido de arpegios y escalas y Diego tomó una actitud de espera. Apareció tras la reja de la ventana una muchacha y le pasó a don Diego una carta. Este, después de retener un momento su mano entre las suyas, y como la niña hiciera vivos ademanes de temer que la sorprendieran, le entregó a su vez el pliego que él traía y se puso a pasearle la reja tratando de decirle al pasar alguna palabra; hasta que, desde otro balcón, se asomó, inquisidora, una respetable matrona. La muchacha se escabulló cerrando con precipitación su ventana.

Rengifo se desternillaba de la risa al ver el final de la escena. Pero Diego, imperturbable, volvía gravemente: —la calle es de todos, ¡vieja del diablo!— con paso desafiador.

—Esta momia —explicó— desde que ha entrado en sospechas, y no sé cómo, nos agua la fiesta. Ahora lo pasamos a puras cartitas, como si yo también fuera un colegial, sin lograr cruzar palabra siquiera—. Y en un brusco raptó de impaciencia exclamó:

—¡Ah, tierra maldita, donde nada me resulta! ¡Que se vayan a la misma mierda todos los peruanos y las peruanas del mundo habidos y por haber!

—El que debe irse —claro que no adonde mandas a los peruanos— eres tú. Vuélvete conmigo. Que liquide Cea. Serás un nuevo socio del café que pusimos con Melgarejo, como te informé por carta. Va a ser buen negocio, pues vamos a agregarle una filarmónica.

—Eso me parece estupendo,— interrumpió Diego—. Si no de so-

cio, me tendrá por lo menos de bailarín. Desgraciadamente, antes de unos meses no puedo moverme.

—Y yo no demoraré ni quince días en la compra de dos billares y en finiquitar la de esa partida de chancaca.

Como se divisara una plazoleta con bancos rústicos de piedra, Diego dijo a su amigo:

—Te invito a sentarte en este salón de la calle, pues quiero leerte la cartita de mi colegiala, y cuando se trata de idilios, al marco adecuado.

Un surtidor alegraba el silencio al surgir de su fuente gris, y la campana de la iglesia, como una voz más grave, entremezcló un repique de notas a la sutil y continua melodía del agua.

—Veo —decía con sorna Rengifo—, que, a pesar de tus prevenciones en contra de las peruanas, sueles pasarlo bien...

—Que... he tenido un pleito con una quien, después de fingirme virginidad, casi me clava con un hijo. En cuanto a la que es actualmente mi querida, ya te dije, voy a darle la patada por celosa e intrigante. Pero la chica de la carta, es asunto distinto, delicado, y tal vez deba cortar también este mariposeo. No hay que permitir que lo embodeguen a uno y lo aten con santo lazo marital.

—Pero te gusta, ¿o no?

—Vaya si me gusta. ¡A mí me gustan todas!

—Esta tierra te ha convertido en un don Juan.

—Me ha hecho descubrir que existen cosas bastante agradables como para tomarle gusto a la vida; es lo único que le agradeceré cuando me vaya.

Había abierto el sobre y se disponía a leer.

—No necesito —advirtió— recomendarte absoluta reserva. La chica es persona seria y decente, y está muy vigilada, como pudiste verlo, por dos tías que más son perros guardianes que tías. Y esto —comentó algo irónico—, no es crítica; les encuentro toda la razón aunque me incomode.

Recorrió algunas líneas con los ojos y exclamó con fastidio:

—Ya... ya... eso no más faltaba. Oye, tú, y opina.

Empezó a leer con cierta ironía:

«... este amor es mi vida, y tengo que decírselo. No es atrevimiento; debe Ud. comprenderlo. Antes me hubiera muerto que confesarlo si no fuera porque, o lo amo y Ud. me corresponde, o nada me importa ya en la vida y prefiero morir. Por eso no me avergüenza tampoco arriesgar esta confesión de la que va a depender mi existencia. Sus cartas, sus versos, acaban de afirmarme en la convicción de que Ud. y sólo Ud. puede ser mi dicha. Es verdad que soy joven, que poco conozco aún a los hombres, pero puedo jurar ante la Virgen que nunca he de querer a nadie sino a Ud. Y yo, tan tonta, que les discutía siempre a mis compañeras que eran cuentos lo del amor a primera vista; que era preciso conocer mucho a un hombre, porque sólo después de mucho estimarlo se le podía querer. Y hasta me da rabia quererlo así tan sin saber por qué. ¿Por qué este amor tan súbito, tan profundo? ¿Por qué? No me lo explico a mí misma. Ud. es buen mozo, naturalmente, y simpático y encantador como nadie; pero a mí me gustan los morenos, altos, de ojos negros. Además yo creía que sólo podría amar a un hombre que durante años me hubiera demostrado cariño, fidelidad, y me enamoro de un extranjero que apenas conozco. Es Ud. un comerciante, y yo he soñado con un poeta o músico. Verdad que hace Ud. hermosos versos y, por lo tanto, es también poeta...»

Diego se interrumpió, diciendo:

—Hombre, sin duda, soy poeta, ya que una mujer lo dice.

Saludó como dando las gracias a un invisible auditorio y continuó:

«... ¿Será tal vez por eso que lo quiero, o por otras cualidades que presiento? Soy apasionada de sinceridad y algo me dice que es Ud. leal y sincero: tiene una manera de mirar tan directa, tan límpida, como si un puñal azul le clavara a una el alma...»

—¡Hombre! —exclamó Diego, burlón pero imperceptiblemente emocionado—: mi modestia está en serios aprietos. ¿Seguiré leyendo?

—No interrumpas, sigue, sigue —insistía Rengifo—. Encuentro simpatiquísimo el ingenuo y espontáneo entusiasmo de esa chica. Y te pinta tal como eres, ¿sabes?

—Gracias; continuaré, si no, me vas a echar piropos también.

•... ¡ay, su modo de caminar, como de hablar, tan liviano de sangre! Si se me quedan pegadas en el oído sus palabras lo mismo que se me quedan sus pasos, tan suyos. Hay algo en Ud. en toda su persona, que parece aligerar la vida. Ud. no puede comprender lo que significa para mí verlo llegar, desde el balcón, y verlo partir: todo queda a obscuras si Ud. se va. Diría que irradia Ud., como si llevara adentro un sol alegre y musical que cantara. Y no crea, yo soy bien orgullosa y si me hubieran predicho que alguna vez le diría tantas cosas a un hombre, habría jurado por todos los santos que no. Pero aunque me da vergüenza decírselo, no puedo impedírmelo; la pluma se me vuelve loca y corre sola al hablar de Ud. Pienso, también, que puedo no mandarle esta carta —tengo varias otras guardadas, mucho peores que ésta— y enviarle solamente algunas palabras tímidas, retraídas, como las que Ud. conoce. Disculpe mi letra y mi torpeza para expresarme. Me tiembla la mano y me tiembla el alma, porque lo amo a Ud., lo quiero irremediablemente y para siempre, como si me hubiera dado para toda la vida una terrible y divina enfermedad».—*Constanza*.

También a don Diego hábale temblado ligeramente la voz al leer las últimas líneas de esta inocente declaración. Sin poder reprimirse, llevó a sus labios la esquila y quedó pensativo. De pronto se puso de pie, jovialmente, como si nada hubiera acontecido, y tomando del brazo a Rengifo que lo miraba sin atreverse a intervenir, le hizo una señal de silencio:

—Bueno, mi amigo, —dijo— no lo comentemos. Otro asunto por resolver, ¿qué más da? Y ahora, vamos a dar una vueltecita por la tienda; es necesario que los empleados vean a su patrón antes de que cierren.

## UNA CHICA EMPECINADA

DOÑA RITA y doña Ana-Josefa

Ama, los dos perros guardianes a quienes se refiriera Portales, hace ya dos meses, en una conversación con Rengifo, están terminando de rezar el rosario de la noche. Alternan sus voces beatas entre el «Dios te salve María», y el «Santa María, madre de Dios», con que se contestan una a otra, en una sola respiración; lo que produce el curioso efecto de que cuando empieza la primera a ahogarse, sale a flote la segunda a respirar. Y no se sabe si la rapidez asombrosa de sus lenguas, al palabrear el rezo, depende de esta necesidad de llegar pronto a la superficie de aire anhelada, o si tienen en verdad mucha prisa en cumplir con la Virgen porque alguna tarea más importante las trae desasosegadas. Al fin se santiguan en agilísimo revoloteo de manos que pone término al cumplimiento religioso, y helas aquí arrellanadas en sillones de pintada vaqueta, ansiosas de la conversación que, a la hora de la comida, impidió la importuna presencia de la criada.

—¿No te lo decía yo? —dice doña Rita.

—Si yo te lo dije la primera —repone doña Josefa.

—Si ya los había sorprendido yo cuando se conversaban por el balcón.

—Que se conocieron en la fiesta de Palacio, me lo contó a mí Bernardo. ¿Recuerdas que te dije que le llamó la atención cómo se apartaron y hablaron a solas?... ¡Una chica de dieciséis años! Bernardo debió vigilarla.

—¿Y de quién es la culpa? Yo me opuse a que asistiera al baile.

—Pero Bernardo quiso llevarla. ¿Cómo podía impedírselo? ¿Quien iba a pensar que el chileno estuviese entre los invitados?...

—¡Miren que no! Como si no hubieran concertado encontrarse. Recuerda cómo se compuso la Constancita aquella noche. ¡Cuántas veces se hizo y deshizo el peinado!... ¡Que no iba haber hombre de por medio con tanta compostura!

—¿Qué sacamos con hacernos mutuos cargos? —comentó, al fin, doña Josefa—. A remediar lo andado, ahora, y no hay más.

Unos pasos en el vestíbulo las hicieron callar, y luego entró una negra que traía una bandeja con dos tazas de té y unas galletas. La criada les pasó a cada una su respectiva taza, y, silenciosamente, amurrada, salió.

—La Jesús —comentó doña Rita— está naturalmente por su «niña Constanza», y nos mira como a verdugos.

—¿Qué culpa tenemos si la niña se hace la enferma para comer sola en su pieza?

—¿Sabes? Yo vigilaría también a la negra —dijo doña Rita, en tanto sopeaba una galleta.

—Bueno, ¿y qué te dijo el señor cura? —preguntó doña Ana-Josefa.

—La única solución, según don Marcelino, es permitir que el joven venga a la casa.

—¡Eso, nunca!

—Es que la Constanza se ha demostrado intratable con el mismo don Marcelino, a quien ha jurado por todos los santos que jamás se casará, si no es con el chileno. Y no quiere oír hablar de toma de hábito, y asegura que se mataría, —¡sí, que se mataría!— antes de que la lleven a un convento.

Sofocada, indignada, doña Ana-Josefa exclamó:

—¡Hija del barón, al fin! ¡Sangre de protestante! Tiene su mismo carácter endemoniado. Así le fué también a nuestra pobre hermana...

Suspiraron las dos, compungidas; luego doña Ana-Josefa estalló, diciendo:

—¡Aceptaremos, ahora, otro extranjero —chileno, por añadidura—, que tampoco se confiesa ni comulga? ¡No, no! ¡Mil veces no! El señor Marcelino está tan loco como Constanza y como tú.

—Es que no sabes lo peor. La niña amenazó a don Marcelino con arrancarse si no la dejan que se case.

—Pues —replicó llena de ira, la barbilla temblándole, doña Josefa—, no se arrancará: entrará al convento, y si no, la desheredo. ¿Desde cuándo las chiquillas de quince años se les imponen a sus superiores, a su confesor? Rita —dijo, poniéndose en pie—, vámonos a dormir, que no hay por qué hablar más. La razón nos acompaña y los medios también para hacer entrar en juicio a una chica loca.

—¡Dios te oiga! —replicó doña Rita, abrazando a su hermana—. Lo que es yo, sólo cuento, para llevarlo todo a buen término, con mi manda a San Judas Tadeo.

Se había dirigido hacia un nicho embutido en la misma pared, donde el aletear de un cabo moribundo pintaba muecas en el rostro de la escultura cuzqueña que representaba al santo de su devoción. No fuera a traicionarle su manda, el Judas —pensó involuntariamente doña Rita, mientras cambiaba la vela.

Entre tanto, en el dormitorio de Constanza se oían desesperados sollozos. Si la tía Pepa y la tía Rita hubieran pasado a darle las buenas noches a su sobrina, en vez de desentenderse egoístamente de las inquietudes que la tenían o la hacían fingirse enferma, se habrían enterado de una noticia que, al parecer, venía a solucionar todo aquel problema sentimental.

¿Qué había sucedido, pues?

Que don Diego Portales ya no estaba en el Perú. Realizada al fin su liquidación; poco después que partiera Rengifo, acababa de embarcarse, a su vez, rumbo a Chile, sin más aviso ni bulla que la carta escrita desde a bordo en que se despedía de Constanza.

La joven duda, aún, si será cierta tanta desgracia. No comprende por qué nada le dijo de su viaje en la última entrevista de hace apenas una semana. No comprende a este hombre raro, tan sincero, tan recto —no puede dudar que así sea— que, sin embargo, se ha portado con ella lleno de enigmas. La quiere: todas sus cartas y sus versos se lo dicen. ¡Y cómo se lo han expresado, mejor que las cartas, su penetrante mi-

rada azul y la mano querida que se posó sobre su frente y la acariciaba, soñadora! Recordando que, al efectuar aquel gesto, le había dicho él con inusitada ternura: «Niña inocente, niña loca y querida», Constanza no puede retener el llanto y vuelve a sollozar dulce y amargamente. Sí, me quiere —repite—; sí, me quiere. ¡Cómo me miraba!... Recuerda que la había reconvenido, primero: era una inconveniencia, para una muchacha, llegar así, sola, a casa de un soltero. Además, ¿no había prometido ella que serían amigos, solamente, como él se lo exigiera? Ella, de costumbre orgullosa y rebelde, se había sentido tan humilde frente a él. No hallaba cómo disculparse y sólo contestaba: «¡Lo quiero, lo quiero tanto! Ud. no volvía a pasar por mi casa, tenía que verlo».

Diego había permanecido un instante mudo y, al parecer, hostil. Su mirada fijaba con dureza el enlosado, en tanto se le acentuaba el ceño. Entonces, Constanza había gritado desesperadamente: «¡No me quiere; está enojado!»

Fué en ese momento —evoca de nuevo la escena—, cuando Diego la miró: sus ojos se veían claros, llenos de sol, como si les brotara alegre calor con qué desentumecer el alma de ella, toda encogida, y le había dicho, acariciándola: «Niña inocente, niña querida»...

¡Oh, qué horrible dolor! ¡Ahora no lo verá más, nunca más! Su paso y su voz ya no los oírás, y comprende por vez primera por qué es tan terrible la muerte: es una ausencia irremediable. Pero quiere releer la carta que le trajo su desgracia. Ni ella ni la Jesús sospechaban, a la hora de comida, cuando aquélla le deslizó el billetito recibido, todo lo que puede contener de sufrimiento un simple pliego de papel. Mira la esquela y la vuelve a mirar, como si interrogara un enigma. Tiene la extraña sensación de no ser ella Constanza Nordenflycht; de no ser la carta una carta; como cuando se quiere escribir una palabra de cuya ortografía no se tiene seguridad y, al repetirla y deletrearla se la encuentra tan rara que parece se la estuviera oyendo por primera vez y contuviera ocultos significados.

Cae su vista sobre la firma derecha, bien construída, firma de hombre a quien no le tiembla el pulso: . . . como a ella. La rúbrica parece una laceadura —piensa Constanza—. Sí, bien puede Diego atravesar

todos los mares y alejarse adonde quiera: la tiene atada a él para siempre.

Nuevos sollozos y nuevas lágrimas que manchan la tinta del papel. Constanza se siente desfallecida, incapaz de volver a leer. Recuesta la cabeza sobre la almohada. No sabe si sueña, si está muerta o durmiendo. Su memoria le devuelve algunos párrafos que se entremezclan a una especie de delirio. «Bueno, mi niña querida... a afrontar la realidad... Bueno, mi *niña querida*...» Niña inocente y querida... ¡No, esta frase no es de la carta, es de antes!.. No me quiere, ya que se fué... Mi niña querida, no; niña loca, sí... Caminaba la loca y llegó a casa de un soltero... la loca de Don Diego... «sus tías tienen razón, toda la razón»... ¡Diego, Diego! ¿quién va a ampararme si tú te vas?... Diego, no seas cruel: ¿cómo otro novio?... «Todo tiene remedio, si faltó yo, no faltará un novio que la quiera; y si también falta el novio, allí tendrá al Señor, buen esposo de todas las vírgenes rezagadas, aburridas o apenadas, etc., etc.» ¿Eso has escrito, Diego? ¡No, estoy soñando! Te gusta hacer burla de tus mismas penas... Diego, mis penas no son para la risa. Diego... Diego Portales... y la rúbrica, como un lazo. Un lazo... Constanza es un bulto... el bulto laceado desde el vapor... Diego... el mar... el lazo... Súben, suben las olas, revientan su llanto...

Obscuridad, silencio, leve ruido de respiración oprimida como la de un niño que se ha dormido entre lágrimas.

## C A P I T U L O V

### DON DIEGO EN SANTIAGO

**E**L edificio que ocupa la esquina de Catedral y Morandé está rodeado de rotos, criadas y sirvientes del barrio, que se apiñan contra las altas ventanas y miran hacia el interior; uno que otro caminante, en esta hora avanzada, se detiene, curioso.

El café de «La Unión», inaugurado con éxito hace algunos meses por los señores Rengifo y Melgarejo, abre hoy en su mismo local una filarmónica o sala destinada a conciertos y bailes. Lo mejor de Santiago está allí reunido, ávido de espectáculo y entretenimiento. En el programa figuran como doce números de concierto y otros tantos de baile. Ha sido necesario eliminar parte de los aficionados que se presentaron a proponer su colaboración, pues difícilmente se hubiese podido dar cabida a todos los concertistas de Santiago.

Un grupo de retardados viene llegando al café, comunicado con la sala de espectáculo por una puertecita interior. Los tres billares están abandonados, igualmente las mesitas de consumo. La gente, y hasta parte de los mozos, están pendientes de la filarmónica. Sin embargo, en una de las mesitas del fondo, un señor alto, delgado, moreno, imparte órdenes a los del mesón, tras el cual bulle ruido de copas, platos, de pasos que van y vienen y que revelan la vida de los bastidores donde se están cocinando y preparando los manjares y bebidas que han de dar a la fiesta su parte de combustible animador.

—¡Ahí está Rengifo, siquiera! —observó uno de los que llegaban, hombre delgado, de aspecto débil, con un defecto evidente en el ojo derecho.

Rengifo se adelantó al encuentro de sus amigos, el tuerto Gandarillas y Diego Benavente. Los invitó a sentarse y llamó a un mozo para que sirviera refrescos.

—¡Sólo a Portales podía ocurrírsele traernos aquí, en plena fiesta, para hablar de negocios! —dijo Benavente, colocando su espada sobre una de las mesas—. A este niño alborotado se le hace elástico el tiempo y mete cualquier cosa dentro de una misma hora.

—¿Cómo es que no ha llegado? —preguntó Gandarillas.

Rengifo se rió:

—¡Que no ha llegado! Está en el concierto; a él le interesa la música. Me pidió que los entretuviera un momento y no lo «fregara». La verdad es que está con la boca abierta escuchando los gorgoritos de la Isidora Zegers.

—¡Ah, sí! —exclamó Benavente—, dice mi mujer que tiene una voz magnífica. No podía conformarse de no venir a oírla, pero habría sido imprudente que saliera de noche tan recién levantada. Por eso también quisiera yo no demorar demasiado en volver a hacerle compañía.

Gandarillas, sin reparar en lo que decía Benavente, preguntó, refiriéndose a la cantante:

—¿Es la que acaba de llegar de Europa?

—¡Sí! —contestó Rengifo—. Viene con un repertorio desconocido aquí. Pero —agregó— falta ya poco para que termine el concierto y Diego pasará aquí, donde cenaremos tranquilos, apartados de la concurrencia.

La puerta de comunicación se abrió de pronto, dando paso a un muchacho rucio y desgarbado, y tras él, como un efluvio melódico, penetró hasta los comensales la frase de un canto que decía: «¡Oh, quante lácrime!»... Pero la puerta se cerró y la voz quedó tamizada de lejanía.

—Ahí viene Melgarejo —dijeron a un tiempo Rengifo y Gandarillas.

Venía éste frotándose las manos.

—¡Es todo un éxito, señores, nuestra filarmónica!

Cordiales apretones de mano contestaron a su declaración. Luego, Benavente preguntó por su tocayo.

—Quiso oír el bis —explicó Melgarejo—. No sé si por culpa de la pieza —de un tal Rossini—, de la voz, o de la cantante misma; pero a Diego se le contraía el rostro de emoción.

Al oír el nombre de Rossini y el comentario, a Rengifo le pareció reconocer aquel aire y aquella frase: «¡Oh, quante lácrime!»... Su memoria iba dibujándole la pared blanca y la ventana desde donde salía otra voz que cantaba la misma romanza, cuando en las tardes él y Diego Portales iban a pasearle la reja a una muchachita limeña. Quizás esta música no hubiese sido suficiente para evocar a Constanza, pero se añadía el hecho de que, entre la correspondencia de negocios llegada del Perú, recibiera una carta de aquella lejana amiguita, quien le suplicaba hacer entrega de otra, adjunta, a Diego Portales... Y allí la tenía,

guardada en su bolsillo, esperando el momento oportuno para cumplir el inesperado encargo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Melgarejo.

La respuesta ya no importaba. En la sala contigua, estrepitosos aplausos y ovaciones ponían fin al concierto. El bullicio de sillas desplazadas, de pasos y comentarios que llegaban por la puerta que se abría dando salida a algunos hombres, distrajo la atención del grupo que esperaba a don Diego.

Al fin apareció éste, excitado por la fiesta o por alguna emoción. Sus ojos brillaban; su andar era nervioso. Al divisar a sus amigos se abalanzó hacia ellos con los brazos abiertos como si fuera a abrazar el conjunto.

—¡Vamos, los niños, y aquí embodegados como ratones! Perder esa maravilla de Zegers y la otra, una tal Rosario Garfias, con una voz de este porte —separó las manos, indicando— como si fueran tres en una las que cantaran: contralto, soprano y sopranillo. Y el tuerto que pudiera aprovechar siquiera el oído. Y el tocayo que abandona a su ilustre esposa. Ahora, a desembuchar sobre el negocio. Lo que es yo, por lo que se me ha anticipado, estoy listo. No creo que haya que pensarlo mucho.

Se habían ido sentando en otra mesa un poco más grande que les indicó Rengifo. Benavente sacó un documento y empezó a explicar. Se trataba, como todos sabían, de un negocio con el Estado.

—Sí, —dijo Rengifo—; la operación de Londres ha resultado desastrosa y no podía ser menos. Un empréstito de un millón de libras esterlinas al interés de 60% con 1% de amortización. —Había tomado lápiz y papel como si fuera a sacar por su cuenta el problema—. Y una comisión de lanzamiento de 1½ —continuaba, apuntando—. Colocado el empréstito por la firma Hullet Hermanos y C.º, al 67½%, su rendimiento efectivo sólo alcanzó, en consecuencia, a la suma de —escribió la cifra—... 675,000 libras esterlinas.

—De esta cantidad, —comentó Benavente— Chile hizo a su vez al Perú un empréstito de un millón de pesos plata para los gastos de la guerra de Independencia.

—Pero —continuaba Rengifo— como el Perú no ha cubierto a tiempo los intereses de amortización...

—Comprendo —interrumpió Diego Portales— la situación del erario mejorada momentáneamente, artificialmente, se ha hecho ahora angustiosa frente al servicio de la deuda.

—Por eso el Gobierno ofrece a propuesta el privilegio del Estanco —dijo Benavente.

—¿En qué condiciones? —preguntó Portales.

—Por todo pago —explicó Rengifo— recibirían —volvió a anotar— el de los trescientos cincuenta y cinco mil quinientos pesos anuales.

—Puestos por semestres en Londres por cuenta de los empresarios, —agregó Benavente, y entusiasmándose, continuó—: A mí me parece un negocio de enormes proporciones, siempre que lo tomen buenas manos. El grupo de nosotros, por ejemplo. Se podría hablar también con Elizalde, los Errázuriz y otros.

—Yo no demoraría un día más en pensarlo —apoyó con ardor el impresionable Gandarillas—. No hay que dejar nos ganen el quien vive.

—Pues, yo lo pensaría —dijo con calma Rengifo.

—En cuanto a mí —repuso Portales— lo pensaré por cierto; pero hasta mañana solamente. No hay que dejar que se le afiambre a uno ni el pensamiento —dijo, mirando con burlona sonrisa al tranquilo Rengifo—. Pero ¿saben? Yo propondría más ampliamente aún el negocio: que nos dieran la concesión también de los vinos, té, licores y naipes.

—¡Eso es! —exclamó, con brusca espontaneidad Benavente, como si sólo en ese instante se le ocurriera la misma idea, cuando no había pensado en otra cosa sino en hacer aquella proposición. Pero no gustaba de compromisos y responsabilidades y su astucia le había hecho esperar que otro se adelantara a hacer la proposición.

—Mira, milico —reparó don Diego, malicioso— ¿a que a ti se te había ocurrido también?

—Sólo cuando dijiste, hombre —repuso con magnífica naturalidad Benavente.

Ya iban terminando de cenar y los primeros acordes de un minué llegaban desde la sala de baile.

—Este sí que no lo pierdo —exclamó don Diego levantándose de un salto—. Sigán lateando Uds., si quieren, tropa de maricones, que no saben lo que es hacerle reverencias a una buenamoza.

Rengifo lo siguió y, antes de que entrara a la sala, le habló unas palabras en voz baja.

—No me echés a perder la fiesta, —balbuceó Diego ligeramente demudado.

—Sigue bailando, la leerás cuando llegues a tu casa. Te la quise entregar por si no nos vemos después; yo tengo que dar mis vueltas, y tú, metido entre toda la gente...

Le pasó la carta, y don Diego, el ceño arrugado, se la puso de mala gana en el bolsillo del chaleco. La mirada azul cruzó la mirada negra y comprensiva del amigo.

—¿Te interesa la novelita, no? —dijo con rabia Portales—. Pues, nada sabrás para que aprendas a alcahuete.

Y, dándole la espalda, se metió a la sala de baile.

El agrado de la fiesta ya no le seduce. Siente como si la varilla del Hada maligna que llega en el mejor instante a romper un agradable encantamiento, hubiese pasado por el baile apagando luces, convirtiendo en maritornes las princesas y en andrajos las lujosas vestimentas. Esa leve carta venida de otras tierras, pesa en su bolsillo y le comprime el corazón. No se explica si es de tristeza o de gusto el sentimiento que lo atormenta con extraña inquietud. Un desasosiego creciente invade su alma como el escalofrío de la fiebre pronta a defender el organismo amenazado. Comprende que se le está complicando la existencia, sin saber exactamente por qué. No ha leído aún la misiva, pero siente que algo perturbador le llega con esta carta, y sus presentimientos nunca lo engañan. Era preferible saberlo luego. Además, bajo el mal sortilegio las mujeres del baile habían perdido ahora su importancia; como una cenicienta olvidada, la imagen de una muchachita lejana viene silenciosamente, en medio del bullicio, a reclamar la parte de atención que se le debe. Su niña Constanza le estaba agarrando terriblemente el corazón a través del pequeño sobre guardado. Su niña Constanza que cantaba

—no con tan ágil voz como la de la señorita Zegers, pero con más cálida emoción «—¡Oh, quante lácrime!» . . .

Sí, cuántas lágrimas no habría vertido por él la apasionada chiquilla.

Don Diego se escabulló de la sala por una portezuela de costado que daba a un pasadizo, de donde se salía también a la calle sin pasar por el café. Pidió a un mozo el sombrero y la capa, y, al fin aliviado, se marchó.

La pieza que habita don Diego, calle Ahumada al llegar a la Alameda, tiene de corredor y de celda monjil. Sobre la pequeña cómoda un candelabro con cuatro bujías ilumina en claroscuro el estrecho catre de fierro y una amplia mesa-escritorio, dispuesto en uno de los extremos del cuarto demasiado largo. El demás espacio queda libre porque a don Diego le gusta poder caminar dentro de su propio dormitorio. Una gruesa estera de totora, dividida en trozos fáciles de sacar para el aseo, —¡ay! del sirviente que no barriera y sacudiera bien— amortigua los pasos.

Desde lo más oscuro del extremo opuesto al en que están los muebles, una sombra se desprende y sube condensando, sobre el envigado del techo, el dibujo de una silueta. Y luego, desde el suelo, como si fuera espejo reflector del techo, surge la imagen viva de don Diego en su habitual paseo de meditaciones. Con paso ahogado y elástico, un tanto febril esta noche, avanza y llega hasta el catre, da media vuelta, se hunde otra vez en la sombra. Aparece pronto, de nuevo, la silueta en el techo, y tras ella, abajo, vuelve hasta el catre don Diego. Y así, largo rato, se desplazan en el silencio las sombras agitadas por el vaivén y las meditaciones de don Diego.

Adquirió esta manía de pasarse con su primera gran preocupación: cuando enfermó la Chepa. Necesitaba librarse, por el movimiento, de la excitación interior. Después de muerta ella, los paseos llevaban el fin de evocarla, ayudando a la imaginación por medio del movimiento. Después . . . fueron las primeras dudas religiosas que urgían discusión a

solas consigo mismo; y, abandonado de Dios, la necesidad de no vivir como un bruto, de dedicar un momento del día a un humano examen de conciencia. Así, habíase fortificado en su espíritu el sentido de la responsabilidad. Solo, frente a sí mismo, no cabían engaños; las cuentas debían ser del todo limpias. Ya no podrían borrarse los hechos, el mal, con una simple confesión o arrepentimiento; era preciso vivir en plena rectitud. Como consecuencia, la inflexibilidad iba a caracterizar la línea de su conducta; había que aceptar los defectos de sus cualidades, y para él la primera cualidad de un hombre era la lealtad. ¿Cuánto tendría que sacrificarle a esta Diosa? El hombre ha de tener sólo una palabra: quien transige hoy, transigirá mañana; no importa qué razones se invoquen para ello. Esta noche comprende dolorosamente cómo la vida no es un juego al que uno se entrega, sino que debe ella adaptarse a la conducta que el hombre se ha trazado. Se pregunta con angustia qué va a hacer frente al problema que surge en su existencia, tan inesperadamente. ¿Por qué esta persecución, después que creía haberse librado de aquel amor? Tanto esfuerzo anulado de pronto por la tenacidad de una chiquilla... Y, sin embargo, es imposible, imposible...; ella lo sabe, aunque ignora el motivo. ¿Creerá que el motivo puede ser vencido? ¡Jamás! Diego no empeña en vano su palabra consigo mismo. Hay pactos doblemente sagrados... ¡Qué tortura bien merecida por su ligereza! Aprovechar siquiera la lección para el futuro: sí, no volverá a poner sus ojos sobre mujer que por sus condiciones lo exponga a un amor como el que le tuvo a la esposa. Amoríos, aventura, bueno. Nada más. Sin embargo éste que se presenta no puede ser ni amorío, ni aventura, y ¡cómo lo seduce la pasión sincera, profunda de esta niña inocente! La conciencia de don Diego está en dura prueba. Sus manos se le crispan en los bolsillos, quisiera gritar. De pronto lanza, formidable, su interjección preferida. Con el estallido de la propia voz se ha disipado como ante un conjuro la enervante inquietud. Don Diego sonríe, sarcástico, ahora.

—¿Pero he de ser más papista que el Papa? —se dice—. ¡Que se venga, la muy tonta, para su propio mal! He hecho todas las objeciones del caso. Nada tengo que reprocharme. En fin, queda una esperanza: es mujer, mujer honrada, por añadidura. Cuando comprenda bien que

no hay vuelta, que no me caso, ya se volverá sumisa al redil. A acostarse, don Diego, si no le va a doler la cabeza mañana, y es preciso pensar con claridad en el negocio ese que nos va a llenar de plata los bolsillos.

Puso el candelabro encima del velador, tomó la carta que había dejado sobre el escritorio y la acercó a la llama de la vela.

—¡Ah, imprudente doña Constanza; que tenga que ser yo el que vele por su honra! Las cartas suelen extraviarse y las palabras que contienen, son, a veces, mal interpretadas...

Contorsiónase el papel como si protestara e hiciera esfuerzos por que le dejaran seguir testimoniando de un grande amor: el que no mide consecuencias y sólo sabe entregarse.

## CAPITULO VI

# CONSTANZA LLEGA

NIEBLAS, sombra, caos... Vaivén, oleaje, aguas caminantes, océano en marcha: todo el mar hace falta para arrastrar tan grande peso de amor...

Nieblas, caos...

Balancéase el velero, frágil bulto laceado desde una lejana costa.

Lazo sutil de rúbrica, trazo leve que se contorsiona y engruesa y es ola.

Suben las olas, arrollan el bulto.

Bulto, velero, mujer...

Ninfa que emerge de las aguas y aparta, debatiéndose, las nieblas.

Sale del sueño.

Despierta, en su agitación, Constanza. Mira con extrañeza aquel cuarto como una caja a su medida en que se balancea la estrecha cama, cuna mecida por el mar, cuna viajera que avanza y la lleva. ¿Acaso

sueña, todavía? Soñaba, hace un instante: era la noche aquella en que recibió la carta de despedida de don Diego. Pero el velero que se lo llevó, entonces, se la lleva ahora a ella, siguiendo rumbo a Chile, la misma ruta que él siguiera.

¡Qué alegría, volverlo a ver, al fin, después de un año, o más, de ausencia!

¿La reconocerá? ¡Ha cambiado tanto; está tan delgaducha!... «—¡Oh, Diego! ¡Es como si hubiera estado muriéndome durante un año!»

Pero ahora siente Constanza una vida terrible pasar como el oleaje mismo del mar por todas sus venas: ¡Qué alegría volverlo a ver! ¡Qué importa sufrir como ha sufrido! ¡Qué importa sufrir mil veces más!

«¡Cómo lo quiero, cómo lo quiero!» —repite la niña Constanza; y se arrodilla sobre el angosto tablero del lecho, cruza las manos, levanta los ojos hacia la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro a quien tiene encomendado su amor.

En la imagen se estompa la figura de la Virgen; se le sustituye otra, varonil, ante la cual el rezo esbozado se convierte, a su vez, en arrullo de amorosas palabras. Dentro de unas pocas horas, menos quizás, si el viento es favorable, podrá verlo. Imagina de mil maneras el encuentro. Sueña despierta, y ya no siente el paso del tiempo.

De pronto, forzosa vuelta a la realidad. Se oye intenso correteo de marineros sobre cubierta, y en el camarote vecino, nítidamente, la voz de Mr. Grey le dice al compañero: «*We have arrived, get up.*»

En efecto, el bergantín «Colonel Allen», gracias al viento propicio, ha llegado antes de lo que se podía prever. El ir y venir, de proa a popa, en los preparativos de bajar el ancla, ha despertado de súbito a los pasajeros en su dulce modorra de la madrugada.

¡¡Valparaíso!!

Constanza, trémula, se viste atropelladamente en el angosto camarote que ocupa sola, desde que bajó en Antofagasta su compañera de viaje, la esposa de un comerciante español radicado en Bolivia.

¡Valparaíso!... Diego vendrá a esperarla; no la dejará abandonada. Es capaz de mandar a Rengifo. ¡No, no! ¡Constanza quiere verlo a él, a él!

Se le cae el peine de tanta nerviosidad y tanta prisa. ¡Si parece que el pelo se le enreda en vez de alisarse! No estará nunca lista. Pues, tanto peor, no hay para qué ostentar aquel ensortijado peinado de niña grande. Sus trenzas de colegiala, no más. ¡A él le gustaban! Se lo dijo en unos versos tan lindos: «¡Tus trenzas de chiquilla, que atan mi corazón!...» —Las trenzas, claro, pero enroscadas en la nuca para no parecer una chica.

El mal azogado espejo refleja una carita alargada, pálida, de mirar apasionado. De pronto, los ojos de Constanza se clavan con angustia en los de su propia imagen:

¿Si habrá recibido Diego, la carta en que le anuncia su embarque para Chile?

Los músculos contraídos del rostro se distienden. No hay por qué atribularse, ha pensado Constanza; de alguna manera sabrá llegar a tierra una nieta de conquistadores que ha tenido el valor de venirse sola, hurlando la vigilancia y autoridad de sus tías. ¡Qué... nieta de conquistadores! A medias, solmamente. ¡No, ella no es valiente! Casi puede decirse que es miedosa. La audacia para afrontar contrariedades domésticas y peligros le nació así de repente, de tanto querer. Por Diego, ella que tiembla ante una araña, pasaría por toda una ciudad de estos bichos...

En el puente se han ido amontonando bultos, cajones, paquetes; y cerca de las grúas, la carga pesada. Los pasajeros van y vienen con caras de regocijo. Se saludan, se despiden, comentan la imprevista llegada al amanecer. Un gringo saca un pequeño aparato —telescopio lo llama— y mira hacia la bahía: se acerca, se agranda la herradura rucia del anfiteatro de cerros bañados con los tintes purpúreos del amanecer. El cielo, como lavado de leche, está clarito detrás de las colinas frondosas. Un ligero vaho —el aliento del mar de madrugada— baña la parte baja del puerto; y se diseñan, como al trasluz, las casitas chatas y ligeras construídas después del terremoto de hace un año solamente.

Como pájaro que detiene el vuelo para posarse en tierra, va estremeciéndose el velero, mientras se oye el ruido del ancla que baja.

Ya no se necesita del telescopio de Mr. Grey para gozar en todo su esplendor el magnífico panorama de la bahía. Valparaíso: valle del Paraíso, le han nombrado, y con razón, los que por vez primera arribaron a sus hermosas costas. ¡Valparaíso! Constanza, sensitiva, vibrante, no se sustrae al encanto de este paisaje de belleza. Además, allí vive Diego Portales.

Al fin se divisan las primeras lanchas que vienen en busca de los pasajeros para llevarlos al muelle. Se estrechan las manos de los que, durante un mes, hicieron vida común. Constanza echa de menos a la señora Hernández, única persona de a bordo con quien se había ligado. Por naturaleza huraña, su actual situación la ha hecho retraerse más todavía. Gracias a Dios su compañera le había salido, aunque simpatizante, discreta. No ha averiguado más de lo que se sabía por el capitán respecto a Constanza: esto es, que un señor de Lima se la recomendó como sobrina suya, en viaje a Chile, donde va a visitar a unos parientes.

Don Diego no ha venido al encuentro de Constanza. Era necesario tomar medidas que no comprometieran a la inconsecuente muchacha. Por esta razón, la noche anterior a su llegada, don Diego se había dirigido al hotel de Madama Pharoux, respetada francesa que lleva muy bien su negocio, y había reservado una pieza para «una joven emparentada con mi familia», díjole a la dueña. Y había agregado: «Supongo que sólo permanecerá aquí unos pocos días, pues entiendo que va rumbo a Santiago, donde viven sus parientes más inmediatos. Le ruego —había insistido astutamente—, que me la atienda lo mejor posible, porque yo estoy hasta aquí de trabajo y casi no podré verla».

Luego había redactado una carta para Constanza, que le entregaría al mozo con quien pensaba mandarla a buscar a bordo.

Y es así como Constanza, puestos los ojos sobre cada persona que asomaba en las lanchas, buscaba y buscaba, inútilmente, anhelante, la silueta inconfundible de Diego Portales.

Al fin, desde una chalupa, un mozo gritó: «—¡La señorita Constanza Nordenflycht!»

Constanza se estremeció.

—Una carta para Ud., —dijo el hombre, cuando Constanza se hubo dado a conocer—. Vengo a buscarla —agregó— de parte de su familia.

Mientras Constanza bajaba, el hombre fué recibiendo los bultos, y luego partió la chalupa.

El mar estaba quieto; los remeros silenciosos. Constanza, con mano que le temblaba, abrió la carta y leyó:

«Mal, muy mal, mi niña querida, el no haber esperado mi contestación y mi *aprobación* para embarcarse. Parece Ud. quiere obligarme a ponerle cara fea. En fin, a lo hecho. . . , ya hablaremos del asunto y veremos cómo pueda remediarse. Por ahora, ésta va para decirle que siga mis instrucciones *al pie de la letra*. Se hospedaré Ud. en el hotel de Madama Pharoux, persona honorable, que la atenderá muy bien, donde la llevará el mozo que le entregue mi carta. Ud. es prima de unos parientes míos y viene a Santiago, adonde la esperan. A mí no me conoce Ud. Recapacite bien la lección y apréndasela como si fuera un canto que le va a entonar a la gabacha Pharoux.

«Ahora, cuando se haya instalado y descansado, dése una vuelta por el puerto, y caminando, caminando, como gringa en mal de excursión, adéntrese Ud. por la calle comercial, husmee por allí lo que se puede comprar, y a lo mejor se encuentra con que necesita un sombrero o medias para el novio, un paquete de yerba para las tías —o, si prefiere, pimienta— todo lo cual puede serle suministrado por la tienda, a su disposición, de Portales, Cea y C. Eche una aguaitadita a los letreros, y donde vea el más importante se detiene, que ésa es la mencionada tienda. Entonces se encontrará con que al dueño le ha dado por echar una canita al aire después de divisar que hay afuera alguna buenamoza. Ud. lo deja, no más, que salga: (Ud. no lo conoce, acuérdesse de su canción), y lo que él haya caminado media cuadra «con ese paso tan suyo» que alguien tiene pegado en el oído así como su voz. . . — Muy bien que recuerde ésta, ese alguien, porque el personaje irá mudo y serio, ni más ni menos que beata en mal de tragar hostia,— entonces Ud. lo sigue, como a niña bonita, hasta que llegue al primer bosque del cerro.

Allí se detendrá él para mirarla a Ud. y reírse, porque vendrá jadeante y corriendo a echársele en los brazos. Al fin podrán conversar, estos dos pobres, sin testigos ni perros guardianes, de tanta cosa que hay que hablar.

«Y no le digo más, ni le mando un abrazo, porque no quiero dejarla reventada antes de aquel maldito encuentro.—DIEGO»

Las voces de los remeros, que ya atracaban al muelle, sacaron a Constanza de su embeleso. Dobló precipitadamente la carta y la puso en su bolsita de mano. Lloraba en su alma, de gusto, al pensar en el «maldito encuentro», ya próximo, en que se la amenazaba con un abrazo, un abrazo de Diego.

## CAPITULO VII

# DOS PROBLEMAS: EL ESTANCO Y CONSTANZA

DENTRO del recinto de los Tajamares —sólido parapeto de albañilería que protege la ciudad contra las inundaciones del Mapocho—, se extiende hacia el oeste el paseo de la Cañada o Alameda. Sus acequias paralelas, bordeadas de álamos, corren, refrescantes, bajo la doble hilera de árboles. Marchando hacia el este, la gigantesca cordillera ofrece a los ojos el incomparable espectáculo de su azulosa majestad. A lo lejos, del lado de San Francisco, los niños del barrio juegan la última partida de chueca. En la calzada, frente a las calles centrales, pasan las calesas con su escolta de jinetes, jóvenes galanes que desde ambos costados mariposean alrededor de las bellas que lucen atavíos a la moda de Francia: amplias crinolinas que abarcan el coche. Sólo uno que otro carretón cruza, a esta hora cercana del

almuerzo, por el aristocrático punto de reunión. A veces un burro suelto estorba el paso. Vendedoras de flores y golosinas pregonan las excelencias de la «albahaca, albahaca pa' las niñas retacas»; o de la aloja, mengues y alfajores «de las monjas». En la espaciosa banda central reservada a los peatones, numerosos escaños ofrecen asiento a los que pasean.

Una calesa se detiene, de pronto, cerca de la calle Moneda (1) y bajan dos hermosas mujeres, acompañadas de un militar. Se encaminan los tres frente a uno de los escaños donde un grupo de jóvenes, unos sentados, otros de pie, discuten bulliciosos. Al paso de las damas, mientras el militar se detiene frente al grupo, un revuelo de altos sombreros de copa les hace el homenaje del saludo. Contestan, corteses, y siguen adelante, doña Mariquita Cotapos y la ilustre viuda de José Miguel Carrera, ahora esposa de Diego Benavente y cuñada de una de las Cotapos, la viuda de otro de los Carreras.

Doña Mariquita ha mirado de reojo buscando, dentro del grupo, a alguno en particular. Ha alcanzado a reconocer a Elizalde, a Palma, a Errázuriz, a Bustillos, a Melgarejo, que están de pie y tapan a los del banco. Pero luego su corazón palpita al oír una voz que dice:

—Afortunado tocayo: nosotros aquí trabajando, y él, entre buenas mozas, se daba su paseíto en calesa.

Pero —¡ay!— es preciso seguir: no está bien visto mezclarse con los hombres en la calle. Y, suspirando doña Mariquita, del brazo de su amiga, se interna en la fila de las que pasean.

Sentado en el escaño, los brazos cruzados sobre el pecho, Diego Portales interpela al tocayo, actual Ministro de Hacienda, echándole en cara que el Gobierno no procurase especial policía para resguardar del contrabando el Estanco.

—Ello incumbe al Ministro del Interior —contestó socarrón, Benavente, indicando a Gandarillas, sentado a la derecha de Portales.

—¡Qué!... —dijo don Diego— cuando se le señala un mal que remediar al que tiene ojos chuecos, mira, «tal vez», pero sale viendo otra cosa cualquiera más allá de lo que se le indica.

—Así somos los tuertos —contestó, riendo, Gandarillas— y por eso confiamos en que sepan averiguarse solos los que tienen buenos ojos.

1) La calle Moneda era la actual Morandé.

Policía, hombre, si no la hay suficiente ni para resguardar la propia capital. No hay fondos con qué pagar los sueldos del ejército y vamos a crearle a su merced don Diego un cuerpecito de carabineros especial.

—¿No decía yo que el tuerto tenía que mirar más allá? Una buena dueña de casa —y no es otra cosa el Ministro del Interior— debe arreglárselas para que le alcance hasta para dar limosnas. Bueno, mi señor Gandarillas, ¿cómo quiere Ud. llenar sus arcas fiscales si no presta ayuda al Estanco y deja que nos roben? ¿Con qué va a pagar el monopolio, si la mitad de sus entradas está sustraída por el contrabando?

Portales empezó entonces a darles cuenta de los últimos informes recibidos. Cea le escribía desde Valparaíso que en el mismo puerto bur-lábase la Aduana. Para qué decir, a lo largo de la costa, en puertos menores y en las caletas; esto principalmente en lo que se refería a licores, naipes y té. En cuanto al tabaco, las plantaciones en distintos fundos al interior, se proseguían tal cual si no existiese la ley de Estanco. Pero nada sobrepasaba los abusos de la otra plaga de contrabandistas, los de la cordillera, protegidos por los bandidos Pincheiras, a quienes pasaban parte de su mercadería. En resumen, si no se tomaban serias providencias, el negocio del Estanco estaba desde sus comienzos seriamente comprometido.

—¿Cómo no comprenden, los hombres de Gobierno —decía ahora, iracundo don Diego— que todo es cadena en la vida, que lo que afecta a un eslabón afecta a los demás? Que se proteja el comercio particular y el erario será el primer favorecido.

El circunspecto Ramón Errázuriz, uno de los principales accionistas del Estanco, demostraba la difícil situación en que se debatía el Director Freire, obligado a sofocar los continuos conatos de revolución, y la imposibilidad, con las escasas tropas disponibles, de distraerlas de sus fines más inmediatos. Era necesario solucionar el problema entre los mismos estanqueros. Se ofreció, entonces, a facilitar una importante suma de dinero para que se creara un cuerpo de vigilantes que resguardaran las costas y los pasos de la cordillera.

A una voz aprobaron y aplaudieron la sensata medida propuesta. Rengifo que había llegado, desde un instante, a formar parte en esa ori-

ginal sesión al aire libre, sacaba su lápiz y calculaba costos. Se convino, en seguida, en incorporar algunos accionistas más que contribuyeran con nuevos fondos al incremento de la suma que facilitaba Errázuriz.

—Bien,—aprobó don Diego— pero no todo lo hace el dinero. Es preciso, a más de la orgnización de vigilantes, conocer antes el terreno al que se le quiere poner remedio. Iré yo mismo a tomarles el pulso a los pueblos del Sur, y tú, Boticario, —le dijo a Bustillos, palmoteándole el hombro— le pones entretanto el termómetro a los del Norte.

Siguieron unos que otros comentarios o advertencias y se dió por terminada la sesión. Los estanqueros empezaron a mirar hacia el desfile del público. Contestaba a un respetuoso saludo de Rengifo, el viejo don Agustín Vial Santelices, que iba del brazo de su hija. La muchacha era agraciada y algunos repararon en la ligera turbación de don Manuel: ¿Le gustaría, acaso, la chica?

Ahora era Portales el que saludaba a una pareja: la de doña Rafaela Bezanilla y don Tomás Ovalle, recién casados.

Don Diego no pudo reprimir una impertinente sonrisa al ver el esfuerzo con que don Tomás trataba de disimular el vientre, echándose para atrás. Su figura no era la de un joven galán: bigotudo, un tanto barrigón, cierto aire monacal le daba la apariencia de un hombre un poco maduro.

Portales, dirigiéndose por lo bajo a Rengifo, decía con burla:

—Don Tomás va un tanto embòdegado dentro de su ceñido frac, y lleva como apresada la cabeza, entre el tarro —se refería al alto sombrero de copa— y las mil vueltas de la almidonada corbata.

Rengifo se preguntaba si Diego no estaría un poco celoso al ver que al fin se había casado doña Rafaela. Recordaba que había sido ésta una de las tantas muchachas enamoradas del atractivo adolescente. Pasados los años, después de la viudez de don Diego, quizás si en el corazón de la joven brotara una esperanza, pronto desvanecida, ante la firme resolución de quedarse soltero manifestada por el intransigente viudo.

Ya se iba dispersando el grupo de los amigos, llamados a sus hogares por la hora del almuerzo.

Don Diego permaneció sentado unos instantes, todavía, Hoy estaba invitado a casa de su padre, esto es, en la Moneda, que le quedaba a un paso. Miraba el suelo y con el bastón hacía maquinalmente dibujos en la tierra. Sí, las dificultades del Estanco quizás tendrían solución... Lo que no la tenía era lo otro, el «fregado» asunto ese de su vida sentimental. Comprendía con fastidio que para interrogarlo a este respecto lo invitaba hoy su padre a almorzar. Eso no más faltaba, que viniera él también a inmiscuirse en sus asuntos personales. Como si no bastaran todos los desagradados con las malditas viejas que, en mala hora, habíanse trasladado a Chile a la zaga de la sobrina prófuga. De pronto una idea cruzó por su cerebro. De un brinco se levantó y se encaminó rápidamente hacia la casa de Moneda:

—¡Ah —exclamaba, casi en voz alta, fuera de sí—: apostaría mis calzones a que la vieja puta de Ana-Josefa Ama ha metido fraile en el asunto y le han ido con cuentos a mi padre y le están calentando ahora la cabeza!

En un extremo de la prolongada mesa preside don José Portales. Diego está a su derecha; a su izquierda, su hija Manuela, invitada también; y siguen a ambos lados, ya sin protocolo, todos los demás hijos que viven en la casa. Los domingos vienen los que faltan, los casados, y se llena como antes —en tiempos de la niñez y juventud—, y hasta se hace estrecha con los yernos y nueras, la larga, larga mesa en que dieciocho hijos —eran veintitrés, contando los que murieron en la cuna— se han sentado a compartir la merienda del hogar. Quince están actualmente vivos... Pero falta también su madre, doña María, que lo pasa en «La Quinta», con el niño menor.

¿Por qué recuerda hoy, Diego, su infancia, sus hermanos desaparecidos... la Chepa que se sentaba al lado de doña María: allí en el asiento que ocupa ahora la Teresa?

Mira a su hermana, pero en sus ojos negros ve azules ojos, y en su cabellera oscura, cabellos cobrizos; luego, aquellos ojos azules toman visos de gris acero y la cabellera se destiñe, es rubio pelo de Ofelia...

¡La Chepa se sentaba allí; Constanza no se sentará allí!

—¡Claro, la torta no le gusta a Dieguito! Te quedó medio cruda —comentó con voz chillona una chiquilla en el extremo de la mesa.

—¡Miren, cruda!... Tu crema estaría cruda. Ni la prueba.

Don Diego comprendió que se trataba de él y que sus hermanas menores entraban a rivalizar en sus agasajos.

—¡Vaya, vaya! —dijo, arriscando el irónico labio—, ¿conque no me gusta la torta? Si es que estaba distraído: un maldito negocio que se me mete hasta entre los platos que voy comiendo. Venga esa torta, quiero repetirla; y venga esa crema exquisita, y que me guarden la receta para que me la prepare mi negro.

Juana y Paula se sentían orgullosas. Reconciliadas, se comían con los ojos a Dieguito, un tanto tío-hermano por los años que les llevaba.

—Muy bien —dijo— eso de apostar carrera. ¿Y cómo vamos de novios, las dos, quién gana?

Las chiquillas se miraron con el rabillo del ojo y sofocaron una risotada.

—Trece y catorce años —seguía don Diego— ¡y nadie que asome por la esquina a pasearles la acera! Alistarse, alistarse, mis señoras, si no quieren ayudarle a vestir santos a la Teresa.

Hermanos y hermanas celebraban siempre la venida del mayor que, desechando, cuando las tenía, penas y preocupaciones personales, parecía aportar consigo un flúido especial, especie de luz y calor que se desprendía de su persona reconfortando todo ambiente adonde llegara.

Don José empezó a carraspear, vieja señal para sus hijos de que las conversaciones habían de aquietarse, pues se trataba de darle gracias al Señor por el alimento recibido. En efecto, púsose de pie y miró, a lo largo de la mesa, a cada uno de sus hijos; luego que hubo total silencio, hizo solemnemente la señal de la cruz y todos en coro rezaron un Padrenuestro a las ánimas y en seguida el «Alabado».

El abrazo con que don Diego amenazara «reventar» a Constanza, había tenido funestas consecuencias. El impetuoso Diego, a pesar de

sus buenas intenciones, hábale agregado un beso, y otro, y así fué desgranándose, de una a otra cuenta, el rosario amoroso que había de encerrar en su círculo ferviente toda la vida de la muchacha, sin que le faltase la cruz terminal.

Para tapar el escándalo de su fuga, las tías de Constanza habían venido a radicarse en Chile, con el pretéxto perfectamente verosímil — ya que un hermano del barón de Nordenflycht residía cerca de Valparaíso—, de que la niña, invitada por éste a visitarlo, se quedaba ahora del todo.

Ante la negativa rotunda de don Diego a casarse, apovada —cosa increíble— por la misma Constanza, doña Rita y doña Josefa Amá habían puesto el grito en el cielo: con sordina, naturalmente, pues se trataba de acallar el enojoso asunto. Por otra parte, nada hubiera hecho sospechar al más indagador que existía entre Constanza y el señor Diego Portales un lazo cualquiera amoroso: todas las apariencias de corrección habían sido escrupulosamente observadas por éste. Pero, al descubrir que Constanza iba a ser madre, las tías, indignadas, metieron al confesor en la confidencia rogándole interviniera con el mismo padre de don Diego, hombre creyente que no toleraría tal situación. Mas, ignoraban, las buenas señoras, que si bien don Diego tenía sus razones ocultas e inamovibles para obrar como obraba, el solo hecho de esta presión solapada, indirecta, después de su categórico no, era la peor política, la que sólo conseguiría afirmarlo para siempre en su incomprendible, quizás, pero inapelable negativa.

Ahora estaba don Diego en el despacho de su padre, dispuesto a explicarle en la mejor forma las líneas generales de esta «fregada historia», dejando en el lugar que se merecían a esas viejas «intrigantes e intrusas» que se proponían «joderlo»...

Don José, que había pasado a su cuarto en busca del rapé, volvía sorbiendo con ruido las narigadas de tabaco, como si quisiera entonarse.

Don Diego lo miró, molesto de verlo empujar con fuerza su pulgar contra las amplias ventanillas de la nariz que se le remecía. Le parecía sorprender en este gesto repetido la manifestación de cierta debilidad de carácter del anciano para abordar un tema desagradable.

—Tengo que hablarte de cosas serias —dijo al fin el caballero con tono ceremonioso y casi un poco deferente.

Don José conocía a su hijo. De niño había abandonado éste resueltamente el hogar en cierta ocasión en que le ordenara barrer el frente de la Casa de Moneda, como castigo a una de tantas audaces travesuras con que Dieguito solía entretenerse. ¿Cómo recibiría, ahora, sus observaciones a esta otra enorme «travesura» de hombre crecido?

En fin, con el mayor tino fué diciendo lo que sabía de la situación de Constanza e inquiriendo cuáles podían ser las razones que llevaban a su hijo, hombre de honor, a eludir sus responsabilidades.

Diego lo había escuchado sin interrumpirlo. Sus ojos azules se tornaban negros, señal en ellos de cólera o de pena, o de ambas cosas. Miraba sobre el escritorio un Cristo, el que había acompañado a su padre a la isla de Juan Fernández, cuando desterrado por Marcó del Pont; y pensaba, al recordar el hecho, que no en vano corría aquella misma sangre en sus venas; pero que ciertas valentías íntimas, vistas del revés en los hechos que las deforman, suelen traducirse, para quienes las ignoran, en actitud de cobardía o de egoísmo.

—Padre, —dijo, venciéndose— ya que Ud. me interroga sobre tan desagradable asunto, y a pesar de que creo sea cosa personal, que tengo suficiente edad, criterio y honradez para resolver solo, debo sin embargo satisfacerlo con mis explicaciones, pues me dolería pudiese Ud. tener la menor sospecha de que yo falte a la probidad o a mi deber. Y, si bien no me curo de opinión alguna estando yo de acuerdo con mi conciencia, soy sensible a la opinión de mi padre.

—Sé quien eres, por eso tu conducta me desconcierta. A la muerte de nuestra querida Chepita, comprendí no quisieras oír hablar de un nuevo enlace. Pero has dado pruebas desde tu viaje al Perú de haber enterrado tu viudez del todo. Entonces, ¿qué puede oponerse a que cumplas con la madre del hijo que te llega?

Don Diego se había dejado caer sobre una silla y sollozaba, sollozaba, sin responder.

—Vamos, hijo ¿qué pasa? Pero niño, ¿te he ofendido? Diego, hijo...

Don Diego se iba venciendo y secaba ahora sus lágrimas.

—Padre, —dijo con voz severa— no me juzgue Ud., como pudiera hacerlo cualquiera, por meras apariencias. La vida pide unas cosas y el corazón pide otras. Yo no he olvidado a la Chepa —afirmó con energía— ni la olvidaré nunca. Es mi esposa, aunque muerta, y mi verdadera fidelidad consiste en no darle este puesto en mi vida a ninguna otra mujer. Doy a Ud. mi palabra que fuí correctísimo con Constanza Nordenflycht, no la he engañado. Es ella quien vino a mí e insistió en este amor, después que yo había huído de Lima, más que por malos negocios, por hacer imposible toda unión con ella. He hecho cuanto puede hacer un hombre honrado para disuadirla de esta pasión funesta. No le di la razón que a Ud. le doy, como a padre, pero le hablé clarísimo sobre que, por «motivos particulares», yo no me casaría nunca, ni con ella, ni con otra, aunque vinieran hijos. Naturalmente, cumpliré con mis obligaciones y responsabilidades, en toda forma que no sea casarme. Tal vez soy raro —como dicen algunos— pero soy así.

—Habiendo fuerzas mayores, me parece que podría valerte sólo la intención de esa curiosa fidelidad.

—Padre —interrumpió con viveza don Diego—, excuse que no piense igual. Para mí, nada debe hacerse a medias: el que una vez entra en componendas con su conciencia, sea por la circunstancia que fuere, estará dispuesto a pactar nuevamente, por nuevas razones —que nunca faltan—, en cualquiera otra ocasión de su destino. Por esta convicción, yo me he trazado una línea de conducta que no admite flexibilidades. De manera que le ruego no volver a insistir nunca sobre este desagradable asunto, pues me dolería verme obligado a pasarme sin su aprobación.

—Yo no te juzgo; te aconsejo.

—Padre, —dijo don Diego, insistiendo con la mirada— que esta conversación no pase de Ud.; no hay necesidad de que se entere nadie de mis razones particulares de conducta. —Se inclinó despidiéndose, y agregó—: voy a pasar donde las chiquillas, tengo que hablar con la Manuela.

Y, sin más, cruzó por el ancho patio de piedras menudas, donde la pila echaba el chorrillo de agua con el que tantas veces en su infancia, mediante una disimulada tubería, se entretenía en salpicar a sus hermanas o a lo mozos que pasaban.

## CAPITULO VIII

### PERSONAJES DE CONCEPCION QUE HABRAN DE DESEMPEÑAR UN PAPEL IMPORTANTE EN ESTA HISTORIA

EN amplia elipse, al pie del cerro Caracol, despliéganse los escuadrones al mando del sargento mayor José Antonio Vidaurre. Concluyen de ejercitar las distintas maniobras con que su severo jefe mantiene el prestigio del batallón a sus órdenes.

—¡Adelante, mar...!

A la voz de mando, las filas se apretaron y cada soldado empezó a mover los pies disponiéndose a marchar, de regreso al cuartel. Y pronto se oyó en opaca y monótona melodía el fla, fla, fla, fla, del acompasado coro que cien pares de ojotas aureoladas de polvo elevaban desde el suelo.

Llegados todos al cuartel, el jefe separó a dos cadetes cuyo lucimiento había sido evidente en las diversas pruebas de la mañana.

—Pueden Uds. salir, tienen la tarde libre —les dijo.

—Gracias, mi Mayor —contestó, cuadrándose, Narciso Carvallo.

Santiago Florín levantó tan sólo la mano, haciendo un corto saludo militar, y se dispuso a marcharse. Entonces Vidaurre le dijo:

—Avisale a tu madre que no almuerzo en casa; estoy invitado por Alemparte.

Los magníficos ojos negros de su hijastro relampaguearon de júbilo.

—Está bien, mi Mayor —contestó el fornido adolescente, tratando de enronquecer la voz. Un imperceptible gesto de desdén torció sus labios rojos y sensuales mientras se alejaba haciendo resonar las botas con paso firme de hombre. Su camarada lo seguía, buscando acompañarlo, con la esperanza de lograr ver o divisar a Clara Florín.

Santiago se había quitado la gorra y se abanicaba con ella. Muy blanco, de mejillas sonrosadas, de cabellera negrísima y ondulada, tenía gran parecido con su hermana.

Narciso lo contempló, embelesado, pensando en la Clarita.

Santiago, mirándolo cínicamente con el rabillo del ojo, dijo:

—No soy la Clara, no te dé por entusiasmarte demasiado...

Con gusto le hubiera pegado Carvalho, pero se contuvo, tratando de echar el incidente a la risa. Más de un sacrificio le costaba ya su pasión naciente por Clara, pasión que Santiago Florín sabía muy bien explotar.

—¿Sabes? —dijo éste; (bien podía hacerle esta confesión a Narciso quien tendría que soportarla y callársela)—: Anoche se escapó de una grande, el padraastro.

Como por juego, había sacado del bolsillo un corvo, de los que usan los huasos, y lo pasaba de una mano a otra, cual si lo pesara.

—Yo me había tomado unas copas para entonarme, —continuó, guardando el arma—, y lo esperé a la salida de la tertulia de Alemparte; pero dieron las dos de la mañana y, como no salía, me venció el sueño y me fuí a dormir.

Echó un bullicioso bostezo, vestigio de su mala trasnochada.

Carvalho trataba de chancear, diciéndole que no hiciese fanfarro-nadas siniestras. Pero no ignoraba que Florín había ya intentado en una ocasión dar muerte a su padraastro. Era capaz de tan alevosa hazaña; no había más que mirarlo para comprenderlo: en la belleza de sus facciones, la expresión revelaba crueldad o frialdad bestial. Los hombres de la tropa contaban que de niño era uno de sus placeres favoritos desplumar pollos vivos para gozarse al ver sus contorsiones de dolor.

Un ruido de cascos de caballos resonó, amortiguado, sobre la tierra del camino, y pasó adelante, bien montado, seguido del asistente, el Mayor Vidaurre. Florín le mostró el puño a la espalda. Narciso Carvalho tomó entonces aquel puño amenazante y lo bajó, mirando a su compañero con valiente reprobación.

Vidaurre seguía, rumbo a la Plaza, dejando atrás a los muchachos. Al llegar frente a la iglesia parroquial se desmontó y le pasó las riendas al ordenanza. Ya de pie, erguía en su mediana estatura, dándose el aire marcial correspondiente a su profesión. En uno de los bancos divisó a Bulnes y a Alemparte que lo esperaban. Sin apresurarse —lo que pudiera hacerle perder dignidad a su paso—, se adelantó hacia ellos, la mano en alto:

—Salud, Manuel; salud, Antonio —dijo, y sus ojitos negros y ardientes miraban con disimulado escudriño. Suspica, temía que hubieran hecho comentarios desagradables sobre su persona, a raíz de haberles anunciado, la noche anterior, en la tertulia de Alemparte, su nombramiento para desempeñar un puesto en Santiago, en el Estado Mayor. Pero las felicitaciones de sus amigos habían sido cordialmente sinceras, pues ignoraban que aquel puesto, al que el mismo Bulnes pretendiera, había sido obtenido a fuerza de tenaces empeños.

—Créame, Manuel —decía ahora Vidaurre, sentándose—, cuánto siento no haya sido Ud. el favorecido; Ud. que se interesaba, —agregó—. Sin duda han tomado en cuenta, para descartarlo, el reciente intento de conspiración de Prieto.

—¿Qué tengo que ver con los actos de mi tío? No, la razón del nombramiento suyo —explicó lealmente Bulnes—, es que acaba Ud. de demostrar en Chiloé sus condiciones de jefe, y, por consiguiente, le conviene a Freire tenerlo de consejero e instructor en la misma capital.

—Sí; nos toman a veces en cuenta a los «arribanos», —contestó Vidaurre, no sin subrayar con cierto velado encono su calidad de provinciano.

—Sin duda, —observó Alemparte, sin otra intención que comprobar un hecho— al ejército del Sur se le necesita.

Pero Vidaurre, puntilloso, o por aprovechar la ocasión de demostrar sus grandes sentimientos y las altas cualidades de los militares, exclamaba con ardor:

—¿Qué quiere Ud. decir! ¿Que para contar con nuestra cooperación leal es necesario halagarnos? Somos hombres de pundonor, me parece, fieles al Gobierno.

Iba hilando frases y frases, lanzado en una de sus peroraciones favoritas en que la grandilocuencia le servía de plataforma para izarse hacia las apariencias de una personalidad noble, digna, leal, con la que impresionaba siempre a sus soldados y, a veces, a sus propios compañeros, engañándose sobre todo a sí mismo.

Pero fué interrumpido por el ordenanza de Antonio Alemparte, que traía unas cartas.

—«Del Norte», mi comandante, —explicó el sirviente— por eso la señora me le apuró que se las trajera.

—Con el permiso de Uds. —dijo Alemparte. Abrió uno de los sobres y, después de recorrer unas cuantas líneas, miró la firma—. Es de Benavente —dijo— para recomendarme que atienda a un tal Diego Portales, que llega en estos días aquí, a Concepción.

—Es un conocido comerciante —explicó Bulnes—. Recuerdo haber leído en «El Araucano» que el Senado lo había nombrado miembro del «Tribunal general de residencia para juzgar a los funcionarios públicos». Es cargo que no se le da a cualquiera.

—Ya sé de quién se trata —contestó Alemparte, que había seguido su lectura—. Aquí me explica Benavente: es el socio principal de aquella sociedad del Estanco; viene al Sur en busca de nuevos cooperadores.

—No sé hasta qué punto tenga derecho el Gobierno a ceder un monopolio de esta clase a una sociedad privada —comentó Vidaurre—. ¿Qué van a hacer todos los dueños de plantaciones de tabaco? Para muchos va a ser esto la ruina. Ahí tiene Ud., por ejemplo, a nuestro amigo Miguel Guerrero, de Chillán. Por otra parte, los que, menos escrupulosos, no quieran dejarse hundir, harán la competencia solapada mermando así los beneficios de los estanqueros; llegará entonces el momento

en que éstos no puedan responder a sus compromisos con la deuda de Londres.

—Oigan lo que me cuenta Zenteno —dijo Alemparte— y verán que nuestros comentarios de anoche no andaban desacertados:

«La situación empeora cada día —iba leyendo—. Los tres meses de gobierno absoluto, después de quitado el Senado, se desvanecieron como humo, sin haberse hecho más que la confiscación de temporalidades para tirar los frailes a la calle, y abandonar sus propiedades como bienes mostrencos, de que ni los antiguos poseedores, ni el fisco, ni nadie, han aprovechado nada. Entretanto, abolidos los más ramos de hacienda, suspenso el remate de diezmos, paralizada totalmente la aduana por falta de comercio, desacreditado el papel billete, (bonos de tesorería) hasta el punto de perder el 80 por ciento, se nos viene encima una bancarrota espantosa y de todos modos incurable.

—¿Cómo se las van a arreglar entonces para el pago de tanto sueldo atrasado? —exclamó Bulnes, al par que seguía Alemparte, casi a un tiempo:

—«A pocos empleados —¿ve Ud.?— se le deben menos de 6 a 7 meses de sueldo; yo tengo el gusto de contar ya nueve...»

—Por lo visto, estamos favorecidos —dijo Vidaurre—. A nosotros se nos deben sólo cinco. Así van también amontonándose las cuentas en el despacho, en la carnicería, y con la amenaza de que no sigan fiando.

Alemparte, que había continuado su lectura, se detuvo de pronto. Miráronse los tres, prestando atento oído: extraña agitación en la esquina de la Plaza, frente a la Intendencia, los hizo ponerse rápidamente de pie.

—¿Qué pasa? —exclamaban, en los distintos grupos, mientras se dirigía la gente al lugar del suceso.

El Intendente hablaba ahora a la multitud que, en algunos segundos, habíase agolpado en la Plaza, desembocando por sus cuatro costados, no bien hubo atravesado la ciudad, a mata caballo, un propio que seguramente traía alguna sensacional noticia.

En efecto, de Chillán pedían auxilio, pues habíase sublevado un escuadrón de cazadores a caballo que, cayendo sobre San Carlos, cap-

turaba al Gobernador e incorporaba a sus filas la guarnición local. Luego, después de saquear el pueblo, se habían dirigido a la montaña acompañando a los que les habían prestado su eficaz ayuda, aquellos Pincheiras, famosos bandidos, ex-guerrilleros del bando español, que desde el año 1819, so pretexto de ser fieles a la causa de España, ejercían el bandidaje sembrando el terror en todos los poblados del Sur.

Era preciso hacer frente inmediatamente al peligro: otros cuerpos podían seguir el mal ejemplo; sin contar que, de seguro, los Pincheiras —reforzados, ahora— aprovecharían para nuevas invasiones a los pueblos vecinos.

La ciudad estaba en alarma. Vidaurre ofreció entonces ir en persona con sus tropas a prestar el auxilio esperado, mientras Bulnes organizara la defensa de sus conciudadanos por si un ataque se produjera en Concepción.

En pocos instantes fueron acuarteladas las milicias en tanto Vidaurre recogía su gente. Al oír el nombre de los Pincheiras la sangre le había dado un vuelco en el pecho: quizás llegaba para él —así lo esperaba— la hora de satisfacer una recóndita venganza. El español Senosiains, compatriota y antiguo amigo de Joaquín Florín, había pretendido, a la muerte de éste, casarse con la viuda. ¡Qué de ardidés habían sido necesarios al joven Vidaurre para vencer a un rival del que no estaba seguro no hubiese sido el amante de la que pretendía! . . . Despechado al ser favorecido Vidaurre, Senosiains había ingresado a la montonera de los Pincheiras, jurando vengarse del militar chileno. Bien sabía Vidaurre que casos parecidos al de Senosiains, habían contribuído a engrosar las filas de los Pincheiras. Después del exterminio de Benavides, del cura Ferrebú, de Pico —jefes todos que impulsados por su idolatría hacia el sistema colonial no habían vacilado en alternar con los bandidos— los restos dispersos de sus guerrillas habíanse incorporado del todo a la montonera de los Pincheiras. Vidaurre medía perfectamente el significado que tenía este nuevo incidente: que cada tanto tiempo cualquier jefe subalterno descontento amotinase su tropa y se refugiase en seguida en la montonera, aumentando más y más sus filas, y era de

nuevo la guerra sin fin en la montaña, tanto o más difícil de vencer que la del territorio de Arauco. Mientras pensaba en aquellas posibilidades concluía febrilmente los últimos aprestos.

Listo, al fin, despachó su ordenanza con una carta en la que se despedía de su mujer, y luego de juntar a sus hombres, salió rumbo a Chillán.

## CAPITULO IX

### EL CAMPAMENTO DE LOS PINCHEIRAS

«VALLE HERMOSO» le llaman al que se extiende, montaña adentro, a orillas del Ñuble.

Aprisionando con celo el cauce por donde corre y corre el río, lanzas de follaje, apretadas, cercan ambas riberas. Se extienden, más y más compactas, en la maraña fragante de impenetrables bosques cuyos tupidos árboles entretejidos de mil enredaderas suben por las faldas abruptas como abigarrado tapiz de la montaña que esparce su olorosa algarabía verde. Y siguen, escalonando la cordillera, ascendentes hacia el azul, los cerros boscosos y nevados que encierran misteriosas hondonadas.

Buenas cuevas, estas hondonadas, para que se alberguen en ellas todos los émulos de Alí Babá y sus cuarenta ladrones. No han menester para su resguardo del «Sésamo» conjurador. Ahí están los picachos escarpados, lo torrentoso del río, las verdes lanzas del bosque, que mejor que palabras dicen: «Ciérrate».

Pero a través de tan quebrados senderos entre los cerros ásperos, los pasos de Alico, Vallejo, Chureo, dan acceso a la guarida de los montoneros Pincheiras.

A orillas de las lagunas de Epulafquén, a dos mil metros sobre el nivel del mar, oculta en los más profundos senos de la Cordillera, una población errante ha fijado, como nuevos gitanos, su extraño campamento.

Luna menguante cuelga su efigie de rojizá guadaña en lo alto sobre la Cordillera. Las lagunas quietas de Epulafquén, espejo nocturno de blancas cimas boscosas, duplican el imponente cuadro que la naturaleza oculta pinta en este oasis de la montaña. Los robles, avellanos, quillayes y peumos que, friolentos en su manto de hielo miran desde la altura y desde siempre en el correr del tiempo el vallecico extendido a sus pies, han visto brotar allí un día una extraña floración, como poblado de hongos enormes nacidos espontáneamente de la humedad próxima. A la distancia, la indecisa luz en las noches de luna ayuda a esta impresión de ser un campo de hongos aquel conjunto de carpas que abriga el campamento levantado por los Pincheiras en lo recóndito de la hondonada, al borde de unas lagunas.

Las carpas están desiertas esta noche. Sólo las chozas, más allá, albergan a las mujeres y a los niños que duermen mientras los hombres vuelven de una de tantas malvadas correrías.

En una de las cabañas se está en vigilia. Algunas mujeres han pasado la noche rezando. Este grupo de cautivas, esposas e hijas de hacendados conocidos, no han podido hacerse a su nueva condición de vida entre los bárbaros. Rezan pidiendo la protección del cielo para las mujeres de San Carlos, el pueblo donde han ido a saquear los vándalos. Para sí mismas ya no hay esperanza de rescate. ¿Quién podría venir a librarlas en esta región donde las vallas naturales hacen imposible perseguir a los diestros y numerosos bandidos?

Se detienen, de pronto, los comentarios que habían seguido a la oración: un peculiar vocerío, el de los seiscientos indios incorporados a los doscientos hombres de tropa, resuena sordo en los cajones de la montaña, y luego crece anunciando victoria: el salteo ha sido llevado con toda felicidad.

Trémulas se asoman las mujeres que velaban. En las chozas vecinas, las demás y algunos niños mal despiertos, esperan anhelantes el retorno de los hombres. El saqueo va a traerles nuevos utensilios, ropa, alimento variado.

Al fin pasa galopando hacia el Este la turba de los indios pehuenches que vuelven a su comarca en las inmediaciones de la provincia de Mendoza. Las mujeres han salido ahora al encuentro de sus seudoesposos, menos aquellas que pasaron en vigilia rezando. Estas, en pasiva rebeldía, esperan como de costumbre su suerte. Si no fuera por la religión, más de una habría buscado en el suicidio un término a tan vejatoria esclavitud. Una de ellas, Rosa Fuentes, apresada en tiempos de las guerrillas entre patriotas y españoles, lleva unos seis años de vida en el campamento. Su marido, respetado vecino de Curicó, fué muerto en su presencia junto a sus dos hijitos, y ella vilmente violada por un indio y otros hombres de la tropa. Arrastra, ahora, una juventud achacosa que tanto pesar y ultraje han marchitado. Si no la matan es porque sirve todavía para cocinar, porque se ha constituido en la amparadora de las demás desgraciadas a quienes aconseja, mediando en más de un conflicto entre la brutalidad de los hombres y la rebeldía de las indefensas mujeres. Ha logrado así conseguir que se formen especies de matrimonios entre los que mejor se avienen, procurando se respeten un poco unas a otras parejas. Esto, para los tiempos normales en que no se «guerreá», como llaman ellos a sus correrías devastadoras. Pero cuando la ráfaga de vandalismo los acosa, el licor y la sangre de las matanzas se les suben a la cabeza y vuelven al campamento con el gusto concupiscente de la lucha. Para dar una semblanza de disciplina a los extravíos inevitables de su gente, José Antonio Pincheira organiza —como carnaval que acuerda ciertas licencias— bacanales en que las mujeres se apuestan o pasan a ser de los que vencen en ciertas pruebas, juegos y difíciles ejercicios, que estimulan la destreza, la astucia y la fuerza de los varones puestos en rivalidad.

¿Qué novedades irá a producir en el campamento la vuelta de esta nueva correría?

En medio de silbidos, de llamados, de juramentos, ya se oye el rumor de toda la tropa desensillando los caballos y arriando monturas y botín a sus respectivas carpas. Ayudados por las mujeres, se pelean éstas por obtener las mejores prendas, o salen a vender sus favores a los soldados-bandidos que ofrezcan el más apetecible regalo.

Al fin llegan con los de retaguardia algunos heridos y el lastimoso rebaño de las mujeres secuestradas.

Van desamarrándolas de la grupa de los caballos, callan más muertas que vivas, unas; otras, desconsoladas, gritan e insultan a sus raptos.

El joven capitán Rojas desató los lazos que sujetaban a la muchacha que traía. La chica se desmoronó, desvaneciéndose. Pálida, rubia, finita, sus vestimentas revelan su buena condición social.

—La Rosa. ¡Que venga la Rosa! —gritó el capitán.

Ya venía doña Rosa, con algunas que la seguían dispuestas a socorrer a sus nuevas compañeras de infortunio. Mientras ella atendía a la muchacha rubia, las demás rodeaban, tratando de calmarla, a una guasita de unos dieciocho años que, libre ahora de la mordaza y las amarras, hecha una harpía, gritaba:

—¡Me la hay de pagar! ¡Me la hay de pagar!

Llorando miraba a todos lados para descubrir al canalla que le había hecho ultraje. Al fin lo reconoció, al darse vuelta uno de los hombres que se reían comentando groseramente las recientes hazañas mientras desensillaban sus bestias. Se abalanzó como fierecilla sobre el malvado, y sin dar tiempo a que la sujetaran, le mordió ferozmente la mano hasta cortarle el pulgar, y le escupía con asco su propia sangre a la cara. El hombre, reprimiendo un grito, alzó furioso la correa que acababa de sacarle a su montura.

—¡Látigo necesita esta yegua brava! —dijo, asestándole un formidable golpe que la derribó toda encogida de dolor en el suelo terroso. Y la hubiera exterminado de no haberlo sujetado los demás, esperando que las mujeres se llevasen a la víctima.

—¡Qué pasa! ¡Disciplina en el campamento! —decía uno que parecía jefe y venía a resguardar el orden.

—¡Que viene el comandante! —se oyó a una voz. Y a su paso fueron sosegándose los disturbios. Soltaron al que había sido mordido; éste escondía ahora su dedo colgante y ensangrentado.

Pablo Pincheira se puso a rondar entonces alrededor de las cautivas.

Al divisarlo, el capitán cargó a la niña desmayada.

—Llévemola más bien al rancho suyo —díjole a la Rosa—. Esta es mía y no me conviene que el patrón se antoje de ella.

Pero «el patrón», sin parecer mirar, había notado ya a la rubia chiquilla. Siguió, sin embargo, su camino, pasando revista a las que estaban en pie y no habían sido demasiado maltratadas. A cada una fué diciéndole, entre dientes, alguna grosería. De pronto, una de ellas, apoderándose del corvo olvidado por un sargento al cortar un cordel, lo hundió en su propio pecho, exclamando: «¡Dios me ha de perdonar!» Y cayó de bruces a los pies de Pablo Pincheira.

Vuelto de su sorpresa, el bandido la alzó entonces, y mostrándola, moribunda, a sus compañeras de desgracia, dijo:

—Mirad bien lo que hago yo con las que intentan fugarse o matarse.

Tomó de sus alforjas una calabaza con aguardiente y roció las vestiduras de la infeliz que agonizaba; luego la ató a un poste que servía para amarrar a los caballos y, acercándole un fósforo, le prendió fuego.

Subió la llamarada iluminando siniestra los rostros aterrizados.

—¿Quién más quiere servir de antorcha? —preguntó cínicamente el inhumano bandido.

Iniciábase bien la noche, con gusto a sangre y fuego. Sólo faltaba que entre ellos mismos se degollaran los asesinos. Pero rendidos por el día de combate, ya se iban retirando a sus carpas.

La Rosa había prodigado mil cuidados a su enferma que, vuelta del desmayo, mas no de su espanto y pena, la seguía mirando con extravío:

—¡Mamá, papacito! —exclamaba de vez en cuando, como un estribillo aliviador intercalado al llanto continuado pero suave.

Doña Rosa ya estaba en antecedentes de cómo había ocurrido su

captura: Lucila era hija del hacendado Miguel Guerrero conocido por sus grandes plantaciones de tabaco y azúcar. Había ido, en compañía del capataz de confianza de su padre, a unas compras al pueblo de San Carlos. Al entrar al almacén de un tal don Salustio, se encontraron con que ya cerraban, y salió el dueño, muy agitado, a explicarles que una partida de bandidos venía bajando de la montaña. Se lo había dicho el mozo que los divisó al volver del fundo de don Pancho Ramírez.

No bien oyeron la noticia, montaron sus caballos y salieron disparados; pero con tan mala suerte, que la bestia del capataz se le desbocó y lo tiró al suelo, donde quedaba sin movimiento, al parecer con la espina dorsal rota. En balde el buen hombre le ordenara que siguiera; ella había vuelto sobre sus pasos al pueblo en busca de auxilio. Y, al doblar la primera esquina, se había encontrado con un grupo de huasos de extraña traza, los que golpeaban a la puerta del almacén de don Salustio, intimándole que abriera: que venían con sed y pagarían bien. Como don Salustio quitáse la tranca, ella se había adelantado a decirle lo que le sucedía. Notó que el despachero estaba más muerto que vivo y así comprendió que éstos eran los bandidos. Pero parecían tan tranquilos ahora. Sólo dispuestos a beber. Uno de ellos hasta le ofreció su ayuda.

—¡Vamos, hombres, —hábiales dicho a sus compañeros— un traguito a la salud de la señorita, y acompañarla a traer su herido, se ha dicho!

—Que espere aquí —había propuesto con valentía don Salustio— y vayan Uds., ya que son tan amables.

—Eso es, ¿pa qué se da el viaje? Espérenos palomita—contestaba con tono socarrón— y si llegan los demás amigos que tenemos invitaos, les dicen que lueguito volvemos. ¡Pero ahí vienen! —agregó asomándose después de haberlos visto—; no hay tiempo de estar haciendo amabilidades. ¡Alto, arriba las manos! —ordenó, agresivo, al pobre don Salustio, cuya mujer salía por la trastienda a pedir socorro. Pero qué socorro ni qué nada... La algazara se oía ahora como marea sorda y creciente. El pueblo estaba todo invadido de indios, bandidos y soldados. El capitán Rojas, que había aparecido en el umbral, al divisar a Lucila la había tomado de la mano diciéndole que no tuviera miedo, pero

que tenía que seguirlo después del saqueo. Luego de atarle las manos y los pies, la había encerrado en una piececita al lado de la trastienda, mientras los demás saqueaban el almacén. Entonces se había oído un disparo y el grito de: «¡Bandidos!» exhalado por don Salustio al caer. Debió desmayarse en seguida Lucila, pues no supo más de sí hasta que, entrada la noche, se había dado cuenta de que estaba atada a la grupa del caballo del capitán Rojas. Poco después llegaban al campamento.

Por fin reina ahora completa tranquilidad. Doña Rosa preparaba un mate y se lo pasaba a la niña:

—Tome, hijita, —le dice—. Lo hice con leche para que se reponga. Y después va a acostarse y tratar de dormir. Ya deben estar todos roncando, puede estarse tranquilita, que la borrachera del saqueo van a dormirla hasta pasado mañana.

Sin embargo, doña Rosa acusaba cierta inquietud. A hurtadillas, aguaitaba por las quinchas, pues había creído divisar la luz rojiza de un farolillo.

Lucila la interrogaba sobre la posibilidad de fugarse del campamento robándose uno de los caballos, al que, acostumbrado al camino; no habría más que dejarlo andar.

—¡No hay que pensarlo, pobrecita! —contesta doña Rosa—. El campamento tiene sus centinelas. No debo engañarla; sea Ud. valiente. Ni puede Ud. salir de aquí, ni espere vengan de afuera en su busca. Yo estoy cautiva desde seis años. No toda mi gente ha muerto, tengo hermanos, sin embargo nadie ha llegado a libramme.

Lucila volvió entonces a soltar el llanto.

—No llore, dése por muy feliz de estar con vida y sana. Por fortuna ha caído en manos de Rojas, que no la ha tratado mal. Es más gente que los demás. Si fuera Pablo Pincheira su raptor, a estas horas no estaría Ud. tomando mate conmigo...

No bien decía esto, la puerta se abrió y un hombre penetró en el cuarto apenas iluminado por el brasero. Doña Rosa, de un golpe le quitó el farolillo que se apagó al caer, y aprovechando la oscuridad, se corrió al fondo junto a su protegida.

—Pase al otro cuarto —le dijo apresuradamente en voz baja— y dígale al muchacho que está durmiendo que vuele a buscar al capitán Rojas.

Encarándose entonces con el que había entrado, preguntó arrogante:

—¿Quién se atreve a molestarme a estas horas? ¿Quiere que le dé aviso al jefe?

—En ausencia de mi hermano Antonio, que no ha llegado aún, yo soy el jefe —dijo Pablo Pincheira—. Necesito hablar con Ud.

—Tengo gente enferma y durmiendo. Disculpe, no son horas para hablar.

—Encienda Ud. inmediatamente una vela. Aquí mando yo.

Pero sin esperar, desprendió el mismo una paja de las quinchas y prendiéndola en las brasas, buscó la vela y la encendió.

—Ud. sabe que vengo por la chiquilla. Entréguemela al momento.

Como doña Rosa no se moviera, se metió él al cuarto vecino empujando la puerta, cuyo débil cerrojo saltó. Unos niños, despiertos de sobresalto, se pusieron a llorar. La Lucila se había escurrido afuera, pegada a la pared, esperando la primera alerta para arrancar. Pero no alcanzó: ya la había cogido Pablo Pincheira.

—¡Suéltala! —gritó doña Rosa—. Suéltala, que viene quien sabrá quitártela.

En efecto, el capitán llegaba con el muchacho y le intimaba a su odioso rival que le devolviera a Lucila, pues estaba faltando al reglamento y el jefe lo sabría.

Pablo Pincheira soltó a su presa.

—Antonio —dijo— no ha vuelto. En ausencia del jefe, yo lo reemplazo, y como tal ordeno se pelee la muchacha. —Y sacando el corvo, retó a duelo a su adversario.

Doña Rosa y Lucila se habían retirado a su cabaña y desde la puerta seguían anhelantes el lance. Batíanse cruelmente los dos hombres, cuerpo a cuerpo, con saña. Lucila, casi sin respirar, aferrada al brazo de doña Rosa, sentía, en medio de su odio por los secuestradores, cierta admiración ante el arrojo con que despreciaban la muerte.

—¡Quiera Dios que venza el capitán!—dijo doña Rosa, que sabía por desgraciada experiencia lo que significaba para una mujer ser la víctima de Pablo Pincheira. Al fin cayó uno al suelo; pero de un salto se levantó y asestó un golpe terrible a su adversario. Luego, tomados estrechamente, lucharon un segundo cuerpo a cuerpo; sin fuerza ya, se desprendieron y rodaron cada cual por su lado, vencidos o muertos ambos.

Doña Rosa fué con el muchacho a las carpas en busca de auxilio. Lucila tomó la vela y un jarrito de agua y salió afuera. La mujer de la otra pieza hacía entrar a empellones a sus chicos que querían ver a los caídos. Sola, entonces, Lucila buscó con la luz el cuerpo del capitán.

Respiraba. Su rostro chorreando sudor y sangre tenía un rictus de dolor.

Lucila le sujetó la cabeza y le dió un poco de agua.

Al fin, si este hombre no la hubiera tomado para sí, quien sabe qué suerte habría corrido entregada a los demás asesinos que habían muerto a don Salustio...

La aurora despuntaba tras la cumbre, y el cielo, medio anubarrado, se teñía de cuajarones sangrientos. Lucila sintió a sus pies una humedad viscosa. Una charca roja, como agua espesa que reflejara el cielo, circundábala toda. Era una prisionera en la sangrienta aurora.

## C A P I T U L O X

### CONSTANZA EN RENCA

UNA quintita humilde en Renca, con su pequeño jardín adelante, y un huerto extenso al fondo. Sentada bajo los cerezos en flor, Constanza está tomando el sol, y sus manos finas de pianista mueven con ritmo alado el crochet, que ya se hunde,

ya sale, encadenando la lana espumosa. Junto a la hebra que hilvana un punto a otro punto y ya diseña la forma de una gorra diminuta, un hilo impalpable teje en su imaginación el arabesco de los recuerdos y proyectos que se concentran en torno a aquella gorrita.

Ese hijo de Diego —pequeño delator de una unión que debió permanecer oculta— ha venido a perturbar del todo su tranquilidad: las tías la han desheredado, después de expulsarla como a una mala mujer: es decir, así lo hubieran hecho si Constanza, presintiéndolo, no se hubiera adelantado a dejarlas. Lágrimas de rebeldía brotan en los ojos de Constanza. No, ella no es una mala mujer. Quiere, irremediamente, a un hombre raro, distinto de los demás, que lo es todo para ella y será el único en su vida. Constanza aprieta amorosamente la gorrita contra su seno: «¡Oh, Diego, Diego! Un hijo tuyo, aunque traiga las lágrimas que traiga». En vano trata de buscar su culpabilidad, algo en lo íntimo de su conciencia le dice que no debe avergonzarse de este hijo, fruto de tan grande amor. De lo que se avergonzaría, sí, es de haberlo concebido sin amor, de un marido como don José de Urbiondo u otro impuesto por las tías. Sabe que Diego la estima y esto le basta. Poco le importaría vivir oculta, fuera del mundo, como una especie de paria voluntario, si tuviera a su lado a Diego. Pero no siempre está libre, ni quiere que vivan juntos. Sin embargo, en esta lejana quinta donde la tiene confinada, acaba de consagrarle dos días, antes de partir al Sur. Una tarde, inesperadamente, sintió la Pechoña el trote del caballo de su patrón, y fué a buscarla en las piezas: «—¡Que viene Dieguito, su mercé!»—le dijo la vieja mama. Con la presencia de Diego iba a entrar luz y calor en la quinta para muchos días después que partiera, y en el corazón de Constanza rebalsaría el divino canto que la embriagaba siempre inefablemente. Por esta compensación bien podían soportársele a Diego ciertas durezas, ciertas «genialidades» incomprensibles. Ahora, por ejemplo, esto de abandonarla justo en los momentos en que iba a dar a luz...

—¡Mi niña! —habíale dicho como explicación—. ¿Adónde iría a parar el mundo si cada vez que las mujeres están en trance de alumbramiento fueran los hombres a abandonar sus negocios?

Por otra parte él lo había previsto todo, como para un «negocio», también. Su hermana Manuela, enterada del asunto, vendría a hacerle compañía, y el doctor Blest estaba sobre aviso y con órdenes precisas.

Constanza se había amurrado ante la noticia de que Diego se disponía a salir fuera en tan delicado momento. Diego, en vez de reconvenirla, había ofrecido quedarse, pero haciendo observar que se perturbarían aquellos negocios en los que urgía su presencia, y saldría perjudicado el mismo niño que venía y al que se debía educar. Ella había insistido, entonces, para que Diego se fuera. Ahora se preguntaba Constanza si no habría sido su aceptación de quedarse un puro recurso de astucia para llevarla aparentemente a decidir. Lo había visto obrar así con otros cuando quería conseguir algo, y hasta usaba ciertos términos significativos que probaban esta ciencia suya: «Mucha tecla, mucha tecla en este asunto, mi don Manuel —le decía una vez a Rengifo, aconsejándolo llevara por bien cierta negociación—. Toque Ud., primero, todos los resortes tocables, y que sean esos mismos señores los que se adelanten a lo que Ud. desea...»

¡Muy bien! Había caído ella en una trampa; ahora lo comprendía. ¡Y pensar que hasta había tenido que rogarle para que se fuera! ¡Ah! Diego, la próxima vez andaría alerta! Sin embargo, sus razones eran justificadas... Pero, ¿habría tenido la misma actitud con su propia mujer, aquella Chepita a la que no se podía nombrar siquiera?

Involuntariamente una garra de celos le engarfiaba el corazón. ¡Ah, cómo quisiera conocerlo a fondo, leer hasta en lo más oculto de su alma!

En el umbral de la cocina, la vieja Pechoña asomó, envuelta en su rebozo, el delantal levantado con las dos manos para sujetar el maíz que iba a darle a los pollos.

¡Con qué ganas Constanza la llamara y la hiciera hablar! Pero no sería delicado. No, lo que ella diga por sí misma no más, como ese primer día en que llegó Constanza a la quinta, cuando Diego se la presentó diciendo:

—Aquí tienes a la ilustre Pechoña, mi mama. Me salvó de ser cria-

do con leche de burra, sin lo cual habrían sido mayores las burradas cometidas y las que sin duda seguiré cometiéndolo.

—¡Burradas! —y se había reído la Pechoña—. Niño más liviano e' sangre, nunca lo habrá visto su mercé. Y qué travieso y atrevió; si la gente le temblaba.

Hubiera contado una serie de locuras cometidas por el niño si Diego no la hace callar.

—¡No vengas a desprestigiarme ante esta niñita, de quien soy un poco el papá y que me debe el consabido respeto!

La Pechoña llama, ahora, a los pollos que surgen por todos lados y la rodean. En medio del peculiar cacareo, un revuelo de alas y maíz alegra la vista. La Pechoña medio amarrada por el rebozo, trata cada vez de levantar el puño y suelta la granizada rubia.

Lo que hubo concluído su distribución, sacudió bien el delantal y se dirigió hacia donde Constanza, que la estaba mirando.

—Mi señorita, le tengo su caldito; no puede esperar así hasta el almuerzo.

Constanza protesta, pero la Pechoña la interrumpe:

—Sí, hay que tomárselo; el niño me la tiene muy recomendá; que la obligue no más, me ha dicho. Y ¡ay de mí si no la encuentra bien alentá!

Así le trajo un tazón de caldo substancioso que Constanza iba tomando de a sorbitos, a la espera de que la Pechoña le conversara.

La Pechoña cuenta ahora sus recuerdos del niño:

—Una vez, chiquito, —mide con la mano la altura— tendría unos tres años, yo lo reté porque había pasado solo una acequia: «si se moja, es que le dije, qué habría dicho la señora». «Y él me lanza una risotada y me contesta: «—¿Quieres ver lo que dice?» ¡Y no se mete con zapatitos y traje a la acequia?...

«Así me hizo muchas, hasta que aprendí a manejarlo. No había que ponérsele de frente sino llevarlo por bien. Pero era güenazo y si la había a una hecho llorar, no se conformaba, y rogaba, y de tan buen modo, tan engatusador, que había que perdonarle, no más. ¡Y generoso! Nunca se le dió una golosina sin que me convidara. Una vez, recuerdo,

en la chacra, vino un mendigo a pedir almuerzo, y nosotros los sirvientes estábamos ya servidos y listos para almorzar; pero no quedaba nada en las ollas y le dijimos que ya no había nada que darle. Entonces Dieguito vino a ver por sus ojos, y encontrando vacías las ollas, sin más, sacó una cucharada de cada plato diciendo: «No se han de morir por una cucharada menos; y ése está de veras hambriento y así no se desmayará...»

Suspiró la Pechoña y luego pasó a otro recuerdo:

—Tenía unos perros —dijo— que quiso amaestrar, y como les pegaba bastante para conseguir que hicieran las pruebas, don José se le enojó. Pero Dieguito le contesta: «—¿Ud. cree que en los circos aprenden sólo con palabras? Si quiere, prohíbame que los amaestre. Pero si los amaestro, cuando no entienden con azúcar, tengo que darles huasca.»

«—Tendría razón, cuando los perros mismos lo seguían y en cambio le gruñían a don José —comentó la Pechoña.

Luego, entre risa y risa, contó una nueva hazaña:

—Una vez, figúrese, le dió con que los pollos se parecían a la gente, y decía: «—Vaya que no es igual a misía Domitila la pollona clueca...» Y la pura verdad, mi señorita; era una vieja repolluda, cacareadora como gallina. ¿Y no consigue, Dieguito, que misía Manuela le haga un traje café a la pollona, igualito al de promesa que usaba misía Domitila, y un mantito negro, y viste así a la gallina y se la manda bien empaquetada a misía Domitila?...

Constanza había terminado el caldo desde mucho rato, pero escuchaba, encantada, cuanto le refería de Diego la mama. Mas, quisiera ahora saber algo del tiempo de la Chepita. Pero la Pechoña, de pronto, echó a correr —es decir, cree correr, porque levanta un poco sus anchas faldas y apresura el pesado paso: un fuerte olor a leche que se quema la llama desde la cocina con voz que habla claramente al olfato, diciendo: «¡que se sube la leche, que se sube!»

Constanza recapacita ahora la serie de anécdotas escuchadas y se imagina ver, de niño, a Diego: un rubiecito con ojos pícaros, ágil para arrancar cuando se le quería dar castigo. La carita, naturalmente, sería más redonda, la nariz corta; no esa nariz de ahora un tanto alargada,

de amplias ventanillas que parecen tomarles el olor a las personas para decretar si son «buenas» o «malas», pues tiene Diego en su conciencia, como el Señor en el día del Juicio, una especie de tribunal en el que distribuye inapelablemente a los hombres a la derecha o a la izquierda. Y, ¡ay de los que quedan a la izquierda! Gracias a Dios, Constanza se hallaba a la derecha, por muy condenada que la tuviesen las tías.

Un movimiento en sus entrañas le recordó al otro Dieguito que llevaba apegado a su ser. ¡Si se le pareciera!... La imagen del hijo fué flotando en el huerto confundida a la del niño que había resucitado en sus recuerdos la vieja Pechoña. Constanza sigue tejiendo, y, en torno a la mixta silueta infantil, se dibuja a lo lejos, en paisajes supuestos por la imaginación, la silueta del hombre querido que está ahora recorriendo, «por urgentes negocios: ese fregado estanco», los pueblos del Sur.

## CAPITULO XI

### DON DIEGO EN VIAJE AL SUR

**D**ON DIEGO había conseguido que Rengifo lo acompañara y, por consejo de éste que ya había viajado por negocios al Sur, partieron en caballos propios, lo que significaba economía de gastos y tiempo. Para el cuidado de las bestias bastaría el mozo de don Diego, Adalid Zamora, que con su arrogancia heroica seguía siempre, a sol y a sombra, los pasos de su amo.

Salieron, pues, una mañana por el camino de Maipo a «desfacer ciertos entuertos» —como decía don Diego—. Después de andar unas treinta millas, llegaron al vado del rápido y turbio río, y se dirigieron entonces por la ribera Sur hacia la hacienda de Viluco, donde los espe-

raba en su primera etapa el marqués de Larraín, tío de la Chepa, que conservaba a Diego gran aprecio y cariño. Don José Toribio, uno de los hombres más ricos de Chile, podía ser un buen accionista para el Estanco, y don Diego no debía perder esta ocasión de «engancharlo», como engancharían, también, a su paso, a don Justo Salinas. Pero don José Toribio no estaba en la hacienda cuando llegaron. Había ido —según dijo el mayordomo— a comprarle animales a don Justo Salinas. No había por qué perder tiempo esperándolo; allá lo encontrarían. Siguieron adelante por el espeso y fangoso camino a orillas del Paine hasta alcanzar la casa de postas, donde se bajaron a tomar un refresco mientras Adalid Zamora desensillaba las bestias, embarradas hasta las monturas, y les daba una buena ración de pasto. Listos para salir, don Diego dijo al montarse:

—Muy bien; vamos a cazarlos juntos, con lo que nos ahorramos una plática.

El camino seguía ahora entre dos filas de magníficos árboles, principalmente maitenes. Casas de campo y hermosas plantaciones reemplazaban la extensa y desolada llanura que acababan de atravesar. En una de las mejor plantadas se dieron cuenta que había un campo de tabaco.

—¿De quién es esta propiedad? —preguntó don Diego a un inquilino, que estaba en la puerta del rancho contando sus herramientas.

El hombrecito se sacó el guarapón y contestó con cohibida cortesía:

—Del Hospital de San Juan de Dios, pa servile, patrón.

—Te pregunto por gente y no por cosas. No voy a entenderme con un hospital y volverme para eso a Santiago. Necesito hablar con la persona que se ocupa de la hacienda.

—Eh el patrón Bardés que la arrienda.

—Sí, —confirmó Rengifo— recuerdo que es uno de los Valdés.

Ahí se bajaron a darle su «sermoncito» al dueño. Don Diego se había provisto de hojas volantes que había hecho imprimir, en las que

venían explicados con claridad los derechos del Estanco: nadie podía seguir ahora cultivando plantaciones de tabaco y las que se hallaran serían destruídas con el fuego por los agentes del Estanco. Pero a don Diego se le ocurrió proponerle al propietario la compra de la cosecha ya plantada, a bajísimo precio, lo que éste preferiría antes de verla arrasada sin ningún beneficio. Así lo harían esta primera vez con todos; después vendrían los castigos, si se reincidía. Aunque no miró con muy buenos ojos la proposición, hubo de aceptarla el señor Valdés, pero prometiéndose a sí mismo tomar las providencias del caso para resguardar sus intereses: era persona influyente, con amigos en las cámaras y no permitiría que ese «Estanco» viniera a despojarle de parte de sus ganancias. Ya vería el señor Portales, que creía haber hecho su buen negocito, quién reiría el último. No faltarían otros dueños de plantaciones con quienes unirse para protestar y defenderse. Solapadamente, si no se podía de frente, se le haría la guerra a este vergonzoso monopolio.

Despidiéronse, sin embargo, con la sonrisa en los labios. Don Diego, convencido de estar en lo justo, se regocijaba de «haber tratado con un caballero» llevando a buen fin, sin altercados, la desagradable empresa. Parecía que los «entuetos» se desfacerían más fácilmente de lo que había creído: ¿o es que le faltaba todavía hacer en su propia patria la experiencia de la falsía y concupiscencia de los hombres?

Dejando el camino principal, siguieron por el curso pintoresco del río Angostura. Pasaron algunas haciendas, entre otras, la de los Herrera, la de don Pancho Solar, cuyas casas daban al camino. Ya iba cerrándose la noche y hacía mucho frío. Soplaban un recio viento de la cordillera. Estaban ansiosos de descanso, de comida y calor. Al fin avistaron el fundo de don Justo; era una proeza haber recorrido en menos de nueve horas, incluyendo las de descanso, una distancia de más de catorce leguas. Adalid Zamora echó un galope para dar aviso al dueño de casa de que llegaban don Diego y don Manuel Rengifo.

A más de don Justo y su esposa, doña Ana María Cotapos, —la viuda de José Carrera— estaban en la hacienda don José Toribio Larraín y la cuñada y cuñado de don Justo, doña Mariquita y don Antonio Cotapos. Después que se hubieron mudado de ropa los viajeros, se

les hizo pasar a la amplia sala donde esperaban todos el momento de la comida.

Mariquita Cotapos, que había tenido noticias del viaje de don Diego, se había adelantado en llegar al fundo a hacerle compañía a su hermana Ana María, pues no dudaba que el viajero pasaría por la hacienda, y deseaba aprovechar esta ocasión de verlo: no era fácil atrapar a don Diego, más aficionado a las chinganas que a las fiestas de sociedad. Sin embargo, cuando don Diego no quería dejarse enredar, no había quien lo enredara, y no era ésta la primera mujer cuyos ardides quedaban sin efecto ante su dura e inflexible voluntad. En vano doña Mariquita trajo guitarras y dispuso el estrado como para una fiesta, mandando a buscar a un vecino, don Lucas Montes, muy animador y bailarín. Don Diego, después que hubo tratado con don Justo y don José Toribio el asunto que le interesaba, rogó a los dueños de casa se le permitiese retirarse, pues venía cansado y se disponía a reanudar su viaje en cuanto despuntara el alba.

Mientras se desvestían, Rengifo le hizo observar que, en otras ocasiones, con igual cansancio, no rehusaba echar un zapateo, y menos habiendo buenas mozas, y que harto lo era, si no doña Mariquita, su hermana Ana María.

—Mi amiguito, —le contestó Diego—, había oído ponderar la belleza de la viuda de Carrera, pero nunca me imaginé fuera tanta. ¡Si tiene unos ojos que despertarían la lujuria de un muerto, hombre! Y como yo no soy un muerto y ella tiene dueño... No, mi don Manuel, era más prudente venirse cuanto antes a dormir.

Salieron de madrugada, continuando sin mayores incidentes sus andanzas por los distintos pueblos. Aprovechaban de hacer algunas compras de quesos, charqui y otros productos, cuando les parecían convenientes los precios o fácil el envío a Santiago, valiéndose del viaje de los arrieros que llevaban mercaderías semejantes a otras personas de la capital.

Los caminos se hacían cada vez más pesados a medida que avanzaban hacia al Sur. Decidieron detenerse en Chillán, donde encontrarían

gente conocida; y de ahí, pasar al pueblecito de Ñiquén, en el cual, por consejo de don José Toribio, habían citado para entrevistarse con él al cacique Colipí, hombre hábil, semicivilizado, leal al gobierno, que tal vez podría servirles de intermediario para evitar el contrabando por los pasos de la cordillera en aquella zona de Chillán.

En efecto, el indio demostró la mejor voluntad para ayudarlos, aunque les advirtió que los Pincheiras se sentían cada día más fuertes después de algunas correrías efectuadas en las provincias argentinas vecinas, y se creían poco menos que dueños de la región. Uno de los pasos llevaba ya el nombre de Pincheira, y de Vallejos el otro, según el apellido de los jefes de aquella banda de montoneros. Por otra parte, no sería extraño que comenzaran sus ataques a este lado de la Cordillera, pues no hacía una semana se corría la voz de que habían visto a Antonio Pincheira y a un tal Zúñiga, disfrazados de guasos, en la aldea de San Carlos y en el pueblo de Ñiquén. Esto significaba seguramente que habían ido a reconocer el terreno antes de embarcarse en uno de sus imprevistos ataques.

Los viajeros no le dieron importancia a este dato y como debían ponerse al habla con el señor Miguel Guerrero, dueño de importantes plantaciones de tabaco, se dirigieron a su fundo en las inmediaciones de San Carlos. Después de tratar con él en la misma forma que lo hicieran anteriormente con Valdés y otros productores, se volvieron a Chillán.

Llevaban unas cartas de recomendación para el señor José Antonio Rodríguez Aldea, ex-ministro de hacienda de O'Higgins, que no se conformaba con la caída de su ídolo y había venido a su pueblo natal a la espera de los acontecimientos que trajeran la vuelta del Director desterrado. Cuando sus visitantes le hubieron entregado las cartas, exclamó al abrir la primera:

—De Mariano de Arís. ¡Pues sean Uds. bienvenidos!

—Soy su amigo y vecino en el Portal de Sierra-Bella —dijo don Manuel Rengifo—, mi tienda está precisamente entre el café de «La Nación» y la de don Mariano.

—Allí mismo funciona la oficina del Estanco, para servirle —agregó don Diego.

Después que hubieron charlado, el señor Rodríguez les mostró lo poco que había que ver en la ciudad; los presentó a algunos vecinos influyentes, y, al llegar la noche, como preguntara don Diego por una chingana que le habían recomendado, por ser famosas sus cantoras, unas tales hermanas Opazo, allá se los llevó don Antonio que, a pesar de sus cuarenta y cinco años, no desdeñaba andar con los jóvenes. Aun, para demostrar su adhesión, trató de entonar con su ronca y característica voz, una tonada chillaneja, con lo que se conquistó de inmediato a sus dos nuevos amigos «del Norte», como decían los arribanos a los de la capital. Desgraciadamente para don Diego, las cantoras estaban aquella noche muy asustadas por las noticias que corrían sobre una próxima invasión de los Pincheiras. Y más cantó y tamboreó él mismo que «las niñas». Pero entusiasmado, a pesar de las malas condiciones en que se presentaban, con las voces afinadísimas, suaves y expresivas de las chicas, se le ocurrió proponerles se fueran a Santiago donde conseguirían el mayor éxito. Las Opazo eran dos, más la madre que cantaba la segunda voz y tenía reputación de buena costurera. Ya se las imaginaba don Diego en el Parral de Gómez o en Las Ramadas, atrayendo la atención de la concurrencia santiaguina. ¡Y qué aseadas y bonitas con sus faldas almidonadas imitando la crinolina y su pelo negro trenzado en el que resaltaba una rosa lacre! Seducido por su idea, don Diego no titubeó en fomentar aquel terror que demostraban de los bandidos. Sin embargo, era difícil hazaña mover a esta pobre gente de provincia, con su negocio seguro aquí, para correr riesgos de fracaso en la capital, donde, según ellas y a pesar del calor con que don Diego aseguraba lo contrario, era imposible no hubiera cantoras mejores.

—¡Bueno, pues, que se las lleven entonces el Diablo y los Pincheiras! —había exclamado en su contrariedad, cuando, al despedirse, se negaban una vez más a pensar en lo del traslado a Santiago.

No sospechaba don Diego, que cercanas circunstancias iban a conseguir lo que no consiguiera su palabra persuasiva.

Al fin habían llegado a Concepción, última etapa de su viaje, pues de Valdivia y Chiloé se encargaba don José Manuel Cea, que había partido por mar, dejando en la oficina a Newman y a Waddington que corría con la dirección del Estanco mismo.

Junto con bajarse de sus caballos les anunciaron el saqueo de San Carlos, del que ya tenían algunas noticias por haberse cruzado con el batallón que iba de refuerzo a juntarse con tropas de Chillán.

¡De buena se habían escapado, sabe Dios! Sólo Adalid Zamora echaba de menos no haber visto de cerca a los famosos bandidos, cuyas hazañas lo tenían secretamente deslumbrado. Pero se mantuvo bien quieto sin dejarle sospechar este mal pensamiento a su amo, el que lo habría despachado «con viento fresco», sin preguntarle antes si se arrepentía.

Ya se divisaban por el camino carretas, carretones, mulas y caballos, en los que gente prófuga se venía a Concepción buscando el amparo de una ciudad mejor poblada y defendida.

Portales y Rengifo se habían presentado a Alemparte y platicaban sobre los acontecimientos recientes. El Intendente comunicaba ahora que el pueblo de Ñiquén había sido entregado a las llamas después de horrorosa matanza. ¡Catorce ancianas encerradas en la iglesia a la que se le prendió fuego, y las mujeres jóvenes llevadas en cautiverio a la montaña! En los fundos, las cosechas arrasadas, el ganado robado. Así andaban las cosas por los pueblos del Sur. ¿No repercutiría el mal de las provincias en la propia capital? ¿Era posible pensar en negocios, e industrias, en progreso alguno? ¿Qué hacía el Gobierno, sino fomentar las sublevaciones al no pagar el ejército, y estimular los crímenes al dejar impune el vandalismo de seudomilitares españoles convertidos en bandidos?

Alemparte se mostraba feliz de hablar con este señor Portales, tan vibrante, que sabía indignarse y protestar.

—Si hubiera muchos como Ud. —le decía—, se removería un poco la opinión pública.

—¡Qué! —repuso don Diego—, la opinión pública duerme en Chile, bajo el peso de la noche. Así es que sólo se oyen los gritos de los bochincheros. Estos creen que la libertad es la licencia. Porque han sabido librarse de España, los pueblos nuevos, «pelajeanos», quieren ahora librarse de todo gobierno. ¡Y quién sabe si no tengan razón —exclamó colérico— pues no son gobiernos los que no saben mandar ni dirigir! ¡Voto por la franca anarquía, antes que por una anarquía con máscara de gobierno constitucional! ¡Bien poco se me daría todo esto —agregó sarcástico—: que se coman y muerdan por tontos, confundidos en su propio desorden! Pero con su desgobierno me friegan mis propios negocios, los muy carajos.

Se encogió de hombros y lanzando una risotada, dijo:

—¿Que valdrá la pena acalorarse tanto por las sandeces de aquellos maricones? ¡Vamos, despídanos Ud., Alemparte, en alguna chinganita como la de las Opazo de Chillán! Ud. indique la casa, pero queda entendido que soy yo el que invita.

Alemparte protestó que no los dejaba marcharse, que tenían que conocer a Vidurre y a Bulnes, sus amigos, los que seguramente ya estarían volviendo de Chillán. Pero Rengifo, conociendo el deseo de don Diego de retornar cuanto antes a Santiago, hizo valer que urgentes negocios los reclamaban en la capital y que antes de la madrugada se pondrían en marcha.

Habían calculado, con Diego, que remudando los caballos y haciendo el sacrificio de algunas horas de sueño, alcanzarían a llegar a Santiago antes del parto de Constanza. La «niña» se había portado valiente y buena, bien merecía su recompensa. Sin contar que Diego, aunque no quería confesarlo y sólo daba como razón aquella, se sentía intranquilo, deseoso de verla. Así emprendieron muy de madrugada, a obscuras todavía, el viaje de regreso a Santiago.

## SIGUEN LOS DISGUSTOS CAUSADOS POR EL ESTANCO.—DON DIEGO DEFINE EL «PIPIOLAJE»

**A**NIMACION nocturna en la Plaza Mayor. Es la hora de compras en el Portal de Sierra-Bella, y llegan las santiaguinas, aderezadas con suntuosos atavíos, a proveerse de géneros, cintas, utensilios caseros.

Desde la distancia se ven titilar las lucecillas de los baratillos, dispuestos frente a las tiendas debajo de las arcadas. Es noche de luna y la sombra que proyectan los anchos aleros hace menos sensible la poca elevación de las casas. Para los que vienen desde las calles de Catedral o Compañía, el decorado luce, tras de la arquería, el soberbio alzamiento azuloso de la Cordillera, natural telón de fondo pegado a la ciudad.

No sólo a comprar van las damas. Es ésta la mejor ocasión de encontrarse con las amigas y de divisar a los galanes que por nada perderían el paseo a los portales. Tienen, además, los hombres, el aliciente del café de «La Nación», donde se toma chocolate, se juega al monte y malilla, se conversa de negocios, de riñas de gallos, de cofradías y procesiones, de política.

El Portal está ahora repleto de gente que difícilmente se abre paso para entrar a las tiendas, pues las personas que se detienen ante los baratillos forman taco e interrumpen por momentos el desfile de los que pasean. Entre el pasar de crinolinas, se destacan los uniformes de los militares y los rebuscados fraques de seda de los aristócratas o «pelucos», que no han abandonado, a pesar del régimen liberal, el uso de la peluca. Así ataviados, pasan los hermanos Errázuriz; Pancho Ruiz-

Tagle, que va del brazo con el mayorazgo Larraín; el joven marqués de la Pica, que se detiene a conversar en la puerta del café con el conde de Quinta-Alegre; Eyzaguirre, que en compañía de su esposa, María Mercedes Portales y de su cuñada Manuela, viene saliendo de la oficina del Estanco. Tres militares hablan de estrategia, y un rotito que vende sustancia suelta la risa, exclamando:

—¡Estos sí que son gringos!

Pero cuando uno de ellos se da vuelta en busca del pilluelo para tirarle de las orejas, el niño ya se ha esfumado.

—¡No haga caso, Tupper! —le dice el coronel Viel al ofendido.

Rondizzoni propone entonces que entren al café. Desde luego, allí deben estar esperándolos Urriola y Campino.

Pero ahora Tupper se resiste. Pretende que no hay ninguna prisa. Acaba de saludar ceremoniosamente, con cierta rigidez sajona, a un grupo de damas.

—¿No es Mademoiselle Isidora Zegers? —pregunta Viel.

Iba a insistir para que entraran al café, pero en vista de que Tupper al contestar sí, se ha puesto rojo hasta las orejas, comprende por qué le interesa más el paseo.

Isidora Zegers se había detenido con el pretexto de saludar a su amiga Rosario Garfias que estaba comprando unas cintas en un baratillo, casi frente al café de «La Nación». Iba doña Rosario con la pareja Ovalle Bezanilla.

De pronto, el clamor de un extraño coro se oyó desde la Plaza: cientos de mujeres enlutadas gritaban y amenazaban a los pies de la casa del Presidente: eran viudas que pedían el pago de sus pensiones y montepíos.

No hacía mucho, un grupo de inválidos se había amotinado igualmente a la hora de las compras nocturnas, clamando con ostentación por sus escasos y atrasados sueldos. Resultaban cómicas estas revoluciones de los débiles, aunque a punta de alaridos ayudaban a manifestar el general descontento.

Como siguiera el clamoreo de acusaciones y amenazas, un destacamento de soldados trató de disolver el grupo de las reclamantes; pero éstas, en estado de exaltación, no sólo se resistían sino que embestían con insultos y golpes. Uno de los soldados disparó al aire amenazando con hacer fuego si no se dispersaban. Los hombres que estaban en el paseo y en las inmediaciones de la Plaza ya se mezclaban a la algazara manifestándose en pro de las viudas, y amenazaba el incidente tomar mayores proporciones. Pero un nuevo cuerpo de guardias logró por fin restablecer el orden. Muchas personas, amedrentadas, *habían arrancado* volviéndose a sus respectivos hogares. Sin embargo, iba llenándose otra vez de concurrencia masculina el Portal. El incidente había provocado los comentarios del caso, encendiendo el siempre alerta sentimiento de las oposiciones políticas.

Grupos de pelucones entraban ahora al café a soltar la lengua en contra del nuevo régimen que, proclamando la libertad, la igualdad y la fraternidad, protegía de tan risible manera a los desamparados.

Don Mariano de Arís, que cerraba su tienda, aprovechaba la ocasión para echar sus improperios contra el actual gobierno: ¡otra cosa sucediera si O'Higgins estuviera en el poder!

No perdía ocasión de calentarle la cabeza con su eterna cantilena al vecino Rengifo, que ya se inclinaba a persuadirse de que la situación de Chile se remediaría con la vuelta del ex-Director al poder. Pero ahora estaban con Rengifo, Ignacio Morán, Waddington, Newman, Cea y Portales, que se habían reunido en el escritorio del Estanco a tratar sobre importantes puntos del malhadado negocio, y sólo habían salido fuera al oírse el rumor del motín.

—¡Déjese de remedios añejos, ya probados, don Mariano! —dijo Portales, torciendo despectivamente la boca.

Pero don Mariano no alcanzó a rebatirlo: un grupo de muchachos salían ahora del café, un tanto bebidos, y gritaban al pasar frente a ellos:

—¡Abajo el Estanco! ¡Abajoooo!

Don Mariano aprovechó para escabullirse; no se le fuera a meter en la misma colada de los estanqueros.

—Esto es una bravata organizada —exclamó Portales, cerrando los puños—. Ataques diarios en los papeles, anónimos, insultos, letreos con tiza en la misma puerta de la oficina...

Los muchachos estaban lejos y seguían gritando: «¡Abajo el estanco!»

—A este paso, lo que pretenden, y el Tuerto no lo disimula, es llevarnos a la liquidación. Quieren recuperar el monopolio, pues que se frieguen con él. En fin, Waddington, Ud. que acaba de ver los libros se da cuenta de los sacrificios que nos cuesta el tal negocio. ¡Y los muy benditos que creen nos estamos llenando de plata los bolsillos a expensas de la deuda en Londres!

Se paseaba, agitado, como si hablara consigo mismo. Los demás lo miraban ir y venir dentro del corto espacio frente a la tienda; suspensos de su cólera: nadie se sustraía a la sensación de estar penetrado por saeta de mil rayos cuando Portales, movido de ira, de mordaz sarcasmo, hablaba.

—¡No le daremos en el gusto! —afirmo resuelto—. Hay que aguantarse todavía un poco. Con la estricta vigilancia que hemos organizado, el contrabando y la competencia ilegal tendrán que cesar: el día que todos los ingresos de tabaco, licores y té sean nuestros, sólo nuestros, sabremos responder y obtener además las buenas ganancias que imaginábamos al pedir el monopolio. ¡Paciencia, señores, y tenacidad y trabajo! No hay que dejarse abatir, mi amigo Cea. Waddington, yo le respondo de salir adelante, siempre que no sean Uds. los primeros en ponerme tropiezos.

—¡Oh —dijo Newman—, el señor Portales es muy capaz, con su porfiada actividad, su «hard work» —explicó en inglés, para recalcar su pensamiento— de sacar a flote esta pesadilla de negocio.

—Sin embargo, el mismo Gandarillas...

—¡Por favor, no pongan tropiezos! —exclamó irritado Portales, y para suavizar con su actitud la dureza del tono, palmoteaba el hombro del susceptible y quisquilloso amigo Cea—. Yo me encargo del Tuerto —decía— y del mismo Blanco, a quien le ha bajado enfermedad de

susplicacia; ya sabré domesticarlos y ponerlos con nosotros. Pero entremos; quiero enseñarles todavía algunos documentos.

Mientras cerraba la puerta recorría con la vista el Portal: como pequeños altares donde ya se hubiera celebrado el oficio de la noche, los baratillos, uno a uno, iban apagando sus luces. Un olor a humo y sebo de vela recordaba a las iglesias bajo las arquerías de este profano templo. La Plaza estaba inundada por la luz del plenilunio. En la fuente de los aguateros la sombra del sereno —genio protector del agua— proyectaba una silueta gigantesca. Uno que otro retardado transitaba ahora por el Portal. Un grupo asomó de pronto en la arquería, dirigiéndose hacia el café. Portales cerró completamente la puerta, pero al reconocer las voces de los que venían prestó oídos, aguaitando por una rendija. Uno de ellos señaló la tienda y luego exclamó:

—Habrás que darle un buen palo en la próxima hoja del «Canalla» al borrachín de Gandarillas para enseñarle a no proteger a esos cínicos estanqueros.

Portales se iba poniendo rígido a medida del esfuerzo de concentración que hacía para dominarse y contenerse. ¡Con qué gusto les hubiera dado unas cuantas cachetadas! Una amargura se le subía a la garganta. ¿De qué valían tantos sacrificios para oírse tildar de estafadores? Ya verían los malvados. Que echaran la tinta envenenada de su papel inundo, «El Hambriento» sabría contestarles: tendrían para rascarse durante mucho tiempo. ¡Y era ese desacreditado Novoa el que hablaba! ¡Leguleyo parlanchín!, no porque tuviese buena voz y fácil palabra alcanzaba consideración entre los mismos del foro y de la política. Y el otro, el Fariñas, ¡clérigo intrigante! ¿Pero los dos milicos, quienes serían? ¡A politiquiar se habían metido todos al café!

Portales volvió hacia los que le esperaban para ver aquellos documentos. En cuanto los hubieron examinado y comentado les propuso darse una vueltecita a «La Nación» para «oler» lo que estarían intrigando Fariñas y Novoa, acompañados de unos milicos.

El café estaba atiborrado de pelucones. El juego iba adelante, y había quienes no titubeaban en ponerle tres y cuatro mil pesos a una sola carta. Humeaba en la rica vajilla de plata el espeso chocolate. Co-

pas de rico ponche encendían los ánimos de los más belicosos. Poco se comentaban esta noche las últimas riñas de gallos. La política era el tema general de las conversaciones.

Portales, Waddington y Rengifo entraban ahora al café. Newman y Morán se habían excusado despidiéndose en la puerta.

—Bueno, ¿quiénes serán los milicos que están con el fraile y el Novoa? —preguntó don Diego a los que le acompañaban.

—Campino es uno; el otro no lo conozco —dijo Rengifo.

—Para que se junten con tal entusiasmo estos pelucones con el Novoa, por algo será —comentó Portales.

—Llamemos a Ramón que está allá en el fondo de la sala; él sabrá informarnos.

Rengifo le hizo señas al mozo y le mandó recado a su hermano. Pero Ramón ya los había divisado, y atravesando la sala se dirigía hacia la mesa de ellos.

Luego de saludarlo y presentarle a Waddington, don Diego preguntó:

—Ramoncito, necesitamos informes de periodista: ¿quién es el otro militar que está con Campino, y por qué los junta el Diablo con Novoa y Fariñas?

—Dénme trago, primero, siquiera —contestó Ramón. Pero sin esperar empezaba, dándose alguna importancia.

—¡Está todo perfectamente claro! Bueno, en primer lugar, el otro militar es Urriola. Naturalmente, esta junta obedece a razones políticas. Después de su ruidosa caída del Ministerio, Novoa es el amigo de cuantos hacen oposición al gobierno. Por otra parte, Uds. han de saber, por si lo ignoran, que se están organizando aquí partidos políticos. Se habla de elecciones para una asamblea constituyente que dicte la Carta Magna de la República, y es preciso para los interesados ir creando un ambiente. Con este fin, Novoa ha reunido gente pipiola para organizar una sociedad de la que es presidente. Tienen sus sesiones secretas por ahí en una sala de filarmónica. En cuanto a Campino, está formando por su lado, con la ayuda de los pelucones, una extensa so-

ciudad, compuesta de personas importantes, empleados de todas categorías, y aun oficiales subalternos del ejército, sin contar un numeroso grupo de artesanos. Como la anterior, esta sociedad es hostil al actual gobierno. Lo que une a Novoa y a Campino es la necesidad inmediata de hacer oposición a los que están en el poder.

Un militar de bigotillos negros y ardiente mirar saludaba, en ese instante, efusivamente a Campino.

—El que saluda es Vidaurre —dijo Ramón Rengifo—, el más asiduo en las filas de la nueva sociedad de los pelucones.

Waddington preguntó cuál era la razón del nombre de pipiols que se les daba ahora a los liberales: «Pelucones», comprendo —dijo—, pero Pipiols, no relaciono la idea de origen de la palabra; o será que, como extranjero y poco metido en política, se me escapa algún significado.

—Voy a explicarle —dijo con cara de malicia, don Diego—: Pipiols son los pío-pío-pío. Mire Ud. —agregó, señalando un grupo—, esos que rodean el mesón, un tanto raídos en el vestir, flacuchos, pelados —es decir, sin peluca—, que sólo gastan en una copita de chicha, y parecen, como pollos hambrientos, pedir su ración con un pío-pío-pío, éstos, éstos son los Pipiols.

Waddington se reía a carcajadas ante aquella original explicación que atribuía a una humorada de Portales.

—¡No! —insistió éste—; ése es el verdadero origen de la palabra pipiolo, aunque me hubiera gustado haberle dado yo el bautismo.

—Parece que el chiste fué de tu primo Pancho Ruiz Tagle —dijo Rengifo.

—¡Qué va a ser de ese tonto!

—Pero, en fin, políticamente hablando —preguntó Waddington— ¿pipiolo equivale a liberal?

—Ahora sí, voy a decirle «yo» lo que es ser pipiolo —dijo Portales, y con cierto desprecio en el tono explicó:

7.—Don Diego.

—Hay, si dijéramos una, mentalidad pipiolo, que no tanto un partido. Esta mentalidad se adueña de ciertas ideas, se abandera con ellas y crea así su partido político, que es partido de *conveniencia*, porque ese llamado liberalismo de los pipiolo es máscara de la licencia, y en ningún caso civismo:

«Ser pipiolo, es tener el espíritu mal hecho. Es naufragar en las ideas o los idealismos por falta de experiencia de los hombres y de los hechos.

«Ser pipiolo, es creer en los beneficios, para todos, de una desenfadada libertad, sin comprender que en manos del ignorante o del díscolo puede ser ésta un explosivo que lo destruya primero a él.

«Ser pipiolo, es, ser un advenedizo de la vida que se cree que todo le es debido porque no comprende que todo se merece. (Meditar sobre esta verdad: «el que lo hereda no lo hurta»...)

«Ser pipiolo es, por consiguiente, no tener ni padre ni abuelo: es ser una callampa brotada en día de humedad.

«Ser pipiolo es ser un quiltro que le ladra a los galgos, porque no pudiendo ser galgo no se conforma con ser buen quiltro.

«Ser pipiolo, es ser un niño.

«Ser pipiolo, es ser un loco.

«Ser pipiolo, es ser un pobre.

«Ser pipiolo, en fin, es ser un tonto.

«Pero no he terminado: Ser pipiolo, es, además, ser uno que no sabe pescar más que en ríos revueltos. ¡Y por eso, ser pipiolo, es ser un «bochinchero»!

Waddington y los Rengifos se habían reído a cada definición, a alguna de las cuales don Diego agregaba animada y burlona mímica.

—Y ahora, dígame, señor Portales, ¿Ud. a qué partido pertenece? —preguntó interesado Waddington—. Porque conservador o pelucón, con las ideas antirreligiosas que demuestra, no lo es tampoco...

Don Diego estalló de risa.

—¡Hombre! ¿Me cree Ud. bastante necio para estarme buscando calificativos políticos yo mismo? ¡Odio la política con toda mi alma! Sólo sé que soy un hombre a quien le gusta la paz, la tranquilidad, la actividad próspera, que dan por fruto la libertad. Ahora —dijo, burlón—, si Ud. se empeña, como tantos, en denominaciones que lo etiqueten a uno, puede decirse —porque uso peluca— que soy pelucón. Pero, entre nos —agregó, haciéndose el que tomaba un tono confidencial— le diré que si la llevo, es porque me estoy pelando y que a las niñas no les gustan los calvos. Es quizás una manera de hacer creer que, a mí también, se me puede tomar el pelo...

Junto con sus últimas festivas explicaciones se había levantado, de pronto, y se despedía.

—Y ahora —decía— me voy, que son las once y, como el portugués del cuento, yo me duermo.

Desde la puerta hizo algunas señas de inteligencia a los que se quedaban y lo comentaban riendo.

Afuera, el reloj de las Cajas dió once campanadas. Don Diego atravesó la Plaza y dobló en la esquina de Puente. Caminó unas dos cuerdas, y al llegar a la plaza del Basural se detuvo. Un hombre, que iba montado y sujetaba otro caballo de las riendas, lo saludó marcialmente:

—¡Aquí estamos, patrón! —dijo Adalid Zamora, pasándole las riendas.

Se fueron, cabalga que cabalga, por el puente, alcanzando el camino de Renca.

—Un poco tarde vamos a llegar —observó Adalid—. Desde las diez estaba yo con las monturas listas.

—Echaremos un galopito —dijo don Diego, y le pegó espuelas al caballo que se fué perdiendo por los campos anegados en neblina de luna.

## CAPITULO XIII

# LIQUIDACION DEL ESTANCO. — RODRIGUEZ ALDEA TRATA DE SEDUCIR A PORTALES A LA POLITICA

MIENTRAS beatíficamente se duerme la siesta en la ciudad de Santiago, Portales, que sólo ha echado «una pestañadita» está terminando en la oficina la redacción de una cláusula, para él importante, que quiere sea agregada al laudo de liquidación, al que hubo de llegarse, por fin, después de dos años de lucha por salvar aquella desgraciada combinación del doble monopolio propuesto por Benavente. Basso, factor fiscal del Estanco en Concepción, a quien ha citado don Diego a su despacho, va leyendo ahora, a media voz, detrás de su hombro:

—«La sociedad Portales, Cea y Cía. otorgará, asimismo, fianzas por la cantidad de cien mil pesos, que se adjudicarán al que descubra y pruebe la suplantación de partidas, inexactitud, dolo o fraude en los libros de la sociedad, sin perjuicio de condenarla al gasto que corresponde por el error malicioso que apareciera».

—Con esto —dijo Portales—, espero queden contestados los infinitos cargos que se me han hecho de haber arreglado los libros de la sociedad para aparecer en déficit ante los liquidadores del Gobierno.

Miraba al factor con cierta irónica satisfacción.

—Señor Portales —respondió éste—, yo no he dudado un solo momento de Ud., pero me parece muy justificado que se empeñe en acreditarse ante aquella parte del público que manifiesta aún recelos.

—Debo reconocer, agradecido, que Ud. no me ha hostilizado como el factor Mayo. Y, ahora, punto final sobre esta pesadilla.

Cerró los libros, guardó unos papeles y, levantándose, dijo:

—¿Qué le parece, si fuéramos a tomarnos un refresco al café?

—Lo mismo iba a proponerle, pero invitándolo al Parral de Gómez. Arís y Rodríguez Aldea, que está en Santiago, quieren conversar con Ud. Me han pedido que nos reuniéramos en aquella chingana, pues oirá allí algunas noticias que pueden importarle. Quisiéramos decidirlo a ayudarnos.

—¿Yo? ¿A título de qué?

—Ud. no se da cuenta de la fuerza de que dispone con su influjo sobre los estanqueros. A título de jefe del Estanco tiene en su mano un importante número de voluntades. Las ramificaciones que ha tenido el negocio, las vinculaciones que le ha traído...

Portales lo tomó por los hombros, encaminándolo hacia la puerta.

—Querido señor —dijo con una sonrisa burlona—, no quiero meterme en política. Pero vamos al Parral, que ahí soy siempre el bienvenido. ¿No sabe Ud. que las Opazo me deben su actual popularidad en Santiago? Por consejo mío se vinieron a cantar al Parral.

Pasaron a la tienda vecina a buscar a don Mariano de Arís y se encaminaron los tres hacia la Alameda.

Rodríguez estaba desde rato en «El Parral» donde se había metido a inquirir noticias, pues las arribanas Opazo, que eran sus paisanas y conocidas, habían ingresado, por consejo suyo, en el grupo artesano pelucón. Le informaban, así, sobre las actividades políticas, y eran además en sus manos un buen instrumento de propaganda o'higginista, entre la gente del pueblo. Su negocio mismo se prestaba, por la numerosa concurrencia que tenía, a facilitar la recolección de opiniones; sin contar que doña Cata, la madre, con su ya afianzada reputación de buena costurera, penetraba en los más distinguidos hogares y oía los más diversos comentarios.

Alineábanse las mesitas debajo del extenso parrón, cuyo enrejado dejaba filtrarse rayos de sol, que caían como alegres y tibias manchas amarillas sobre los manteles immaculados.

De pie, una a cada lado de su madre, las niñas rodeaban a don José Antonio Rodríguez, quien visto de atrás por los que venían llegando:

medio inclinado sobre la mesa, las orejas en punta; toda aguzada su persona en la actitud de escuchar, le dió a Portales la impresión de un viejo zorro en medio de gallinas a las que tratara de no espantar. Había de recordar en el futuro don Diego, aquella espalda atenta que recogía datos, tanto o más que las orejas, lista para escabullirse o dar un salto, según los movimientos de la presa. «No me haga éste soltar mi queso» —pensó para sí don Diego.

—Ahí vienen —anunció la Rosa. Y Rodríguez se dió vuelta y se puso de pie.

Recordando, Portales, las atenciones con que lo agasajara cuando su viaje al Sur, se adelantaba, manos tendidas, hacia el visitante chilleano.

—¡Cuánto celebro verlo por aquí, señor Rodríguez! ¿Qué me lo trae a pagarme la visita? ¿Las condolencias por el Estanco? ¿O viene a que se las dé yo por su destitución de senador?

Y continuaba bullicioso, don Diego, mientras se sentaban todos:

—¡Ah, el pipiolaje brinda palos a sus más inteligentes servidores, en cambio favorece a esa tropa de pillos: mire que ver al boticario Fernández de senador, al clérigo Fariñas de diputado; de ministro al desacreditado Novoa!... Y para remate, Muñoz Bezanilla, a quien todos acusan de negociaciones vedadas, ocupa los puestos de confianza en los mismos ministerios. ¡Poco cosquillosos esos cerebros pelajeanos inexperimentados: ya les llegará la lección! Entretanto, yo me siento asqueado y sólo pienso en hacer las maletas para mandarme cambiar. En Valparaíso veré de salvar un poco mis negocios mientras el gobierno hunde más y más el país.

—Ahí tiene Ud. —dijo Rodríguez, aprovechando el argumento que se le ofrecía para tender mejor sus lazos y hacerse de este importante colaborador—, si no mejora la situación del país ¿cómo quiere Ud. salir adelante con sus negocios? Ayúdenos Ud., es preciso voltear esta administración. Tiene Ud. en mano buenas cartas: todos los desplazados por el Estanco, accionistas, agentes, empleados, se pondrán a su disposición; y son muchos, a lo largo del país. Toda esta gente que lo ha visto

a Ud. trabajar y ante la cual tiene Ud. gran prestigio por su espíritu organizador, su energía, su asombrosa actividad...

«Viejo zorro, ¡si no voy a soltar el queso!» —decía claramente la sonrisa burlona que levantaba un poco el labio de don Diego. Pero el viejo zorro, ciego, continuaba:

—Sin quererlo, señor Portales, ha actuado ya Ud., indirectamente, con todos los palos que les da en «El Hambriento» al defender el Estanco.

—¡Ya lo creo! —intervino doña Cata, que les traía una bandeja con ponche y helados—: ¡hay que ver cómo se pelean en las casas el papel cuando sale! El otro día, no mah, decían pueh donde las señoritas Garfias: eso sí que es pegar y adonde duele. Y había que ver de cómo se hacían huincha riendo con las adivinanzas de los buques. Y entre risa y risa, luego le ponían nombre a cada buque: ¡Don Estupendo eh Fulano! —decían—; el Elefante eh Zutano, porque nadien dejaba de adivinar, de lo bien pintaos que iban, a cada uno de los pobres que el señor don Diego ponía tan terriblemente en la berlina. Los mismos caballeros, hay que oírlos, dicen que saben mah de política leyéndose las adivinanzas de «El Hambriento», que por toas las conversaciones u otros papeles serios.

—Doña Catita, ¡qué bien lleva su nombre! —rió don Diego—; parece caturra a quien le han enseñado a hablar. No me explico de dónde ha sacado Ud. una hija tan callada —dijo, mirando con malicia a la María Inés, que enrojecía hasta las orejas.

—Mírenla; no se le puede ni mirar sin que se suba al guindo. ¿Cómo ha de ser hija suya esta niña? ¡Y ahora se arranca! —María Inés, ven para acá —llamó, pero la niña había desaparecido.

—Eh tan corta e'genio —explicó, despectiva, la Rosa.

Don José Antonio Rodríguez había reanudado la conversación tratando por toda clase de medios de convencer a Portales, hasta que éste dijo categóricamente:

—No puedo, no quiero —recalcó— meterme en política, y menos afiliarme a un partido. Además he de confesarles que yo a Uds. no les sirvo: no puedo desear, y menos favorecer la vuelta de O'Higgins, por-

que considero que sería traer el descontento de la mayoría —carrerinos, freiristas y otros— y, por consiguiente, exponerse a nuevas contiendas civiles. Y eso es precisamente lo que debe evitarse. Por otra parte no se debe vincular el poder al prestigio y a la vida de un hombre.

—¿Quién piensa, por ahora en la vuelta de O'Higgins? —dijo Rodríguez Aldea, con audaz cautela, mientras Arís y Basso se miraban desconcertados—. Lo que sí pretendemos es acabar con el pipiolaje, y creo Ud. nos acompaña en esta idea.

—Los acompaño y los celebro, y hasta puedo servirles de consueta cuando quieran soplarle su papel a algún actor de pocas luces; pero en cuanto a meterme yo en política, sería el más grande sacrificio de mi vida para el que no me siento ni con ánimo ni aptitudes.

—Los acontecimientos lo arrollarán fatalmente, verá Ud. —observó Arís.

—Nadie puede, a la hora actual, desentenderse de tomar partido —dijo Basso.

—Amenazan las revueltas, Ud. lo sabe —insinuaba Rodríguez—; desde luego la zona de Maule y Concepción está a la víspera de manifestar ruidosamente su descontento; no se les presta ningún apoyo...

—Nadie ve y deplora como yo la situación por que atravesamos. ¿Pero cómo remediarla, con gente que le habla a Ud. de federalismo sin comprender que no somos los Estados Unidos, que aquí precisamente lo que necesitamos es un fuerte gobierno centralizador? Teóricos, todos, con su liberalismo o su federalismo, buenos para otros pueblos y no para estos nuevos, incapaces de marchar sin tutela. Habría que empezar a lavarles el cerebro a todos, porque o son ilusos, como el Infante y otros, o son malvados ambiciosos. Aquí no le doy nombres, porque sería de no terminar. Créame, el pipiolaje está infiltrado no sólo en el Gobierno sino en todos los partidos, y cada cual tira para su raya sin buscar el bienestar de la patria. Si gritan pidiendo libertad, es porque creen que la libertad es la licencia. Por eso me verá Ud. lanzar mis dardos tanto a los partidos que quieren derrocarlo como al Gobierno mismo.

¿Cómo quieren Uds. que me meta en política si censuro a todos los partidos? ¿Qué partido me cobijaría?

—El de los estanqueros —afirmó Rodríguez, dando un puñetazo confirmador.

—¡Pero no es partido! —rió Portales.

—Lo será.

—Déjese Ud.; ya conoce mis razones. Y si no las tuviera, me las inventaría, tal es mi distanciamiento por esta sucia política. No cuenten conmigo, salgo para Valparaíso mañana. Si hubiera sospechado que les evitaría con mi partida esta conversación, habría arrancado hoy mismo.

Doña Cata y la Rosa lo miraban, enmudecidas; les parecía que el señor don Diego estaba demasiado serio esta tarde y hasta triste, ceñudo.

Algunas personas venían entrando; era la hora en que llegaba la gente a tomar once a los cafés y chinganas de la Alameda, y entre los más concurridos estaba el del Parral donde se reunía la parte selecta del público santiaguino atraído por la fama de que gozaban las cantoras Opazo.

—¡Esto se va llenando! —dijo don Diego—. Salgamos a la Alameda y ahí les presentaré a mis amigos. Nos reunimos siempre, a esta hora, en el escaño que, por ser asiento de nuestras charlas, llaman todos «del Estanco». —Y agregó, irónico—: Ve Ud. Rodríguez; la sala de sesiones del gran «partido» estanquero funciona en un banco, al aire libre.

Fué abriéndoles paso en la corriente contraria de los que entraban y se estacionaban, buscando asiento entre las dos corridas de mesitas.

La María Inés que llevaba su guitarra a la tarima, se detuvo, siguiendo con su mirar nostálgico al señor don Diego que salía.

Este le había dicho una vez un piropo: «Me gustas, mujer, porque o cantas o te callas. Pero hablas con tu canto o tu mirada, porque algo llevas adentro». Y había escudriñado en sus ojos negros con los suyos tan azules, que clavaban...

—¡María Inés!

La voz imperiosa de doña Cata disipó con su brusco disparo la visión del recuerdo que, sutilmente, se reintegraba a la zona escondida de donde había surgido. María Inés rasgueaba ahora con saña la guitarra.

—¡Cómo canta, pero cómo canta esta mujer! —oíase comentar entre los que, admirados, la estaban escuchando.

Aquella noche, después de alistar su equipaje, don Diego había dado orden a Adalid Zamora de no incomodarlo «por nada». Así, Adalid, fiel a los mandatos de su amo, había colocado frente al zaguán al tonto de Bórquez o «Borquito» —como le decía el patrón, pronunciando maliciosamente, con desliz de la erre, casi «Borriquito»—. Y montaba guardia éste, según su original costumbre, armado de una escoba, con la que defendía mejor que con fusil la entrada a la puerta de la habitación que custodiaba.

Sucedió, de esta manera, que un propio enviado por Gandarillas a dar una importante noticia fué rechazado con tal violencia y empecinamiento por el Borquito, que el pobre hombre en balde explicó había peligro para don Diego si no lo recibía: hubo de retirarse pues el tonto lo corría, amenazante, con su escoba, repitiendo monótonamente:

—El patrón no recibe, ha dicho, ni al Papa, ni al Papa, —insistía, impertérrito, echándolo a la calle.

Pero no así pudo deshacerse, momentos después, Borquito, de tres hombres de tropa que con sus respectivos fusiles le intimaban orden de dejarlos pasar. Sin embargo, era tanta la algazara que metían, que Adalid, y luego el propio don Diego, vinieron a saber lo que pasaba.

—Hay orden de prisión para el señor Portales —dijo uno de los soldados.

—¿Para mí? Están Uds. soñando o chiflados.

—¡No, señor!; mi coronel Campino se ha apoderado de la Casa Presidencial y hay orden de prisión para los Ministros y para Ud.

—¿Campino ha hecho revuelta?

En verdad, recordó que había oído unos disparos, pero tan a menudo se oía tirar contra los bandoleros que, noche a noche, cometían sus fechorías en la misma ciudad, que no le había dado importancia al hecho y se había dormido.

—¡Bueno! —dijo—, habrá revolución, y si la hay, es lógico se tomen presos a los del Gobierno; pero yo ¿qué pito toco en ello? No me muevo sin una orden escrita, aquí hay un error de persona.

Quedaron dos soldados custodiándolo y el otro se fué a caballo a dar esta razón a su jefe.

Al poco rato volvía con la orden escrita de puño y letra de Campino, rotulada por Fariñas.

Quiera que no, obligado por la fuerza armada, hubo de seguir hasta la cárcel.

—¿Pero por qué motivo se me apresa? —preguntó al cabo que lo llevaba.

Este, ingenuamente, contestó:

—El señor clérigo dijo que... «por mala lengua».

Portales lanzó una sonora risotada, pues no dejaba de hacerle gracia la razón del señor clérigo.

Sin embargo, dióle mucho que pensar, en las horas que estuvo en su celda, esta facilidad con que cualquier jefe o subalterno de ejército podía armar revuelta a su antojo, por simples motivos de ambición personal, de represalias, o de venganza. El país estaba más comprometido de lo que pensara. Sí, tenía razón Rodríguez Aldea; no podían desentenderse los hombres honrados, sino a fuer de hacerse cómplices con su actitud negativa: había que intervenir directamente en la cosa pública.

Como león enjaulado, dábase vueltas en la estrecha celda lanzando sus interjecciones favoritas como desahogo a esta presión sobre su voluntad que le hacían los acontecimientos mismos. Sentía náuseas, ahora, no sólo morales, al verse envuelto en cosas de la política que le daban «patadas en el estómago».

SEGUNDA PARTE

(1830)

SEIS MESES DESPUES.—MINISTRO  
A LA FUERZA

EL cuartelazo federalista de Campino había sido desbaratado por Maruri, que había aprehendido al revoltoso en su propio cuartel. Desde la cárcel había manejado Diego Portales el plan de aquella contrarrevolución, enviando a Maruri, por intermedio de su secretario Newman, tres mil pesos como cuota personal para gratificación de la tropa. Luego, liberales, pelucones, estanqueros, y aun federales —en cuyo nombre se hiciera el cuartelazo— habían hecho causa común al ver presos a sus jefes, Benavente, Gandarillas y Portales, quienes fueron considerados entonces como las víctimas de la tiranía y los representantes del orden. Así, arrollado por los acontecimientos mismos, habíase visto Portales a la cabeza de los opositores; y con la ayuda de Rodríguez Aldea, organizaban una guerra implacable al pipiolaje reinante. Seis meses de actividad enérgica, de astucia, de lucha armada, iban a la resolución definitiva del triunfo. El Gobierno de 1828 había desaparecido volteado por el partido en cuyas manos estaba ahora el país que, sintiéndose al fin dirigido, le obedecía sin preguntar adónde se le llevaba. Parecía vano discutir sobre los títulos de su poder, inconstitucional en su origen, cuando a más de poseerlo de hecho estaba seguro de legitimarlo: obraba y procedía como autoridad consagrada por la ley de la necesidad. Y así lo sentía sordamente la conciencia popular, harta del vaivén anárquico y la falta de hombría de sus dirigentes para sostenerse en el poder. Desde la caída de O'Higgins habían visto desfilar en el espacio de siete años dos Juntas y diez Presidentes, contando tres presidencias de Freire, dos de Pinto y dos de Vi-

cuña. ¿De qué había servido aquella «constitucionalidad» a la que no habían sabido responder? Habíase perdido el prestigio de los poderes constituídos desde que los pipiols dieran el famoso escándalo de las elecciones de 1829 en las que el Congreso violara la Constitución y las leyes sin que el gobierno sancionara estos actos.

Poco faltaba ahora para que los ejércitos contendientes acabaran de decidir por las armas el éxito de los manejos políticos del partido dirigente. Para ello confiaba Portales en la pericia de Prieto recién nombrado general en jefe del ejército. En cuanto a él, su misión estaba cumplida; lo había organizado todo metiendo al país «en un zapato»; que se lanzara éste a caminar dejándole volver a sus negocios. Bastantes sacrificios de dinero le costaban los seis meses que acababa de dedicar a la causa revolucionaria. Se hallaba al borde de la ruina y obligado a salvar los pocos caudales restantes invertidos en su mina de Copiapó. Urgía allí su presencia para enderezar la negociación emprendida con Garín, y don Diego, resuelto al viaje, estaba dando término a los últimos preparativos.

Ya tenía lista la recua de mulas y compradas las pistolas para armar a su gente contra los peligros del camino.

Fatigado por todos los trajines del día, aprovecharía para descansar esta noche, y sólo en la mañana, antes de partir, iría a despedirse del Presidente.

Don Diego se paseaba por su cuarto concentrando su pensamiento en algunos puntos sobre los cuales era necesario fijar la atención de don Tomás. Desde luego, sin más tardanza, que asumieran sus respectivos Ministerios el general José María Benavente, y don Mariano Egaña. El Presidente llevaba dos días en el poder con la sola ayuda del cura Meneses. Una buena nota al «cura»; se había portado activo, entusiasta, elocuente. Vestía sotana, pero en el fondo era un milico... Había que conservarlo sin dejar que escapara.

La sombra de don Diego se proyecta en el techo, en la pared, rápidamente desplazada, siguiendo el vaivén de la silueta. Pluma en mano por momentos se detiene frente al escritorio y apunta en distintas hojas, se<sub>o</sub>ún de qué se trata —negocios, política— alguna referencia, al-

gún, dato, un nombre: todo lo que debe recordar para sus últimas instrucciones a Newman, a los del grupo, al propio Presidente. Su puerta bien defendida, puede trabajar tranquilo y hundirse en sus mil combinaciones: en efecto, afuera, y como si la pared fuese de transparente materia, Borquito, cual otra sombra, hacia el exterior, de la silueta de su amo, armado de su escoba —réplica agigantada de la pluma— sigue mudamente calzado de fieltro los pasos que adentro van y vienen in-fatigablemente.

De pronto el aldabón de la puerta resuena. Borquito se agita: hay que impedir la entrada de los importunos. Sin embargo, una voz dice por el postigo:

—Abre; soy Gandarillas y necesito hablar urgente con Diego.

Borquito recuerda la noche aquella en que por culpa de su empecinamiento apresaron a don Diego, y da libre paso a Gandarillas. Luego va a dar aviso al amo, las espaldas gachas, cohibido, dispuesto todo a recibir la enérgica retahíla de interjecciones con que, en efecto, lo cubre desde adentro el patrón. Se escabulle, la escoba al arrastre, murmurando torpemente su disculpa:

—No lo jueran a apresar, puh...

—No te enojés, Diego —rogó Gandarillas—. Créeme, sólo razones poderosas me traen aquí. Vengo a llevarte a la tertulia de Ovalle. ¡No me grites, hombre! No puedes faltar; se lo he prometido. Andabas en trajines toda la tarde y sólo ahora te consigo. Pero óyeme —dijo enérgico— antes de mandarme a buena parte.

—¡Habla de una vez, sin tanto preámbulo; al hecho!

—Pues, Meneses renuncia, y Benavente y Egaña no aceptan sus Ministerios, uno por mal estado de salud, el otro porque su reciente llegada a Chile impide que esté al corriente de la actual política.

—Pues que se amarre los calzones el Presidente y se busque otros. Y que no suelte a Meneses, carajo...

—Se ha pasado el día en esas diligencias, y en vista del fracaso tiene escrita su propia dimisión, según dicen.

Portales tenía el rostro descompuesto.

—¿No tienes otras noticias alegres que darme? —preguntó con amarga ironía.

—Sí...; acabo de saber que los batallones de Freire se están reuniendo en el Maule con el evidente propósito de controlar el paso del río y fortificar su cuartel general. Prieto ha salido de Curicó, y se producirá un encuentro por la posesión de Talca...

Portales, sin más, tomó de una silla el colero y la capa.

—Vamos a la tertulia —dijo—. Da risa ver que hombres necesiten de un ayo.

Un rictus amargo se dibujaba en sus labios, Ya en la calle, cerró de un golpe violento la portezuela. Se agitó el aldabón y quedó remeciéndose toda la enorme puerta.

Unas quince calesas están alineadas frente a la calle Santo Domingo al llegar a la de La Caridad. En la elegante mansión de don Tomás Ovalle está concurridísima la tertulia de esta noche. Alrededor de cien personas ocupan los dos amplios salones. Doña Rafaela preside en el estrado, rodeada de sus amigas: las Garfias, las Cotapos; la hija de don Javier Vial Santelices, doña María, recién casada con Manuel Rengifo; la esposa de Diego José Benavente; y muchas otras que han acompañado a sus maridos, padres o hermanos, ávidas como ellos de noticias.

Se nota nerviosidad, efervescencia, entre los hombres. Los comentarios se prosiguen con cierta apasionada inquietud; cada cual da un parecer, un consejo, pues se ha susurrado que el Presidente tiene escrita la renuncia, y se sabe positivamente que hay crisis de ministros. Meneses se agita de uno a otro grupo desplazando aire con su amplia sotana, el gesto enérgico, levantado el brazo como si fuera a pronunciar un sermón, la voz sonora, retumbante en cada frase.

—Sí, señores, no hay más que un hombre, uno solo, capaz de salvar la nueva situación que se presenta. Y todos lo saben como yo.

—¡Portales! ¡Sí, Portales! —dijo, o casi gritó don Agustín Vial, que conversaba con su yerno y un señor Echevers.

—Es inútil contar con Portales; ya ha dado bastante y ha declarado que se retira a sus negocios. Desde luego, parte mañana a Copiapó —dijo don Manuel Rengifo.

—¡Es que no se le deja partir!

—¿Qué más quieren pedirle? —se adelantó a decir, indignado, un señor de feo rostro y derrengado cuerpo—. ¿Acaso no ha dado durante seis meses todo su tiempo, su dinero, y tanto sacrificio personal, dejando libre de pipiolos al Gobierno?

—¿Quién es ese feo que habla? —preguntó a doña Rafaela una señora de cierta edad, muy compuesta bajo la corona de su enorme peineta.

—Garrido, don Victorino Garrido, ex-coronel español.

—Uno de los que más han actuado ahora en la política de oposición —adelantó la joven esposa de Rengifo.

—Sí, —agregó la presidenta—, fué el que sublevó a Valparaíso. ¿No recuerda? Ha sido el brazo derecho de Portales, sin descontar a Rodríguez Aldea, naturalmente.

—Dicen que es muy conoedor de los hombres, de juicio recto y perspicaz, y tan diestro en la intriga como el «Chillanejo» —seguida explicando doña María Vial.

—¿Qué chillanejo? —preguntó la señora, que parecía lerda o algo extraña a los acontecimientos políticos.

—Pero, Rodríguez Aldea...

—Portales le dice Chillanejo porque es de Chillán; así como le dice Godo, por ser español, a Garrido —explicó doña Rafaela.

—Ese Portales no me es simpático; no sé qué le encuentran todos. Mi familia es tan amiga de doña Manuela, que no le perdonamos su vejación a Freire.

Nadie hizo eco al comentario displicente de la joven poetisa doña Mercedes Marín del Solar, la que por tomar una actitud empezó a abanicarse. Doña María Vial, molesta, adelantó, sin embargo:

—Si Portales nombró a mi primo general en jefe del ejército es porque Freire le hacía defección. En cuanto a que se le tenga o no simpatía a don Diego, eso es cosa de cada cual.

Sonrió ligeramente irónica al decir estas palabras, pues todos sabían que don Diego se había mofado de unos versos de doña Mercedes, quien no se lo perdonaba y trataba de reprimir en su alma la violenta admiración que por él sentía.

—No veo —dijo doña Mariquita Cotapos— que deban tener relación nuestras simpatías y nuestras ideas políticas.

Aunque pipiola por las convicciones políticas y parentescos carreños de su familia, era adicta de corazón a don Diego y le admiraba más y más cada día. Desentendiéndose, de pronto, de las conversaciones femeninas, prestaba ahora atento oído a lo que decían dos señores situados cerca del estrado, los que sin duda hablaban de Portales. Eran ellos Rengifo y un señor que doña Mariquita suponía, por el parecido, ser hermano de doña Rosario Garfias, pues éste poco iba a tertulias y sólo de nombre lo conocía.

Bajo de estatura, con cierta tendencia a echar vientre, escuchaba con marcada atención a su interlocutor. Rengifo le comunicaba datos, anécdotas de Portales que el otro oía casi anhelante.

—Así me lo figuraba, así —repetía a cada nueva comunicación—. Lo he seguido en sus polémicas por la prensa y admiro su enérgica actitud; su franca osadía; su palabra directa, mordaz; su valentía para asumir responsabilidades. Pero lo creía politiquero y esto me alejaba del deseo de conocerlo, aunque varias veces estuve por pedirle a mi primo Fernando Urizar que me lo presentara. Me había dicho que es buen jugador de ajedrez...

Rengifo no se cansaba de alabar el desinterés, la lealtad, la generosidad de su amigo; su sinceridad absoluta, su sencillez, la simpatía de su trato, su chispeante conversación; su espíritu travieso de chiquillo, aunque terriblemente mordaz; en fin, por sobre todo, su hombría nunca desmentida, y ahora las dotes que revelaba como organizador de la desorientada política.

Sí, «El Cura» —como llamaban todos a Meneses— tenía razón: sólo Portales sabría poner orden en el nuevo conflicto que surgía con la crisis de Ministros. Decían que Gandarillas había ido a traerlo a la tertulia.

—Me sentiría defraudado si no viniera —dijo Antonio Garfias—; sólo por verlo he llegado hasta aquí acompañando a mis hermanas a quienes la presidenta aseguró que nunca faltaba a su tertulia.

La conversación de Rengifo lo había dejado pensativo. Un extraño sentimiento le llenaba de dulzura el alma: había hecho, al fin, el hallazgo milagroso de un hombre auténtico; la vida le deparaba en su camino uno de aquellos escasísimos seres a quienes no en vano se le puede tributar nuestra vital necesidad de admiración y afecto. ¿No podría, acaso, existir hacia seres como éstos una pasión de amistad tan absorbente como la pasión de amor? Sí, recordaba haber leído un comentario sobre la amistad histórica de dos hombres, que explicaba esta atracción de las almas, y siempre había deseado encontrar un amigo bastante grande para inspirarle —como a aquel La Boetie—, el embriagante y divino sentimiento, anhelo de su espíritu.

Se produjo un rumor en ambas salas, la gente fué corriéndose, y pronto un solo grito saludó al que llegaba en compañía del Presidente.

¡Viva Portales!

Antonio Garfias entornó ligeramente los párpados. Absorto, retenía a flor de labios las palabras con que otro hombre, en época lejana se explicaba a sí mismo las razones de su mística amistad:

«Si se me exige que diga por qué lo amaba, siento que no podría • expresarlo sino respondiendo: «porque él era él; porque yo era yo». «Nos buscábamos antes de conocernos. . . , creo en virtud de algún de- «signio celeste».

Seguían las aclamaciones. Pero el ovacionado no parecía regocijarse de esta adhesión a su persona, sino más bien aceptar resignadamente un sino. Su pálida faz estaba contraída, el ceño indicaba desagrado por aquella bulliciosa manifestación que molestaba tal vez en él cierto pudor oculto. Pero su natural y espontánea sencillez venía a apoyarlo:

—Bueno —dijo, deteniéndose en medio de la sala—, el Presidente me anuncia que no hay Ministros. ¡Si nadie quiere serlo, lo seré yo!

Su voz quedó perdida en las aclamaciones.

—¡Viva el Salvador de la República! —gritó pomposamente Meneses.

—¡Majadero! —lanzó Portales, con una mirada fulminante, mascullando algunas interjecciones. Y como seguían los vítores, levantó la mano como pidiendo la palabra.

—No tanto regocijo, señores, —profirió—. Puede que se arrepientan. ¡Yo voy dispuesto a todo... a todo! Incluso a que se me llame «Ministro salteador».

Una irónica sonrisa le devolvía a su fisonomía el buen humor perdido.

Fué repartiendo, al pasar, algunos palmoteos a los amigos, llamándolos por distintos nombres que les daba:

—Bien, encantado de su regocijo, mi Sol de Segovia —le decía a Garrido.

—A Ud., viejo Zorro Chillanejo, —decíale a Rodríguez— no le creo mucho que se alegre.

—Mi pérfido Mañungo, esto lo has tramado tú con el Tuerto, no me cabe duda: huele a rengifada. Porque has perdido la libertad quieres casarme con su señoría la Política.

Como «Mañungo» le presentara a Garfias, algo le llamó la atención en este hombre que con modestia y tino se decía su admirador. Le clavó su escudriñadora mirada:

—Por supuesto —exclamó espontáneamente, después de unas palabras de Rengifo— seremos amigos, ¿por qué no? Vaya mañana a la tertulia de la Alameda en el «sofá» del Estanco. Encantado, señor Garfias —agregó, despidiéndose, pues quería saludar a la dueña de casa para poder retirarse. Luego que hubo hecho su cortesía ante la Presidenta, fué escurriéndose entre los grupos que trataban de retenerlo, y acompañado del Tuerto alcanzó la puerta de salida.

Es todo silencio el tranquilo pueblecito de Renca. No hay una luz que se divise. Sin embargo, en una quinta, los postigos cerrados de la casa dibújanse por sus rendijas en un cuadrángulo de leve línea luminosa.

Adentro de la pieza, junto a la cuna de su hijita, Constanza arregla maletas y cajas, tomando nota —como ha recomendado Diego— de todo lo que lleva. No se combina un viaje tan largo, y por meses, sin asegurarse de cuanto se necesita. «¡Cuidado con olvidar nada, para eso está la lista!»... Si no son suficientes las mulas que él traiga, tal vez pueda conseguirse otra aquí. ¿A qué preocuparse? Diego la sacará de apuros de alguna manera. ¡Pero cuanto paquete, sin contar las camas que se desarmarán al último momento! Parece que ya está todo listo. Constanza mira en torno suyo: la pieza desmantelada está invadida de bultos que la rodean como islotes. La Pechoña ya se fué a dormir; estaba rendida la pobre vieja. Constanza ni siente el cansancio, parece que le hubieran hecho beber algún filtro —como en las leyendas—, un filtro de felicidad que le comunica fuerzas para arrostrar cualquier fatiga. ¡Qué alegría! Su más caro anhelo va a cumplirse. Pronto, lejos de la capital, en un pueblito donde nadie la conozca, podrá vivir con Diego, sentirse como su esposa. ¡Copiapó! —repite—, y le parece aquella obscura ciudad un Paraíso, aunque el sitio —Diego se lo ha dicho con insistencia— es desolado, árido, y su clima quizás no convenga ni a ella ni a la Rosalía.

La niña medio se despertaba. Constanza se puso a mecer la cuna canturreando inconscientemente una canción negra oída en Lima cuando era chiquita:

*Dórmite, mi nengre,  
dórmite, ningrito.  
Caimito y merengue,  
merengue y caimito.*

Se rió, de pronto, al contemplar a la Rosalía —alba como las sábanas— que ni era «nengre», ni siquiera hombrecito.

Gran desilusión había sido para Constanza que el niño esperado se tornara «chancleta», según había calificado Diego a la recién nacida. Sin embargo, como decretara que la prefería a un «señorito», había quedado conforme.

Rosalía empezó de nuevo a lloriquear y Constanza volvió a mecerla reanudando la canción interrumpida:

*Cuando tú sía glandi,  
va a sé bosiador...  
Nengre de mi vida,  
Nengre de mi amor...*

Pobrecita, ¿cuál iría a ser su suerte «cuando sía glandi»?...

Constanza suspiró y la miró murmurando:

—Habría que quererlo, de todas maneras, porque tu madre lo quiere.

Besó en la frente a la criatura que ya dormía; luego descolgó de la perilla del catre su rosario y se puso a rezar, pidiendo, fervorosa, la protección de la Virgen para el viaje tan anhelado, que creía ya próximo.

## CAPITULO II

### LAS CONGOJAS DE UN PRESIDENTE

Los disgustos causados por la administración del Estanco y otros negocios particulares, más de una vez le habían a don Diego «encrespado la bilis». Con mayor razón, este desempeño de tres ministerios, en momentos de totales y delicadas reformas, había de causarle infinitos sinsabores y amargos ratos, haciéndolo «arder» —como decía— todo el día. Aceptado el cargo, estaba dispuesto a afrontarlo con enérgica paciencia: oiría las quejas y las censuras como un perro grande el ladrido de los quiltros, sin darles cabida y, si es posible, sin enfadarse, lanzando a lo sumo de vez en cuando su

mordisco oportuno. Así debe obrar —pensaba— el que sabe por qué obra y adónde va, mientras los demás miran, quisquillosos, incapaces de comprender que no se abren caminos en la montaña sin algunos dinamitazos. Se haría, sí, todo lo necesario para afianzar el nuevo régimen, permitiéndole llevar a cabo su ardua tarea. Y para ello, en primer término, y como medida de vida o muerte, había que desterrar de raíz el militarismo aniquilando el Ejército en sus perjudiciales elementos, para regenerarlo en seguida como cuerpo destinado a la protección de la República y no al empleo anárquico y subversivo de su fuerza. Así, habían sido destituídos de sus puestos todos los que en alguna forma fueren considerados perturbadores del orden, y sin miramiento a los servicios que prestaran anteriormente. Sin embargo, tan sabia medida del orden público era acerbamente criticada por los que sólo vieran, en la destitución de los grados y en el destierro, una vejación a los héroes de la Independencia. No comprendían que se trataba de un merecido castigo por faltas doblemente censurables, precisamente porque las cometieran los que, sin recordar los deberes que sus mismos títulos de gloria les impusieran, no habían retrocedido, movidos por ambiciones o rivalidades personales, en llevar al desquiciamiento la patria.

¿Cómo explicarse tal aberración de las censuras a las nuevas medidas de rigor, sino como consecuencia de la detilidad de los gobiernos anteriores, para quienes el castigo a tales atropellos del Ejército consistía sólo en discursos morales o pasajeras relegaciones y cortos apriisionamientos? Había que ver cómo, después de cada revuelta, salían de sus cárceles, airosos, insolentes, provocativos, los revoltosos impunes, dispuestos a renovar su hazaña al primer descontento, o por sólo el ascenso a un puesto, o el placer mismo del juego belicoso.

¡No, señores militares; tan triste concepto de sus deberes no se toleraría en el actual régimen! Tampoco era posible se soportara que un jefe de Ejército, aun movido por las mejores intenciones, se constituyera en la autoridad suprema permitiéndose celebrar pactos, tratados, como lo hiciera el general don José Santiago Aldunate, quien ofendido porque no se había ratificado el tratado de Cuzcuz, mandaba una solicitud al Gobierno pidiendo se le formase un Consejo de Guerra. Medi-

tando en todo ello, acababa Portales de redactar una nota en la que contestaba al general, aprovechando de poner en claro la censura de los acontecimientos recién acaecidos a raíz de Lircay, y asimismo su nuevo concepto de la sanción. Antes de rubricarla, agitó una campanillita llamando al Oficial Mayor del Ministerio. Quería leerle el documento, por si la redacción no se ajustaba a los términos usuales. El oficial, un tal Nicolás Pradel, que tenía orden de no entrar al despacho mientras no lo llamara el Ministro, se precipitó en la sala, ufano de poder dar al fin la noticia con que aguardaba, tras de la puerta, desde más de media hora. Pero la mirada imperiosa y el gesto del Ministro sofocaron sus palabras.

—¡Cállese, y oiga esto primero!

Con voz firme, pausada, leyó Portales, sin interrupción:

«Por este Ministerio se ha recibido la nota de V. S. del 6 corriente, en que solicita que se le forme un consejo de guerra a consecuencia de no haber sido ratificado los tratados que celebró en Cuzcuz con don Benjamín Viel, que había escapado de la acción de Lircay con algunas fuerzas de milicia de caballería de la provincia de Concepción y el Maule, y que en su fuga de Lircay hasta Illapel, cometió los excesos más escandalosos y atropellamientos sólo propios de bandidos desesperados. El Gobierno ha extrañado tanto más la solicitud de V. S. cuanto es hecha por uno de los jefes reputados por instruidos en sus deberes. V. S. trató en Cuzcuz, y prescindiendo de la cuestión de si debió o no tratar, es innegable que no pudo V. S. ni puede general alguno, sin previa y expresa autorización, celebrar un tratado y darle cumplimiento, sin esperar la ratificación del Gobierno de quien depende. V. S. no recibió esa autorización, y queriéndole conceder que se hubiese encontrado en circunstancias que le obligasen a entrar en convenios, éstos nunca pudieron tener efecto sin la suprema aprobación. El Gobierno, buscando siempre el acierto, ha llamado a sí a los vecinos que, por su instrucción, propiedades y desinteresado amor al país, quieren lo más justo y racional; y con acuerdo de ellos resolvió no aprobar una capitulación que, a más de dejar en ridículo a la suprema autoridad, le hacía inconsecuente en sus determinacio-

« nes y en su marcha, conservando elementos de eterna discordia en  
« manos de los que jamás han obtenido destino que no hayan prosti-  
« tuído. Cuando el Gobierno se ha propuesto restablecer la moral, igno-  
« miniosamente relajada por la conducta de las anteriores administra-  
• ciones; cuando todo su anhelo es hacer entrar a cada individuo de la  
« sociedad en sus respectivos deberes, ¿quiere V. S. que conservase en  
« sus puestos a militares constantemente insubordinados y revoltosos;  
• a militares que nunca mandaron cuerpos en el ejército, sino para co-  
« rromper su disciplina, y para abusar vergonzosamente de sus cauda-  
« les, que han dilapidado con tanto escándalo público? ¿Quiere V. S.  
« dejar en absoluta impunidad a hombres constantemente protervos,  
« que jamás conocieron el deber, la verdad, la moderación ni la decen-  
« cia? V. S. debe persuadirse que ni V. S. ni el mejor chileno, aventaja  
• a las personas que componen el Gobierno en las buenas intenciones  
• de que abundan, y por un efecto de ellas, es que no ha tenido a bien  
« ratificar esas capitulaciones. Convencido por la experiencia, se ha  
• propuesto el Gobierno desterrar ese sistema de condescendencias  
• injustas, de criminales disimulos, de consideraciones indebidas que  
« han confundido al bueno con el mal ciudadano, al militar inepto e  
« insubordinado con el apto y buen servidor; y que, en fin, desquicia-  
« ron (puede decirse así) la sociedad, aflojando todos los vínculos que  
• la sostienen. Oiga V. S. y sepa la conducta observada por esos hom-  
« bres en quienes V. S. ha tenido la debilidad de confiar. Don Benja-  
• mín Viel a quien V. S. ha dado dos mil pesos para gratificar a los  
« individuos de la montonera de Uriarte, no ha distribuído entre ellos,  
« según las prolijas investigaciones hechas en esta capital, ni una quinta  
« parte de esa suma. Don Pedro Chapuis ha ocultado una imprenta que  
• sacó de La Serena; y, según los mejores datos, conserva en su poder  
« algunos fondos fiscales. Esos individuos que componían la división  
« de Uriarte no han entregado a V. S. ni la mitad del armamento. Son  
« prueba inequívoca de esta verdad, los innumerables reclamos de los  
• vecinos del tránsito, y la multitud de aprehensiones que los jueces y  
« particulares han hecho de partidas armadas que han cometido horro-  
« rosos excesos y saqueos escandalosos, llegando al extremo de no per-

« donar ni las telas de los colchones en las casas en donde llegaban por  
« desgracia. Don Pedro José Reyes se ha aparecido en esta capital con  
« sólo ciento y pico de hombres, el resto fué diseminado por los campos  
« para comportarse del modo que era de esperarse de hombres habitua-  
« dos al pillaje. Han venido con multitud de caballos de tiro, mientras  
« los dos escuadrones han tenido que hacer a pie la mayor parte de sus  
« marchas hasta llegar a Santiago. ¿Qué propiedades de las que tomó  
« Viel con tanta violencia, y de las que quitó Uriarte, han sido devueltas  
« a sus dueños? El Gobierno, no desconociendo sus deberes, ya habría  
« sometido a V. S. a un consejo de guerra, sin necesidad de que lo  
« pidiese, si no estuviera íntimamente persuadido de que los móviles  
« de los procedimientos de V. S. si no son justos, carecen de malicia,  
« que le constituiría culpable. Advierte en V. S. errores de concepto,  
« únicamente, y una falta de conocimientos en los únicos medios de con-  
« solidar la paz y las instituciones de Chile. Esta es la razón por qué el  
« Gobierno no ha retirado, ni retirará, la confianza que ha depositado  
« en V. S.—Dios guarde a V. S.».

Pradel no había pestañeado; estaba suspenso de los labios de aquel Ministro que redactaba por sí mismo las notas, tanto mejor de lo que pudieran hacerlo todos los Oficiales del Ministerio juntos, después de mucho conciliábulo. Este señor Portales no se atenía a puras fórmulas; decía cosas substanciales que nunca se habían dicho. Así, también, teníanse en cuenta sus decretos que, tan pronto eran enviados, ya se cumplían. Sí, éste iba «al grano», como decía. . . En tan pocos días, sin haber sido nunca Ministro, desempeñaba la cartera de tres Ministerios con la facilidad de quien no hubiese hecho en toda la vida otra cosa. Nunca acababa de salir de su asombro el Oficial, ante la agilidad de espíritu, la resistencia física, la dedicación al trabajo de don Diego, quien pasaba en el despacho hasta dieciocho horas diarias. El primer día de su desempeño había enviado a buscar velas a su propia casa, pues en el Ministerio no las había del momento que cesaba el trabajo antes de anoecer, y don Diego se había quedado allí, olvidado de la hora de comida, hasta las diez de la noche.

—¡Qué mira, Pradel! ¿Tengo monos en la cara? —díjole don Diego bruscamente—. Diga lo que falta; aquí no quiero cortesanos que no se atrevan a hablar sino para decir lisonjas.

—Ministro, —contestó el Oficial que era vivo de genio— no es esa mi costumbre; ya lo irá comprobando. Su redacción está perfectamente.

—Que se lleve, entonces, de inmediato. Largue, ahora, su noticia.

—El general Freire fué apresado, al fin, en la chacra de Lo Sánchez, en la Cañadilla.

—¡Ilustre Freire! —dijo solamente don Diego, y viendo que Pradel no se movía, preguntó—: ¿Qué espera?

—Ahí están dos señores muy respetables que ya sabían la noticia y quieren hablar con vuestra excelencia.

—¡Que pasen!

Entraron, con solemne actitud, empaquetados, reverentes, cortesanos, el marqués de Hurtado y don Marcelino de la Rada, muy amigo, este último, de la familia de Portales.

El Ministro les indicó un sofá, deseoso de terminar con sus «genuflexiones peluconas».

Aquellos señores, que de seguro — pensó don Diego— habían contribuído indirectamente a señalar el paradero del fugitivo, dijéronse personales enemigos de Freire. Conociendo el deseo del Ministro de obrar con mano de hierro hasta destruir todo vestigio de conspiraciones, venían a proponerle un «arreglito», que les parecía el de mejor política, y lo habían consultado con el padre Torres y el padre Cienfuegos.

Portales, los brazos cruzados sobre el pecho, no les despintaba la vista esperando que desembucharan su *mañosa* proposición —que así debía serlo—, urdida con el «infame» Torres y «ña Tomasita», como llamaban con razón a ese «leso, mentecato y ridículo de Cienfuegos».

—Como se ha tratado que el Gobierno mandaría a Freire al destierro —adelantó don Marcelino— queríamos proponerle que se aprovechase, camino de Valparaíso, simular un motín popular para darle allí tres baías.

—Disponemos de algunos hombres —agregó el marqués— que podrían encargarse de provocar el sorpresivo ataque.

—Y santo y bueno —terminó, sonriente, don Marcelino—; nadie podrá culpar al Gobierno, Ministro.

Portales los había dejado explayarse, observándolos como quien estudia una extraña fauna; pero loco de ira, sin poder contenerse ya, exclamó con voz terrible y fulminante mirada:

—¡Asesinos y traidores! No me confundan con su cobarde ralea. Yo no mato a nadie por la espalda. Si creyera que Freire merecía la muerte, ahí se le juzgaría, a la vista de todos, precisamente porque estos actos han de servir de ejemplo y no de simple espectáculo de circo romano.

Los dos caballeros, anonadados, sin osar levantar la vista, trataban de balbucir sus torpes explicaciones.

—¡Basta, señores no hay más que hablar! —dijo el Ministro señalándoles la puerta. Cuando se inclinaron intentando pasarle la mano, don Diego los miró de alto abajo cruzando sus manos por la espalda. En la vida volvería a saludarlos. No bien pasaron el umbral de la puerta, el Ministro agito la campanilla.

—Haga buscar inmediatamente al capitán Silva —ordenó al Oficial.

Se paseaba, ahora, con grande agitación; su rostro estaba amarillento, sentía un doloroso ardor al estómago.

—¡Bandidos! Y éstos eran los que mañana madrugarían para ir a comulgar. Santo Dios, si es verdad que moras en la hostia, ¿cómo no te atragantas al pasar por tan viles gatzates?

La puerta se abrió y, en el marco, se cuadraba el joven capitán Silva.

—A sus órdenes, Ministro.

—¡Adelante! Oigame bien, Silva —dijo Portales con señalada energía—. Freire está preso y es preciso que esta misma noche se lo lleve Ud., bien resguardado, a Valparaíso, donde se embarcará rumbo al Perú. Ud. me responde con su vida de la vida de Freire. Temo se le pueda atacar en camino. Si Freire muere, yo lo hago fusilar a Ud.

—Ministro, —contestó, siempre cuadrado el capitán— me comprometo bajo palabra de honor a cumplir estrictamente sus órdenes.

—Vaya a la cárcel, y vea que se le trate con todas las consideraciones que le son debidas. He dicho.

Saludó el capitán, y mientras se retiraba, el Ministro lo seguía, escrutador, con la vista.

Quedaban algunos asuntos que despachar, pero tenía que hacerse violencia para contraerse al trabajo, tal era la indignación que le agitaba el alma.

¡Don Marcelino, amigo de su padre, que hablaba con suave voz de monja, y parecía no tocar a una mosca!

Trató de recorrer algunos papeles a la vista, pero le costaba concentrar el espíritu. Miró la hora, entonces, y viendo que pronto sería tiempo de almorzar, descolgó de una percha el colero y la capa, y después de dar algunas órdenes a Pradel, fué bajando la amplia escala roja.

Con impaciente gesto, como si desechara con éste las preocupaciones, se terció la capa sobre el hombro. No todo, al fin, era «patadas en el estómago»: ¡Qué gustazo, como si le bailaran cueca dentro del corazón, le había traído la carta del general Prieto, llegada ayer de Talca. «Sólo la noticia de hallarse Ud. con carácter público en el Gobierno — le decía el general— ha sido bastante para entusiasmar a mis rotos y hacerlos pelear como diablos».

Que siguieran aprobándolo los rotos, y todo lo demás sería sobre llevado con la debida entereza.

En la Plaza, alrededor de la fuente de bronce, los aguadores llenaban sus barriles y luego salían con sus mulas a vender la carga. Se oía, así, el tintineo de las campanitas que se movían al paso de las bestias, cantando en musical pregón: «¡Agua, agua, agua!»

Don Diego se había adosado a una de las pilastras del Palacio presidencial, y desde allí miraba actuar al cabo de los aguateros a quien reconviniera en días pasados por ciertos atropellos, y éste se movía ahora, impartía órdenes, hacía esperar turno, distribuía en filas, según iban llegando, las mulas. De pronto, don Diego miró hacia la acera de la Catedral. Un enjambre de niñitas salía del palacio del obispo, convertido

en colegio de señoritas, y lucían las colegialas la gorra y los guantes blancos característicos de su uniforme. Ya divisaba a la Antuca y la Dolores que venían del brazo de su madre, y adelantó a su encuentro mientras cruzaban la calle.

—Qué hubo, mi comadre,—dijo saludando a misiá Rafaela Beznilla— ¿cómo ha amanecido Ud.?

Las dos chicas soltaron a su madre y, con jubilosa algazara, se colgaron de los brazos del amigo Diego que ya les decía alguna travesura.

—¿No habrá salido Tomás? —preguntó doña Rafaela.

En ese momento aparecía el Presidente. Se reunía al grupo y se fueron todos caminando por la calle de las Neverías hasta Santo Domingo.

Con el fin de aprovechar mejor el tiempo, Portales iba diariamente a almorzar a la casa de don Tomás, y en la mesa se elaboraba más de un proyecto y se comentaban los incidentes de la política. A veces, doña Rafaela invitaba a algún comensal indicado por su marido o por don Diego, en relación a las necesidades de las conversaciones políticas.

—Hoy vienen Manuel y la María —dijo doña Rafaela cuando llegaban a la casa—. Supongo estarán Uds. conformes.

Portales correteó a las chicas hasta el jardín, donde las dejó a jugar con sus hermanitos.

Don Tomás se había sentado en la salita. Parecía abatido. Durante el trayecto, apenas si había desplegado los labios para contestar a Portales sobre el apresamiento de Freire.

—¿Qué le pasa, don Tomás? —preguntó don Diego.

Este le alargó una hoja del periódico de oposición, «El Trompeta».

—Lea —dijo, señalando unos versos—. ¿Cómo quiere Ud. que soporte esto sinsultos? Un día me tratan de asno, otro de niño bajo tutela.

Portales recorrió primero con los ojos el libelo en tanto una leve sonrisa le voloteaba sobre el rostro; luego, en alta voz, dándole expresiva acentuación y sabroso comentario, dió lectura a los versos, que se titulaban: «*El uno y el otro*». Y recitó:

*El uno subió al poder  
con la intriga y la maldad...*

—Este soy yo, naturalmente —comentó con un saludo.

*Y al otro, sin saber cómo,  
lo sentaron donde está.*

—Este es Ud., don Tomás. Pero vamos, que «sin saber cómo»... Ellos no lo sabrán.

*El uno cubiletea...*

—Yo —señaló con la mano.

*Y el otro firma, no más.*

—Ud.: Oiga, oiga, no cabe duda:

*El uno se llama Diego,  
Y el otro, José Tomás.*

—Muy bien el estribillo; ya lo tomaré en cuenta para versos propios.

*El uno sabe que en breve  
Todo en humo pasará,  
El otro cree que en la silla  
Tiene su inmortalidad.*

—¡Miren, miren, miren!... ¡Si para humareda íbamos a molestartarnos tanto!

Su tono era irónicamente compasivo. Comentó con burlona amenaza, imitando el estribillo: —¡Ay, espérense, «no más», que «el uno se llama Diego, y el otro José Tomás».

*El uno es barbilampiño  
Y el otro es un mustafá...*

Interrumpiéndose, varió con ironía:

*Sin duda que el uno es Diego,  
Y el otro, José Tomás.*

Miró a Su Excelencia. Este, maquinalmente, retorció con rabia sus gruesos bigotes. Insistiendo en su improvisación, recitó entonces, don Diego:

*Si esto es lo que les escuece,  
afeitarse, don Tomás:  
que si el lampiño no puede,  
el otro bien lo podrá.*

—Pero sigamos frente al espejo. Reanudo mi lectura:

*El uno es sutil y flaco  
que parece hilo de olán;  
y el otro con su barriga,  
tiene algo de monacal.*

Se rió, y versificando a su vez, dijo:

*Aquí la alusión es cierta  
y no nos cabe dudar:  
si don Tomás no es el flaco  
no es don Diego el monacal.*

Como el Presidente seguía con cara larga, animoso, parodiaba ahora don Diego:

*Por esto no hay que apenarse:  
hay que reír, don Tomás:  
si uno ríe, el otro ría,  
que uno y otro juntos van.*

Volvió a tomar el papel, diciendo:

—Oiga, que ahora el palo es para mí.

*El uno especula en grande,  
el otro cobra el mensual,  
el uno se llama Diego...*

—Etc., etc.; ya sabemos la cantilena Pero sigamos:

*De uno y otro reiremos  
antes que llegue San Juan;  
uno y otro, en aquel tiempo,  
quién sabe dónde estarán.*

—¿Adónde estarán? —exclamó. Y, parodiando, continuaba:

*Es fácil adivinarlo,  
y en verlo no tardarán:  
¡don Diego, burlón y firme,  
junto a don José Tomás!*

Doña Rafaela se esforzaba en celebrar a Portales, pareciendo como él no tomar en cuenta los tiros del malintencionado pasquín. Pero el Presidente tenía desenchajado el rostro y sus fornidos mostachos resaltaban, irónicamente varoniles, desdiciendo de la expresión amilanada.

—Don Tomás, si sigue Ud. dándole importancia a los tontos lesos malvados, se me va enfermar, y yo lo necesito para . . . mis «cubileteos». ¡Vamos, Ud. y yo somos dos buenos patriotas, que no pretendemos puestos y honores, sino salvar la situación del país: obrar bien, pues, y dejar hablar! Por otra parte, se acercan las elecciones y el fin de su sacrificio. A propósito, ¿sabe en quién he pensado para candidato, si no quiere serlo Ud. y siempre se empeña en que su salud está mala y su paciencia agotada?

—¿En quién? —preguntó, anhelante, el Presidente.

—En Prieto. Es la mejor manera de descartar a lo o'higginistas. El Chillanejo no vacilará en atraerse a don Joaquín para fomentar la candidatura del ex-Director. Si Prieto acepta ayudarlo, estamos fre-

gados porque poseen la fuerza del ejército del Sur: Bulnes y Cruz tienen ya buena reputación en dicho ejército, y son ambos sobrinos del general, no lo olvide.

—Sí —aprobó con entusiasmo, Ovalle— debemos favorecer la candidatura de Prieto.

Doña Rafaela se había adelantado a recibir a la pareja Rengifo que un lacayo acababa de anunciar.

—Dos palabras antes que entre Rengifo —dijo don Diego al Presidente—: creo conviene le insinúe Ud. que acepte la cartera de Hacienda.

—Pero Meneses no ha renunciado.

—Basta de Meneses, mi don Tomás. Muy bien su restitución de los bienes religiosos: al César, lo que es del César, sin contar que en nada aprovechó el Gobierno pipiolo aquella confiscación. ¡Pero de ahí a que nos meta «El Cura» en plena frailería! ¡No! No hay que dar pábulo a nuestros enemigos para tildarnos de godos. Además, Rengifo, tan circunspecto, probo, metódico, con gran experiencia de los negocios, es el hombre que nos pondrá las finanzas como sobre un riel. Hay varias reformas que hacer, y no dudo le parezcan a Ud. acertadas las que voy a proponerle.

Seguidos de doña Rafaela, avanzaban los recién llegados para saludar a Su Excelencia.

—Cómo te va, Ministro —díjole don Diego a Rengifo, después de saludar a doña María.

—¿Ministro?

—Sí —se adelantó a decir el Presidente—. He pensado que aceptaría Ud. la cartera de Hacienda en reemplazo de Meneses, que pronto dimitirá.

—¡No lo piense, mi niño, —dijo Portales— ni saque papel y lápiz para calcular el pro y el contral La Patria lo necesita, y doña María será la primera en sofocar sus celos ante aquella imperiosa rival.

—Presidente, —dijo Rengifo— bien sabe Ud. que estoy a sus órdenes, si puedo en realidad serle útil. Ud. y Portales han dado el ejemplo de que debemos postergar nuestros intereses a los del país. Pido quin-

ce días para encaminar mis propios asuntos y me tiene a su entera disposición.

Habían pasado al comedor. El criado negro depositaba sobre la mesa una fuente de dorados pejerreyes que despedían un apetitoso olor a fritura, como si quisiesen hacerse comer por las narices.

—Son de Aculeo; llegaron hace un momento, casi vivos. Regalo del compadre Justo, —dijo doña Rafaela, mientras tomaban asiento sus comensales.

—¿Has leído los versos del «Trompeta»? —preguntó don Diego a Rengifo—. Pues no pierdas una buena ocasión de reírte. Han hecho allí una sátira de don Tomás y de su humilde servidor, que no deja de hacerme gracia. Me imagino que ha ensayado en ella su pluma la pedantona Mercedita.

—¡No! —dijo doña Rafaela—. Es ella mi amiga y no se habría atrevido a atacar a Tomás.

—¡Ay, comadre! Con tal de atacarme, ¿por qué no?, «que uno y otro juntos van» —subrayó con maliciosa sonrisa—. En todo caso, esta composición la redime a mis ojos —literariamente, se entiende— de sus versos sensibleros. Pero si cree haberme hecho dar con esto mi par de corcovos, que se rasque, porque no lo ha conseguido. Y si don Tomás lo permite, haremos esta noche, aquí en la tertulia, una buena parodia de la versaina aquella: que sepa toda la gente que el Presidente y su Ministro no le dan importancia a pellizcones de mujeres chismosas. Bueno, comadre, no se me enoje; si no son de Mercedes, no dejan de ser de «amujerados».

—Yo creo que son de Mora— insinuó el Presidente.

—¡Ay, estos extranjeros que un día andan en Lima, otro en Santiago, como también el otro, el gabacho aventurero Chapuis, y atizan mercenariamente el fuego de los partidos! —censuró Rengifo.

—Si es Mora el de la versaina, ya le dará Ramón o el Tuerto su merecido —dijo don Diego.

Traían un guiso especial para don Tomás; pues se hallaba enfermo y obligado a seguir un severo régimen.

ce días para encaminar mis propios asuntos y me tiene a su entera disposición.

Habían pasado al comedor. El criado negro depositaba sobre la mesa una fuente de dorados pejerreyes que despedían un apetitoso olor a fritura, como si quisiesen hacerse comer por las narices.

—Son de Aculeo; llegaron hace un momento, casi vivos. Regalo del compadre Justo, —dijo doña Rafaela, mientras tomaban asiento sus comensales.

—¿Has leído los versos del «Trompeta»? —preguntó don Diego a Rengifo—. Pues no pierdas una buena ocasión de reírte. Han hecho allí una sátira de don Tomás y de su humilde servidor, que no deja de hacerme gracia. Me imagino que ha ensayado en ella su pluma la pudentona Mercedita.

—¡No! —dijo doña Rafaela—. Es ella mi amiga y no se habría atrevido a atacar a Tomás.

—¡Ay, comadre! Con tal de atacarme, ¿por qué no?, «que uno y otro juntos van» —subrayó con maliciosa sonrisa—. En todo caso, esta composición la redime a mis ojos —literariamente, se entiende— de sus versos sensibleros. Pero si cree haberme hecho dar con esto mi par de corcovos, que se rasque, porque no lo ha conseguido. Y si don Tomás lo permite, haremos esta noche, aquí en la tertulia, una buena parodia de la versaina aquella: que sepa toda la gente que el Presidente y su Ministro no le dan importancia a pellizcones de mujeres chismosas. Bueno, comadre, no se me enoje; si no son de Mercedes, no dejan de ser de «amujerados».

—Yo creo que son de Mora— insinuó el Presidente.

—¡Ay, estos extranjeros que un día andan en Lima, otro en Santiago, como también el otro, el gabacho aventurero Chapuis, y atizan mercenariamente el fuego de los partidos! —censuró Rengifo.

—Si es Mora el de la versaina, ya le dará Ramón o el Tuerto su merecido —dijo don Diego.

Traían un guiso especial para don Tomás; pues se hallaba enfermo y obligado a seguir un severo régimen.

—¿Si prefriere servirse arroz, Portales? Es también para Ud. —ofrecía doña Rafaela—. Como le cae mal la cebolla y las patitas van con cebolla. . .

Don Diego aceptó, agradecido, la atención. —Siempre tan fina, la comadre.

Al fin, y a pesar de repugnarle, habló Portales del apresamiento de Freire y refirió la extraña visita de los dos viejos sinvergüenzas, sin dar los nombres, porque no había cómo «blanquearle la negrada» al canalla de don Marcelino. A propósito de la prisión del general, se comentaron los continuos ataques de «El Defensor de los militares denominados constitucionales», cuyos redactores eran José Joaquín de Mora, don Ventura Blanco, don Pedro Godoi, y entre otros, don Pedro Garcés.

—Poco se me da que me apoden de «Richelieu» sin sus cualidades y con sus crímenes —dijo Portales—. Desde luego, si mis crímenes consisten en limpiar el ejército destituyendo de sus grados a sus malos u ofuscados servidores, santo y bueno, sigan mis crímenes. Yo no me afecto como don Tomás por las burradas de los tinterillos.

—¿Cómo no han de encontrar criminal —hizo observar Rengifo— el atrevimiento de dar castigo, cuando lo establecido era recompensar a los revolucionarios por cada asonada, como el único medio de evitar que hicieran otra? Pero recuerden Uds. el decreto por el cual se ofreció un indulto absoluto y una gratificación a la gavilla vandálica de Pincheira, con tal de que depusiese las armas. Hombres que así han entendido en la práctica la moral gubernativa se valen ahora con ahinco de todos los recursos forenses y jurídicos.

—El que no lleva buen guía natural en su conciencia ha de buscarlo en códigos escritos —observó doña Rafaela.

Portales la quedó mirando, sorprendido. Decididamente la comadre se demostraba mujer de criterio poco común, no era la primera vez que lo observaba.

—Así es, doña Rafaela, —dijo— la gente sana de juicio, no obcecada por «la letra», se va al espíritu de las cosas. Desgraciadamente, los hombres se impresionan antes por la historiada rúbrica que por la

firma. Sin embargo, un Mora no puede dejar de comprender que una revolución no corresponde a las leyes escritas sino a la conciencia de las generaciones y al criterio de la historia. ¡Ah! ¡estos pelajeños tan amigos de las palabras, de las fórmulas! Y cuando no por pillos, por tontos, se atienen a las elucubraciones y no a los hechos. «Res, non verba», dice un latín, y éste ha de ser nuestro lema. Me hace cosquillas al alma ver el poco sentido de la realidad que tiene esta gente «idealista» —pronunció con despectivo acento—. No me hablen de política por recetas. Ahí tenemos al Infante con su eterna majadería del federalismo en Chile, que es como querer transplantar una flor del trópico en helado terreno polar: aquí se nos marchita el tal federalismo; no está abonada aún la tierra chilena. En fin, Dios nos dé paciencia, salud y tiempo hasta enseñarles a andar a los recién nacidos, sin pretender, como lo hizo el pipiolaje, soltarlos en absoluta libertad autorizándoles los extravíos propios de sus pocos años.

Portales se interrumpió: el Presidente, muy pálido, se había levantado y tras el doña Rafaela.

—Discúlpenme —dijo Ovalle—; parece que va a darme el ataque. ¡No, que nadie se levante, por favor!

—Es sólo cuestión de tenderse un momento; no se preocupen —decía doña Rafaela, llevando a su marido—. Oye, Miguel, —ordenó al mozo—, prepara una agüita de boldo.

Portales había sacado de su bolsillo un frasco con píldoras.

—Aquí tiene, comadre, un remedio que debe haber sido untado con saliva de la Virgen, porque junto con tomarlo se le quita a uno como con la mano el dolor.

Se adelantaba hacia ellos y tomaba del brazo al Presidente para que se apoyara mejor.

—Bustillos me lo ha fabricado, y no es la primera vez que me doy cuenta que el pícaro anda en enjuagues con la gente del Cielo.

Cuando estuvo recostado don Tomás, le hizo tomar las píldoras junto con la tisana que le daba doña Rafaela.

El Presidente les rogó que volvieran al comedor.

—Déjemelo por mi cuenta, comadre; váyase Ud. a atender a los Rengifo —dijo con autoridad don Diego, y tomándola suavemente de los hombros, la empujaba.

—Sí, anda no más, Rafaelita, fué falsa alarma, se me está quitando. Vaya Ud. también, Portales.

—No, mi don Tomás, —repuso don Diego—. Ahora nos tienen ligados los versitos «porque uno se llama Diego, y el otro José Tomás».

Lo miró sonriente. escrutando su rostro: el Presidente había puesto «cara larga» y era preciso a toda costa volverle su tranquilidad.

—¡Y pensar que es esta lesera de la versaina que me lo ha puesto mall No hay que pisar el palito dándoles en el gusto. Más «pana», mi don Tomás. Quieren envenenar, pues nosotros tenemos contraveneno adentro: el de nuestro sonriente desprecio.

—¡Ah! —prorrumpió don Tomás—; si se tratara sólo de mí, ¡pero está en juego mi dignidad de Presidente! No puedo, como Ud., tomarlo a la risa.

—Yo sí he de réirme y alzarme de hombros. Veo a lo que quieren llegar estos pobres, y su seguro fracaso. Pretenden picarle a Ud. su amor propio de gobernante para indisponerlo con el odiado Ministro. —Y seguía, elocuente—: Ignoran que es esto imposible, que Ud. y yo sabemos, precisamente, adónde estamos y por qué. —Le había tomado las manos y se las apretaba efusivamente—. ¡Amortiguar la sensibilidad, mi amigo, ponerle pararrayos! Verá Ud. todas las cosas buenas que van a hacer juntos: «el uno y el otro» —dijo sonriendo. Luego continuaba con creciente calor—: Yo sin Ud. ¿qué haría? Quedaría desamparado en medio de esta política que odio por la bajeza de la gente, y me vería obligado a sucumbir sin sus discretos consejos. Olvidemos los rasguños con que pretenden enconar nuestra buena y sagrada amistad. Volvamos a nuestro trabajo y recuerde Ud. los versos de Ovidio y se persuadirá que, más que su amigo, soy su hermano, porque de los hombres que conozco ninguno tiene sus condiciones.

El Presidente estaba entregado.

—De su amistad tengo pruebas; no es lo que me dé cuidados —dijo—. Lo que me perturba es mi estado. ¡Quisiera, ay, tener sobre mi

cuerpo el mismo dominio que sobre mi espíritu! ¿Pero sabe? —dijo, enderezándose— ya estoy completamente bien. Sus pildoritas han operado el milagro.

—Es decir —corrigió don Diego—, las pildoritas de Bustillos. Y, a propósito, «Excelencia», —pronunció con tono de palaciego— es necesario que me firme un decretito para autorizar la compra, al tal bustillos de las píldoras, de una partida de remedios que, vista la buena mano de quien los fabrica, merece ser el proveedor del Hospital de San Juan de Dios, en vez de ese godo Miguel a quien se le ajustarán sus cuentas. El mayordomo, don Manuel Ortúzar, está de acuerdo conmigo pues ha hecho probar con eficacia distintas muestras.

Don Diego que se había sentado al borde de la cama, se puso de pie:

—Va siendo tarde —dijo— y como está Ud. repuesto, me voy. Duerma tranquilo su siestecita que acabará de entonarlo, y me llegará al palacio dispuesto a darme cuanta firma le pida.

—Gracias, mi amigo. ¡Cómo me alivia Ud. la tarea! —exclamó, suspirando, el Presidente—. Su tranquila jovialidad me da el ánimo que tanta falta me hace. Sin Ud. y el ángel de mi Rafaelita, no sé si podría resistir.

—Bueno —contestó Portales, desde la puerta, despidiéndose—; espero que en compañía de tal ángel, Dios me lo haga a Ud. un santo y a mí me dé vida para rezarle.

Antes de volver al Ministerio pasó don Diego al Portal de Sierra-Bella, donde había conservado el cuartito adjunto a la tienda de Rengifo en que habían funcionado las oficinas del Estanco. Tenía ahí, a cargo de Newman, el escritorio particular de sus negocios.

A esta hora de la siesta, permanecían cerradas las tiendas. Ni un paso resonaba por las desiertas arquerías del Portal.

El gringo Newman estaba esperando a don Diego que venía con algún retardo.

—Míster Portales, aquí le tengo todos los datos que Ud. había pedido a mí —dijo Newman, que le presentaba unos papeles.

Portales los recorrió rápidamente, y después de algunas preguntas y observaciones, demostró su satisfacción.

—Mi buen Newman, —le dijo— lo estoy haciendo trabajar como burro y Ud. no quiere aceptar aumento de sueldo. Esto no puede ser, las cosas van a cambiar.

—¡Oh, míster Portales! Yo no hago más que seguir sus buenos ejemplos. Ud. trabaja y trabaja, y no cobra al Gobierno, a pesar del muy malo giro de sus negocios, y yo que llevo los libros no puedo permitir de serle una nueva causa más en sus gastos.

—Es la Sociedad Cea, P. y Cía. la que pagará el aumento, no particularmente yo.

—No, no —pronunciaba a la inglesa: *nou, nou*—. Esa generosidad es suya. No hablemos más.

Portales le dió un apretón de manos:

—Querido amigo; esto compromete mi gratitud hacia Ud. y eleva sus prendas morales a una altura que, aunque lo conocía ya como hombre recto y justiciero, no me habría imaginado llegaran a ser efectivas. Gestos como éste le ponen a uno un poco de bálsamo sobre las heridas que causa tanto otro gesto de mezquindad, de envidia, etc., etc. Pero sigamos nuestro trabajo, que son varios los asuntos pendientes de que quiero tratar hoy con Ud. Vaya tomando nota de lo que no sepa contestarme.

—¿Se ha vendido la harina que Ud. me previno podía venderse?

—En esos trámites estoy, ya saldrá.

—¿El trigo blanco que vendió fué del de Concepción?

—No, del de Meneses que estaba en bodegas de Budge.

—Bueno, quiero que pase todas las partidas de la cuenta de Waddington a sus respectivas cuentas y vea qué saldo resulta contra Diego Portales.

—¿No ha encontrado aún —preguntó Newman— la persona que puede ir a Copiapó? Me han dado buenos datos de un señor que van a presentarme...

—Creo que mandaré a Silva. Ha sido uno de mis buenos agentes en tiempos del Estanco. Y, a propósito, necesito que Ud. se instale en Valparaíso. Puede irse a vivir con Cavareda, yo no puedo moverme hasta unos meses más, con este fregado gobierno. Para no recibir mayores perjuicios me he empeñado en solicitar fletes para la «Independencia», y ya tengo compromisos con don Domingo Otaegui, Clemente Pérez, y cuento con una carga de alrededor de 4,000 quintales que se completarán con alguna remesa que habrá que hacer a Garín si el negocio de su cargo mejora, como lo espero. Ya daré a Ud. por carta el detalle de las partidas y las fechas de embarque.

Sacó don Diego un apuntito y, después de recorrerlo con la vista, dijo:

—¡Ah! ¡se me olvidaba lo más importante! ¿Ha sabido del ganado menor de Casablanca?

—Sí, viene en camino.

—Bueno. Luego que esté en los potreros de San José el ganado menor de los tres diezmos, es preciso venderlo. Molina, el carnicero, puede comprarlo.

—¿Cuándo me iría, entonces, a Valparaíso?

—Cuestión de unos diez días. Esta venta del ganado me interesa. Es necesario que su importe nos sirva para pagar en parte a Otaegui; Ud. sabe que esta deuda no me deja dormir; el quince de diciembre es mi terrible fecha, mi día del Juicio. —Levantando los brazos al cielo exclamó—: ¡Bendito sea para siempre el señor Otaegui, la madre que lo parió y los pechos que le dieron leche, que bien pudieron haberlo ahogado con ella!

—No se preocupe, señor Portales. En alguna forma veré que entre dinero, hay varias cuentas que cobrar. ¿Por qué no apuraríamos a nuestros deudores como nos apuran a nosotros los acreedores?

—Así debiera ser, pero no lo es. La plata sale, hay que estar tapando un hoyo aquí; otro allá, que es para volverse loco. ¡En cambio no se percibe un chico! Pero de lo demás hablaremos mañana, no hay más tiempo ahora. Pasaré un poco antes de almuerzo, porque en la

tarde quiero aprovechar la hora de la siesta para dejarme caer al Hospital y otros establecimientos a mirar con mis ojos lo que allí pasa.

En el reloj de las Cajas daban las cuatro. Don Diego atravesó la Plaza. De seguro no alcanzaría a despachar todo el trabajo antes de las diez de la noche. Y era necesario asistir a la tertulia de Ovalle donde había citado al Tuerto para combinar una contestación a «El defensor de los militares». Todo ello le llevaría hasta más de la medianoche. ¡Pobre Constanza, bien abandonada la tenía! Sí, no era posible dejarla en Renca, se le buscaría un acomodo aquí en Santiago: con cinco horas para el sueño, no se podía pensar en llegar hasta Renca y volverse a la madrugada... En fin, ya que él estaba «jodío», era natural que también se fregara ella: ¡quién hace lo que se propone y desea en esta perra vida!

### CAPITULO III

## RENGIFO MINISTRO DE HACIENDA.— MUERTE DE OVALLE

**B**AJO la planta de un pie, forrado en grueso trapo, que se agita en extraño bailoteo, de aquí para allá, de allá para acá, van reluciendo las gradas de pórvido rojo.

—¡Al fin, ya está lista la «entrá»! —exclama el que enceraba, sudoroso; y luego echa un salivazo a las manos y las restrega como si fueran ellas las que han trabajado.

«El Niño-Dios de las Capuchinas» —según el apodo que le ha deparado el burlón Ministro Portales— está afanadísimo terminando sus tareas de la mañana.

—No eh ná como antes —recapacita, reflexivo, mientras echa una mirada de orgullo a la alta gradería brillante—. Ahora hei de me-  
nearme de lo lindo y hacer tóo el aseo, y no estarme de puro portero a  
mirar «con la baba que se cae» a los que pasan. Ahora, soy además  
«Mayordomo», y gano mah, natural, y se me paga juntito con dar el  
1.º de cada mes. ¿Y a qué hei de reclamar, como quisiera la Rosa, cuan-  
do toftos, ende el de mah arriba trabaja mah?

El buen hombre repite para sí lo que ha sugerido don Diego el  
día en que, despachando a parte de los sirvientes, les demostró, a los  
pocos que reservaba, la nobleza y dignidad del trabajo bien llevado.  
Al Niño-Dios lo calificó pomposamente, con maña, de «Mayordomo»,  
y éste, halagado, desempeña ahora su cargo de mozo general y portero  
con dedicación y orgullo. Con la mitad del personal, las oficinas se ven  
ahora limpias y en orden.

—Y un ejército de mozos —repite, como si la reflexión saliera de  
su propio cerebro—: pá tener lah esterah llenas de colillas, y polvo en  
loh escritorios. No, señores, no; había que dimnificar el oficio. Pa eso  
recibe uno su sueldo. Ganarás el pan con el sudor de tu propia frente,  
ha dicho el Señor.

Absorto en estas filosóficas meditaciones, el Niño-Dios no se ha  
dado cuenta de que van a dar las ocho. Pero un paso inconfundible mar-  
ca su ritmo en la acera de la calle. El portero vuela a su cuartito a qui-  
tarse el delantal que cubre su librea y a ponerse la gorra. Retumban,  
de pronto, las ocho campanadas en el reloj de las Cajas, y apenas si  
llega, sofocado el pobre, a cuadrarse en el momento preciso en que don  
Diego hace su entrada.

—¡Esa gorra está torcida! —dice el terrible Ministro, inspeccio-  
nándolo, al pasar, como si se tratara de un soldado revistado por su ca-  
pitán; y sube, ágil, las graderías.

—Nadien me quita —piensa el portero, siguiéndolo con la vista—  
que tiene cuerda, como un reloj. Si se descompone el de las Cajas, ni  
falta que hace. ¡Pero que ni un día se atrase, ni de un minutito! Le fun-  
ciona reloj, adentro, nadien me lo quita.

Sus ojos redondos, en su cara soplada de guagua toman una expresión, entre bobalicona y meditativa, de filósofo en pañales.

Iban llegando, tupidito, al trote, los distintos empleados, y subían rápidamente la escala de piedra roja.

—¡Ah, no mah flojera; no mah vihuela, y chicha, y monte! ¡Pa pasar las horas en que no hay trabajo! Ahora sobra el trabajo porque se han despachao a los que estaban de mah. Y las guitarras, como dijo el ministro, son pa «Las Ramadas» y otras Filarmónicas, que no suenan —que «disuenan», había dicho don Diego «en los menesteros, donde hay que cumplir con sus menesteres, cada cual de por sí, por su cuenta. Así se lo decía a la Rosa, pero mujer mah testarúa y floja que cree que too ha de caerle a uno regalao del Cielo...

Una calesa se detenía frente al Palacio. El Niño-Dios se apresuró a abrir la portezuela y bajó el Ministro de Hacienda. Desde el coche, doña Mariquita al despedirse le decía:

—Después de misa me voy a Quilicura; no quiero dejarlo para la tarde, la Rafaela tal vez me necesite, debo hacerle compañía.

La calesa depositó a doña Mariquita frente a la Catedral.

Junto con iniciar, Rengifo, sus tareas de Ministro, el Presidente había pedido al Congreso licencia para tomar un descanso que le permitiera reponer su salud quebrantada, y obtenido éste, se había retirado a su chacra de Quilicura. Don Fernando Errázuriz suplía la vicepresidencia, siendo siempre don Diego el alma que llevaba el Gobierno.

Ahora estaban Portales y Rengifo en el despacho del primero.

—Hombre, —decía Portales— como ya te habrás dado cuenta, nuestro trabajo consiste, en grande, en lo que el de una dueña de casa a cargo del hogar. Tú has conocido desde niño, y más que yo mismo, lo que significa vivir con medios por demás restringidos. Has tenido que ganarte el pan y ser el jefe de la familia en reemplazo del padre. Pues, a poner ahora en práctica tu experiencia sobre la economía.

Se paseaba, don Diego, las manos cruzadas por la espalda y continuaba, cual si estuviera hablando a solas:

—La buena dueña de casa debe, en primer lugar, tener buen ojo para elegir a su servidumbre: no tolera flojos, ni ladrones, ni siquiera

desperdiciadores: le fija a cada cual ordenadamente sus atribuciones; no permite la indisciplina, la falta de respeto que merman su autoridad. Despide al primero que falte de alguna manera a las reglas de conducta y trabajo que ella ha impuesto; y como todos saben que será inflexible en sus decisiones, nadie se atreve a faltar, o si falta ya recibe inexorablemente el merecido castigo. Por otra parte, se compromete ante sí misma a dar el alimento necesario y sano, el pago justo y sin atraso, el solaz requerido; y sabe, por medio de la recompensa justificada, estimular el mejoramiento del servicio y de la conducta personal.

—Muy bien —adelantó Rengifo—; has hecho el cuadro de la dueña de casa ideal en un hogar ideal. Pero, «Nuestro Hogar», es el de una mujer sin recursos.

—No es ése el peor de los males, del momento que el hogar cuenta ya con «dueña de casa». Los recursos ya irán llegando; precisamente para eso estás tú aquí. Eres paciente, prolijo, conoedor de lo que a dinero se refiere. Nadie más indicado para poner orden en este caos de las finanzas y restablecer su curso normal.

—Siempre que se me conceda tiempo, porque creo buena medida de política arbitrar recursos sin reagravar a los contribuyentes.

—Precisamente, mi don Manuel.

—Comprendo que hay que regularizar los gastos dentro de una economía rigurosa. La primera medida, me parece, es reducir el servicio del Estado al menor número de empleados compatible con la marcha regular de la administración.

—De acuerdo, hombre; si es lo que he pensado siempre yo mismo.

Don Diego se manifestaba encantado como si los pensamientos de ambos se encontraran acertadamente y por casualidad. Mas, una levísima sonrisa se escapaba de sus labios: cuantas veces, en tiempos del Estanco, había indicado, como simple espectador entonces, esta medida de reforma que le parecía la base del orden y la moralidad gubernativa. Desde luego, ya se había comenzado a ponerla en práctica.

—Se pueden reducir también —agregaba Rengifo— numerosas plazas del Ejército permanente.

—Sin contar lo que ya representan de economía, no lo olvides, los sueldos de los jefes y oficiales dados de baja.

—A propósito —preguntó Rengifo—, ¿sabías que Carlos Rodríguez, Infante y Vicuña, están dispuestos a pedir en la próxima sesión del Congreso —hinchó la voz como lo hacía Portales cuando imitaba a don José Miguel Infante—, «a nombre de la justicia y la buena política, la reposición de las «víctimas» en sus empleos»?

—¡Carajo, hasta cuándo friegan!

Pero ya soltaba su desdenosa carcajada Portales, y con mueca de infinita compasión decía:

—¡Como si supiera don José Miguel en qué consiste la buena política! Ya le seguiremos demostrando a ese cerebro de volutas de humo, que la «buena política», precisamente, no es la de contemporizaciones. Pero qué entendederas tiene esa gente apipiolada: han visto, palpado, los efectos de aquella llamada por ellos «buena política», y siguen con la majadería. Merecen que con una piedra se les dé en las narices hasta que boten su pepita. Caramba, ¿qué esperamos, también, para barrer a los tres únicos pipiolos que quedan en el Congreso?

—No te apures —dijo, calmándole, Rengifo—. Ramón, que me dió la noticia, espera con la ayuda de Enrique Campino provocar un incidente en la Cámara a pretexto de nulidades en la elección de aquellos tres diputados. Sin duda será fácil expulsarlos por unanimidad.

Vinieron espontáneamente a los labios de Portales aquellos versos suyos publicados en «El Hambriento» con el título de «Letanía» y popularizados después por la música de Zapiola. Alzando, entonces, la vista al cielo, entonó:

*De malos representantes,  
Libéranos, ¡Dominé!*

—¡Aaaaamén! —replicó Rengifo a toda voz, contagiado por el mismo espíritu de jocosidad.

Pero, de pronto se miraron los dos, sobrecogidos en ese expresivo mutismo de los niños que, temiendo ser sorprendidos en falta, sujetan la

respiración atisbando el menor ruido. Don Diego, a paso de zorro, fué hasta la puerta que comunicaba con el escritorio de Pradel, puso atento oído y luego entreabrió. Casualmente, el Oficial no estaba en la salita. Miró entonces don Diego a Rengifo y rompieron los dos a reír locamente: ¡pensar que habían entonado, así no más, el «Dominé», en el aposento mismo del Ministerio donde Portales exigía tal circunspección y disciplina que, en días pasados, había amonestado duramente a dos oficiales por sólo haberse tuteado en su presencia!

—¡Que durante «mi Ministerio» —como decía el ilustre Infante— sucedan tales escándalos —dijo don Diego— es un atentado a la moral gubernativa! A su tarea, señor Rengifo; estamos en conciliábulo, parece Ud. olvidarlo. Como decía a Ud.

Portales iba pasando de la fingida ira y las fingidas palabras a la conversación natural, y reanudaba, indirectamente, las indicaciones que expresaban su manera de entender la nueva política de gobierno.

—Nada de temporizaciones, señor Ministro. Palo y bizcocho. Me encargo de los palos, busque Ud. el bizcocho. Sí, paló y bizcocho, justa y oportunamente administrados, son los específicos con que se cura cualquier pueblo, por inveteradas que sean sus malas costumbres. Mi querido don Manuel, ya conoce Ud. nuestra política: pasos *firmes, continuados y justificados*. Tenemos para ello libre el camino: Los o'higginistas pueden darse por derrotados, bien lo sabe el Chillanejo que anda lánguido y resignado en busca de pleitos que desvirtúen sus fuerzas ya inútiles para la intriga política.

—Arrendó oficina cerca del Consulado, me dijeron.

—Mi bendición a la tal oficina. En cuanto a los federales, pueden irse rascando sus agonizantes, don José Miguel y secuaces. ¡Nadie sabe para quién trabaja! —rió irónicamente don Diego—. En cuanto a las pelucas y sotanas se les utilizarán sus cortesías, bendiciones, dinero, influencia, etc., etc., etc. Ahora, para que se mantenga este nuevo régimen, obtenido a costa de tanto sacrificio y maña, las magistraturas deberán estar sólo en manos de hombres sinceramente adictos a él; los empleados públicos han de imponer respeto por su moralidad; el Ejér-

cito, reformado, debe ser pagado con exactitud para asegurar su obediencia, y también porque es lo justo y racional. Pero a éste —agregó, moviendo la mano como quien amenaza dar algunas palmadas— ya le estoy poniendo policía que me lo haga entrar en vereda; no doy mucho tiempo para que la guardia cívica que está organizándose le haga una eficaz competencia. Mira —dijo, tomando un papel sellado sobre la mesa— mi nombramiento de Comandante del 4.º batallón de cívicos.

—Felicitaciones, «mi comandante» —dijo Rengifo.

—Esto sí, me tiene orgulloso. Ya estoy estudiándome la táctica de las armas y el régimen disciplinario del ejército. Me vieras, en la noche, ejecutando evoluciones con cigarros sobre una carpeta. . .

—Tiene gracia el que estés tú de «milico» —rió don Manuel, pronunciando milico «a lo don Diego», es decir, con desdeñosa burla.

—En un futuro que espero próximo —repuso éste con dignidad— no habrá más «milicos», sino militares. Y, entretanto, ahí está alistándose la guardia por si se me dejara conmovier el pueblo con promesas peregrinas o antiguos prestigios. Por eso es preciso no perder ni un día, ni una hora, y aprovechar hasta la energía que se gasta en una pestañada. —Poniéndose de pie, agregó—: Ya está Ud., Ministro, en antecedentes sobre la línea general de nuestros «cubileteos» administrativos, ¡apretarle las clavijas a las finanzas! agitó la campanilla y apareció Pradel con un manojo de papeles—. ¿Está listo el papeleo?

—Aquí están los presupuestos, el balance, las notas de los gastos, y todo lo que me entregó el señor Meneses para que se copiara.

Portales les hechó un vistazo y luego devolviéndoselos, dijo:

—Acompañe al Ministro de Hacienda a su despacho, y allá se los entregará. Al pasar mándeme al Oficial Mayor del Ministerio de Guerra y Marina.

Se había puesto de pie, Portales, y decía a Rengifo con ceremonioso saludo:

—¡Señor Ministro, estoy a sus órdenes para cualquier dato que haga falta en aquellos oficios!

En cuanto salieron, tornó a su acostumbrado paseo meditativo. Todo el plan esbozado ya en la noche sobre el proyecto de fundación

de una escuela militar —que no lo era ese remedo llamado «Academia Militar»— surgía ahora claro, preciso, con nuevos detalles. Sí, el Director que convenía, visto los informes prolijamente estudiados y comparados, era el coronel Pereira: a él se le confiaría la escuela. En cuanto a las milicias, llamaría a Zapiola para ver de organizar bandas de músicos. Era marcada la afición del pueblo a las retretas, y serían las bandas la mejor manera de atraer el reclutamiento. Más conviene para la eficacia de toda acción obrar por gusto que por mandato: lo había comprobado a menudo y era ésta una de las tácticas de que nunca se arrepentía. La Guardia Nacional sería, además, uno de los arbitrios para prevenir el crimen. Sin duda, vestir uniforme, hallarse inscrito en un registro, formar parte de un conjunto disciplinado, sentirse comprometido por el deber y el honor, emplear las energías del tiempo libre en ejercicios marciales, conocer el precio de la recompensa y del castigo, todo ello representaba la mejor escuela de educación popular; de ahí a la implantación del civismo había sólo un paso, el árbol miliciano daría oportunamente sus frutos ¡Con qué gusto se aprontaba a tomar el mando de su batallón! Ya lo tenía citado para mañana. Y así, cada día, de seis a siete y media, les dedicaría las primeras horas de su trabajo.

Sobrecogido en la exaltación de sus proyectos, no sintió don Diego, que la puerta se abría. Entraba el Oficial del Ministerio de Guerra pero tras él, Rengifo volvía:

—Ovalle se está muriendo —dijo sin mayor preámbulo—. Se ha agravado de repente. La María me mandó el coche, vamos.

Don Diego parecía fulminado. Su rostro se había puesto macilento. Sin embargo, recobrándose, señaló al Oficial un grupo de papeles en el escritorio:

—Revise aquello —dijo— y haga copiar en debida forma ese decreto.

Volvía también Pradel con cara de circunstancia. Ya circulaba por el palacio la noticia fúnebre, y se oía el sordo rumor de los comentarios.

—Pradel, —ordenó don Diego— que sea anunciada la agonía del Presidente con disparos de cañón.

Iban saliendo con Rengifo y en el zaguán los primeros curiosos trataban de atajarlos para inquirir detalles. Don Diego los apartó con gesto de fastidio y se metieron a la calesa que partió velozmente, camino de Quilicura.

#### CAPITULO IV

## EL DIA DOMINGO DEL MINISTRO PORTALES

LEVANTA la iglesia de Santa Ana su alto flanco grisáceo en el que un sol mañanero dibuja en sombra la silueta de los eucaliptos. Canta el surtidor en la pila de la plazuela. Dos rotitos juegan al pillarse. Contornean la piedra pulida y se salpican uno a otro con agua.

—Mañana domingo se casa la cabra —canturrea uno.

—¡Hoy eh domingo, tonto! —contesta el otro persiguiéndolo. Pero luego divisa a un señor que viene rumbo a la plazoleta. Se adelanta, entonces hacia la acera donde ha dejado en el suelo su paquete de diarios, y cargando bajo el brazo el atado se pone a gritar a lo que da la garganta:

—¡Araucanáaaa!

De la iglesia van saliendo los fieles en grupos compactos. Se detienen algunas personas a conversar, otras sólo se saludan; la mayoría es gente del barrio. Dos niñas que han bajado las graderías del pórtico se adelantan hacia la plazuela y se acercan al señor que está pagando su diario.

—No has alcanzado a misa —reconviene doña Rosario Garfias.

—Buenos días, don Antonio —dice la Mariquita Cotapos.

—Buenos días, doña Mariquita. Qué preciosa mañana; no se nos aguó el paseo, como temíamos ayer.

—Gracias a Dios, y yo he conseguido la calesa para todo el día. ¿Por qué no se vendrían Uds. con nosotras? Cabemos perfectamente. Además de Rosarito llevo sólo a una chica Mucno, que está de paso en Santiago Es amiga de Rafaela y quiere aprovechar de darle el pésame.

—Portales me dijo que iríamos a caballo. Me citó en la Moneda a las ocho y media y voy atrasado; discúlpeme, Mariquita.

—Invítelo a la calesa, nada se pierde. Estaremos en Alameda esquina de Moneda a las nueve. Pueden en todo caso acompañarnos de a caballo...

Para mayor comodidad, vivía ahora don Diego en la misma Moneda, pues le era fácil reunir allí cada mañana el batallón de cívicos que dirigía.

El patio estaba invadido aún de milicianos cuando llegó don Antonio. La pequeña banda de músicos, recién formada, ejecutaba malamente una marcha, y ahí estaba «el comandante», ceñido su delgado cuerpo por el uniforme, la batuta en la mano, llevando él mismo el compás. Es decir, la batuta resultó ser flauta: de pronto lo vió Garfias llevársela a la boca y, haciendo detenerse a los músicos que habían arrevesado el ritmo les señalaba, acompasadamente, marcando con el pie, la forma en que debía acentuarse la frase musical. Luego, dejando de tocar, volvió a marcar en el aire, con el instrumento, la acentuación ya indicada; y, sin entonar, de manera que sólo resultara el ritmo, decía a un mismo tiempo:

—Lalará, la-la-rá, la-la-rá...

Luego los hizo tocar nuevamente mientras marchaban los milicianos.

—¡El nuevo!... López —llamó, recordando el nombre—. Salga de la fila —dijo a éste que marchaba a contratiempo. Lo tomó del brazo y fué marchando a su lado.

—Pero, caramba, ¿qué le pasa? Mire como lo hago yo, es muy sencillo. —Y marchó acentuando el compás—. ¿No puede hacerlo así? ¡Qué tiene en sus patas o en la cabeza para no entender?

—Soy cojo, mi comandante.

—¿Por qué no lo dijo antes? ¿Cree que me faltan motivos de impaciencia, para ofrecérmelos gratuitos? Los demás van mejor, ahora, Zapiola —dijo al que dirigía los músicos—. Hágame el favor de seguir ensayando con la banda sola.

Dió una voz de mando y se dispersó el batallón.

Entre la desbandada de milicianos, don Diego había divisado a Garfias y lo llamaba:

—¿Mi niño Antonio, si se diera Ud. «la pensión» de pasar?

Entraron a su departamento, y don Diego, exhausto, se tiró sobre la cama.

—Disculpe, hombre, estoy deslomado; antes de la seis empezamos a ensayar. Cinco minutos de espaldas mientras Adalid me prepara el baño, y ¡adiós cansancio! —dijo, haciendo sonar los dedos a imitación de disparo—. ¡Adalid! —llamó en seguida.

Entró el fornido Adalid, con la sábana y la ropa limpia.

—Deja eso, y en cuanto esté el baño, a ensillar las bestias. Ya van a ser las nueve.

Desapareció Adalid. Don Diego había entornado los párpados, pero sentía que Garfias, como perro fiel que espera para moverse la señal del amo, lo contemplaba silenciosamente. En efecto, don Antonio no quería ni decirle de la calesa, no se fuera a molestar.

Desde el día en que se habían conocido en casa del Presidente Ovalle, hacía ya varios meses, la amistad entre ambos se había hecho tan estrecha que no pasaban un día sin verse. Don Diego había apreciado de inmediato la alta calidad moral de este hombre sencillo que le ofrecía una amistad sin reservas y que, movido de igual patriotismo, se había puesto a su entera disposición. Espontáneamente, con su natural vehemencia, lo había incorporado don Diego a su grupo, comprendiendo, sin embargo, que a este nuevo amigo se le podía dar, a más de afecto y camaradería, una total confianza: don Antonio se manifestaba entrañablemente adicto a él, y era además sincero y honrado a carta cabal, de extrema reserva y tino, abnegado hasta el sacrificio, modesto y sin ambiciones personales. Entre sus debilidades, aprovechadas por don

Diego para lanzarle algunas pullas, contaba «el niño Antonio» su gusto por la buena mesa y, a pesar de cierta timidez que le impedía manifestar sus entusiasmos, una marcada afición a las «buenasmozas». A este respecto, llamábalo con pillería, don Diego, su «perro perdiguero», porque pretendía que éste, con su buen olfato, señalaba «la perdiz», y el disparo lo daba «Diego». De manera —decía, para hacerle broma delante de otros compañeros—, que solemos tener algunos amorcillos «de mancomún et in solidum» con el niño Antonio.

Bien sabía Garfias que aquello no pasaba del chiste, pues era el amigo Diego de una lealtad a toda prueba a éste y otros respetos.

Portales se había quedado profundamente dormido y Garfias se hallaba en el serio apuro de optar entre dejarlo reposar o exponerse a su justa ira si no lo despertaba. Pensando que no había mayor prisa, pues aunque partieran a las diez llegarían a tiempo a Quilicura, resolvió dejarlo en su merecido descanso y tomó del velador un libro. Desgraciadamente estaba escrito en latín, idioma que él no conocía, pero era de Ovidio, autor del que tenía referencias.

Nunca aludía a lecturas don Diego, y si bien le había oído a veces soltar, cuando venía al caso, «un latín», creía eran esas frases unas de tantas cuyo uso corriente permite al profano intercalarlas en la conversación.

¡Caro amigo del que adivinaba más de un pudor oculto, y cuyo buen gusto natural —elegancia de espíritu selecto— en medio de sus mismas vehemencias, de sus arranques y genialidades, nunca se desmentía!

De pronto, desde la puerta, la formidable voz de Adalid anunció:

—¡Listos los caballos, mi comandante!

Despertó de sobresalto don Diego.

—¡Carajol! —exclamaba lanzando con el pie el chal con que lo había cubierto Garfias— me ha dejado Ud. dormirme, robándome algunos de los pocos instantes que puedo dedicarle a mi querida comadre. Y ahora, por malintencionado, y luego por intruso siga aprendiendo latín mientras me baño; sacaré Ud. el provecho de clarificar sus ideas, y por tanto, el de modificar favorablemente su conducta.

Desde el cuarto de baño seguía diciendo:

—Si prefiere, rece pausadamente —es decir, con el debido respeto a la divinidad—, tres padrenuestros y un avemaría que le reemplazarán un poco la misa. Le apuesto que estoy listo antes de que termine.

En efecto, se había bañado y vestido con asombrosa rapidez y arrastraba ahora en su apresurado paso a don Antonio. Montaron sus caballos y se fueron camino del Puente.

—¡A recuperar el tiempo perdido, mi don Antonio —decía don Diego dándole espolazos a su montura—; sígame no más; le hará bajar el vientre un galopito.

Y así, llegaron casi a un tiempo con la calesa de los Cotapos. Verdad que doña Mariquita le había dicho a Nicanor que fuera a paso tranquilo porque no había prisa.

Después del substancioso almuerzo de campo a la chilena, todos habían dormido la siesta: los hombres bajo los árboles del parquecito tendidos en unas mantas y las damas cómodamente en las camas de los dormitorios.

Doña Rafaela, atenta a vigilar los preparativos de las once, había echado tan sólo «una pestañadita». La Luisa, la Jesús y un peoncito transportaban silletas y cojines al parrón donde se serviría el mate. Sobre una mesa, las sandías, partidas en dos, lucían sus rojos corazones puntados de pepas negras.

La joven viuda se desvivía cada domingo por atender lo mejor posible al grupo de fieles amigos que venían a hacerle compañía. Generalmente los más asiduos eran los esposos Rengifo, la Rosario Garfias, don Antonio, y Portales que no faltaba nunca.

Se había creado éste ciertos deberes personales para con la familia del malogrado Presidente. La especial solemnidad con que se habían efectuado las exequias de Ovalle obedecía tal vez a un deseo de dar realce al Gobierno que había presidido —afirmando su discutida consti-

tucionalidad—; en cuanto a la autopsia que exigió el Ministro se le hiciera, no llevaba otro propósito sino el de demostrar ante sus deudos y el público en general, que los malintencionados comentarios sobre que el Presidente había muerto a consecuencias de los disgustos provocados por el difícil cargo de su desempeño carecían de base. En efecto, el estado moral de Ovalle, amilanado, sensible a los ataques, dependía al contrario de un mal estado físico, como lo había sospechado Portales. La enfermedad oculta se había enseñoreado primero del cuerpo, y en seguida del espíritu. Ahí habían comprobado las vísceras de lo que se trataba. Día a día, «El Araucano» había publicado circunstanciadamente los más íntimos detalles de la enfermedad del Presidente, y luego el resultado de la autopsia. Así Portales, quisquilloso como Ministro y como amigo, no rehuía sus responsabilidades, y ya directa, ya indirectamente, como lo había hecho en este caso, nunca omitía dejar en claro la verdad sobre los hechos.

Don Diego se había recostado un instante solamente. Impaciente de aprovechar el sol y el aire campesinos, se fué por el huerto en busca de la Antuca, la Dolores y «don Borja» —como apodaba a la menorcita— sus inseparables compañeras cada vez que venía a la chacra. Su espíritu travieso le hacía gustar naturalmente de los niños o de las gentes sencillas, y organizaba juegos, caminatas o encumbraba volantines.

—¡Booórja! —gritó al fin al no encontrarlas.

Ña Jesús apareció entonces en la puertecita del huerto a explicarle que las habían convidado a tomar once donde las chicas de don Nicolás, un vecino.

—Misiá Rafaelita dice que por qué no va su mercé pal parrón donde está ella, preparando las once.

—Allá voy, ña Jesusita, cogollito de repollo.

—Por lo arrugá será lo de repollo —medio refunfuñó ña Jesús, que no era para bromas.

Don Diego reconviene ahora a su comadre:

—¿Por qué no me dejó siquiera a don Borja? Se le va a aburrir la chiquitina entre niñitas mayores.

Doña Rafaela está toda confundida. Para hacerse perdonar le ofrece mostrarle el cuaderno de la chica.

—¡Viera qué progresos ha hecho! —le dice, sabiendo que don Diego tal vez por vocación de director de hombres, se interesa hasta por la escritura de una pequeñísima alumna. Y he aquí al Ministro, convertido en severo examinador de caligrafía, comparando los rasgos de una a otra plana; y mentalmente, los coteja con los garabatos de una chiquita menor aún, que empieza a hacer palotes. Por supuesto, no se puede comparar, la Rosalía es casi una guagua. Sin embargo...

—Comadre, pocas veces he visto una letra mejor. Y he estado precisamente ayer de visita en el Instituto donde pude examinar distintos cuadernos.

Seguía mirando y admirando.

—Me dan envidia esas mayúsculas, ¿sabe?

Doña Rafaela enrojece de placer y él está feliz de poderle procurar con justicia este halago.

—¡Aquí estoy, Mariquita! —dice ahora la comadre, contestando al llamado de su amiga.

—Mire Ud., Mariquita, y diga si ha visto una letra mejor.

Le pasa el cuaderno y doña Mariquita alaba a su vez el talento caligráfico de la niña.

—Esta letra tiene, además, algo de personal —insiste don Diego—; es curioso en niña tan chica. Pero como digna hija de la comadre, es de esperar que sean muchas las «gracias», que herede.

—¡Cállese, Portales, me tiene confundida! Pero discúlpenme; voy a dar una orden.

Se eclipsa la comadre, cediendo a doña Mariquita la apreciada compañía de don Diego.

Movida por inconscientes celos, Mariquita le hace ahora discretas pero alusivas bromas a don Diego. Este no se da por aludido; sin embargo, de pronto, inesperadamente, lanza una pregunta como una bomba.

—¿Qué piensa Ud. del adulterio, doña Mariquita?

—¡Vaya la pregunta!

—¿Ud cree que toda la gente piensa lo mismo sobre las mismas cosas?

—Sobre ese punto, me parece que sólo puede existir una opinión, la de la gente honrada.

—¿Es decir, la que condena al que comete el adulterio? —pregunta sonriendo don Diego—. ¡Pero esa gente es sólo a medias honrada, doña Mariquita, ya que le da santa venia al viudo o a la viuda que se vuelve a casar!

—¡Pero qué cosas tiene Ud.!

—No. Lo lógico, lo moral, sería preguntarse qué cara pondrán los viudos cuando, muertos a su vez, se encontrarán con dos... o más cónyuges en el Cielo. Vamos, Ud. que es una buena católica, ¿cómo resuelve la cuestión de este adulterio de ultratumba?

—¡Diego, por Dios, qué manera de quererlo echar todo a broma tiene Ud.!

—¿A broma? Nunca he hablado más seriamente. La Religión tiene unos acomodados muy curiosos: permite —siempre que se lo pague bien al Papa— la anulación del matrimonio por ejemplo si uno de los cónyuges, por reconocida incapacidad, no puede dar hijos, pero no permite que vuelva a contraer en condiciones normales. En cambio, si el conyuge se le vuela al Cielo, y aunque desde allá aguaita el pobre a su consorte, friéguese el muerto que sólo a los vivos ayudan los curas.

—¡Pero Diego, por Dios!

—Y no sólo los curas tienen esa peregrina manera de pensar —sigue, imperturbable don Diego—. Hombres que se creen honrados tendrán escrúpulo de quitarle en vida —cuando puede peleársela, al fin—, la mujer al amigo; pero le harán sin reparo al muerto la cochinada de robársela en su eterna ausencia.

Doña Mariquita estaba toda azorada. No hallaba qué contestarle.

—¡Hay que ser lógicos, Mariquita! Pancho Ruiz y Tocornal, que tan bien entienden estas cosas del Cielo, y por eso se las consulto a ellos, —decía con burlona seriedad—, me aseguran que las almas no mueren, y desde allá se lo pasan los muertos mirando para acá. Lo justo, entonces, si los hemos querido, es no causarles molestias que les

den tan pobre idea de vuestras virtudes terrenales. Ahora, si fueron amigos o cónyuges nuestros sigan siéndolo en la muerte. —Hizo una pausa, y después de mirarla con cierta sorna, respondiendo al fin de inesperada y directa manera a sus anteriores alusiones, dijo—: No, doña Mariquita, bastantes fastidios ha pasado en la tierra don Tomás, para que yo, su amigo, vaya a perturbarle la paz celestial haciéndole la porquería de pretenderle a su viuda.

Doña Mariquita miraba el suelo, perpleja.

Salieron del corredor al parrón, desde donde doña Rafaela los llamaba a tomar once.

Los demás ya se sentaban alrededor de la rústica mesa. Don Antonio habíase colocado al lado de la señorita Rosa Mueno, su vecina de mesa a la hora de almuerzo, cuya juvenil belleza parecía haberle hecho bastante impresión. Doña Rosario conversaba con don Nicolás. Portales quedó entre doña Rafaela y doña Mariquita.

Repuesta de la desazón que la causaran las sorpresivas palabras de don Diego, y queriendo ahora demostrarle que no le han producido mayor impresión, doña Mariquita empieza a referir en sus líneas generales la «original» —dice— teoría sobre la viudez del «loco» Diego. Finge sutilmente, al contar, que le hace gracia, pero quizás.—piensa al escucharla don Diego—, su propósito sea poner al corriente de estas ideas «curiosas» a doña Rafaela por si abrigara ésta alguna esperanza... Mas, no sólo a doña Rafaela quiere prevenir Mariquita: durante el almuerzo ha observado que la joven Mueno estaba suspendida de los labios de don Diego; no vaya a chasquearse la pobre; conviene sepa que el Ministro no comete «adulterio de ultratumba», es decir, no se casa.

Doña Mariquita dista de ser mala y está convencida de obrar con el mejor propósito; pero el terrible Diego le ha lanzado miradas desdeñosas que la hacen dudar ante sí misma de sus propias intenciones. Sí, se ha portado como una celosa y una intrigante. No se lo perdona ella. Quiere a la Rafaela, adora a don Diego, y se ha puesto en ridículo quedando como una mala amiga. Quisiera mortificarse en este mismo instante y que él lo comprendiera. Va a castigarse, puerilmente, tal vez,

como una colegiala; pero no importa; no comerá sandía, ni en toda la temporada, y cada vez que las vea y se prive recordará que se portó pequeña ante don Diego, quien le dió una alta y severa lección. Ahora, trémula, venciendo su orgullo, le dice por lo bajo a su vecino:

—Por favor, no piense mal de mí.

Don Diego la mira. Este hombre terrible parece que ha comprendido todo, todo lo que ella piensa. Y hasta le insiste burlón, para que coma sandía. ¿O serán ideas de ella?... ¡Al fin, le regala una buena mirada de aprobación! Pero, de pronto, se ha puesto a conversar brillantemente, y trata, no cabe dudas, de agradarle a la niña Mueno. ¡Ay, qué horrible es querer a un hombre tan gustador!

Un Domingo más que pasa... Ya se va a poner el sol y el negro Nicanor está sacando la calesa.

¡Uiiiiífale, úfale, úfale!

El palmoteo de diez pares de manos y un rápido tamborear en las guitarras, mesas y puertas, acompaña el canto de ña Cata que, invitada por don Diego, suele venir con sus hijas a la «Filarmónica» de las Ramadas después que se cierra la chingana del Parral.

Las guitarras han rasgueado los acordes que preludian el canto. Doña Cata, «entraíta en carnes», con facha de nodriza placentera, mece su guitarra contra el seno generoso; y su mano viva y regordeta rasguea, rasguea. Luego, con ojos de inocencia y tono intencionadamente indiferente, empieza:

*Tengo yo, tengo yo para hacer cría  
una po, una pollita en mi casa;  
cantandó, cantandó no más lo pasa  
y no po y no pone todavía.*

Nadie chistaba cuando doña Cata comenzaba «La Pollita», cueca de su invención a la que le imprimía todo el sabor chileno de su talento de guasa cantora.

Ahora el tono, con cándida picardía, iba infiltrándose poco a poco de malicia, y seguía ña Cata con el estribillo, y miraba ya a uno, ya a otro de los asistentes como si les tomara testimonio:

*Dicen que le hace; pero no le hace,  
tãn chiquitita y quiere casarse,  
dicen que le hace, le hace, le hace...  
la vidá, la vidá; pero no le hace.*

Cada vez que decía «pero no le hace», su boca se torcía en un mohín de desdén. Era irresistible doña Cata, y las risas sofocadas de los oyentes iban envolviendo poco a poco su canto como el acompañamiento en sordina de un coro. Seguía, imperturbable:

*La otra no, la otra noche se arrancó  
sin que na, sin que nadie la sintiera  
y volvió, y volvió con seis pollitos  
siendo uná, siendo uná polla soltera.*

El coro de risas celebraba resueltamente aquella incomparable gracia del alma popular que doña Cata lograba en sus estrofas.

El estribillo, cantado ahora por toda la sala, resuena con una bulla de los mil demonios:

*Dicen que le hace; pero no le hace,  
tan chiquitita y quiere casarse,  
dicen que le hace, le hace, le hace...  
la vidá, la vidá; pero no le hace.*

Don Diego, acercándose a una muchacha bajita de ojos vivarachos, le susurra con voz que se adelgaza y prolonga como si midiera:

*...¡tan chiquiiiiíta...  
y dicen que le hace!*

—¡Ay —agregó con un suspiro cómicamente exagerado—, si yo supiera que todas las chicas se parecían a la pollita!...

—¡Sosíéguese don Diego! —contesta riéndose la muchacha—. Mejor le prueba bailar que decir leseras. Mire que viene su Tuerto.

En efecto, en medio del bullicio de los aplausos y de las voces que pedían el bis, Gandarillas, un vaso en la mano, tambaleándose un poco, se adelantaba hacia ellos.

Don Diego se paró y le quitó el vaso.

—¡Mira, quiero decencia, y ya has tomado más de lo que conviene! Sólo faltara que mis invitados se llevaran mala impresión de nuestra «Filarmónica» —dijo, subrayando el nombre.

Así llamaban al lugar en donde se reunían los domingos, especie de chingana privada con carácter de club, cuyo local y demás gastos pagaban por cuotas con sus amigos. Le habían puesto «La Filarmónica» por parodiar el nombre de aquellas salas de conciertos y bailes a la que concurría la gente de más alto copcte.

Los invitados de esta noche eran unos cuantos milicianos de su batallón.

—No sabes lo que es bueno —decía el Tuerto, reclamando su vaso—. Mira, prueba y verás. Soy tu amigo y un buen amigo desea el bien de sus amigos. Prueba, es mistela, eso no cura. ¿Ves? Estoy firme-cito y he tomado ya cuatro copas.

Se tambaleaba, y su ojo bueno se posaba sobre don Diego con turbio mirar.

—Ven —le dijo éste, buscando un pretexto para llevarlo afuera—; necesito que me redactes para mañana un buen artículo, fuerte, con tinca, que haga cagar fuego a Mora y le saque púas de envidia a Ramón.

Entusiasmado con la perspectiva lo seguía el Tuerto. Pero don Diego no lo llevaba al escritorio donde solían redactar, sino a un cuartito en el que había, junto al «canco», destinado a prestar «ciertos» servicios, un pequeño lavatorio. Echó agua en la taza, y sin más, le hundió la cabeza adentro al Tuerto, que gritaba defendiéndose.

—Si gritas y me armas escándalo, te ahogo —le decía don Diego, manteniéndole firme la cabeza en el agua, de la que salían las sofocadas protestaciones en forma de burbujas sonoras—. ¡No te me mueves mientras no se te espante la mona, carajo!

Al fin lo soltó y le pasó una toalla para que se secara. Pero soltó la risa al verlo como pollo mojado con los párpados semientornados, llorando agua. El Tuerto estaba ya bien «oreado», y luego de secarse levantó la mano para cachetear a don Diego quien se la sujetó, diciendo:

—¡Qué vas a hacer, tonto! Agradéceme haberte impedido que te lucieras. ¿Te gusta acaso, figurar en los pasquines como «Tuerto, borracho y ladrón»?

Se refería a unos versos infames del diario «El Canalla» en el que daban de esa manera las señas de Gandarillas.

—¡Vamos —seguía don Diego—, todo un senador, un alto jurisconsulto, el encargado de presentar el proyecto de la nueva Constitución! Ya que tienes tan mala cabeza para el trago, ni lo pruebes.

—¡Carajo! Tengo uso de razón y no estoy bajo tutela —contestó airado Gandarillas—. Vete a mandar al Presidente, si quieres, que el Congreso sabrá mandarse solo.

Y, dándole un portazo, se había retirado.

—¡Pobre Tuerto! —pensó don Diego—. Su cólera es como leche que se sube; ya se le quitará.

Sin embargo, punzaba el incidente en su alma como una pequeña espina junto a tantas pullas con las que diariamente trataban de herirlo. Con gusto se habría retirado; pero, a más de los milicianos, había invitado al gabacho Gay, con quien acababa de comer en casa de don Andrés Bello. El sabio francés, recién llegado tenía curiosidad de conocer las chinganas, y don Andrés con su esposa debían darle su vueltecita por las de la Alameda y de ahí se pasarían a la «Filarmónica». Por otra parte Constanza había mandado recado insistiendo en que pasara a verla esta noche, aunque fuera tarde. La pobre, próxima a darle otro heredero, se hallaba bastante achacosa y tristoná. ¡Mujer fregada, dale con que iba a morirse! Sin embargo, para que insistiese en verlo, por algo sería. De malas ganas volvió don Diego a la sala donde seguían, animosas, las cuecas. Varias parejas la bailaban y entre ellas divisó a la María Inés con el tal López, el miliciano cojo, que a su sor-

presa, se desempeñaba admirablemente en el zapateo. Al pasar, no pudo reprimirse de lanzarle:

—¡Si su pollita lo viera marchar, no le hace, mi amigo!

Se alejaba mirándolos zumbón.

En un grupo que se había apartado un poco conversaban de política Ramón Rengifo, Cea, Melgarejo, Bustillos, Elizalde y Manuel Ortúzar.

—¿Cómo no ha de parecerles mal el proyecto a Ramón Errázuriz, a Carlos Rodríguez, a Infante? —decía el diputado Bustillos, refiriéndose al proyecto de reforma de la legislación, sobre cuya necesidad el Ministro Portales había requerido la atención del nuevo Congreso—. Ellos quisieran, naturalmente, unos por espíritu retrógrado, otros por levantar dificultades, que los códigos de legislación se redujesen a una compilación de las leyes actuales de Castilla e Indias, obra de siglos anticuados y de instituciones políticas tan distintas y aun opuestas a las nuestras.

—Pero, ¿en qué consiste ese proyecto? —preguntó Melgarejo.

—Gandarillas puede explicártelo mejor él mismo —dijo Bustillos buscando con la vista al Tuerto.

—Gandarillas tuvo que marcharse —dijo don Diego que se mezclaba al grupo—. Pero si hubieran Uds. leído «El Araucano» de hoy, estarían informados. Ha salido ahí el tal proyecto como sale todo lo que se discute y hace en el Gobierno. El público no es tan dejado como vuestras Excelencias. Me contaba Bello, con quien estuve comiendo, que en la tarde había hecho varias visitas y en cada casa se discutía acaloradamente dicho proyecto. —Se rió desdeñosamente—. Ya andan los rumores sobre próximas pobladas y conmociones «terribles». En fin, el cuento de siempre cuando no se camina hacia atrás.

—Ya tendrá la serenidad suficiente el Congreso para discutir y hacer aceptar el proyecto —dijo Bustillos.

Cea se apartó del grupo y sacó a bailar a la Rosa Opazo:

—El proyecto dispone simplemente —explicaba ahora Portales a Melgarejo— que ambas Cámaras procedan a nombrar, de dentro o

fuera de su seno, ocho representantes de la República para formar la Gran Convención, a la que se añadirían tres oradores nombrados respectivamente por el Gobierno, la Cámara de Senadores y la de Diputados, a efecto de discutir a nombre de sus respectivos comitentes las reformas propuestas. La Gran Convención debe terminar su cometido en el término de dos meses, durante los cuales el Congreso ordinario cerrará sus puertas. Verificada la reforma, el Ejecutivo la hará promulgar y jurar en los mismos términos que lo fué la Constitución de 1828.

—Me imagino —observó Melgarejo— la alarma que tiene que causar este proyecto en los partidarios del antiguo régimen. Ya han rechazado por la prensa toda reforma del código fundamental.

—Eso es lo de menos —exclamó Ramón Rengifo—. Ya se les ha contestado y se les seguirá contestando como se debe.

Portales lo palmoteaba riendo:

—Hay que ver el mérito de éste —dijo—, porque para contestar fabrica bien el discurso primero, y se lo aprende de memoria como un colegial. En seguida, se planta delante del espejo, estudia los ademanes y llega después a la tribuna con una facha, ¡como si improvisara! Hombre, no te enojés, ni digas que no: te pillé, papel en mano, el brazo extendido, haciendo carrasperas frente al espejo de tu salón.

Portales había mimado cómicamente la escena, y como tenía un don sorprendente para imitar, todos se figuraban ver, como lo describía; a Ramón, y un coro de carcajadas estallaba espontáneo. El ridiculizado reía también, pero en su fuero interno se sentía mortificado. Portales no escatimaba estas observaciones humorísticas a sus amigos, porque le brotaban naturalmente. En su inteligente sencillez no se imaginaba que pudieran resentirse. En vano lo ponía ahora en guardia don Antonio contra las represalias de la vanidad herida o del mortificado amor propio.

Pero Rengifo, tratando de hacer diversión, decía:

—Para volver al tema, lo único que me parece peligroso, por ahora, es que en el mismo Senado hay discordancia sobre un punto impor-

tante: el de si se debe o no esperar para emprender la reforma la época designada por la misma Constitución.

—¡Pero si está allanado ese obstáculo —replicó Bustillos— por el hecho solo de haber los pueblos facultado a sus representantes para anticipar aquella época!

—¡Que querer buscarle tres pies al gato tiene la gente miope! —dijo Portales, y en su rostro había una mueca desdeñosa—. ¡Dejarlos no más que se enreden en sutilezas de palabras! ¡Naturalmente! —explicó acentuando la palabra— la reforma anticipada es «inconstitucional», por cuanto la Constitución no autoriza al Gobierno ni al pueblo ni a nadie para modificarla antes de 1836. Pero, aunque esperáramos —recalcaba— aquel año para la reforma, *siempre* sería ésta «inconstitucional»; porque ni el Gobierno de 1830, que lleva un año de vida, ni el Congreso de Plenipotenciarios que ha nombrado a las actuales Cámaras, trae su origen de la Constitución del 28. Si salta a la vista para los que saben ver. Ahora, la reforma anticipada es sólo *una consecuencia* —subrayaba— de nuestra revolución; una condición de existencia y afianzamiento para el nuevo poder; en resumen, un acto «revolucionario», —decía— destacando la palabra.

Luego, como si se propusiera dejar sentado un principio, para él evidente, formuló:

—La legitimación de las reformas que se hacen por vía de revolución se encuentran en la sanción de la práctica. Y, por tanto —terminó con firmeza, dando un puñetazo sobre el hombro de Ramón—, nuestro Gobierno, dadas las circunstancias, es el *normal*, el que precisamente va a ocuparse de *constituir como se debe*. El tiempo y no añeja papelería dirá si fué el que debió ser.

—¡Bravo! —estalló a una voz el grupo, y aplaudían las manos.

Algunos de los que bailaban se detuvieron mirando y pronto, como cesara la cueca, los comentarios se fueron perdiendo en la conversación general.

María-Inés se acercó a don Diego, rogándole que les cantara «ese triste que canta tan bien», decía, para que lo oyeran los milicianos.

—¿Estás loca, chiquilla? Eso es para cuando estamos unos pocos. Y mejor, si estuviéramos solitos los dos... te la cantaba a media voz —agregó echándole una mirada con la que sabía se «subiría al guindo» la muchacha, cuya turbación le encantaba provocar.

—¡Miren qué bonita se ve con las mejillas como amapolas! —decía fuerte, para hacerla desesperar.

Pero María-Inés, como otras veces, salía escabulléndose para pasar el «acholo».

En la puerta, cierto bullicio anunciaba la llegada de nuevas personas. Don Diego se adelantó; pero no eran los que esperaba, sino la dueña del Parral del Tajamar, la veterana ña Teresa Plaza que, como doña Cata, venía después del cierre de su negocio a echar, con sus tres cantoras: la Laura, la Chabela y la Porota, un bailecito de «convidá» a los «salones nocturnos» de su «Escelencia el Menestro», el mejor «animaor» de fiestocas, que no sólo entendía en manijos de Gobierno: había que ver cómo brotaban día a día las chinganas, y por la Cañáa; y por las Ramáas. El Menestro sí que entendía la vida y l'alegría y los gustos de la gente y del pueblo; y qu'era preferible, contimah, pasar loh ocioh en bailoteoh sanoh, como decía su propia Escelencia, que no en intrigar los bochinches.

Ña Cata, que acababa de descansar y «refrescarse», se apresuró a saludar la llegada de su colega con un furioso rasgueo de guitarra, y haciéndole un guiño a uno de los asistentes, buen tocador y cantor, éste a su vez, la siguió. Luego hicieron una pausa, y a pedido general, tocaron un «Cuándo». Cea y Bustillos se abalanzaban a invitar a la Laura y a la Porota; y salieron las parejas al medio, pronto seguidas de otras. Cantaba doña Cata:

*Anda, ingrato que algún día,  
con las mudanzas del tiempo,  
llorarás como yo lloro,  
sentirás como yo siento.*

Nuevo rasgueo de guitarras. En medio de los palmoreos, todos los asistentes corearon:

*Cuando, cuando,  
cuando, mi vida cuando,  
cuando será ese día  
de aquella feliz mañana  
que nos lleven a los dos  
el chocolate a la cama.*

Entre el alboroto de la zalagarda, Borquito que hacía de mozo, le pasó a don Diego un billete. Era de don Andrés, y le decía que por haberse hecho tarde ya no irían; que los disculpara. Sería para una próxima ocasión.

La fiesta rayaba en su apogeo. Ya no hacía falta para animar —pensó don Diego—. Aprovechando que nuevamente coreaban con entusiasmo:

*Cuando, cuando...*

salió de la sala.

En el cuartito del lavatorio, una puerta pequeña, totalmente disimulada por una especie de ropero, daba al último patio de la casa vecina en la que don Diego había instalado a Constanza. Así, mucho se le veía llegar a la «Filarmónica» y nunca a casa de la señorita Nordenflycht. Por otra parte, si alguna vez se ofreciera la necesidad —no faltaban las amenazas de revueltas— podía llegar ahí de «don Diego» y salir disfrazado por la casa de Constanza. Aquella puertecita ya le había salvado la vida: una noche un tal Nicolás Cuevas —según se supo después— se había apostado en vano frente a la «Filarmónica» con el propósito de apuñalarlo a la salida. Recordaba ahora el hecho don Diego, porque aquella noche, no sólo la puerta sino Constanza misma le había salvado la vida por su insistencia en que pasara a verla y después en no dejarlo irse. Tenía algo de vidente la chiquilla. Sus ojos claros parecían mirar más allá, como los de una sonámbula que duerme con párpados abiertos. Le había escrito entonces como hoy, un angus-

tiado billete: «No dejes de venir después de la reunión, aun tarde; es importante; tengo que hablarte».

Don Diego hizo girar suavemente la puerta percatándose de no hacer ruido. Al pasar al otro lado, un bulto se movió; pero era sólo el gato de la Rosalía. Asustado, el animal corrió a refugiarse en la cocina.

Hay huellas de lágrimas en los ojos grises de Constanza. La pupila negrea ahondando en misteriosas lejanías del tiempo y del espacio. Calla. Calla infinitamente. Diego no puede sacarle una palabra. Sólo lo mira, como si lo palpara con invisibles antenas: calla y lo mira. Penetra en su ser de las pupilas para adentro. Bien conoce Diego esa mirada. Imán, junto al imán de la voz, con que se apoderó de él la muchachita de las trenzas, y desde entonces —sólo él lo sabe— tiene que sobrellevar una terrible lucha: inocentemente, sin sospecharlo ella, pretende interponerse a la sagrada memoria de su Chepa. ¡Terrible, avasalladora Constanza! Habla, al fin, y como las vírgenes de sus leyendas alemanas dice, la boca untada en quién sabe qué filtros:

—¡Eres mi luz, mi sol! ¡Sin ti la vida es noche y muerte!

Una extraña sensación lo invade. Con palabras idénticas arrullaba él a la Chepa; Constanza lo ama con el inmenso amor con que él mismo adoró a otra... ¡Su «dulce» Chepa, amor de infancia, amor de siempre! ¡Noche y muerte ahora!...

Se miran los dos. ¿Los tres? Sus bocas se buscan apasionadamente:

Diego se siente infiel. ¿Por qué ha dicho Constanza estas palabras? ¿Por qué pelean los vivos a los muertos?

«¿Y los vivos a los vivos?» —parece contestar con su escudriñadora mirada Constanza.

Pasa el tiempo; pasa sin cuenta...

De pronto prorrumpe en llanto Constanza. Diego se le escapa; lo comprende; lo sabe.

¿Quién se lo roba? ¡Diego, su luz, su sol! ¡Alma que «no quiere» ser la mitad de su alma! Pero ella lo abrasará, lo envolverá, ¡Diego, Diego!

—¿Hasta cuándo lloras? ¡Qué pasa al fin! —pregunta él, bruscamente, con dureza.

Ha retirado de ella sus ojos y sus labios, y aparta su mano de las manos que lo asían angustiadas.

Y llega la pregunta, tímida, inquisidora, extraña. Es la primera vez que Constanza hace tal pregunta. Jamás averigua lo que él no diga por su gusto.

—¿Con quién has estado hoy? Dímelo, te lo ruego, He tenido un mal sueño a la hora de la siesta...

En el mirar apasionado hay una mezcla de pudor, de vergüenza, de mortificación. ¡Cuánto habrá luchado la orgullosa por no hacer tal pregunta!

¿Constanza tiene celos? Pero ¿por qué? ¿De quién? ¡Hasta cuándo los sueños, los presentimientos de local! Diego vuelve hacia ella, la toma de los hombros, y es él ahora quien escudriña en sus ojos. Como estiletos, las pupilas se abren camino, y ve en el alma de Constanza, espejo que refleja su alma, lo que él mismo no ha desentrañado del propio ser: hay ahí siluetas de mujeres. Rafaela Bezanilla. Sí, Rosa Mueno. Sí, sí, sí...

«Pero una es amiga; amiga muy querida. Nada más que amiga».

El estilete corta y corta confusos enmarañamientos.

«Amiga que estás queriendo demasiado...»

«De corazón. Sólo de corazón».

«¿Y no es el peor amor para los celos de otra? En cuanto a la Mueno, con aquella belleza, aquella juventud; la Mueno de quien nada sabes ¿es de «corazón» que te ha impresionado?»

Los ojos de sonámbula ondean, lo arrollan, lo ahogan, como un mar en el que echara el velero de su vida. ¡Cuántas sirenas antes de llegar al «dulce» puerto codiciado donde lo esperan! Y Constanza que se aferró, y en su abrazo siente Diego al hijo, carne de su carne, que allí palpita.

## PROCLAMACION DE PRIETO

**B**LANCO, rojo, azul, como llamaradas del fuego patriótico, flamean las banderas por toda la ciudad. Bajo los arcos de flores tendidos de una a otra calle se eleva el saludo de mil voces infantiles: va pasando y pasando la procesión de los escolares, y se esparce, vibrante, mezclado al perfume de las flores y al tremolar de las banderas en el viento, el coreo del himno nacional.

*Dulce patria, recibe los votos...*

¡Dieciocho de Septiembre de 1831!

Al fin tiene el pueblo de Chile constituído un Gobierno del que hoy toma el mando el Presidente electo general don Joaquín Prieto.

Por la Plaza Mayor cruzan cuerpos de cívicos, de militares. Se detienen un momento las bandas y tocan, frente al Palacio, la Canción Nacional. La gente se precipita hacia la Plaza; invade las arquerías de Sierra-Bella. Todos se desviven por ver a Su Excelencia. Entre la apretura, dos guasos en el llamativo atavío de sus aperos campesinos —manta de vivos colores, ancho guarapón— se abren difícilmente paso y miran, alelados, hacia los balcones. Han venido desde la finca de Cerro Negro a ver al Patrón que «and'ahora e Presidente». Se codean, hacen reflexiones en voz alta sobre «lo bien que le cuadra la banda». Aprueban a un señor que comenta con un grupo el aire marcial y donairoso de Su Excelencia. Así, también, a dos muchachas que lo hallan buenmozo y reparan en sus ojos muy bellos y en su rostro blanco.

De la Catedral salen unas viejas que alzan la vista, y declara una de ellas que sabe por su confesor que el Presidente no es «de esos herejotes que hemos tenido en tiempos pípiolos», es religioso de corazón;

y hombre cortés, modesto. Adosada a la pared está doña Cata, que ha venido, envuelta en su manto, a echar su «aguaítadita». Ya mira hacia arriba, ya hacia la Plaza o atisba a las personas que van saliendo de la iglesia. De pronto para «el oído»: dos señoras, una de ellas enlutada, se han detenido en el umbral de la puerta.

—¡Traidor! —lanza entre dientes la más joven, mirando con despecho hacia los balcones.

—¡Chit! Calle, Manuela. ¡Estamos en régimen dictatorial! —dice displicente la otra.

Se alejan las damas, y se pierde una frase en la que doña Cata cree haber oído algo así: «¡Nunca perdonaré al traidor de Lircay!»...

«¿Quiénes serán», se pregunta, sin atreverse a seguir las. Gracias a Dios, un joven seminarista, hijo de una de sus clientes, acaba de saludar a las damas. Doña Cata se precipita a su encuentro y le ruega decirle «por favorcito» quiénes son aquellas señoras. Satisfecha su curiosidad, doña Cata comprende:

—¡Pipiolas, al fin! —¡Nada menos que la esposa de Freire y misiá Javiera Carrera!

Así pretende también la gente que están «conspirando» con el Pradel desde que salió con viento fresco del Ministerio; y que recibe doña Manuela, revoltosos que le traen noticias del Perú, donde el general Freire y un tal Bilbao y otro Novoa «tejen que tejen intrigas». ¿Y qué sacan? ¿Qué pueden contra un señor don Diego? Gallo mah regalo que éste... Ha metío, como dicen, al país «en un zapato», y por eso camina... ¡Qué bien habría estao de Presidente, ya que lo ha hecho todo! Y dale que no quiere. Y hay que ver como todos querían que juera. Y dale con las renunciias de ministro y de vice. Pero así se le han portao de firme en el Congreso y no le aceptan, y él empecinao; y como no lo hace por la faramalla, se saldrá con la suya, como dice don Ramón. ¡Y tan halagador que será estar de Presidente! Pueh no; él no entiende de esas cosas, prefiere la zamacueca, dice, a estarse «saluditos vienen, saluditos van». ¡Virgen María! ¿Habrás visto? ¡No digan; si tiene que ser muy halagador! No hay más que ver; ¡miren como está que se pela la garganta la gente vitoreando a Su Excelencia!

Doña Cata se iba pasando al Centro de la Plaza para ver y oír mejor. Trataba de no dar la vista a las personas, porque ¿a quién no conocía ña Cata? Tendría que pasarse saludando. Divisó, de pronto, a Alemparte y a Vidaurre, llegados ayer del Sur para presenciar las fiestas. Anoche habían estado en el Parral, y sabía que se hospedaban en el café de «La Nación». Instintivamente, llevada por su insaciable curiosidad, fué escurriéndose hasta quedar un poco atrás de los dos sureños.

Se oían, ahora nuevamente, las voces infantiles. Volvían los niños por Ahumada.

—Me admira que no desafinen —decía Vidaurre—. Es tanto más difícil esta música que la de Robles. Echo siempre de menos nuestra antigua Canción Nacional.

—Difícil será ésta, pero hermosa —contestó Alemparte que conocía el carácter un tanto contradictorio de Vidaurre.

De pronto los niños, al terminar el coro, vivaron al Presidente y toda la multitud lo aclamó.

Vidaurre se demostraba muy halagado de que la elección del primer mandatario hubiese recaído en un paisano suyo, a la vez militar, y trataba de comunicar el propio entusiasmo a su amigo. Sin embargo, Alemparte no se resignaba de que Portales hubiese rehuido la aceptación del mando.

—¡Era el hombre, era el hombre! —repetía como un estribillo.

—Bueno, bueno —contestó con imperceptible impaciencia Vidaurre—. Veo que no sólo los estanqueros están bajo su embrujo. Yo no soy tan fácil de conmover ni dominar. Ya he de divisar a su ídolo en el banquete. Supongo que su Majestad —dijo con sarcasmo— se dignará hablar, a pesar de sus reiteradas renunciaciones. Como Ministro de la Guerra le queda una ocasión todavía.

Se rió bonachonamente Alemparté.

—Hombre, ¡qué idea tan errónea se ha formado Ud. de Portales! —le decía; pero creía comprender que la sorda e infundada hostilidad de Vidaurre era ahora intensificada por la nerviosidad en que lo mantenía el reciente proceso entablado a su hijastro. Bien sabía Alemparte

que las fiestas habían sido un pretexto; que la verdadera razón del viaje de Vidaurre a la capital obedecía a su afán de empeñarse directamente con Benavente y otros amigos para que no llegase al conocimiento del Ministro Portales la noticia de haber pasado Santiago Florín por Consejo de Guerra; había que esperar se diera primero el fallo que, sin duda favorecería al hijastro de un influyente coronel.

—¿Ha visto a Benavente? —preguntó, a este propósito, Alemparte.

—Sí, ha comprometido al Oficial Mayor para que no deje pasar la comunicación hasta que no haya fallado el proceso. Sabe Dios que soy hombre de honor y de disciplina —agregó, irguiéndose— y aunque estoy convencido de la inocencia de Santiago, temo la severidad de jueces controlados por una mano implacable. Un muchacho de dieciocho años, que ha perdido la cabeza bebiendo en un día de carnaval... ¿Comprendería esto el inflexible Ministro? Es preferible no dar ocasión a que pueda intervenir.

Ya sabía doña Cata de qué se trataba. Bastante se había discutido anoche en El Parral este «verdadero crimen», «asesinato» —habíalo calificado Bulnes, después que Alemparte y Vidaurre se retiraron dejándolos que discutieran la mejor manera de llevar adelante tan delicado asunto.

¡Ese Florín! ... poco le extrañaba a doña Cata que le hubiese clavado puñal a un amigo. En dos ocasiones había estado en Santiago, y naturalmente, en El Parral; y a no ser por ño Gómez, un tanto «amatonao»; con el que «nadien» se jugaba, les habría armado rosca ahí mismo.

Sonó la hora en el reloj de las Cajas y doña Cata, vuelta a la realidad de sus obligaciones, se fué abriendo paso buscando salida hacia la calle del Estado. El banquete iba a celebrarse en El Parral, llamado pomposamente, desde ahora, «Parque de la Libertad». Tenía que ayudarle a ño Gómez en los preparativos que no serían los de cualquier fiesta. Así también se habían dado ya el madrugón para llevarse lo mejor de la Recova.

A lo largo de la Alameda, a ambos lados de la calzada central, alineábanse las ventas que le harían amplia competencia estos días a los numerosos cafés y chinganas desde los cuales salen los mozos con sus bandejas a ofrecer helados y refrescos a los paseantes que no quieren pasar a sentarse en los corredores frente a las mesitas de consumo.

Doña Cata aspira con fruición el aire perfumado de los jardines y parques que rodean las casas particulares. Lo encuentra todo más bello y brillante en estos días de festejos patrióticos. Le parece que las cuatro hileras de álamos se extienden hasta el cielo y al fin se juntan allá lejos. ¡Y qué verdécitos están! Sus hojas tiritan levemente, como castañuelas de papel; y a sus pies el murmullo de las acequias, claras y corrientes, susurran como flautas de agua.

¡Ay! Ya se oyen las campanas de la Catedral...

Ña Cata no puede ir al Te Deum, pero después del banquete tendrá lugar la revisión de tropas en el campo de Marte... Dicen que va a haber una batalla «a lo vivo». El señor don Diego estará con su batallón. No habrá perro, segurito, que dejé de asistir. Llevaría ella a las niñas y las acompañaría el novio de la Rosa.

Se divisan, entre los puestos, algunas instalaciones para juegos de cabezas y alcancías; largas estacas para la cucaña. ¡Ay, la cucaña! ¡qué divertido! Es como para pasarse horas mirando a los que suben, suben, y tras ya se resbalan por el palo ensebado; y risas que se muere la gente; y el pobre, vuelto a subir, y si no es listo, vuelto a caer...

De antemano se ríe doña Cata.

Pasó por la calzada central una calesa con vistosas ruedas amarillas. En su interior, una mujer extravagantemente ataviada con una mantilla blanca que cubría su enorme peineta, parecía dormir bajo un palio de encaje. Frente a ella, una negra retinta, vestida de rojo, llevábale con igual unción que si fuere custodia, una enorme bolsa de terciopelo amarillo en la que brillaban lentejuelas.

¡Doña Berenjena!

Ni por ser «Dieciocho», dejaba la loca solterona su paseo acostumbrado, de una punta a otra de la Alameda. ¡En vez de estar como todos los que se respetan, en el Te Deum... Tenía toda la razón el señor don

Diego cuando pretendía que había que casarla con don Isidro Ayestas. Uno para el otro; a cual de los dos más raros. Miren que el tal Isidro, viviendo quién sabe adónde. ¡Cuántos muchachos lo habían seguido durante años, entre ellos don Diego y sus amigos, sin conseguir dar con su paradero! El viejo; embutido, en su monumental sombrero de copa, consciente de ser perseguido y espiado, caminaba y caminaba, tieso como muñeco mecánico, dando siempre la espalda en la que dos botones como lunas le clavaban los pesados faldones de su frac morado. Si alguien se le acercaba, lanzaba una especie de gruñido o levantaba su bastón con cacha de oro. Pero ni una palabra; jamás conversaba ni se juntaba con nadie. Daba un paseo a pie —tal doña Berenjena en calea— por el costado Norte de la Alameda, siempre a la misma hora, cualquiera que fuese el tiempo, cambiando solamente en los días de lluvia el bastón por un paraguas. Unos pretendían que era usurero; otros que tenía pactos con el Diablo; otros que era dueño de una obscura casa de remolienda en los suburbios. Algunos le concedían originalidad, pero la mayoría le tenía por demente.

Doña Cata se estremeció, friolenta. Miró al cielo. ¡Vaya si está refrescando! Y unas nubecillas por aquí, por allá.

Un olorcito a cordero asado al palo se esparcía hasta la calle, traído por ligera brisa. Había llegado al fin, al Parral. Se detuvo a mirar una tropa de guasos que venían de los campos de Maipo, por el Callejón de Ugarte. Sus vistosas mantas, como banderas del pueblo campesino, traían su cálido aporte en la celebración de las fiestas patrias.

Ño Gómez, divisando a doña Cata muy plantada en la puerta, «como si fuera día pa estarse de ociosa» daba gritos, llamándola:

—Mah que he perdido el Tedéume, y le parece poco —refunfuñó doña Cata, quitándose el manto y metiéndose al Parral.

Están desiertas las calles del centro. Abandonadas las casas. En una que otra puerta se acurrucan todavía algunas sirvientas viejas. Pero hace rato que nadie pasa: toda la población se ha trasladado al Campo de Marte a presenciar los ejercicios militares. Más de treinta

mil almas están allá vibrando, reunidas, y han dejado la ciudad como cuerpo vacío. Después de tanto bullicio, tristeza y soledad infinitas. Soledad que aviva la soledad de una solitaria acostumbrada a su propia compañía.

La Manuela Portales se ha llevado a la pequeña Rosalía al desfile en el que pasará el «tío Diego». Ricardito está durmiendo. En el patio, la Pechoña, bajo el naranjo, desgrana arvejas. Constanza, después de rezar el rosario, ha vagado de una a otra pieza, burlando el enervante aburrimiento. Ha pasado a la Filarmónica. Ahí tiene su piano, el que Diego le ha regalado, pidiéndoselo después prestado para su club; pues sólo los domingos y rara vez otras noches, se ocupa la sala. Diego tiene las llaves, y ella está ahí libre y segura como en su propia casa. Pero hoy no puede tocar; sus dedos se le distraen sobre las teclas. La voz tampoco viene; se anuda la garganta. ¡Qué sola, qué abandonada se siente! Diego se marchará pronto a Valparaíso y no puede llevarla: no hay suficiente dinero para tanto gasto. ¡Ah, qué desesperación!

Los finos dedos Blancos han preludiado, inconscientemente, el canto profético de antaño: «¡Oh, quante lácrime...!»

Suelta el llanto Constanza, y sólo se da cuenta que llora cuando en la extensa sala desierta resuena, deformado, el eco de su sollozo.

Todo Santiago verá hoy a Diego en su uniforme de Comandante del 4.º Batallón de Cívicos. Pero Constanza, la recluida, será privada de esta gracia. ¡Pues no! ¿Quién la conoce? No frecuenta a nadie. ¿Quién podría distinguirla entre la multitud? Constanza cierra el piano y corre hacia la casa. Sobre el oscuro traje envuelve el manto como una simple mujer de condición modesta.

—Pechoña, ¡cuídame al niño! Voy a «verlo» al desfile.

La Pechoña la mira espantada, pero aprueba.

—Mi señorita, lleve paraguas. A la vuelta capaz que la alcance la lluvia; se está nublando.

—¡No importa! De todas maneras tendré que ir en birlocho; es demasiado lejos. —Cuenta el dinero que lleva.

—Carito me va a salir. ¿Cuánto podrá valer?

—Por una vez que se da un gusto mi patroncita, ni lo piense.

La Pechoña va tras ella a cerrarle la puerta.

—¡Míremelo bien! Yo tampoco lo he visto d'uniforme...

Constanza promete con cómplice mirada, agradecida a la mamá a quien la liga este común afecto.

Después de asegurar la puerta con el cerrojo grande, vuelve La Pechoña y lleva el canasto con arvejas a la pieza donde duerme Ricardito. Sigue desgranando y piensa en tantas cosas como piensan los viejos cuando se quedan solos en las casas.

Las mesas donde tuvo lugar el banquete ostentan todavía el ornamento de sus guirnaldas floridas. En las copas quedan rastros de vino o de chicha: la bebida nacional no ha faltado en los brindis de este almuerzo de carácter popular. Ligera brisa agita las tiras multicolor de papel picado que cruzan, como sutil envigado de encaje, en el techo azul del aire. El Parral, como las calles del centro, está ahora abandonado. Sólo dos comensales permanecen en su mesa esperando con calma que se despeje un poco la Alameda. No Gómez les echa de cuando en cuando una mirada mientras se pasea entre el desorden de las mesas, alineando aquí y allá las sillas que han quedado en desconcierto. El señor Ramón Rengifo ha sacado lápiz y redactado unas notas. De seguro escribirá un artículo comentando todo lo acontecido durante el banquete y saldrá también a relucir el Parral, es decir, «El Parque de la Libertad», según se llama ahora, como conviene a un sitio donde acude la misma respetable gente de gobierno. No Gómez se siente orgulloso.

—Con qué sencillez se expresó Prieto —dijo Bustillos, comentando las palabras del Presidente—. Fué un acierto, ¿sabe? su gesto de alzar la copa a la memoria de Ovalle.

—Sí, —aprobó Rengifo—. Aparte de refrescar un recuerdo muy vivo entre los concurrentes, ese brindis tiene una alta significación política: el Gobierno que se inaugura reconoce indirectamente, así, la filiación que lo liga al régimen anterior.

—Me gusta el entusiasmo de Meneses por Portales —observó Bustillos—. Ahí tiene Ud. un hombre que sabe apreciarlo sin personalismos, pequeñeces o rencores.

Buscó Rengifo, entre las líneas que tenía escritas, las palabras pronunciadas por «El Cura», y leyó:

«Que los que han trabajado en establecer el imperio de la ley y la justicia continúen prestando sus servicios, sin negarse por consideraciones algunas a los que les exiga la causa pública».

—Este no se contenta —dijo—, con combatir en el Senado la renuncia de Portales. Si pudiera amarrarlo al Gobierno con su propia sotana, con gusto se despojaría de ella.

—Es éste un sentimiento general —replicó Bustillos—. El mismo Prieto tiembla ante la idea de que Portales lo abandone. Recuerde lo que dijo: «que el jefe de las milicias...»

—¡No, espere! Estas fueron sus palabras —dijo don Ramón, leyendo exactamente en el apunte—: «Que el genio creador de la milicia cívica sea su jefe nato y tan inseparable del Gobierno como lo será siempre de mi amistad».

—¡Así sea! —dijo Bustillos, levantando su copa y apurando el concho.

Pero Rengifo continuaba, como si se tratara de repasar un discurso que pronto hubiese de pronunciar.

—Oiga Ud. lo que replicó Portales: «A la Patria, a la Libertad, a la Ley, al Orden Público: por que todo prospere en la administración de mi ilustre amigo, el benemérito don Joaquín Prieto, y porque se radique más y más la justa confianza que inspiran a los buenos chilenos las laudables intenciones y honradez de este jefe».

Continuaba ahora don Ramón...

—Tomó entonces la palabra...

—¡Basta, Ramón! No va Ud. a seguir leyendo, con descripción del Parral y todo, si no llegaremos cuando esté concluida la fiesta.

Se levantaron y salieron a la Alameda. Se divisaba uno que otro transeúnte perdido. En cuanto a carruajes, no los había. Gracias a Dios,

los esperaba en la puerta el birlocho que habían contratado. Subieron y se alzó el coche, perdiéndose Alameda abajo.

La cordillera, altar al pie del cielo, oración blanca y azul, resguarda, como monja postrada, ese último rincón del mundo, pequeño Paraíso, perla del Pacífico, cuyos hijos, conquistada la independencia, buscan ahora bajo una mano firme y segura el rumbo certero de su prosperidad.

Circundando a lo lejos la elipse del Campo de Marte, la ancha falda petrificada de eternidad luce mejor en la amplitud del libre horizonte, y la cofia de nieve extiende su ala blanca. Por sobre la cumbre, como hostias, pasan las nubes.

Treinta mil almas vibrantes han venido a presenciar el despliegue de la destreza y energía de los jóvenes soldados.

Se oyen las ovaciones en las tribunas, bajo las ramadas. Y también parten vivas desde los innumerables carruajes, calesas, birlochos, carretelas, carretas, carretones, que se estacionan rodeando el campo de las maniobras.

El simulacro de batalla ha tenido la más entusiasta acogida, a juzgar por los delirantes gritos y aplausos de este pueblo, habitualmente poco demostrativo.

Un birlocho rezagado se ha detenido cerca de la salida.

Constanza prefiere asegurarse bien la vista del desfile de vuelta ya que ha perdido el espectáculo de la batalla. Le pregunta al cochero si está seguro que pasarán ahí los cívicos. Este extiende la mano y señala la avenida que contornea el recinto donde evolucionan las tropas.

Bajo la dirección de los serenos empieza el movimiento lento de los carruajes en busca de la salida; ya están formados para el regreso los batallones de cívicos y militares y la gente quiere anticipárseles, deseosa de alcanzarlos en la Alameda.

Marchando acompasadamente los soldados vienen por la Avenida. Constanza se pone de pie para verlos mejor. ¿Cuál será, entre tantos, el 4.º Batallón de Cívicos?

—Va a llover, patroncita —dice de pronto el cochero, mirando el cielo encapotado ahora—. Si le parece, nos vamos.

Junto con sus palabras empiezan a caer algunos goterones gruesos, aislados.

—¡Suba el toldo! —ordena Constanza.

No hay que pensar en irse mientras no pase el 4.º Batallón.

De repente se descarga el chubasco y empieza la desbandada de los soldados. Invaden en desorden la Avenida.

Constanza no sabe adónde mirar para encontrar al que busca. Pero he aquí que, entre la confusión, un cuerpo de milicianos viene firme, compacto, sin acelerar el paso. Su jefe a la cabeza, marchan impávidos al son de la lluvia.

¡El; es El! ¿Quién otro podía ser?

Late el corazón de Constanza. Con un grito, sin poderse reprimir, espectadora perdida, lanza al paso de Diego:

—¡Viva el 4.º Batallón de Cívicos!

El birlocho sigue ahora a la distancia al cuerpo de milicianos que ya alcanza la Alameda.

La lluvia ha disminuído, y luego cesa, pero están empapados los uniformes, y Constanza, aprensiva, se torna inquieta: no se vaya a enfermar Diego, su amor, su dicha, su vida.

## C A P I T U L O VI

### UN AMIGO A TODA PRUEBA

**S**ON muchas las veces que ha contestado hoy Adalid:

—No, señor. No está mi comandante. Ha ido a convalecer a la quinta.

Pero ahora atraviesa el patio de la Moneda «don Antonio» y Adalid se apronta para hacerlo pasar.

—Es don Antonio, mi comandante —anuncia al introducirlo en el dormitorio.

Desde su lecho, don Diego levantó en alto la mano, diciendo:

—Bien venido el más servicial, abnegado, paciente, bueno, prudente, discreto, etc. etc., de los amigos. Y disculpe el niño bondadoso lo haya hecho venir a esta hora en vez de esperar su visita de la tarde.

—¡Calle! No es ninguna molestia —dice don Antonio, sentándose al pie de la cama.

—Quiero presentarle hoy a una personita que ha estado un tanto resfriada y debe recogerse antes de la puesta de sol. Vaya haciéndose el ánimo, que voy a fregarlo, bien fregado. No sólo mis negocios he de encargarle. Mi niño Antonio, Ud. tal vez no sabe que tengo una chica que quiero y compadezco y ya está en edad de recibir instrucción. He resuelto dejarla en el colegio de Madama Versin. Necesita apoderado y he pensado en Ud. Mi actuación en el Gobierno ha hecho de mí un personaje en vista, ¡carajol, y no puede figurar actualmente esta chica con mi nombre. Le buscaremos uno cualquiera, haciéndola aparecer como hija de un amigo suyo de provincia. ¿Qué le parece?

—Si Ud. no tiene inconveniente —replicó don Antonio—, lo más cómodo, apropiado y beneficioso para que sea bien atendida la niña, es hacerla pasar por sobrina mía, y así figurará con mi propio apellido.

La sencilla y espontánea generosidad de su amigo le ha puesto a don Diego un nudo de emoción en la garganta. Lo mira sin contestar. De pronto, movido por súbito arrebató de gratitud, se incorpora para abrazarlo, pero su gesto se paraliza y un quejido se le escapa:

—¡Caramba! Esta maldita ciática. Dése por reventado con el abrazo, mi don Antonio. ¿Qué le dirían de mi afecto torpes palabras?

Adalid golpeaba en la puerta y luego introducía a una chiquitina de más o menos siete años.

—Entra, Rosalía. Ven acá —dijo don Diego.

La chica no se movió. Miraba a don Antonio, cohibida. Este salió entonces a su encuentro, pero ella se corría dándole la espalda.

Irritado ante este recibimiento al amigo que acababa de hacerles un señalado servicio, don Diego alzó la voz, amenazante, increpando a la inocente:

—Rosalía, ¡saluda inmediatamente al caballero!

Naturalmente, la chica se puso a llorar.

—¡Caramba, lágrimas ahora! Así se salen con la suya, desde pequeñas, las mujeres. ¡No, no puedo tolerarlo! ¡Rosalia —repitió alzando más el tono—, ven acá!

La niña resistió. Pero ante un nuevo e imperioso llamado, fué avanzando lentamente, entre sollozo y sollozo.

—Dame un beso.

De malas ganas la niña lo besó.

—¡Ah! —exclamó con irritada amargura don Diego—; ¡así quiere a quien se desvive por complacerla!

Don Antonio se sentía molesto, no se atrevía a intervenir por no irritarlo más. Como divisara un cartucho de chocolates sobre el velador, se lo señaló a Rosalía, haciéndole un guiño, y luego preguntó como si disimulara su intención:

—¿Para quién serán estos chocolates?

—Son para los niños que se portan bien y saludan y no lloran —dijo Don Diego.

Don Antonio abrió el bolsico para ofrecerle a Rosalía, pero don Diego lo detuvo.

—A Ud. no lo ha saludado esta niñita, y ella no se atrevería a comer una golosina antes de haberse portado como gente educada. ¿Verdad, Rosalía?

La chica bajó la vista, y murmuró, testaruda:

—¡No quiero chocolates!

—Muy bien —dijo don Diego, e insistiendo fríamente, como si insinuara, aunque su tono obligaba—, pero no has saludado a este amigo mío que es otro tío tuyo. —Le tomó la manito y se la pasó a Garfias—. Dale la mano y dile: «¿Cómo le va, tío Antonio?»

La chica, sea porque sentía que iba a irle mal si nuevamente resistía, sea porque resultaba ser tío el señor desconocido, o porque deseaba comerse los chocolates, y tal vez por todas estas razones mal

definidas en su pequeño cerebro, pero seguramente intermezcladas, repitió las palabras con relativa buena voluntad.

Don Antonio se inclinó a besarla en la frente.

—Vamos a ser muy buenos amigos, ¿no es así, hijita? —dijo—. Cuando el tío Diego se vaya a Valparaíso, yo te traeré chocolates.

Rosalía, que había oído comentar este viaje por su madre y la Pechoña, quienes se lamentaban de antemano contagiándola con su inquietud y tristeza, estalló en llanto.

—¡No quiero que se vaya! ¡No quiero! —gritó.

Sorprendido por esta manifestación inesperada del cariño de su hija, con doloroso esfuerzo la alzó don Diego sobre la cama y, dando curso a su reprimida ternura, la besó repetidas veces, pensando que los niños son raros y no se acaba nunca de comprenderlos.

—Calla; no me voy todavía. Volveré y te traeré un regalo si te portas bien.

Le pasó un chocolate, y luego, queriendo terminar, le dijo:

—Tengo que conversar con el tío Antonio; anda a jugar un momento a la pieza de vestir. Anda y levanta la cortina —insinuó.

Se fué corriendo la chica, pues sabía que la cortina mágicamente solía esconder algún juguete. En efecto, pronto apareció en el umbral mostrando la muñeca que había encontrado.

—Bueno —dijo don Diego—, ahora juega con ella y cierra bien la puerta. Ya la conoce —dijo a Garfias, cuando hubo desaparecido—: porfiadita, carácter difícil, pero tal vez no sea mala chica. Y si lo fuera, a punta de varejonazos la pondría como un cordobán.

—De manera que no hay vuelta. ¿Ud. se nos va? —dijo melancólicamente Garfias.

—Sí, mi don Antonio, aunque me censuren algunos y lo deploren otros. Anoche vinieron a fregarme Alemparte y comparsa, pero los eché a la m... Bastante tiempo han reposado los buenos en mi vigilancia; yo necesito ahora reposar en la de ellos para salvar mi honor, comprometido por el abandono que hice de mis negocios por más de dos años.

—Lo que deploramos todos con razón —replicó don Antonio— es que por hacer inauditas deferencias y sacrificios esté Ud. reducido casi a la mendicidad. Sí, mi amigo —continuaba, exaltándose—, supe por Benavente que la revolución del 29 le significó a Ud. un desembolso personal de más de 14 mil pesos. Ese dinero pudo haberlo prestado Ud. y en seguida recuperarse por suscripciones entre todos los interesados por la causa.

—¡No sea tonto! ¡Quién va a soltar dinero en frío! Eso pasó.

—En seguida —continuaba imperturbable Garfias—, estando Ud. arruinado, necesitado, desempeña todos sus cargos sin aceptar los sueldos. Esto no tiene nombre.

—¿También Ud. se ha propuesto fregarme?

—Sí. ¿Sabe lo que se nos ocurrió esta mañana a Estanislao y a mí?

Miraba de soslayo a don Diego, vigilando que sus palabras no le fueran a caer mal.

—Ud. repugna a la idea de pedir prórroga a sus acreedores —continuaba— y tampoco quiere pedir prestado...

—Bueno, bueno, suelte la pepita.

—Es que...; en fin, cuando se trata de cosa que resulta o puede resultar en su favor, yo tengo todo el coraje que me permite mi temperamento...

—De gallina —interrumpió don Diego—. ¡Qué coraje, hombre! Está Ud. que quiere poner un huevo, y no lo pone y sólo cacarea.

—Es que es Ud. tan terrible, que no se sabe cómo tomarlo. En fin, en atención a la justicia, a su situación apurada, a sus sacrificios hechos, al cariño que le profesamos...

—Co-co-ri-co-co-co-co-có... Y no pone.

—Sí, al grano, como dice Ud. Estando Ud. en tan crecidos apuros para pagar la fianza otorgada a Otaegui, y debiéndole el fisco más de seis mil pesos que pueden cobrarse porque están documentados, habíamos resuelto entablar cuestión sin acuerdo de Ud... Pidiendo los documentos a Newman, yo podía presentarme bien legalizado haciendo la petición, pero...

Los relámpagos que salían de los ojos de don Diego lo detuvieron.

—¿Están locos Estanislao y Ud.? —exclamó con furia. Luego, comprendiendo su injusticia, prosiguió—: Sólo así y por sus buenos deseos puede disculparse el paso que intentaban dar. Primero consentiría en perder un brazo o enterrarme en el barro que consentir en que se cobrara un peso al fisco.

—Mal hace Ud. en recibir con tal ira nuestra proposición.

Valientemente quiso Garfias seguir defendiendo la causa de su amigo:

—Mil reflexiones podría hacerle —continuaba— para lograr su aprobación, y éstas no se le ocultan a Ud., y no dejarían de hacerle fuerza si por un momento de sensatez se desprendiera Ud. de la aferradísima idea que tanto le perjudica en los negocios propios y que Ud. llama *delicadeza*, aunque con propiedad merece muy distinto nombre —dijo con energía—. ¿Quién le impediría, por ejemplo, en circunstancias más favorables a sus intereses, devolver la suma cobrada? No faltarían las ocasiones. En cambio, se acerca la fecha fatal y está Ud. sin saber cómo hacerle frente.

—Ya sabré arréglármelas —contestó Portales—. Descche, mi amigo, tal proposición como tentación del enemigo malo. Veo que aun los que mejor me conocen todavía no me conocen.

—Sólo su situación apremiante me hizo esperar que por una vez se le podría hablar a un Quijote de cordura.

—¡No se apure por mí, don Sancho! ¡Invoco cuanto merezca respeto para asegurar a Ud. que nada ambiciono! Me acomodaré fácilmente a vivir pobre. No será lo que más sienta, porque la pobreza me obligaría a llevar la vida que apetezco.

—No es su pobreza la que me aflige, pero la inquietud que le significa vivir con deudas.

—A eso voy: a tratar de cubrirlas. Nunca me acomodaré, por supuesto, a vivir debiendo. Jamás podría conformarme con la pérdida de mi independencia, este bien que ha sido siempre para mí el más estimable. Pero no tema, mi niño Antonio: haya tranquilidad pública, y no moriremos pobres si llegamos a viejos.

Le había tomado la mano y se la estrechaba.

—Ud. me hace perder tiempo con sus sandeces —dijo— cuando tengo que fregarlo todavía con otros asuntos. Quiero encargarle a mi comadre, que me la visite a menudo y observe si hay alguna ocurrencia en que pueda yo serle útil. Y, a propósito, deberá recordarle de cuando en cuando al Ministro la compra de fondos públicos, no lo olvide.

—Doña Rafaela me había dicho que le tenía encargado a Ud., a más de los propios, algunos asuntos de Rosa Mueno —insinuó tímidamente Garfias.

—Sí, mi don Antonio, y Ud. se muere, no lo niegue, porque se los traspase a Ud.

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Me cree leso? ¿Se imagina que no he notado su empeño en hacerme querer y ser querido de la Mueno? Esto, más que nada, da a conocer el estado del corazón de Ud. y la propensión de los hombres parecida a la de los condenados que quieren que todos se condenen.

Cogido de sorpresa, don Antonio se iba enredando en su contestación.

—Cállese, y cómase unos chocolates —le dijo don Diego, pasándole el cartucho—. Ya me figuro cómo andará la debilidad del niño Antonio con esta emoción. ¡Lástima que no tengo más que ofrecerle para asentarle el estómago, como ser un corderito asado, un causeíto o empanadas!...

Golpeaban en la puerta. Era la Pechoña que venía en busca de la niña. Como diera a entender que «traía un recadito», don Antonio pasó discretamente a la pieza de vestir, pretextando avisarle a la Rosalía.

La Pechoña sacó de debajo del rebozo una carta y se la entregó a don Diego, diciéndole que misiá Costancita quería saber si se levantaría mañana, pero que le pedía por favor que no saliera todavía.

—Dile a esa mujer del demonio que sí; que me levantaré y que había pensado almorzar con ella, pero ya que se opone... Dícelo tal cual.

—¡Qué bueno! —exclamó la mama—. Le voy a tener una cazuelita de ave. Ahora mesmo mato la gallina.

La Rosalía, su muñeca en los brazos y el cartucho en una manito, se despedía ahora de don Antonio, pasándole la frente para que la besara.

—Así me gustan las niñas buenas —le dijo su padre besándola a su vez—. ¿Quiere que vaya a verla mañana?

—Sí —contestó, enrojeciendo, la chica.

—Bueno, téngame entonces una página de escritura muy bien hechita.

Salieron la Rosalía y la Pechoña, y Garfias, temiendo se reanudara la conversación sobre Rosa Mueno, pretextó un asunto y salió tras ellas.

Don Diego se quedó pensativo.

Garfias se había cortado del todo al hablarle de la Mueno, y más, se había retirado prefiriendo eludir la confesión. No cabía duda: estaba chiflado con la chiquilla y faltaba que le diera por casarse.

Otro amigo perdido entonces, porque cuando se mete mujer de por medio... Que se enamore cuanto quiera, pero casarse, no. ¡No, mi señor don Antonio! No cometerá Ud. tal burrada; su amigo, gracias a Dios, le abrirá los ojos a tiempo. Por otra parte, la Mueno tal vez no lo quiere, ¿Estará enamorada? ¡Quién puede saberlo! ¡El corazón enigmático de las mujeres oculta tantas cosas!... De puro celoso, naturalmente, se figura que es a mí a quien quiere la Mueno. ¡Valiente y abnegado celoso que sería capaz de entregármela por complacerme! ¡Qué me va a querer la Mueno!...; ya estoy viejo, canoso. ¡Me estoy pelando!... ¡Pasados los cuarenta es preciso renunciar! Un hombre que se respeta; don Diego, abdica a tiempo. Las pasiones vienen bien en la juventud, y nada más. No, mi niño Antonio, su amigo no se le atravesará en el camino. No lo haría aunque fuese joven y creyera en la posibilidad de ser preferido por la mujer que Ud. amara. No sólo para que se acostumbre el Gobierno a caminar sin las «andaderas Portales» se marcha el Ministro; no sólo por atender sus negocios se aleja el amigo...

La carta de Constanza, a la espera, yace pálida, sin abrir, sobre el velador.

## CAPITULO VII

# UN VIAJE DE INCOGNITO QUE AGITA A MUCHA GENTE

**D**IO unas últimas chupadas a la bombilla y, terminado su mate, se pasó don Joaquín Tocornal a un sillón de vaqueta más alto. Acomodándose bien, la cabeza firme contra el respaldo, le entregó su cara al barbero que ya había alistado las navajas y la espuma jabonosa.

—Espero gente —le dijo a Pascual—; hágame el favor de no demorarse.

Y, descolgando un rosario de la perilla misma del sillón, se puso a desgranar sus cuentas, cual acostumbraba para ganar tiempo y evitar la copiosa conversación del barbero.

Estaba terminando la cuarta decena, y en su cara sólo en un tercio la merengosa espuma le blanqueaba el rostro, cuando el portero hizo pasar al aposento a la visita esperada: «un cura», habíale dicho, sin especificar, al criado. Pero viendo don Joaquín que le habían cambiado a Meneses por la inesperada presencia de Cardoso, con quien no tenía la menor confianza, se puso de pie, dándole las explicaciones del caso.

—¡Por favor —dijo Cardoso—, siéntese Ud., señor Tocornal y prosígase su afeitadura!

—¿Cómo? ¿Está Ud. en Santiago? ¿Y cuándo llegó? —preguntó don Joaquín, mientras volvía a poner su cara en manos de Pascual.

—Anoche. He venido a verlo de madrugada, y perdonará Ud. mi imprudencia, porque no quiero que sepan los del Capítulo que me encuentro en la capital. En dos palabras diré a Ud. de lo que se trata: el señor Portales, lo he sabido indirectamente por una indiscreción del

empleado inglés que le lleva los libros, viene hoy o mañana de incógnito a Santiago.

—¿Viene Portales?

—Sí; especialmente para hablar con Ud. respecto a nuestro común negocio, y he querido ganarle el quién vive para que Ud. le persuada de la necesidad de una prórroga. Además, no es posible la rebaja en los cuarenta mil pesos. Tengan Uds. paciencia y dénme hasta los días santos para la firma de la escritura. Piénselo bien, don Joaquín; yo no le veo otro arreglo al asunto.

Se oyó un sonido de herrumbre que retumbó por toda la casa.

—Han tirado la campanilla, debe ser su visita —dijo Cardoso—. No quiero que me vea aquí Meneses. ¿Cómo puedo salir sin encontrármelo?

Don Joaquín lo hizo pasar a una pieza contigua para que de allí saliera por el patio después que entrara Meneses. Así, apresuradamente se despidieron, prometiendo don Joaquín arreglar el asunto lo mejor que se pudiera.

Después de recoger sus navajas, se disponía Pascual a retirarse, cuando entró, como una bomba, Meneses. El barbero se detuvo. Alguna otra noticia sensacional traería éste de seguro. ¿Cómo saberlo? Pascual hacía grandes reverencias al cura, pero éste, evidentemente, esperaba que se marchase para soltar la nueva, y al barbero no le quedó otra sino batir retirada.

—¿Sabe? —dijo entonces Meneses—. Portales llega esta tarde.

—¡Conque era cierto! —exclamó don Joaquín—. Acaban de darme, pero creí en un error. Y tal vez lo sea. Mire Ud. la carta que me entregó sólo ayer Elizalde.

Sacó del velador un sobre y se lo pasó.

—En esta carta —dijo— nos contesta conjuntamente «de mancomunum et in solidum», como dice él, a Elizalde, Gandarillas y yo, que le habíamos escrito en un mismo sentido, rogándole se viniera a poner orden en los asuntos que nos preocupan.

Para no desairarlo y aprovechar tal vez nuevos antecedentes que le permitieran abordar mejor el tema que venía a tratar, tomó la carta Meneses, y fué leyendo:

«¿Quieren Uds. que vaya a Santiago, a qué? ¿Cuáles son los asuntos graves que hay que consultar conmigo y que no puedan ser consultados con Uds.? ¿Cuáles los males que hay que remediar, y de qué modo puedo yo conseguirlo? Si con el consejo, bueno o malo, ¿no podría darlo desde aquí? A más de que el Gobierno tiene en su seno un hombre con quien puede consultar en todos los negocios en que desee saber mi opinión, porque, casi siempre, hemos andado acordes (el Ministro Rengifo). Si no hay necesidad de presentarme en ésa a lucir lo letrado, menos lo hay de lucir lo guerrero, porque no diviso el enemigo que se presenta a combatir, a menos que éste sea algún molino de viento o alguna manada de ovejas. Cuatro bribones despreciables son los que se empeñan en inquietar el cotorro: ¿hay más que darles un grito? ¿Se pretende que sea yo el gritón? No ha podido retraerme de la resolución de permanecer en Valparaíso ni el punctón de don Joaquín Tocornal de que mis amigos se ofenderán de mi resistencia. Ellos son justos y racionales, no pueden ofenderse de que rehuse un sacrificio estéril, cuando saben que estoy dispuesto a hacer cualquiera (como no sea el de mandar) cuando la necesidad lo exija. Señálenme una cosa, un bien que yo pueda hacer y que no lo pueda el Gobierno, y me verán volar a cualquier costa a prestar tal servicio, siempre que no pueda hacerlo desde aquí.»

—Sí —dijo Meneses, devolviéndole la misiva—, pero puede haber cambiado de parecer a última hora.

—Anoche estuve con Garfias, su confidente, su otro «Yo», como lo llama, y nada me dijo cuando le leí esta carta.

—Sin embargo, la noticia me la dió Alemparte, diciéndome que Garfias mismo lo había llamado para comunicársela, y que Ud., yo y unas pocas personas más serían también avisadas.

Carraspeó, y luego, tomando una resolución, dijo:

—No hay error posible, y no veo por qué no hablaría, cuando de un momento a otro va a comunicarle Garfias cuanto le digo. —Dió unas grandes zancadas por la pieza como si se preparase para un elocuente sermón. Su amplia sotana se le soplabá pareciendo la negra crinolina de una señora anciana—. No se sabe exactamente a qué viene Portales

—explicó—, pero es el hecho que nosotros, sus amigos, queremos aprovechar bien el viaje. Ud. conoce los chismes que corren, y cómo tratan los enemigos de disminuir la influencia que tiene Portales sobre el Presidente. Este pobre hombre, con su carácter débil, su poco conocimiento de la gente, queda indeciso y creyendo parte de cuanto le dicen.

—Sin contar lo poco que lo secunda Errázuriz... —observó Tocornal al pasar

—Con la diferencia que es fácil cambiar a un Ministro, y no así al Presidente. Pero lo que quería decirle es que hemos sabido lo siguiente: don Gaspar Marín, empujado por un grupo de o'higinistas, entre ellos Zenteno, quieren presentar un proyecto de ley para que se restituya al ex general en su empleo, con el fin, pretenden, que contrarreste con su influencia la de Portales.

—¿O con el de voltear a Prieto?

—Naturalmente, ése sería el objeto oculto. Por otra parte, Bulnes ha cobrado una preponderancia y popularidad enormes con la magnífica campaña en que acaba de dar remate a la banda de los Pincheiras, y no vendría mal tener en el Ejército un alto jefe que se le pudiera oponer, indirectamente, y con el cual pudiéramos contar, los que fundamos el actual Gobierno, para mantener nuestra influencia sobre Prieto. Hemos pensado en Vidaurre, y al efecto, queremos ponerlo bien con Portales, con el que tuvo unas desavenencias.

—¿Por la historia de Riveros?

—Sí, pero complicada por una cuestión de cartas atribuidas a don Diego y que éste no ha pensado en escribir. En fin, ya se explicarán. Alemparte, que había hablado de todo esto con Garfias, estaba a la espera de una ocasión, y presentándose ahora inesperadamente dicha ocasión, hemos resuelto, muy en reserva, juntarlos esta misma noche en casa de Manuel Ortúzar, donde comeremos los del grupo. Ya está Ud. prevenido —dijo Meneses, tomando su sombrero— y me voy, que debo reunirme con Gandarillas; sale mañana el primer número de «El Hurón» y hemos de discutir sobre algunos artículos.

—¡Era tiempo de que hubiera prensa de oposición! —exclamó Tocornal—. ¿Qué efecto han surtido las advertencias indirectas de

Portales por intermedio nuestro? El Presidente sigue con su conducta tan poco pronunciada. Hay que pegarle públicamente por la prensa. Puede que así entienda. ¿Pero cree Ud., Meneses, que unos cuantos artículos producirán la caída de Errázuriz?

—Hemos hecho en otros tiempos cosas mayores —dijo Meneses, mirándolo con ojos de ave de rapiña—. No lo dude; saltará Errázuriz.

—La cuestión es no caer en uno peor.

—No tema, don Joaquín; Portales es de los que saben elegir a sus hombres —dijo con una sonrisa enigmática «el Cura», mirándolo a los ojos. Y luego de darle un expresivo apretón de manos, como cuervo que emprende el vuelo, se retiró en el remolino obscuro de sus amplias polleras.

Después de escuchar unos segundos los pasos del escribiente que se alejaba, con mano sigilosa puso llave a la puerta y corrió la gruesa cortina, cortafuego de todo ruido. Se sentó entonces frente al escritorio y se acodó, la cabeza en las manos. Sus dos orejas en punta se alargan ahora; su nariz de zorro olfatea; sus ojos se abren, receptores.

—Nadie nos puede oír —dice Rodríguez Aldea—, hable Ud., Pradel.

—Sí— confirma éste—, estoy seguro de la noticia. Fuí a conferenciar con don Fernando Errázuriz a propósito del nuevo periódico de oposición cuya salida y fines Ud. me había señalado, y no bien me divisara don Fernando, antes de saludarme, me dijo: «¿Sabe Ud.? Portales llega esta noche; la noticia es segura, me la acaba de dar mi barbero que la oyó en casa del propio Tocornal».

—¿Se le dió aviso a Tocornal? —exclamó Rodríguez.

El Chillanejo mueve las aletas de la nariz. Su olfato cazador de intrigas percibe un olor sospechoso.

—¿No encuentra Ud. —insinúa— que Tocornal y Portales están demasiado amigos?

—Espere Ud., don José Antonio, que le traigo nuevas de índole más importante por ahora. No se trata de Tocornal, sino de Vidaurre.

Ud. me había puesto sobre aviso, continúa Pradel, cuando Zenteño le comunicó que Alemparte deseaba vivamente poner a Vidaurre en contacto con Portales, esperando tan sólo la primera ocasión en que viniera éste a Santiago para llevar a cabo el encuentro de ambos. Pues, al recordar ahora este proyecto, me fuí a casa de Vidaurre y, valiéndome de audacia, le hice cargos diciéndole que acababa de saber que se pasaba a Portales. «¡No hace cinco minutos —dijo— que sé yo mismo que como esta noche con Portales, y ya ha corrido la noticia y ya se hacen malignos comentarios! No, señor Pradel; no me «paso» a Portales», me contestó con aire de dignidad ofendida. «Yo no estoy ni con Uds. ni con nadie; soy un honrado militar que sólo cumple con los deberes sagrados de su profesión.» Y siguió, tortuoso, explicando a su manera la conducta observada por él anteriormente, queriendo demostrarme que el haber aprobado nuestra gestión a favor de la vuelta de O'Higgins se ajustaba «tan sólo a consideraciones de justicia, pero no de política», y terminó diciendo que la comida de esta noche...

—¡Conque comen juntos esta noche! —interrumpió Rodríguez.

—Sí. ¡Mire qué hallazgo el mío! Como le iba diciendo —continuó Pradel—, la comida con Portales se debía, dijo, sólo a una iniciativa de Alemparte, sin otros fines que desvanecer una mala inteligencia habida con don Diego.

El Chillanejo tenía el rostro distendido por una sonrisa de aprobación.

—¡Lo felicito —dijo—, está Ud. convertido en mi mejor discípulo! No hay tiempo que perder, vamos a pedir urgente audiencia a Prieto, y como ya hemos hecho en su ánimo buen trabajo, esta noticia, condimentada apropiadamente, va a caer como levadura que haga fermentar sus más recónditos recelos.

—Sí, urge reforzar nuestras posiciones antes de que se vea con Portales. Gracias a Dios ya salió mi nombramiento de Intendente —exclamó con un suspiro de alivio Pradel—. Esto le va a probar al Ministro que don Joaquín no está demasiado a sus órdenes —observó con ironía, y se puso de pie.

—Espere —dijo el Chillanejo—. Voy a redactar una tarjeta. Necesitamos del «Sésamo» que nos abra sin demora la puerta de Su Excelencia.

Meditando sobre cada palabra, ya escribía, ya dejaba la pluma, ya borraba y corregía, seguro de llegar a la fórmula que le garantizara el éxito.

Saca el reloj don Antonio. Son las diez y veinte minutos, y Su Excelencia, muy exacto, lo ha citado a las diez: es decir, para el turno de la primera audiencia...

El edecán cruzó la sala en ese instante y Garfias le preguntó la razón de tal atraso.

—Un segundo antes de que llegara Ud., señor —dijo éste—, se presentaron dos solicitantes para una audiencia extraordinaria y urgente. Pasaron una carta y el Presidente los recibió en el acto.

Don Antonio se paseó un momento y luego se sentó y sacó del bolsillo una libreta de apuntes en la que fué borrando algunas notas:

«Avisar a Gandarillas, Elizalde, Tocornal».

«Buscar a Pascual».

«Alemparte, combinar comida».

«Audiencia Presidente».

Entre ocho y diez de la mañana había despachado lo más urgente. Pero este ir y venir buscando al indiscreto Pascual para taponarle la boca le había quitado buen rato. Suerte que llegara al momento don Fernando Errázuriz a cerciorarse de si era cierta la noticia... Con qué recursos de astucia hubo de advertirle, entonces, que no dijera palabra, pues, además del Presidente, los únicos que debían saberlo eran don Manuel Rengifo, unos acreedores —los que motivaban el viaje— y, «por supuesto», su hermano don Ramón Errázuriz, a quien precisamente en ese instante iba a comunicarle la nueva.

—¡Ah!, ¡maldita suerte! —exclama ahora don Antonio—, tener que comunicárselo por fuerza a don Ramón, el único que debiera haber ignorado la presencia de Portales en Santiago, pues aumentaría con sus propios recelos los de Prieto.

Recapacitando en la mejor forma de abordar al Presidente y hacerle comprender la verdad —tan a la vista para buenos ojos— de la venida forzosa de Portales, por razones puramente íntimas, sacó don Antonio la carta en que las sinceras explicaciones de Don Diego no dejaban la menor duda al respecto. ¿No sería, acaso, más provechoso leerle a Prieto párrafos de la misma? ¿Quién más elocuente que el propio Portales?

Optó don Antonio por echarle una nueva lectura a la misiva con el fin de decidir si convenía y fué recorriendo las líneas que decían:

«Con un maldita sea mi suerte debían principiarse y concluirse todas mis cartas. ¡Una de las dos cartas que dije a Ud. me han hecho brincar hoy, me noticia un suceso doméstico que me llama urgentemente a Santiago!; vea Ud. si será desgraciada y triste mi posición, y lo que es más, tan sin culpa mía; si voy y me presento en público, ¿qué se me espera? Quejas, ruegos, lamentaciones, que, o me obligan a incomodarme sin fruto tomando parte en los negocios públicos, o resistiendo a todo con constancia, me hago culpable de una prescindencia, que unos llamarán afectada y otros criminal, porque no conociendo a don Joaquín y creyendo que está en mis manos poner remedio a los males que lamentan, no me han de disculpar un ápice, ni yo para justificarme he de hacer a todos la definición del Presidente; por otra parte, los amigos que me han llamado y a quienes me he negado, ¿qué dirán cuando me aparezca en ésa? Si voy oculto, no bien he llegado a Santiago, cuando se sabe que estoy ahí, porque es imposible ocultar mi ausencia de aquí, y en este caso ese hombre incapaz de distinguir a los hombres, ni a las cosas, empieza a sospechar con toda la desconfianza del bestia que voy a enredarle la madeja, más de lo que él mismo la está enredando con sus p...»

—¡Qué lástima! —pensó don Antonio— ¡que no pueda conocer, con insulto y todo, el Presidente la verdad de lo que piensa don Diego!

Se rió al imaginarse a don Joaquín oyendo aquellos juicios de Portales. Luego continuó su lectura:

«... y si no voy, me expongo, o diré mejor, me es imposible cortar un mal, que si se trasluce en el público, va a ofender directamente mi

reputación y habrá un motivo muy justo en la apariencia para que me rajen mis enemigos».

Con el carácter vehemente de su amigo, ya se imaginaba don Antonio las «patadas en el estómago» que habría sentido a tener que resolver tan contradictoria situación. Explicaba don Diego las razones de su viaje creyendo así anular los recelos del Presidente: «para no excitar los celos y desconfianzas de don Joaquín —decía—, dígame francamente las razones de mi viaje y de que voy por cuatro días oculto y a verme sólo con los padres de San Agustín, el Ministro de Hacienda, y aquellas personas de quienes puedo sacar algunos recursos para pagar mis créditos y otras con quienes tengo que arreglar algunas cuentecillas, y tal vez no con estas últimas».

Pero aquellas razones expuestas con tan buena fe ¿no podrían saberle a pretextos a don Joaquín, cuyo ánimo, influenciado por los que le rodeaban, se inclinaba a la desconfianza hacia Portales? ¡En cambio, los desahogos que seguían a continuación justificaban tan a las claras a don Diego!... ¿Cómo poder entresacar algo, hábilmente, entre esas líneas, ocultando lo que pudiera herir?

Había pasado don Antonio parte de la noche tratando de combinar explicaciones sin lograr quedar satisfecho, y sintiendo que las francas expansiones de don Diego impidieran la lectura directa. Sin embargo, volvió a la carta esperando que algo pudiera ocurrírsele en esta nueva y última lectura:

«¿Habrá situación más infame? —decía Portales—. Que siendo yo el hombre más libre, tengo que ser el más esclavo y el más sometido a miramientos por los temores de que un salvaje c... haga un mal al país por miserables sospechas y por chismes que sólo pueden tener entrada en su cabeza. Cualquiera, con cuatro ideas, echaría la vista por todas partes y se convencería por los sucesos y por la experiencia que soy el hombre menos temible, porque mis inseparables deseos de orden, mi genial inclinación al bien público, mi absoluta falta de aspiración ni a la gloria, ni al brillo, ni a empleo de ninguna clase, no pueden infundir recelo alguno; soy un mentecato en el entusiasmo por una decente consecuencia y por la concordancia de mis palabras con mis obras.

He asegurado mil veces que no mandaré al país, ¿y podrá temerse una monstruosa contradicción de mi parte? ¿No se deja conocer que no me hago la menor violencia para aborrecer el mando; que esto es el resultado de una racional meditación y de una experiencia bien aprovechada? Creo difícil que cualquiera otro en mis circunstancias no hubiese encontrado el remedio en una bala que pusiese fin a tanta porquería, a tanta miseria y a tanta injusticia».

Sí. ¿Por qué no leería el párrafo tal cual desde donde decía: «soy el hombre menos temible»? Era imposible que no se convenciera Su Excelencia ante la lógica, la sinceridad, la verdad de estas palabras. Se las presentaría como un desahogo de Portales con el que contestaba a una carta suya en que —don Antonio no tenía por qué ocultárselo a Su Excelencia— le había comunicado ciertos chismes que corrían en Santiago...

Ya se regocijaba don Antonio de haber tomado esta resolución, cuando de pronto se abrió la puerta de la sala y salieron Rodríguez Aldea con Pradel, los que le hacían al pasar un saludo marcadamente afable. Don Antonio comprendió al momento que algo desagradable sucedía. ¿Qué significaba aquella «urgente» audiencia? De seguro el Chillancjo tenía ya noticias de la llegada de Portales y había venido a «tejer» quién sabe qué intrigas alrededor del hecho. ¿En qué ánimo lo recibiría ahora el Presidente?

Ya estaba frente a la puerta de la sala de audiencias y no había sino crear coraje para defender lo mejor posible al caro amigo que lo hacía depositario de toda su confianza.

El ujier corrió la pesada cortina y entró con entereza don Antonio.

Sí, se presentaba naturalmente la oportunidad de conocerlo, y sabría aprovecharla. El hombre era cada día más poderoso; su actuación, aunque indirecta, se hacía siempre efectiva. ¿Quién lo ignoraba? Y más valía ser su amigo que combatirlo. Señal evidente de su poderío era todo ese misterio con que rodeaba su venida a Santiago para evitar chismes, desahogos, compromisos, empeños... Aunque fuere cierto lo de las cartas a Riveros, convenía ahora simular que no lo creía. ¡Ah!

Bulnes, Bulnes, si te figuras que porque eres sobrino del Presidente vas a ser el todopoderoso del Ejército... Prieto está en el trono, pero el que mueve los hilos de la máquina es otro, y ese otro puede ser mi amigo. Si se tratara de méritos, ¿qué tiene que envidiarle un Vidaurre a un Bulnes protegido?

Se irguió el joven coronel ajustando ante el espejo su cuello. Sus ojitos escudriñadores miraron con aprobación la imagen reflejada de su persona. Sí, convenía por ahora ser amigo de Portales...

Entre éstas y otras reflexiones terminaba de acicalarse Vidaurre cuando llegó Alemparte a buscarlo.

—¿Sabe dónde va a ser la comida? —dijo éste—. En casa de Manuel Ortúzar.

—Pero no lo conozco.

—No importa: es persona de importantísima situación social, muy amigo de Portales. Susurran algunos que don Diego lo tiene en vista para reemplazar a Prieto si se presentara la eventualidad de hacerlo, aunque lo probable es que sólo pretende tener en jaque al Presidente.

—Portales, ¡el que hace y deshace! —no pudo reprimirse de observar Vidaurre, con gesto despectivo.

Alemparte lo miró, pues en su tono le pareció que se filtraba un dejo de envidia. Que abrigase su amigo tal sentimiento contra un Bulnes, un Zenteno, sus rivales inmediatos, era comprensible; pero... , salvo que fuese por naturaleza misma envidioso... Por primera vez acudía este mal pensamiento a su espíritu. Había sido tan rápido como involuntario y trataba de desecharlo. Pero traídos por el relámpago de súbita revelación, surgían mil hechos como pequeños demonios atizando la llama que iluminaba la nueva e ignorada personalidad del amigo.

Iban saliendo y Alemparte de pronto se detuvo.

—Un momento —dijo—, tengo aquí unos párrafos en que Portales contesta a Garfias sobre el asunto de las cartas a Riveros. Me los copió don Antonio, pues hemos pensado que convenía los conociera Ud. antes de hablar con Portales.

Le pasó el papel y Vidaurre fué leyendo a media voz:

«Diga a los señores Bustillos y Gutiérrez que agradezco sus avisos, pero siento aún no me conozcan. No hay un paso de mi vida que no pueda publicarse, a excepción de la privada, en que tampoco haré el peor papel, porque mis debilidades van acompañadas de honradez. Tales cartas son falsas, y puede asegurarse a los que crean en ellas que estoy dispuesto a costear su impresión...»

El coronel continuaba ahora leyendo para sí las explicaciones que seguían, y luego de terminar le devolvió a Alemparte el papel, diciendo:

—No necesitaba de esta carta, porque ya me había persuadido de que sólo se trataba de una mala inteligencia. Mi hermano Agustín es un inquieto que, al oír ciertos chismes, ha metido, sin esperar, más bulla de la justificada. Crea, voy a esta reconciliación, si así puede llamarse, ya que no nos conocemos, animado de los sentimientos más cordiales.

—Espero —dijo Alemparte— que de este encuentro nazca entre Uds. la mejor amistad. La sinceridad y la simpatía de don Diego son irresistibles, ya podrá Ud. comprobarlo.

—¡Sí, sí!... Voy dispuesto a cordialidad, pero nunca a embrujos.

Se amoldó bien en su casaca estirando el cuello y los brazos, gestos muy suyos, en los que, según uno de sus subalternos —recordaba Alemparte—, se traslucía un anhelo de afirmarse más alto de lo que era.

«¿Qué me pasa? —pensó desagradado Alemparte—. ¿Con qué ojos miro hoy a mi amigo?» Como una deferencia, quiso darle, al salir, el lado de la pared. Estaba dispuesto a desechar sus malas impresiones, pero, por desgracia, el coronel, inconscientemente y a pesar de su habitual cautela, demostraba esta noche aquel aspecto de su persona que Alemparte se empeñaba en anular de su conciencia. En fin, más valía que se vaciara ahora Vidaurre de los pequeños venenos que irritaban su carácter, y se demostrara con Portales bajo la faz de sus mejores cualidades; que las tenía, y grandes, no quería dudarle Alemparte.

Doña Constanza ha estado inquieta, nerviosa, todo el día. La Pechoña se encontró en la calle con Adalid, quien le ha comunicado con

mucho secreto que había sabido por «la Señora del Parral», que un grupo de oficiales estaba armando complot revolucionario y peligraba la vida de don Diego.

En vano ha enviado doña Constanza recado tras recado a Garfías, rogándole se apareciera por su casa; sólo ha conseguido contestación por escrito a las líneas en que, por fin, le decía el motivo de su requerimiento. Nada hay que temer, según don Antonio: aquellas siniestras advertencias no pasan de ser meras fantasías de la tal doña Cata.

Es lo probable, pero Constanza no se tranquiliza. Tiene extraños presentimientos, como si una amenaza se cerniera sobre la cabeza del ser querido. ¡Si pudiera ella volar a su lado!

Piensa obstinadamente en Diego. Parece que se anulara la distancia a fuerza de tenerlo presente en pensamiento; y por momentos experimenta la sensación de que no estuviera allá, sino en Santiago mismo; que de pronto va a oír su carcajada tras la cortina de la cama y va a surgir, malicioso, diciéndole: «Miren la visionaria, ¡qué bien adivina cuando está ahí escondido su amor!» ¡Cuántas veces la ha sorprendido así, dulcemente! ¡Dulcemente!... es una manera de decir; Diego tiene impulsos de torrente que se despeña. Luego dice alguna travesura como para desvirtuar el efecto de su fogosidad. Se ríe de ella, la encuentra demasiado romántica; la hace desesperar, y si lo consigue, la llama tonta lesa, y empieza a conquistarla con esos modos característicos suyos que la Pechoña llama «las zalamerías del niño».

El sereno ha cantado la una y no logra Constanza conciliar el sueño. El cuerpo débil está rendido, mientras sigue el espíritu en la evocación alucinante del hombre querido.

Diego, ¿dónde estás? ¿Qué haces en estos momentos?

Constanza se reprocha no haber ido ella misma a casa de Garfías: es decir, pudo haberlo esperado en la esquina de Santo Domingo y San Martín, o en la plazuela de Santa Ana, por donde tiene que pasar cuando sale...

Diego, ¡dónde estás! ¡Qué haces!

Cabecea Constanza... ¡Qué cerca de Valparaíso se siente, como si viniera el Puerto hacia ella, traído por el mar! ¡Valparaíso! Lo ve nítidamente en su espíritu, tal aquella mañana de hace años, cuando desde el vapor que la llevaba a los brazos de Diego, contemplaba la hermosa e inolvidable bahía.

Pero, ¡qué extraño!... Mar, mar infinito... Obscuridades eternas... Plena noche en espacios siderales... Frío, hielo... Hielo de guadaña... Campo de cruces... ¡Jesús agonizante!...

¡Jesús? No... Una risotada y salta de la cruz el agonizante... Esos pasos, esos vivos ademanes. Si será...

¡Guadaña en el cielo! ¡Guadaña? Luna menguante. Tenue luz argéntea. Silueta de eucaliptos, alta pared gris. Torreón de iglesia...

Dos mujeres se esconden en la sombra y cuchichean con un embocado.

¡Diego, no pases, Diego!

¡Qué alivio! Diego no viene solo: a un lado está Garfias; al otro, un militar. Atraviesan alegremente la plazuela de Santa Ana.

¡Quién será el militar? ¡Por qué se estremece Constanza?... ¡Oh, esos ojos; esos ojitos como carbones encendidos!

¡Diego! ¡Que te queman; Diego!

.....

Constanza ha despertado al oír su propio grito. ¡Qué pesadilla, Dios mío!

No, no es posible seguir alejada de Diego; esta separación la trastorna, la hace ver visiones, soñar escenas espeluznantes en que la muerte acecha.

Sin Diego, la vida es noche y muerte; hasta sus pesadillas se lo dicen cuando duerme.

TOCORNAL ASUME LA CARTERA  
DEL INTERIOR

LA gente se puso de pie. El sacerdote leyó el último evangelio, rezó la oración final. Luego alzó la mano y bendijo a los fieles, dando término a la misa de las siete. A esta hora comulgaba diariamente don Joaquín Tocornal, en la iglesia de San Francisco. Después de la bendición se había arrodillado junto a uno de los altares laterales. La gente ya iba saliendo, pero él permanecía postrado.

Un peso le agobiaba en estas nuevas circunstancias de su vida en que iba a hacerse responsable de un alto cargo público, y le pedía a Dios las fuerzas y la luz necesarias para cumplir debidamente con aquel destino que le señalaba la Providencia en servicio de la patria. Era preciso enfrentar con entereza la situación y satisfacer a los que le habían nombrado Ministro. Sabía que le reprochaban algunos el ser un secuaz entusiasta del estado eclesiástico y el haberse pronunciado decididamente en la cuestión entre el obispo y los canónigos, lo que en cierta manera —pretendían— no le dejaba una decente libertad para terminarla. Otros temían, y quizás con razón, el resentimiento de la poderosa familia Errázuriz que había de mirar como una afrenta este nombramiento suyo en reemplazo de don Ramón. Tampoco se le ocultaba el recelo de los más avanzados por la posible influencia de su hermano Gabriel, quien era decidido enemigo de todo lo que sonara a innovación. Pero, ¿no sería milagro dejar contento a todo el mundo? El aspiraba tan sólo a no entorpecer la marcha del Gobierno, para lo cual se guiaría por los sanos consejos del que seguía, a la distancia, imprimiendo indirectamente su rumbo al país.

Sí. No dudaba de que, a pesar de la manifiesta voluntad de Portales por no intervenir en la cosa pública, no se negaría éste a prestarle su apoyo con indicaciones que redundaran en el bien de la patria.

Un toque de campanas aleteó en el silencio: tan, tan tan...

Sonaba la tercera seña y empezaban a entrar los fieles a la misa de ocho. Don Joaquín murmuró una breve oración y se signó. Fué saliendo, abstraído en sus meditaciones.

Al pasar junto a él se codearon discretamente dos señoras que venían entrando:

—¡Es el nuevo Ministro del Interior! —dijo una, mientras la otra se volvía para mirarlo.

Siguió por la Alameda don Joaquín, hasta alcanzar el número 72, donde tenía su casa.

La puerta estaba abierta. En el zaguán, el mozo, ayudado de una sirvienta, recibía unas bandejas que traían tres criados de las monjas agustinas. Ya empezaba el desfile de los «recorderis» con que le enviaban a don Joaquín, sus amistades, las felicitaciones por el nombramiento de Ministro.

De las bandejas, cubiertas con ricas servilletas bordadas, salía un olor mezclado a flores, frutas y pavo asado.

Uno de los criados se adelantó y le dió al dueño de casa el saludo que le enviaba la Madre Superiora.

Don Joaquín agradeció, y queriendo demostrar su aprecio por los regalos, fué destapando las bandejas en las que, a más de un imponente pavo mechado con su ramo de perejil en el pico, venían dos chanchitos en adobo con sendas banderas clavadas en el dorso; frascos y botellas de mistelas, calabazas de aloja, un azafate de frágiles y rubias hojuelas, y mil golosinas en forma de santos, corazones, cruces y corderitos de almendra.

Cuando salieron los criados, don Joaquín preguntó al mozo si no había mandado una carta el señor Garfias.

—Sí, señor —contestó éste, y sacando una carta de su bolsillo se la pasó—. La trajo él mismo —dijo—, pero no pudo esperarlo porque tenía que ir donde el señor Presidente. Pero dijo que volvería, si alcanzaba, porque tenía que hablar con Ud.

Don Joaquín se encaminó hacia su pieza de vestir, pero el mozo le advirtió que Pascual tampoco lo había esperado porque tenía hora en casa de don Fernando Errázuriz.

—No me imaginé haberme atrasado tanto. Tendrás que afeitarme tú —dijo don Joaquín—, pero dentro de un momento más; yo te avisaré.

Tenía ansias de conocer la contestación de Portales y se instaló cómodamente para leerla.

Don Diego le decía:

«La misma insuficiencia que le hizo trepidar en la aceptación del Ministerio es la que debería servirme de excusa para contestar como Ud. quiere su estimada carta fecha 12. ¿Qué consejos, qué advertencias, más podrán ayudar a su acierto? ¿Qué podré hacer cuando me falta la capacidad, el tiempo y, tal vez, la voluntad de hacer? Ud. no puede formarse idea del odio que tengo a los negocios públicos, y de la incomodidad que me causa el oír sólo hablar de ellos; sea éste el efecto del cansancio o del egoísmo que no puede separarse del hombre, séalo de mis rarezas con que temo caer en el ridículo, porque éste debe ser el resultado de la singularidad con que suelo ver las cosas; en fin, séalo de lo que fuere, lo cierto es que existe esa aversión de que yo me felicito y de que otros forman crítica. En este estado, y no siendo, por desgracia, de los que más saben vencerse, ¿qué debe Ud. esperar de mí en la línea de advertencias, aun cuando quiera suponerme con la capacidad de hacerlas? Convengamos, pues, desde ahora, en que Ud. sólo puede contar conmigo para todo lo que sea en su servicio personal.

«Sin embargo, no concluiré esta carta sin decirle, con la franqueza que acostumbro, que mi opinión es: que todos confían en que Ud. no hará mal ni permitirá que se haga: a esto están limitadas las aspiraciones de los hombres de juicio y que piensan. Por otra parte, el bien no se hace sólo tirando decretos y causando innovaciones que las más de las veces no producen efecto o los surten perniciosos. A cada paso hará Ud. bienes en su destino, que Ud. mismo no conoce, y que todos juntos vendrán a formar una masa de bienes que el tiempo hará perceptibles; en cada resolución, en cada consejo, etc., dará Ud. un buen ejemplo de justificación, de imparcialidad, de orden, de respeto a la ley.; etc.;

etc., que insensiblemente irá fijando una marcha conocida en el gobierno; y así vendrá a ganarse el acabar de poner en derrota a la impavidez con que en otro tiempo se hacía alarde del vicio, se consagraban los crímenes, y ellos servían de reeomendación para el Gobierno, minando así por los cimientos la moral pública y rompiendo todos los vínculos que sostienen a los hombres reunidos. Además, con sólo permanecer Ud. en el Gobierno, le granjea amigos y le conserva un prestigio que iba perdiendo.

«Yo creo que estamos en el caso de huir de reformas parciales que compliquen más el laberinto de nuestra máquina, y que el pensar en una organización formal, general y radical no es obra de nuestros tiempos. Suponiendo que para ella no se encontrase un inconveniente en el carácter conciliador del gobernante, demanda un trabajo que no puede ser de un hombre solo, y para el cual no diviso los apoyos con que pueda contarse. En primer lugar, se necesitaría la reunión continua de unas buenas Cámaras por el espacio de tres años a lo menos; el Congreso nada hará de provecho y substancia por lo angustiado de los períodos de sus reuniones. Se necesitan hombres laboriosos que no se encuentran, y cuyas opiniones fueran uniformadas por el entusiasmo del bien público, y por un desprendimiento mayor aún que el que se ha manifestado en las presentes Cámaras, las mejores sin duda que hemos tenido. Los desaciertos de Bolivia lucen porque son disparates organizados, pues han marchado con plan, y los funcionarios públicos han trabajado con un tesón que se opone a la flojedad de los chilenos y a esa falta de contracción aun a nuestros propios negocios particulares. Es por estos motivos y otros infinitos que omito, por no ser de una carta, poco menos que imposible el trabajar con éxito en una organización cual se necesita en un país donde todo está por hacerse, en donde se ignoran las mismas leyes que nos rigen, y en donde es difícil saberlas, porque es difícil poseer una legislación y entresacar las leyes útiles de entre los montones de derogadas, inconducentes, obscuras, etc.; etc. Podrá decirse que al menos el Gobierno puede dedicar sus tareas a la reforma de un ramo; pero debe responderse que estando tan entrelazados todos los de la administración, no es posible organizar uno sin que sea organizado otro o lo sean todos al mismo tiempo.

«El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos: la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase, nos encontraríamos a obscuras y sin poder contener a los díscolos más que con medidas dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado ser útiles; pero entretanto, ni en esta línea ni en ninguna otra encontramos funcionarios que sepan ni puedan expedirse, porque ignoran sus atribuciones. Si hoy pregunta Ud. al Intendente más avisado cuáles son las suyas, le responderá que cumplir y hacer cumplir las órdenes del Gobierno y ejercer la subinspección de las guardias cívicas en su respectiva provincia. El país está en un estado de barbarie que hasta los Intendentes creen que toda legislación está contenida en la ley fundamental y por esto se creen sin más atribuciones que las que leen explicadas en la Constitución. Para casi todos ellos no existe el código de Intendentes, lo juzgan derogado por el código constitucional, y el que así no lo cree, ignora la parte que, tanto en el de Intendentes como en su adición, se ha puesto fuera de las facultades de estos funcionarios por habérselas apropiado el Gobierno general.

«*En el tiempo de mi ministerio* (como dice don J. M. Infante), procuré mantener con maña en este error a los Intendentes, porque vi el asombroso abuso que iban a hacer de sus facultades si las conocían, pero ya juzgo pasado el tiempo de tal conducta, y al fin lo que más urge es organizar las provincias, que así se organiza al menos en lo más preciso.

«Yo opinaría, pues, porque Ud. trabajase en presentar a las Cámaras un proyecto de código o reglamento orgánico, con el título que quiera darle, en que se detallasen las obligaciones y facultades de los Intendentes, cabildos, jueces de letras, y todo cuanto empleado provincial y municipal existe en la provincia, en el departamento y en el distrito; pero para esto encuentro también el inconveniente de que no pueda emprenderse ningún trabajo de esta clase sin tener a la vista la reforma de la Constitución, con que debe guardar consonancia todo reglamento, toda ley y toda resolución. De manera que sólo podría irse trabajando con el ánimo de hacer en el trabajo las alteraciones que exigiese la

Constitución reformada, y a sabiendas de que las tales alteraciones serían de poco momento, porque, sobre poco más o menos, se saben los términos en que vendrá a sancionarse la reforma.

«Si por alguna de las razones que dejo apuntadas no será fácil ni tal vez conveniente hacer innovaciones substanciales en la administración de justicia, vele Ud. incesantemente porque ella sea menos mala, corrigiendo los abusos que tienen su origen en los jueces más que en la legislación, y así hará servicios más importantes en su destino que todos los que han hecho sus predecesores.

«Basta de lugares comunes y de molestar a Ud. con una carta en que no encuentre nada de lo que desea.

«Celebro que no tenga Ud. novedad, y disponga de su amigo y S. S.—DIEGO PORTALES.

Un suspiro de satisfacción salió del pecho de don Joaquín. Aquella substancial carta decía más de lo que él esperara. Muchos puntos merecían seria meditación.

Ahora recorría de nuevo, con la vista, el papel deteniéndose en los párrafos que le parecían contener indicaciones más interesantes o reflexiones más valiosas, y repetía en voz alta, como si quisiera aprenderse de memoria, las sabias lecciones del consejero:

«...el bien no se hace sólo tirando decretos y causando innovaciones que, las más de las veces, no producen efectos o lo surten perniciosos...»

«...en cada resolución, en cada consejo, etc.; dará Ud. un buen ejemplo de justificación, de imparcialidad, de orden, de respeto a la ley etc.; etc., que insensiblemente irá fijando una marcha conocida en el Gobierno...»

Hablaba Portales de la necesidad de hombres laboriosos, entusiasmados del bien público, desprendidos... Algo había conseguido con su ejemplo el propio don Diego: eran ya varios los que, como Rengifo, don Agustín Vial y otros, hombres todos ellos de escasos recursos, servían puestos sin aceptar remuneración fiscal. Sí, el bien resultaba tan contagioso ahora como antes el mal.

¡Y cómo conocía Portales los defectos de sus conciudadanos!

«la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública»... En fin, que cada empleado del Gobierno tratara de cumplir en su puesto, como era el deseo de don Diego, y las reformas de la administración se irían haciendo solas. Corrigiéndose los hombres, quedaban corregidas las instituciones. Como decía Portales: «los abusos tienen su origen en los jueces más que en la legislación».

Creía comprender ahora don Joaquín la actitud de escepticismo con que se desentendía Portales de las reformas que preparaba la Gran Convención. Igualmente vislumbraba, al fin, las razones de su indiferencia por la afiliación a un determinado partido: era la honradez misma de los hombres, su capacidad de trabajo, de civismo, las que importaban a Portales; jamás el «credo» religioso o político. Sin fe, más aún: volteriano, puesto que no medía sus sarcasmos ni a la iglesia ni a Dios mismo, facilitaba, sin embargo, la ascensión al poder de un Prieto, un Tocornal, consolidando el Gobierno en fuerzas conservadoras, únicamente porque le parecían una garantía del orden frente a los ilusos u oportunistas intentos de libertad del pipiolismo, que en una reciente república sólo fomentaban la licencia y la anarquía. Recordaba los numerosos ejemplos de esta táctica de don Diego de ascender o dar puestos solamente atendiendo a los méritos demostrados: a Irarrázaval, por haber hecho un buen reglamento de policía de seguridad cuando era secretario de la Intendencia; a García Reyes, porque, siendo estudiante, había escrito un artículo sobresaliente sobre la guerra del Perú. Un oscuro Bustillos era ahora diputado y uno de sus más íntimos y queridos amigos. Así, cada día, había tratado don Diego de ir rodeando al Gobierno de hombres capacitados para servirlo y destituyendo a los inútiles o faltos de honradez. ¿No había tenido aún la valentía de desecher la solicitud de su propio cuñado a ocupar el puesto vacante de ensayador de moneda, sencillamente por considerar ese empleo de más, desde que se acuñaba muy poco metal?

Eran sin duda inapreciables los consejos de tal hombre, que con refinado tacto, lejos de hacer alarde de darlos, ponía sólo en evidencia los hechos, las necesidades, de manera que parecía que uno mismo resolvía lo que más convenía hacer.

La carta de Portales se le tornaba magnética a don Joaquín; su vista estaba como pegada al papel, y desde éste desprendíanse visiones de halagüeño porvenir para la patria.

Quién sabe cuánto rato llevaba meditando, cuando dos golpes discretos le hicieron bajar a la realidad.

Era Garfias que volvía.

—¡Cómo está Ud! —exclamó Tocornal, saludándolo afectuosamente—. Veo que su convalecencia lo trata bien. Ha reanudado ya sus actividades. No esperaba tener tan pronto el gusto de verlo por mi casa.

—¿No lo molesto?

—¡Al contrario! Tengo mi mañana libre. Sólo en la tarde entro en «funciones» —dijo con leve ironía—. Pero siéntese, don Antonio; voy a ofrecerle unas golosinas que me mandaron las monjas.

Agitó una campanilla y pidió que le trajeran, además de su propio desayuno, hojuelas, mistelas y dulces.

Mientras los servían, Garfias explicó que había recibido una carta de Portales en que lo invitaba a Valparaíso. Por lo tanto, deseaba despedirse personalmente de don Joaquín, pues se iría mañana o pasado, y se ofrecía para llevar las noticias que quisiera mandarle a Don Diego.

Con el tino y discreción que le caracterizaban, aprovechaba Garfias para lanzar mañosamente indicaciones sobre la marcha del Gobierno, sobre la mejor manera de tomar a Prieto, de desvirtuar la mala influencia de sus deudos, que por evitar se dijera que lo manejaba Portales eran capaces de llevarlo a cometer desacatos o a decretar medidas absurdas. Don Diego contaba mucho, a este respecto —decía—, con la contrainfluencia de su amigo Tocornal. Gracias a Dios, Prieto, en el fondo, era sensato y comenzaba a darse cuenta que Portales, lejos de pretender desplazarlo, era su más seguro sostenedor. Pero como don Diego persistía ahora en su renuncia —de carácter indeclinable, esta vez—, era necesario no se le diera una falsa interpretación a este acto del Ministro.

—¡Qué lástima! —exclamó Tocornal—. Yo esperaba que aun nos daría plazo.

—No —explicaba don Antonio—, se basa él en razones muy justificadas, de las que me pide la mayor reserva, menos para con Ud., con quien cuenta para el despacho más inmediato de aquella renuncia, ya varias veces rechazada. Ha aceptado, en cambio, el cargo de Gobernador de Valparaíso únicamente para que no se diga de rompimiento con el Gobierno. Pero llegado el momento oportuno, dejará también el puesto. Todo esto, muy en reserva, repito —dijo bajando la voz como si temiera que pudieran oírlos—. En realidad, no desempeña el cargo, y es ridículo conserve el título de Ministro. Como dice, le roba sus glorias a don Pedro Urriola, si éste se conduce bien en el despacho de la Guerra, y en cambio, si se conduce mal, no quiere don Diego hacerse cómplice de su conducta, ni autorizarla aunque sea en apariencias.

—Esas no son razones —observó Tocornal.

—Hay otras más fundadas, naturalmente: su deseo de que los enemigos le dejen en paz y no se acuerden de él para nada, lo cual sucederá sólo cuando se convenzan de que no tiene relación alguna con el Gobierno. Además —dijo Garfias—, según expresa con su lenguaje característico: «Como Ministro, aunque sea en el nombre, tiene visitas que le dan patadas en el estómago, consultas que le dan sueño y le privan de hacer en su casa lo que le da la gana». Y esa es la verdad, don Joaquín, Yo que le conozco bien, sé el sacrificio que debe haberle costado su forzosa ingerencia en la cosa pública.

—La gente no lo cree todavía —observó Tocornal—. Se imaginan que aquella manifiesta repugnancia de don Diego es la máscara de una disimulada ambición. ¿No ha reparado Ud. en que aun sus amigos suelen interpretarlo equivocadamente? Gandarillas me decía, en días pasados: «A Portales no le gustará el mando porque prefiere *mandar a los que mandan*».

—Ese pobre tuerto, también con el cerebro suele ver sólo de un ojo —contestó Garfias, alzándose de hombros—. Está, además, influenciado por Benavente que no le perdona a Portales una jugada que éste le hizo, bien merecida por su doblez. Ud. sabe que don Diego no soporta ciertas cosas. Su genio es entero, burlón, fustigador. Cierta vez, un tal Borgoño,

le pidió a Benavente que afianzara su excarcelación. Este prometió hacerlo, y le pidió en secreto a Portales que no aceptara la fianza. Don Diego, indignado, se lo hizo saber a Borgoño. Y Benavente, indignado a su vez con don Diego, quería batirse en duelo.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Tocornal—. Sabía lo de aquel duelo, evitado gracias a la intervención de Rengifo, pero nunca pude averiguar la causa.

—Gandarillas se encargó de echarle tierra al asunto, pero herido por algunos sarcasmos de don Diego, se ha puesto, en su corazón, del lado de Benavente.

—Todas estas cosas —observó Tocornal—, bien miradas, deberían parecernos pequeñeces; sin embargo suelen traer consecuencias de alcance. Don Diego no puede reprimir su carácter, y la gente que ha sido blanco de sus críticas o burlas le guarda secretos rencores que él mismo no sospecha.

—Muchas veces se lo he dicho. Se ríe y se alza de hombros. No se fija en pequeñeces, no las cree. Tampoco comprende que se le envidia, o espera siempre desvirtuar por sus actos aquella mal fundada envidia.

—Creo —dijo Tocornal— que son más los que le admiran y aprecian. Una prueba de ello es la gestión de Garrido y Rengifo para que se le tributen especiales honores y se le nombre general como señal de agradecimiento a sus servicios, ahora que se retira del Gobierno.

—¡Qué mal lo conocemos todos aún! —interrumpió Garfias—. Acabo de escribirle comunicándole la noticia, ¿y sabe cómo me ha contestado? Con indignación. Me dice que «sin darse por entendido; mantendrá siempre en su corazón una *justa queja*», ¿oye Ud.?, «contra los que hayan intervenido en el asunto». Y luego, pregunta si han pretendido desagradarle o complacerlo. Si lo primero, dice, faltaron en ello a los deberes de la amistad; si lo segundo, eso equivale a tratarlo de hipócrita, a forjarlo con una ambición tan secreta como infame. Y, en fin, termina diciendo que no le extraña; por la manía que hay en su país de no servirlo sino por interés...

A través de sus lentes, miraba Garfias a don Joaquín con una especie de desafío, como si le dijera: «¿Ve Ud.? Ahí está todo Portales».

Pero don Joaquín sólo contestó:

—Es muy original don Diego; muy original...

«Tal vez tenga razón» pensó irónicamente Garfias.

## C A P I T U L O IX

### DON DIEGO Y SUS HUESPEDES

Nubes...

Nubes de polvo que envuelven ruidos de cascos. Pasó la recua, galopando por el angosto cajón, entre dos cerros. ¿Polvo, o tenue gasa de neblina? El sol filtra sus rayos. Caen las últimas hilachas grises.

Nubes...

Aun espesa la niebla en la quebrada.

De pronto el sol esplende y desde el abismo, donde resuenan en estridencias voces de aguas invisibles y chillidos de pájaros, las ovejas fantasmales se deslizan sobre un tupido camino de follaje: el sol escarmena y escarmena sus lanas, hasta que, transparentes, velan apenas la quebrada babélicamente cantante de las frondas-choroyes y del oculto río.

A la espera que se despejara el camino, había detenido don Antonio su montura frente a la quebrada, y sin que lo estorbara ahora la presencia del peón, que había salido adelante con la carga de «cama, petaca y bultos», contemplaba la Quebrada de los Loros.

¿Peleaban? ¿Conversaban? ¿Cantaban aquellos choroyes dentro de su pequeña patria de árboles?

Ni más ni menos, seguramente, que los hombres en sus ciudades de civilizados. Sumido en filosóficas comparaciones, soltó la brida al caballo y lentamente fué avanzando por el camino que llevaba a la posta de los «Llanos de Peñuelas».

¡Los hombres! Un grupito cuerdo para acallar a miles de locos. ¡Sesos de papagayos!

El bullicio de los papagayos le había recordado una salida de don Diego: «¿Sabe lo que haría yo —hábiale dicho— con los milicos bochincheros, con los «idealistas» discurseadores, en fin, con todos los de mente pelajeana? Los mandaría a la Quebrada de los Loros».

Pero la Quebrada de los Loros parecía estar en todas partes: ahora perdían los estribos hasta los hombres de seso... ¡Vamos! ¡Que un hombre como Zenteno estuviera metido en el complot!... No era probado todavía, pero todo hacía suponer por lo menos su complicidad. En cuanto a Arteaga, no era extraño; bien le había señalado Portales al Presidente su carácter petulante y su exaltado y peligroso o'higginiismo. Prieto, por ser amigo suyo, sin hacer caso de la oposición de don Diego, lo nombraba comandante del batallón N.º 2 de cívicos; ¡ahí estaba el resultado! ¡Ya se imaginaba don Antonio cómo iba a recibirlo su amigo! «¿Qué tal, mi caballero? —le diría con verdad—. No quisiera dármelas de profeta, pero ¿no lo había anunciado como pasó?»

En pocos momentos más, se daría el gusto de abrazarlo: miró su reloj, calculando que le quedaba, hasta el Barón, más o menos hora y media de camino. Ya llegaba a Peñuelas. Un balde de agua para su bestia, cinco minutos de descanso y luego hacia el Barón.

Unos relinchos anunciaban la casa de postas. Pronto un perro roñoso salió a ladrarle y una gallina espantada huyó cacareando seguida de sus polluelos. Ya se desmontaba, cuando dos brazos lo envolvieron apretándolo fuertemente.

—Sí, yo mismo, mi señor don Antonio —le decía don Diego—. ¿Con tres días de atraso, cree que me sobra paciencia para estarlo esperando en la puerta de mi casa? Que se averigüen solos y se frieguen alguna vez en la Gobernación. Me di asueto, ensillé al Negro y me vine a su encuentro.

Mientras contestaba el abrazo, sentía húmedos los ojos don Antonio, y bendecía sus gafas que ocultaban la emoción que le producía este encuentro después de la terrible alarma.

—La sorpresa no puede ser más grata y oportuna —decía, sin embargo, con serenidad, tratando de desvirtuar el efecto que su impresión pudiera causarle a don Diego si la notase—; venía dialogando solo y con unas ganas de que Ud. me contestara...

A don Diego no se le había escapado la turbación de su amigo.

—Tonto lesa —dijo—, eso le pasa por empeñarse en ser el amigo de un hombre que estorba porque quiere el bien de sus semejantes. ¡Conque estaba yo destinado por esos señores a pasar a mejor vida!

—¡Infames! —gruñó don Antonio.

—No se acalore, mi amigo —dijo don Diego sonriéndose y alzándose de hombros—. El ánimo está hecho hace mucho tiempo y no me ha alarmado el destino que esos caballeros quieran darme. Lo triste es morir en manos de hombres tan sucios; pero la sanidad de mi conciencia y la satisfacción de no haberme procurado el mal por mí mismo, me lo harán muy soportable cuando llegue el caso.

El peón que llevaba la recua de mulas se acercaba a don Antonio. Después de quitarse el ancho guarapón y hacerlo girar por el ala con sus manos como si este manipuleo fuera también un rito de imprescindible cortesía, preguntó con voz de jergonza:

«—¿Boy ailante, o espueh el patchron?»

—Tú no eres de aquí —observó don Diego echándole una cateada.

—No, patchroncito, soy e mah p'allá e Chillán. Me vine p'cá porque los Pinchereyes acabaron con mi rancho y mi gente;

—Regocíjate, por si no lo sabes —dijo Don Diego—: el Gobierno acabó ahora con ellos. Ya no hay banda Pincheira.

El hombrecito se quedó alelado, mirándolo como si le pareciera mentira tal hazaña.

—Bueno, no perdamos más tiempo —dijo don Diego—. Tenemos que llegar un poco antes de almuerzo, mi señor Antonio, para que alcance Ud. a mudarse y a quitarse la tierra. Iremos nosotros adelante

—le dijo al peón que no se había movido. Este se caló entonces el sombrero y fué en busca de sus mulas.

Pasaron el fértil valle de Peñuelas que dejaba en la retina una sensación verde refrescante. A uno y otro lado del camino se extendían ahora los cerros con sus matas de quiscos semejantes a largos brazos velludos y las umbelas bronceadas de sus fragantes espinos. De cuando en cuando; un zorzal, una perdiz, una forcaza —flores volanderas— se desprendían de las matas; y el perfume de los espinos, esparcido, parecían traerlo con sus aleteos los pájaros.

—A propósito de los Pincheiras —dijo don Antonio—, no alcancé a mandar el último «Araucano» y aquí se lo traigo para que lea un artículo respecto a la determinación que tomó el Gobierno de crear una compañía de caballería veterana con la denominación de Carabineros de la Frontera, nombrando capitán de ella a aquel Rojas, comandante de la ex montonera y el que la entregó.

—¡Qué inconsecuencial! —exclamó fuera de sí don Diego—. ¡Cuánto padece con este paso la moral pública y sobre todo la del Ejército, que ve premiados los robos y asesinatos de tantos años! Los soldados son, sin duda, los mismos de Pincheira. De manera que la montonera queda en pie, o mejor dicho, se ha fundado de nuevo. ¡Qué tal familia para entregarle la custodia y defensa de las fronteras!

—Parece que Bulnes dió buenas referencias sobre el tal Rojas. El hombre era uno de los raptos de la hija de don Miguel Turra, ¿recuerda Ud.? La muchacha había logrado influenciarlo bien y así consiguió, por medio de carteos con su madre, que ésta hablara con Bulnes ofreciéndole la rendición de algunos oficiales de la montonera.

—¡Pero qué lealtad puede esperarse del que entrega a sus propios compañeros, como sucedió en el caso de Rojas? El día menos pensado recuerdan el Rojas y los suyos los atractivos de su vida holgazana y licenciosa, y en masa llevan su campo a las lagunas de Mallalhué.

—Es de esperar —comentó don Antonio— que habiendo sido ellos los que ofrecieron pactar es porque estarían ya hartos de sus fechorías.

—Dios lo oiga, mi don Antonio; estoy lejos de compartir su optimismo. Pero ya volveremos más detenidamente sobre el asunto. Pasemos a otras cosas. ¿Nada ha dicho Ud. de mi padre?

—¿No ha recibido el billetito que le mandé para tranquilizarlo, precisamente horas antes de venirme yo mismo?

—¡Por supuesto! Y se lo agradezco, porque me ha permitido sujetar a la Manuela, que a toda costa pretendía irse. Lo que quería decir con mi pregunta es si ha persistido esa mejoría.

—Puede Ud. estar ahora completamente tranquilo. El doctor ha declarado que se halla fuera de peligro.

—¡Ay, mi amigo! —exclamó don Diego— Esta preocupación, añadida a tantas otras, me ha hecho apurar hasta las heces el cáliz de amargura que pruebo todos los días. No me afligía tanto la idea de su muerte, que espero ha más de seis años. El porvenir, la suerte de los que quedan vivos es lo que me atormenta. Pensar que mis circunstancias me hacen casi inútil a los míos en lo que más me necesitan, me abate. No veía las horas que llegara Ud. con su buena amistad a traerme un poco de compensación a tantas aflicciones: mi padre, don Manuel Ortúzar, a quien no sé por qué he querido siempre tan de veras; tanta gente joven arrebatada aquí por esa madita escarlatina. Ud. mismo cuántos malos ratos no me ha causado con la ocurrencia de enfermarse también.

—No piense más en lo que ya ha pasado —dijo don Antonio, que no se atrevía ahora a anunciarle la enfermedad de doña Constanza que, por los síntomas, debía ser la escarlatina. Traía una carta para doña Manuela y ella se lo diría mañana. No había por qué amargarlo desde ahora y cuando era inútil tomar ninguna medida.

—No tema —decía don Diego—; no faltarán nuevas preocupaciones para joderlo a uno. Yo mismo me extraño. Mi ánimo está sin duda lastimado, porque cualquiera desgracia me hace ya mucha impresión.

Ligeras sombras, como nubes del alma, velaron su rostro habitualmente alegre.

—Le falta a Ud. descanso —observó don Antonio—. Ha tomado Ud. a pechos su puesto de Gobernador con la misma vehemencia que

anteriormente los Ministerios. Y todos sus negocios particulares. Y las consecuencias de aquellos benditos ataques. A propósito, ¿cómo ha seguido de su vejiga?

—Bien, por ahora. Parece que pasó la tempestad en que trajo piedra la nube. Quedo resignado para esperar las demás que quieran venir. Pero acabemos con las lamentaciones, que ya voy pareciéndome al gran Jeremías, sin la compensación de ser oído por el Todopoderoso, a quien maldito si le importa mi suerte, como me lo está probando momento a momento. —Adelantó los labios en un mohín de cómico desdén, diciendo—: Yo se lo retorno generosamente al no hacerle la ofensa de creer que existe. Pero ríase, mi don Antonio —dijo en tanto sacaba por la abrochadura de la pechera un bultito de paño en forma de medallón—. Las ironías del destino tienen a este volteriano provisto de su buen escapulario.

Don Antonio se acercaba un poco para verificar el hecho.

—Sí —afirmó don Diego—, de carne y hueso, como Ud. ve; es decir: de paño con sus bordados de hilos de oro. ¡Me hace unas cosquillas en la pechuga! ¡La tonta de la Manuela y la comadre me han estado fregando desde que supieron la historia del proyectado asesinato, y como soy ante todo un dueño de casa ejemplar, me ha parecido que las leyes de la cortesía me obligaban a serles grato a tan amables invitadas que se dan el trabajo de agregarle ahora unos cuantos rosarios en mi honor a sus infinitos rezos.

—¿De manera —preguntó Garfias— que doña Rafaela decidió quedarse?

—Como había lugar, con la forzosa partida de Rengifo y la María... Lo único que siento es no disponer de más habitaciones, porque le hubiera rogado traerme a la Rosarito. Malhaya si me hace falta la comadrita; y las facinerosas de sus sobrinas, la Bernarda, la misma casada, todas, el tío Miguel... ¡Ah, cuánta gente me tiene con el corazón en Santiago! —dijo con un involuntario suspiro.

—A propósito —dijo Garfias—, ¿para qué le digo todos los recuerdos que le mandan, sin descontar los abrazos! La Rosarito, especialmente, me encargó decirle que no olvida un momento a «su viejito».

—En lo de viejarme estoy conociendo que me quiere —observó con tono socarrón don Diego—. Dígaselo así cuando la vea, aunque se ponga colorada y lo niegue.

—Se lo diré, y se pondrá colorada; no lo dude —respondió don Antonio.

—¡Simpática Rosaritol —exclamó con un nuevo suspiro don Diego; y luego, riéndose de sí mismo, agregó—: con tanto suspiro va a creer Ud. que estoy enamorado y tal vez sólo se engañe a medias. ¿Sabe Ud.; mi señor don Antonio; que la ausencia de las señoras aun no me deja comer ni dormir a gusto? Pero he examinado mi conciencia con más prolijidad que lo hacía cuando tomaba los ejercicios espirituales de San Ignacio; y encuentro que las quiero del mismísimo modo que el Señor San José a nuestra Señora la Virgen Santísima: el mal está sólo en el corazón.

—Muy bien —aprobó sonriente don Antonio—; todo eso me lo contará después. Déjeme concluir con los recados, y así suspirará por todos juntos: abrazos, recuerdos, saludos, le mandan desde el Presidente hasta el «Niño Dios». Y se lo digo empezando por los del Gobierno: Cavareda...

—¿Ha dejado de tomar té, como se lo pedí?

—Sí, por amistad a Ud. que invocó para conseguirlo este sentimiento, y para demostrarle igualmente que era capaz de un esfuerzo de voluntad, ya que Ud. también le pedía esta prueba. Ahora recoge la recompensa, pues se le han quitado completamente los dolores de cabeza y no tiene palabras para agradecerle su consejo y su exigencia.

—¡Simpático Cavareda! ¡Cuánto me alegro de tantos resultados obtenidos conjuntamente: una curación, una prueba de amistad, una prueba de carácter y... una prueba de que no me falta cierto olfato médico del que me enorgullezco!

—¡Cállese! Bustillos lo ha puesto vanidoso. ¿Sabe? Dice que no vive desde que Ud. está en Valparaíso. Reniega ahora de la química; las mezclas se le cortan, y nada resulta —dice— desde que falta el gran «Cucharón de botica», que ya quiere no serlo.

—¡Qué ganas de reventármelo a abrazos! —exclamó conmovido don Diego.

—Deje algo para los demás —advirtió Garfias—. Todavía quedan muchos: Tocornal, Uriondo; el fiscal...

—¿Por qué no me ha escrito ese godo sinvergüenza? —interrumpió con viveza don Diego, y su caballo dió un brinco al sentir tirantes las riendas.

—Porque está muy importante, imprimiéndole el rumbo al Gobierno.

—No me pele al negro. Ya sabe que lo quiero. ¿Qué importa que se dé tono si su trabajo aprovecha? Algunos necesitan de ciertos estímulos de vanidad o ambición con los que los engaña la divina Providencia llevándolos a otros fines. ¿No se ha fijado Ud. en eso? Pobre ratón, vale más que muchos otros... Y el Tuerto, ¿nada dice?

—Ahí está con el asunto de la Convención, atajando a don Mariano. Quién sabe hasta dónde nos llevaría este engodado de Egaña con su respeto por las añejeces de su padre. Cuenta el Tuerto que en las reuniones, cada vez que se suprime un artículo; se oye la voz compungida de don Mariano lanzando un quejido, ni más ni menos que si le cortasen un miembro del cuerpo. Y asegura y jura el Tuerto que en la última sesión una lágrima rodó desde los anteojos del perito doctor hasta el fondo de su inseparable tabaquera de oro.

Don Diego se reía de buena gana oyendo el relato.

—¡Ayayaicito, me parece verlo —decía— golpeando su talismán e implorando vanamente los manes de su padre! Y el Tuerto apretándolo hasta hacerlo escupir su adhesión. ¿Y qué me manda a decir el Tuerto? —preguntó de pronto.

—Lo noto un tanto reservado —dijo con cautela Garfias.

—El tocayo lo tiene dado vuelta, naturalmente. Ya veo la cara afable de Benavente convenciéndolo de que todos mis actos debieran ser distintos de lo que son.

—No; es que no está conforme con su decisión respecto al proceso de Paddock. Quiere darle a Ud. un palo por la prensa.

La mirada de don Diego fulguró. Detuvo su caballo.

—¡El Tuerto es el gran bestia! —gritó con cólera, y luego agregó: —Póngale al tal don Manuel, cuando lo véa, un buen pelotón de barro en el ojo bueno, a mi nombre. ¿No conoce, acaso, todas las razones que expuse en mis cartas a Garrido?

—Sí; pero insiste, como muchos —contestó serenamente don Antonio—, en que sólo un momento de locura pudo inducir a un extranjero; con buenos antecedentes, piloto de un barco ballenero, a dar muerte, sin interés alguno, y en la forma más descabellada, a cuatro individuos, entre los cuales dos de ellos le eran totalmente desconocidos.

—El hecho contado así a secas—repuso don Diego, recobrando su calma— resulta en apariencias favorable al asesino: el capitán Paddock necesita un préstamo que gestiona con la casa Alsop. Una mañana va a informarse sobre los resultados de esta gestión, y como los dependientes le hacen saber que no hay esperanzas, saca cuchillo y apuñalea a dos. Sale en seguida a la calle, corriendo en dirección al muelle, y a su paso hace dos nuevas víctimas. Pero fíjese Ud., señor don Antonio, —continuaba don Diego, destacando ahora las frases—: el tal loco, tan luego como fué aprehendido, dejó súbitamente la furia para entrar en la más fría calma, y tuvo todo el juicio necesario para llamar a la única persona que por su traje manifestaba ser la más decente que había en el muelle, y entregarle el reloj y el dinero que veía correr riesgo entre sus aprehensores que eran todos de poncho.

—Eso no impide —observó Garfias— que en el instante anterior tuviese un raptó de locura.

—Le concedo —contestó don Diego— que al tiempo mismo de cometer los asesinatos padeciese una aberración mental; pero inmediatamente después ha estado en su sano juicio. Si le justificamos dando valor a su excepción de insania; note bien —recalcó— que no habrá ya quién no quede impune de un crimen alegando la misma excepción. No tenga Ud. la menor duda; y así se lo escribí a Garrido: si Paddock salva la vida, *la excepción de insania va a substituir a la de embriaguez.*

—Tendrá Ud razón, pero se va a echar en contra a mucha gente. Recuerde que la impopularidad de Pinto se debió en gran parte al haber negado éste el indulto e insistido en la ejecución de una mujer

del suburbio de Guangualí, ¿recuerda Ud.?, la que asesinó sin motivo a su marido, un pobre aguatero, y lo enterró en el suelo de su rancho, precisamente debajo de la cama en que dormía. Ahí tiene Ud., sin embargo, que el más abominable y frío de los crímenes halló defensores para compadecer a tal asesina y descalificar la más justa conducta de un Presidente.

—¡Así va el mundo! —exclamó con amargura don Diego—. Pero, ¿qué prueba esto, sino la mentecatez de la gente? No porque los demás obren como locos voy a imitarlos. Sí, con el indulto de Paddock dejaríamos contentos a algunos señores y señoras sensibleros y que no piensan, no así al pueblo. Oiga Ud.: con la suspensión que se ha hecho ayer de la ejecución de la sentencia, no se oye decir otra cosa entre ciertas gentes que «si el reo fuera chileno, estaría olvidado». Considere Ud. ahora las consecuencias: así se disponen los ánimos insensiblemente, y un día, al hacer fusilar a un roto, puede levantarse el grito de que para ellos solos hay justicia, y armarse una fiesta en que tal vez me toque morir defendiendo a los señores que hoy me critican. No, mi señor don Antonio; no cejaré: me tienen sin cuidado las críticas, estando yo de acuerdo con mi conciencia. Soy naturalmente compasivo, pero más amante de las leyes y del buen orden. Si Ud., mi mejor amigo, se encontrase en el caso de Paddock, y su suerte pendiera de mi mano, ya estaría yo llorando sobre su tumba. En cuanto al Tuerto, va a cometer con su artículo una nueva torpeza: no peca de corazón el pobre, pero peca...

Un piño de ovejas venía pasando y les obligó a detener un instante sus caballos. Luego que se disipó la nube de polvo y pudieron continuar, prosiguió don Diego:

—Yo quisiera que los señores que me critican consideren que, en este asunto del Paddock, se trata de castigar a un hombre que no conozco; más todavía, de *vengar la sangre de enemigos personales míos* y de otros que me son desconocidos. Y basta —dijo, alzándose de hombros—. Pero a propósito —continuó—, yo quería decirle todavía, mi don Antonio, que el tal Squella, que en mala hora fué el único que

salvó y a pesar de su herida se metió en la maldita conjuración, ahora está libre bajo fianza: ha invocado la necesidad de cuidarse.

—Si Veas y Squella eran los dos promotores del movimiento aquí en Valparaíso, ¿no habría razones para pensar que eran también ellos los instigadores del asesinato suyo?

—Me odian y se habrían alegrado mucho de mi muerte, pero la idea tiene que haberse promovido en Santiago. Pronto tendremos nuevos datos. Ayer hice aprehender a Quiroz; ya lo haremos escupir todo lo que tiene adentro. Pero ríase Ud.; mi caballero. Al tal Veas se le ha extendido un certificado de enajenación mental que lo hace aparecer entonces inocente. Es el mismo médico portugués que firma el certificado de enajenación de Paddock el que se ha prestado a este nuevo abuso.

—Ahí tiene Ud. un argumento para hacerlo valer a su favor en contra del asunto Paddock.

—No me faltarán los medios para llevar adelante aquel proceso. Pero en cuanto a los conjurados, acuérdesese Ud. que ya se hallarán las disculpas necesarias para contemporizar con ellos, como se hizo con los procesados de Colcura y los de Juan Fernández, a pesar de tantas experiencias que vienen a confirmar lo que he sostenido siempre: que la falta de sanción estimula al díscolo y desmoraliza al bueno al constatar que no existe la justicia. Si Ud. examina bien el origen de los males que nos amenazaban y amenazan, lo encontrará en las consideraciones indebidas que han merecido a nuestro Presidente muchas personas que sólo merecían un presidio, y sobre todo, en su conducta tan poco pronunciada. No me cansaré de repetir que toda distinción al malo es lo mismo que criar cuervos y sólo sirve para hacer desmayar al bueno.

—No tema; ahora está seriamente alarmado don Joaquín. Está demasiado a la vista ya el origen O'Higinista de la conspiración y las vastas ramificaciones que parece tener en todo el país.

—Sigo creyendo, como se lo escribí, que Campino no ha tenido inteligencia secreta con Zenteno. Este hombre tiene la apreciable cualidad de la franqueza, es de una sola cara, incapaz de ocultar una ene-

mistad. El ha estado para venir aquí, y yo lo he sujetado por no tener una sola pieza que no estuviese ocupada. Esto prueba que nada pensaba por allá cuando quería venirse.

—¿Qué se puede saber! —observó con escepticismo Garfias—. Recuerde que hace años se les rebeló y hasta lo apresó a Ud.

—Lo conozco bien; es un vehemente, un fogoso, pero incapaz de tal disimulo con un amigo; no le haré la afrenta de dudar de él. Así se lo escribo a Cavareda en una carta en que le doy a conocer mi opinión sobre la conjuración.

—¿Cree Ud. que el movimiento aquí está completamente desbaratado?

—Me atrevo a asegurar que serán vanas todas las tentaciones que han hecho aquí los conspiradores; antes de media hora estarían colgados los que intentasen venírseos a las barbas.

—Yo no me sentiría tan tranquilo —observó Garfias.

—No crea que me abandono a mi confianza y cuénte con que no dormiré hasta que suceda el desenlace del drama. Pero el arreglo y orden que reinan en el cuartel de cívicos prestan mucha seguridad. Mañana voy a hacer llevar con precaución 2.000 cartuchos a bala. Más aun; mi señor Antonio: en caso de peligro, esto es, un golpe de mano de los bribones, el Gobierno debe estar dispuesto, como se lo digo a Cavareda, a volar aquí a Valparaíso, en donde se encontrará plenamente seguro...

Para acortar la distancia habían tomado por el antiguo camino de los arrieros, muy abrupto, y los caballos estaban sudorosos. Pero iban llegando al pueblecito de Marga-Marga, y don Diego propuso que descansaran cinco minutos.

—¿Qué le parece —dijo— si hiciéramos honor a la rica leche de esta comarca? ¿Cómo anda aquella famosa debilidad, mi don Antonio, con tanto conversar y cabalgar?

—No he de negarme —contestó con una sonrisa de aprobación don Antonio.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó don Diego a su caballo, acariciándole el cuello.

El «Negro» lanzó un largo relincho y don Diego quiso darse por entendido de que le contestaba.

—Le aseguro que me entiende —le decía a Garfias, que se estaba riendo—. Es menos bruto que mucha gente.

Se internaron por un caminito de través hacia los ranchos donde las mujeres ordeñaban las vacas. Desde allí se divisaba la inmensa viña que había valido su nombre a la hacienda de los Carreras: «Viña del Mar».

—La uva va convirtiéndose en trigo —observó don Antonio al notar las importantes extensiones de cereal que iban reemplazando a la antigua viña.

—Es más fácil su cultivo en esta zona, que no el de la vid —contestó don Diego—. Pero no hay tiempo de contemplar el paisaje si quiere Ud. tomarse un traguito de leche. Y apróntese para un galopito, si no les vamos a atrasar el almuerzo a las señoras que nos esperan.

Una mujercita arrugada y curtida por el sol les salió al paso ofreciéndoles la leche de su vaca. El animal mugía contestando al grito ansioso de su ternero. Optaron entonces por desmontarse allí, y entre el revoloteo de los pollos y de los sucios chiquillos se metieron al pequeño patio del rancho. Una muchacha que lavaba en una artesa, impassible, ni levantó la vista.

Desde los corredores de «La quinta de Portales» —como la llaman en Valparaíso— se divisa el mar. Sentada en una silla mecedora, doña Rafaela se balancea contemplando la bahía crepuscular. El azul verdoso, cielo y mar rayados de mástiles, parece poco a poco esfumarse, vagamente convertido en el telón de fondo ante el cual el pensamiento resucita escenas de la vida diaria, recuerdos del pasado, proyectos para el futuro. En este ir y venir del espíritu, mézclanse así lo actual a lo venidero y a lo que fué: «La Manuela estaría acostando a la niña, que después se iría a quedar con la sirvienta, cuando ellos fueran a la fiesta...»

«¡Pobre Rosalía! Con su madre enferma ahora, y grave... Diego todavía no lo sabe... El mar está sereno, no hay que temer por los pescadores; de seguro, la fiesta será un éxito. Los «Catimbados» podrán cometer locuras, metiéndose en la misma agua... Dice Diego que la procesión aquí no se compara con la de Santiago... Sin embargo, hace años, hubo una de estas fiestas que ella no puede olvidar. Era soltera, entonces...»

Doña Rafaela suspira hondamente, sus ojos fijan y fijan la bahía, y surge una escena de aquellos tiempos fenecidos:

«Diego, disfrazado de Demonio, con cuernos y cola hacía de «Matagallinas». Rengifo, Elizalde, Palma, Cea, otros más, sus caras pintadas de rojo, agitaban con las manos blancos pañuelos perfumados. Provisto de una larga fusta, Diego abría sitio a los bailarines. ¡Cómo aprovechaba, el muy pillo, la obligación de la muchedumbre a recibir sin ofenderse los azotes rituales! A su primo Pedro Palazuelos, primorosamente vestido, empolvado, que andaba siempre con paso de minué, lo había hecho correr durante más de una cuadra, persiguiéndolo con la fusta en medio de la risa general. La misma Chepa, serena y caritativa, había tenido que celebrar las «gracias» de su novio, no ya con su dulce sonrisa, sino a carcajadas».

¡Chepita, criatura de ensueño que el Señor se había llevado!

¡Qué desesperación la de Diego! Parecía imposible pudiera nunca resignarse... ¿Se había resignado acaso? Pobre Diego, ahora esta nueva amargura. Decía la Manuela que doña Constanza estaba pésima de salud y no resistiría una enfermedad como la escarlatina. A Diego no se lo dirían sino mañana...

Luces en el enrejado de mástiles: en el telón de fondo se torna obscuro el tono azul verdoso. Antorchas levemente movedizas: se cimbran los barcos. Ya viene la noche y llega la fiesta.

¡Por qué no vuelve la Manuela? ¿No dormirá la niña? Ellos estarán charlando como loros en vez de vestirse. Diego, alegre todavía, sin sospechar nada... La puerta del fondo del corredor se abrió y una voz imploró engatusadora:

—Comadrita, ¡por favor!

Doña Rafaela se levantó:

—¿En qué puedo ayudarlo?

Don Diego alargaba la mano por la puerta entreabierta, pasándole un gorro marinero y una aguja enhebrada.

—Echemele una puntadita, si no es mucha molestia. A mí se me resbala la aguja, aunque no tengo dedos de totora como Garrido.

Doña Rafaela se puso a coser la cinta que estaba suelta.

Al cabo de unos instantes apareció don Diego con una cachimba en la boca y dando tumbos como si imitara el andar de un marinero un poco bebido.

—¿Qué tal me veo? —preguntó con acento inglés.

—Pero, ¡qué bien!

—¿Tengo o no cara de gringo?

—Como llegado de Inglaterra por el último barco.

—Garfias está de guaso. He querido que nos disfrazáramos para meternos con libertad entre la gente del pueblo. No me disgustaría saber lo que piensa el roto de los gringos. Uds. vienen con nosotros, comadre, y Adalid las acompañará para la vuelta, lo que hayan visto la ceremonia. Lo he arreglado así para que se le quiten sus escrúpulos de que van a estorbarnos. Es una bonita ocasión de conocer esta característica fiesta de los pescadores con que celebran a su patrono San Pedro. Espero que mi don Antonio, después de la buena siestecita con que enteró la tarde, no se me irá quedando dormido por ahí.

La Manuela aparecía por el corredor, y casi a un tiempo salía de la pieza Garfias, con manta vistosa, guarapón y enormes espuelas cuyas rodajas hacía sonar sobre los ladrillos. Ostentaba un par de gruesos mostachos y, en cambio, se había quitado los lentes. Estaba in-conocible; aprobaron todos. Don Diego se reía por los bigotes.

Las señoras se fueron a poner la mantilla, y pronto salieron dejando un poco atrás a los hombres.

Desde la Aduana hasta el Arsenal, la gente invadía la Planchada, calle principal paralela a la playa. Don Diego y sus acompañantes se habían detenido frente a la casa de un tal Mr. Price, donde un reborde

de piedra en la pared permitía sentarse. La fiesta en el Puerto se hallaba en toda su animación. Como oleaje sonoro, se esparció en el aire un rumor de cobres y tambores:

—¡Ahí vienen los Catimbados! —gritó la multitud.

La mascarada fantástica de los Catimbados iba desfilando. Algunos vestían el antiguo traje de los indios; otros, a imitación de los catalanes, tenían calzones blancos ajustados y medias de seda, camisas blancas, finas, con mangas cubiertas por colgajos de cintas, collares y pedazos de espejos. Una banda de músicos los acompañaba, y de cuando en cuando se detenían para ejecutar graciosas y complicadas danzas, llevando en las manos espadas relucientes. El que encabezaba al grupo lucía como insignia un cetro con empuñadura de oro. A su lado, una especie de bufón, vestido como el demonio, el «Mata-gallinas», abría paso a sus compañeros fustigando con un látigo a quienes estorbaran el paso.

Un repique de campanas rompió conjuntamente de todas las iglesias. La multitud se precipitó entonces hacia la parroquia de Santo Domingo, desde donde debía salir la imagen de San Pedro.

Don Diego pensó que era preferible dirigirse inmediatamente a la playa y allí verían llegar la procesión y tomarían buena colocación para presenciar la ceremonia en el mar. Así se encaminaron hasta un espacio abierto, adonde ya comenzaba a afluir la gente.

—Este sitio es lo que llaman «La Jarcia».—explicó don Diego.

La noche estaba quieta. Las estrellas brillaban como clavos de oro hundidos en la bóveda azulosa del cielo. Subía, perfumada a algas y mariscos, la emanación salobre del mar.

Ya despuntaba la procesión con su masa de seguidores. Desde el Almendral, desde las quebradas, desde los cerros, se había descargado el pueblo a presenciar la fiesta, y pululaba la gente de poncho. En la orilla de la playa, los botes y canoas ostentaban a la luz de las antorchas sus adornos de banderas, cintas y chales de mujer de todos colores. Una lancha grande, muy decorada, estaba lista para recibir al santo, que ya llegaba en brazos del sacerdote. Seguía oyéndose el coro de campanas esparcido como brisas sonoras por todo el Puerto. Precediendo a la

imagen, venían bailando furiosamente los Catimbados, y luego que se detuvo el sacerdote, fueron dando vueltas en su contorno, haciéndole al santo mil reverencias. Algunos serenos encargados especialmente de resguardar allí el orden corrían un poco a la masa que se apiñaba en torno a la imagen, y así pudo el sacerdote embarcarse en la lancha. Ahora, junto al coro de campanas, se elevaban las aclamaciones del gentío, confundidas con el disparo de los voladores que partían desde distintos puntos del Puerto como pequeños truenos de luz. Se alejó la lancha acompañada de la alegre flotilla de los botes y canoas. La gente de tierra se precipitó entonces hacia los peñascos de la caleta de los pescadores, donde estaba erigido el altar, en la playita, para la recepción del santo. Ya se alistaban los guasos dispuestos a pelearse el honor de desembarcar a San Pedro.

—¡Ahí viene! —se oyó a una voz. Y fué un correr de todo el pueblo y un echarse al agua en la alegre creencia de que la participación en esta ceremonia, con devoción y entusiasmo, aseguraba pesca abundante para el año.

Libres del ahogo de la multitud, desde un peñasco un poco apartado, don Diego y su grupo presenciaban la escena. De pronto, doña Rafaela dió un grito: una de las chalupas se había volcado.

—¡Vaya, comadre! Si no pasa nada —dijo don Diego—; están casi en la playa y rodeados de gente.

—Ya los están sacando —dijo doña Manuela.

En efecto, los seudonáufragos llegaban a la orilla.

La imagen había sido desembarcada y empezaban las oraciones de los fieles frente al altar rústico adornado con algas y conchas.

Doña Manuela y doña Rafaela se persignaron y rezaron también.

Concluída la ceremonia de recepción, entre cantos, música y ovaciones, el pueblo volvía al Puerto.

—Quedémonos aquí un momento —propuso don Diego—, luego acompañaremos a las señoras hasta encontrarnos con Adalid, que debe esperarme frente a la Aduana.

Don Antonio aprovechó para quitarse los bigotes, pues varias veces durante el trayecto su amigo había soltado la risa al mirarlo,

diciendo que no se atrevería a hablarle de nada serio si seguía con esos mostachos; por otra parte, no necesitaba tanto disfraz, pues no era conocido ahí como don Diego.

—Además —le soltó con impertinencia don Diego—, tiene Ud. naturalmente cara de guaso. Es ladino —agregaba como explicación—, nadie lo hace decir lo que quiere callarse y sabe dar mil vueltas para emborrachar la perdiz.

Desde un buque partió una ruidosa estela de luz, y al volador siguieron otros y fuegos de artificio.

—Es más bonito el efecto en el mar —observó Doña Manuela—. ¡Lástima que no haya podido verlo la Rosalía!

—¡Ya está la rubia pensando en la chiquilla! —exclamó don Diego, dándole un sacudón en el moño, según su acostumbrada manera de hacer desesperar a sus hermanas.

—Me despeinaste —dijo ella, sujetándose el pelo.

Don Diego, sin hacer caso ya, contestaba a don Antonio que había preguntado qué buque era el de los fuegos artificiales.

—Nada menos que «El Aquiles» —decía don Diego—, el que quiere emplear el Gobierno, como Ud. sabe, en comisiones impropias de un buque de guerra, siendo que puede desempeñarlas la «Colo-Colo». Precisamente, mi don Antonio, quería escribirle a este respecto, para que hablara con la gente de allá. Yo desearía que me dejaran el buque en puerto por mes y medio para arreglarlo y ponerlo, en accidentes y substancias, en tal estado, que si el Gobierno lo manda mañana al Callao, el solo bergantín imponga respeto a los mazmorras. Hágales valer que no le costará plata al fisco, sino a mí un poco de trabajo.

—«¡Mi señor don Diego!» —dijo don Antonio, imitando a su amigo—, esta misma noche haré una notita, porque a mí se me olvida lo que no apunto.

Las señoras se habían subido a una roca más alta para divisar mejor el espectáculo y hacían sus observaciones sobre los fuegos artificiales.

—A propósito —continuaba don Diego—, quería tocarle a Ud. el asunto de la disolución del batallón sobre que le escribí. Aunque no quisiera dar nunca mis opiniones sobre los actos del Gobierno, porque

se diría con apariencias de justicia que he incurrido en la manía de desaprobarlo todo, y algunos creerían que soy movido a ello porque no tengo vela en el entierro u otro motivo innoble, yo me atrevería a decir que aquella disolución ha sido intempestiva e inconsiderada —apoyó con firme voz.

—Yo había previsto su manera de encarar el asunto —contestó Garfias— y algunas observaciones hice al respecto a Cavareda y a Garrido, sobre todo cuando vi que don Joaquín se empeñaba, por otra parte, en la disminución de plazas en los demás cuerpos.

Estaban de pie y don Antonio propuso que se sentaran indicando una piedra lisa que parecía un natural banquillo.

—Oigame bien —proseguía don Diego— y con su buen criterio, mi señor Antonio, Ud. dirá si me asiste la verdad. No pretendo que mi antejo sea bueno, ni que aventaje en alcance a los demás; pero es mío el derecho de ver como pueda, dejando a los otros el de ver como quieran. Los resultados serán los que acrediten los anteojos de cada cual. Estoy, naturalmente, porque se disuelvan todos los cuerpos de línea para formar cuadros de otros nuevos, y los muy necesarios, bajo la conducta de los cadetes de la Academia y de los muy pocos buenos jefes y subalternos que hoy tenemos, dando colocación mientras tanto en las milicias a los que son inútiles. —Don Diego dió unos golpecitos en el brazo de su amigo. —Ahora —dijo— llamo a Ud. la atención sobre esto: hemos puesto a los azúcares peruanos 3 pesos en arroba, ¿no es racional creer que tal medida pueda mover al Gobierno peruano a gravar por ejemplo con un 20% las mercaderías que se internasen en sus puertos después de haber pasado por el de Valparaíso?

—Veo muy claro el asunto —replicó Garfias—. Tal paso destruiría nuestros almacenes de depósito y nuestro comercio, y entonces no habría otro recurso que volver atrás liberándoles los azúcares, si así lo pidieran los peruanos, o irnos sobre ellos con un ejército.

—Esas son mis conclusiones, precisamente, y cualquiera las ve si tiene como Ud. un poco de criterio. ¿No le parece, entonces, que nuestra actitud, si queremos prevenir un lance de esta clase, es valernos de muchas apariencias que hagan temer al Perú, alejándole de todo

pensamiento contra los intereses de Chile? ¡En cambio, carajo, nuestro Gobierno, en vez de aparecer en actitud hostil, aparece disolviendo el ejército!

—Se podría evitar que trascendiera el asunto al público impidiendo que se publique cosa alguna sobre la disolución de cazadores y menos sobre la disminución de plazas.

—Una vez más estamos de acuerdo —dijo don Diego—. Pero yo presentaría el asunto de esta manera: he pensado en hacer escribir en algún periódico que «el Gobierno ha mandado disolver un cuerpo del ejército, disponiendo secretamente que pasen las clases y soldados a los otros batallones». —Su voz se había hecho ondulante, su expresión era la que él mismo calificaba de «mosca muerta», y continuaba ahora con tono convencional, como si les estuviera leyendo a los peruanos el artículo ya impreso—: que «los oficiales del cuerpo extinguido servirán para otro cuerpo que se piensa levantar en el Sur», —engrosaba la voz, recalcando: «para lo que se afirma haber salido órdenes reservadas para la recluta...» Se detuvo y con la mano hizo un gesto como de desechar—, etc., etc.,— dijo con un suspiro cual si se ahorrara un largo discurso.

—Teje Ud. que es para darles envidia a Benavente y al mismo Chillanejo —observó, riéndose, don Antonio.

—Eso no más faltara —exclamó con vehemencia don Diego—; que esos cholos del carajo fueran a echar mano de los recursos que tienen para jodernos ¡A ganarles el quién vive, mi don Antonio!

Al decir esto se levantó, para ver lo que, a voces, señalaban las señoras.

—¡Diego, Garfias! —llamaban, viendo que daban la espalda al mar—: ¡Miren el volador!

El volador subía, en efecto, con una fuerza increíble, cual si pretendiera —estrella efímera— ir a clavarse en el cielo.

Pero era hora de volver al Puerto y fueron en ayuda de las señoras que venían bajando de su roca.

El bullicio y la animación continuaban en la calle, aunque con otro cariz: a la alegría mística sucedía el alboroto de la juerga.

pensamiento contra los intereses de Chile? ¡En cambio, carajo, nuestro Gobierno, en vez de aparecer en actitud hostil, aparece disolviendo el ejército!

—Se podría evitar que trascendiera el asunto al público impidiendo que se publique cosa alguna sobre la disolución de cazadores y menos sobre la disminución de plazas.

—Una vez más estamos de acuerdo —dijo don Diego—. Pero yo presentaría el asunto de esta manera: he pensado en hacer escribir en algún periódico que «el Gobierno ha mandado disolver un cuerpo del ejército, disponiendo secretamente que pasen las clases y soldados a los otros batallones». —Su voz se había hecho ondulante, su expresión era la que él mismo calificaba de «mosca muerta», y continuaba ahora con tono convencional, como si les estuviera leyendo a los peruanos el artículo ya impreso—: que «los oficiales del cuerpo extinguido servirán para otro cuerpo que se piensa levantar en el Sur», —engrosaba la voz, recalcando: «para lo que se afirma haber salido órdenes reservadas para la recluta...» Se detuvo y con la mano hizo un gesto como de desechar—, etc., etc.,— dijo con un suspiro cual si se ahorrara un largo discurso.

—Teje Ud. que es para darles envidia a Benavente y al mismo Chillanejo —observó, riéndose, don Antonio.

—Eso no más faltara —exclamó con vehemencia don Diego—; que esos cholos del carajo fueran a echar mano de los recursos que tienen para jodernos ¡A ganarles el quién vive, mi don Antonio!

Al decir esto se levantó, para ver lo que, a voces, señalaban las señoras.

—¡Diego, Garfias! —llamaban, viendo que daban la espalda al mar—: ¡Miren el volador!

El volador subía, en efecto, con una fuerza increíble, cual si pretendiera —estrella efímera— ir a clavarse en el cielo.

Pero era hora de volver al Puerto y fueron en ayuda de las señoras que venían bajando de su roca.

El bullicio y la animación continuaban en la calle, aunque con otro cariz: a la alegría mística sucedía el alboroto de la juerga.

Cuando llegaron a la Aduana, doña Rafaela y la Manuela siguieron hacia la casa, escoltadas por Adalid. Don Diego propuso entonces a su amigo un paseo por el arenal para proseguir tranquilamente en sus conversaciones, y en seguida recorrerían algunas chinganas y lugares de diversión. Así conocería al pueblo porteño y a las buenas mozas.

—Naupleas —dijo— ha traído unas chiquillas que cuando Ud. las vea vestiditas en un estado diciendo o sí o no y torneando el abanico y bailando cuadrillas, olvidará Ud. a las Garramuños y a cuantas haya visto antes.

—Mi don Diego.—contestó sonriendo Garfias—, estoy lejos de sentir tal apego a las Garramuños.

—¡Qué me cuenta a mí! Claro, no es la misma clase de chifladura que la que padece por doña Antuca —soltó, y lo miraba de soslayo, con picardía, para ver el efecto producido por sus inesperadas palabras.

—¿Doña Antuca? —preguntó azorado Garfias, que había enrojecido.

—Todo se sabe, mi caballero. El pobre Cavareda anda celosísimo; me ha consultado por carta sobre el asunto; dice que le cede a Ud. el paso porque lo suyo parece tocar en embeleso y entiende que la niña le corresponde a Ud.

Don Antonio quiso protestar, pero su turbación se lo impedía.

—Sí, señor —continuaba don Diego—, dicen que Ud. vive y mora en casa de doña Antonia; que en el teatro se le pega como mosca en la miel y no cede el asiento ni a la Santísima Trinidad... En fin, que todos piensan que Ud. quiere casarse con ella.

—Ni por un momento he pensado en tal determinación —contestó al fin don Antonio.

—Entonces, desvíese un poco de ella en público, porque puede perjudicarla.

—Así pienso hacerlo —profirió Garfias, ahogando un suspiro.

—Yo creía que era la Rosa la que le gustaba a Ud. —insinuó don Diego.

—No andaba Ud. equivocado. Primero me gustó la Rosa; pero luego traté de olvidarla, y sin querer, seguía visitando la casa, pero

conversaba con su hermana. La señora Mueno me hacía atenciones; las chiquillas también; hablábamos de Ud.; me fuí enredando, y una mañana me encontré con que no era la Rosa sino la Antuca la que me tenía tonto. Y ríase ahora cuanto le parezca, que bien merecido lo tengo por lesa.

Don Diego lo miró entre compasivo e irónico.

—¡Quién creyera —dijo— que es Ud. tan inflamable! Uno que lo ve comiendo chanchitos asados y pavo y golosinas... Mi don Antonio —dijo pasándole afectuosamente el brazo por sobre el cuello—, cuando tocan a joder, es preciso joderse y conformarse. No lo piense más; aquí veremos de hacerle pasar buenos ratos.

La arena se sentía un poco pesada al caminar y optaron por seguir por una angosta faja de tierra endurecida que bordeaba la playa a manera de pequeña vereda.

—Pasando a asuntos serios —dijo don Diego—, voy a ponerle a Ud. en antecedentes sobre un negocio que quiero encargarle y que no va a dejar piedra por mover hasta conseguirlo. Vea Ud. a los ministros, al Presidente y hasta a la Santísima Trinidad si es necesario.

Después de explayarse extensamente sobre los pormenores de aquella empresa, en la que, según dijo, estaba empeñado desde el año 1823, dando las cifras de lo que entonces iba a costar, mientras que ahora no había necesidad de gastos por varias razones que enumeraba, salió al fin diciendo:

—Mucho he hablado a Ud. sobre una cosa que aun no sabe lo que es: pues, señor, es una *Academia de Náutica* en que antes de dos años tendremos cien pilotos para emplear en más de cincuenta buques mercantes que tiene Chile mandados por extranjeros, *lo que es una vergüenza* —subrayó.

Don Diego exponía con entusiasmo los beneficios que reportaría a la marina chilena aquella escuela.

—Da pudor —decía— ver que no haya un subalterno ni un guardiamarina de los actuales que sepan algo de pilotaje y que sepan apenas de maniobra.

Luego hacía notar a Garfias que el Perú, en medio de sus agonías y de un enorme déficit, mantenía una Academia brillante.

Ganado a la causa que con tanta vehemencia le sometía su amigo, don Antonio prometía remover cielo y tierra hasta que el Gobierno se decidiera a llevar adelante aquel proyecto.

—Para terminar sobre este asunto —decía don Diego—, quiero advertirle que nada me importa que no se me cometa la inspección de la Academia, porque puedo irme a ella todos los días de entrometido, seguro de que no me echarán para afuera y de que conseguiré con súplicas lo mismo que conseguiría con mandatos.

Al escuchar esta última declaración, Garfias no pudo menos que recordar el absurdo juicio de Gandarillas que ya se transmitían algunos: «A Portales le gusta mandar a los que mandan». ¡Este «mandón» conseguía *con súplicas* y desvelos y a costa de su descanso, cuanto pudiera redundar en beneficio de su país! Lo dirigía, al fin —¿cómo no lo comprendían?—, sólo *cuándo y porque* necesitaba dirección; eso no lo entendería nunca el Tuerto, ni quizás nadie... Recordaba, a propósito de este desconocimiento del carácter de su amigo, el párrafo de una carta a Tocornal en el que le pedía don Diego se desdijera sobre una mala interpretación:

«Estoy muy viejo —escribía don Diego—, y muy cargado de mundo y de experiencia para ensoberbecerme por un motivo tan fútil como el que Ud. me indica, ni por nada de esta vida». Y agregaba: «Ni en la edad en que todo se convierte en substancia, conocí la soberbia, ni dejé de conocerme. Los actos de intemperancia que se me hayan notado, nunca han nacido de otra causa que de la irritabilidad de mi temperamento».

En el esfuerzo efímero de querer ser estrellas seguían cruzando por la noche los petardeos ardientes de los voladores. Mientras se encaminaban de nuevo al pueblo, sentía Garfias verdaderos deseos de manifestarle en alguna forma al admirado y admirable amigo su inmenso cariño, su adhesión inefable. Pero nada decía ni expresaba, porque no estaba para exponerse a que se le dijera: «tonto leso»...

## COMENTARIOS A UNA CURIOSA CARTA

«TENGO el alma despedazada»...

«Tengo el alma despedazada». Esta era la frase que sobrenadaba ahora, para Garfias, entre las demás de la carta que tenía en la mano, y la hoja de papel temblaba entre sus dedos.

¡Qué momentos estaría pasando solo allá el amigo! ¡Qué lucha para vencerse y no venirse! ¡Qué lucha para escribir tal carta y decir en ella, como siempre, crudamente la verdad!

No ignoraba la repulsión al matrimonio manifestada a menudo por don Diego, que solía decir: «El santo estado del matrimonio es el santo estado de los tontos». Cuántas veces lo había puesto en guardia a él mismo, diciéndole: «Deje que se peguen en la liga los demás, pero Ud. no cometa tal locura». Sin embargo había sido casado, y según decían, había llorado a su esposa como pocos viudos la lloran.

Flotó un instante, en la imaginación de don Antonio, una silueta indecisa de mujer. ¿Cómo sería aquella lejana Chepa? Jamás aludía a ella don Diego... Era natural no quererse arriesgar en la insegura felicidad de una vida conyugal desconocida. Pero en un caso especial como éste, por ejemplo, en que desde unos diez años vivía maritalmente con doña Constanza, de quien tenía dos hijos, en que aquella santa mujer había dado pruebas sobradas —lo sabía por Rengifo— de amor, de sumisión abnegada, de fidelidad absoluta, de dignidad... ¿No llegaba todo eso a modificar para don Diego en momentos tan angustiosos «la firme resolución de morir soltero» que apuntaba en su carta con aquella advertencia: «yo no tendría consuelo en la vida, y me desesperaría si me viera casado»? ¡Qué lucha entre su inflexibilidad y

su sentimiento del deber hacia inocentes hijos debía haberse entablado en su conciencia, para que llegara a aquella extraña solución de un matrimonio póstumo!

Alzó Garfias la carta que yacía sobre sus rodillas, y buscó el párrafo que decía: «Esta declaración me avanza a aconsejarle a Ud. que, si le es posible, se case a mi nombre después de muerta la consorte: creo que no faltaría a la honradez consintiendo en un engaño que a nadie perjudica y que va a hacer bien a unas inocentes criaturas...»

En cuanto a la madre, don Diego decía no haber contraído obligación alguna con ella, y que para la puntual asistencia que había recibido de él, no había tenido otro móvil que su propio honor, la compasión y el deber de reparar los daños que hubiese recibido por su causa.

No había en toda la carta una sola frase convencional o mentirosa para atenuar el extraño efecto de su cruda verdad: la madre de sus hijos se moría y era necesario proveer a la felicidad de «las inocentes criaturas»; con ella había cumplido en lo que debía: «no he contraído obligación alguna con la madre...»

En medio de la rectitud y de la inflexibilidad —aun ante la muerte— características del amigo, que aparecían en aquella curiosa carta, seguía resaltando para don Antonio la única frase que demostraba, también con parca y espontánea sencillez, aquella otra verdad de su sufrimiento interno. «Tengo el alma despedazada». No había escrito «desesperada», como lo hubiera hecho cualquiera, sino «despedazada». Así debía sentirse en su dolor, y para expresarlo había hallado la única palabra que lo definiera.

Las instrucciones eran bien precisas, como las explicaciones: había que esperar el llamado del médico; éste avisaría sobre el estado agónico de la enferma, y entonces se dirigiría don Antonio a casa de la moribunda, con el poder extendido por mano de don Diego, «a contraer en su nombre»...

A la espera del fúnebre aviso, no quería moverse de su casa don Antonio, y sus pensamientos se concentraban todos en el triste acontecimiento que atormentaba a su amigo.

Diego, querido Diego, que estaba sufriendo. ¡Lo sabía! No se engañaba ante esta carta singular. Recordaba una frase que le había escrito don Diego en cierta ocasión y que daba la clave de muchas de sus actitudes de aparente frialdad o indiferencia, revelando al hombre de excesivo pudor moral: «como mi genio jodido —decía entonces— no es el mejor para expresar afectos, no sería extraño el que por falta de expresión no conociere Ud. en toda su extensión el que le profeso».

Pudor moral que se manifestaba igualmente en rasgos de increíble delicadeza. En el asunto de Caldeleugh, por ejemplo, hacía pocos días, cómo lo había reconvenido don Diego sólo por haberle insinuado a ese señor —que apuraba ahora a don Diego para el pago de una deuda—, que hacía algunos años el mismo don Diego, por una suma muchísimo más importante (¡\$ 60.000!), le había generosamente prorrogado, y sin interés, el plazo de aquella deuda. Pero don Diego hallaba que era cosa muy vulgar y reprehensible representar favores, y, lo que es peor, decía, hacerlos valer para que sean recompensados; «casi no tengo valor —agregaba— de contestar a Caldeleugh».

¿Cómo se atrevería nunca don Antonio a juzgar las «rarezas» de tal hombre? Debía tener sus razones ocultas para obrar a veces de cierta manera, desconcertante sólo para quienes las ignoraban, y tal vez por eso solía decir desdeñosamente: «No soy de los que más se curan de las imputaciones del público y su merced puede pensar lo que se le dé la gana».

Ponía verdadero empeño, sin embargo, en demostrarse intachable gobernante, y tenía como norma «la decente consecuencia» entre los actos y las palabras. A lo mejor, aquellas «rarezas» revelaban esa misma necesidad de consecuencia para consigo mismo, en un alma que medía con criterio original, propio, sincero. Le parecía vislumbrar a don Antonio que ciertos convencionalismos, al emparejar exteriormente la conducta de los hombres con el nombre de Moral, eran, por el contrario, bien examinados, esencialmente inmorales, porque privaban al hombre de la primera condición para ajustarse a la moralidad: ser verídico.

A estas elucubraciones filosóficas había llegado don Antonio, a quien una lectura de Kant hecha en su juventud dejara muy impre-

sionado sobre los problemas de la conciencia. Ahora no leía nunca —ni tiempo tenía de hacerlo, ni verdaderos deseos—, pero solía meditar por su cuenta, y era siempre para él la ética su única estética; se sentía un enamorado de los valores morales. No podía dejar de reconocer que se debía a esta tendencia su apasionamiento por don Diego: lo admiraba como otros pueden admirar una obra de arte, y sentía con ello un placer intenso del alma, anticipo de lo que sería aquella promesa de la contemplación divina.

Había caído al suelo la carta, y se inclinó para recogerla. Quería darle una nueva lectura, tratando de apreciarla desde un nuevo punto de vista. No bien había comenzado: «Si hay algún bien en la vida, es el consuelo de tener un amigo a quien entregarse y que merezca este título sagrado», cuando sintió golpear discretamente y la puerta se entreabrió dando paso al doctor Blest. Se puso pálido al verlo, pues creyó que todo habría terminado.

—¿Qué ha pasado? ¿Viene Ud. mismo? —exclamó con cierta turbación, levantándose.

—Señor Garfias —dijo el doctor meneando negativamente la cabeza—. No, le traigo buenas noticias: la enferma ha reaccionado milagrosamente. Milagro, sí, es este caso, dado el estado especial en que se encuentra doña Constanza, y que tampoco ha traído el accidente que yo temía. Ayer habría jurado que no pasaría del día de hoy, pero antes de prevenirlo a Ud., como me lo pedía el señor Portales en una carta, quise primero pasar adonde mi moribunda, y me la encuentro, puedo asegurarlo ahora, totalmente fuera de peligro.

—¿Qué peso me quita Ud. de encima! —exclamó Garfias. Y luego, adelantando una silla, le ofreció sentarse. Pero el doctor hizo señas de no querer detenerse y de pie explicó:

—La naturaleza suele tener sus sorpresas, sobre todo en aquellas personas débiles y nerviosas como doña Constanza. No es ésta la primera vez que me desconcierta mi enferma: hace algunos años, la atendí en enfermedad muy distinta y también la desahucí. ¡Hasta se le había administrado la Extremaunción! ¡Pero soy el primero en alegrarme de esta buena jugada contra el «ojo clínico»! —El doctor sonreía

al aludir a una frase que le soltara en «cierta ocasión» el irónico Portales—. Bien quisiera equivocarme siempre de esta manera con todos mis enfermos —dijo—. Desgraciadamente, son pocos los que saben aferrarse a la vida como doña Constanza, y no he de desahuciarla por tercera vez: se morirá cuando ella lo decreta —agregó, riéndose francamente, en tanto se despedía con un sacudido y prolongado «*shake-hand*». Pero don Antonio se ofrecía a encaminarlo.

—¿Hacia dónde va Ud.? —le preguntó.

—Voy cerca del Consulado —contestó sin precisar el doctor.

—Hasta allá lo acompaño entonces; tengo que pasar a la Presidencia —dijo don Antonio, mientras guardaba en el escritorio la carta de don Diego.

Había oído a Gandarillas que el inteligente médico irlandés que tanto apreciaba Portales y cuyas opiniones, como las de los ingleses en general, tomaba muy en cuenta, solía censurar la actitud «poco liberal», decía el Tuerto, de don Diego. Pero sospechaba don Antonio que era ésta una manera de defender sus propios ataques a Portales y, además, de demostrarle que un extranjero, uno de aquéllos súbditos de un Gobierno siempre citado como modelo por don Diego, ponía reparos a sus férreas medidas.

Con toda maña se proponía tirarle la lengua al doctor Blest sobre este punto y otras cosas que le importaba averiguar.

Caminaron unos instantes sin que ninguno de los dos se decidiera a abrir la conversación. El doctor quizás había comprendido su secreta intención, se decía Garfias, y esperaba que éste hablara. Pero el irlandés, recordando ahora una escena de años atrás, estaba muy tentado de contársela al íntimo amigo y confidente de don Diego, al que debía haberlo representado para su propio matrimonio...

—¿Sabe? —dijo al fin, decidiéndose—. Voy a referirle a Ud. una anécdota de nuestro amigo. Creo no ser por esto indiscreto, pero le ruego que no pase de Ud.

Aunque se hacía el indiferente, don Antonio estaba todo oídos.

—¿Una anécdota? —preguntó, desganado.

—Si así puede llamarse —replicó con sorna el doctor—. Oiga Ud. y verá. —Se rascó la barbilla y comenzó—: En aquella ocasión en que atendía, como le dije, a doña Constanza, parece que la familia de ella, por intermedio del padre Torres, quiso aprovechar la gravedad de la enferma para comprometer la conciencia del señor Portales —por lo menos es lo que yo deduje después— y casarlo «in extremis», aludiendo a la situación de normalidad en que quedarían así los hijos. Don Diego, temiendo que todo esto fuese una maquinación para dejarlo casado, y convencido por otra parte de que a mí, como al cura, me habían comprometido con el fin de pintarle perdido el caso de la enferma, me llamó al escritorio y, señalándome una pistola, me dijo textualmente: «Doctor, estoy resuelto a casarme sólo en artículo de muerte. Le juro a Ud. que si cumplido este acto volviese en sí la enferma, y yo me viera atado con lazo matrimonial, yo le pego a Ud. tres balas. Mida, pues, su responsabilidad».

Se reía ahora el doctor.

—En aquel momento no me ref, por supuesto —dijo—. Tuvimos un violento altercado, en el que le manifesté que poco me importaban sus asuntos privados, que yo nada tenía que ver con intrigas de familia, si es que las había; y, en fin, que llamara a otros médicos a una junta, pues en mi concepto estaba perdida la enferma, pero no quería cargar con tamaña responsabilidad...

Volvió a reírse el doctor; pero se daba cuenta don Antonio, que con la anécdota se proponía contestarle indirectamente, pues debía haber comprendido que deseaban «tomarle el pulso», porque lo veían juntarse bastante con los Litres y con Ruiz Tagle, los que estaban reuniendo adeptos, al parecer, para darle oposición al Gobierno.

Iban llegando al Consulado, y don Antonio, que se preciaba de saber «meterle anzuelos» a la gente cuando se trataba de servirle a su amigo, tenía que confesarse hábilmente burlado. Para más, el doctor se despedía con sonrisitas enigmáticas y condescendientes palmoteos de hombro, y señalaba a un grupo que venía saliendo del estudio de Rodríguez Aldea.

—Adiós —decíale a don Antonio—. Ahí me esperan «mis amigos».

Don Antonio, un tanto nervioso, siguió hacia la plaza, no sin haber comprobado con el rabillo del ojo que los «amigos» eran nada menos que Benavente, Gandarillas y Manuel Camilo Vial. Había «gato encerrado», no cabía duda: los Litres, Ruiz Tagle y el Chillanejo seguían formándose adeptos. Una sospecha asaltábale ahora: ¿no habrían tenido parte éstos, acaso, en la reciente frustrada revolución de los puñales? De Ruiz Tagle se creía que hubiese suministrado los recursos... Rafael Bilbao y Novoa eran señalados como los promotores escondidos junto al coronel Puga. En fin, ya irían desenredándose los hilos de aquella nueva conspiración estallada tan a raíz de la otra, y quién sabe qué nombres insospechados aparecerían comprometidos. Era peligrósima la enemistad de los Litres... Pero ¿a qué tanto conjeturar? Tal vez había noticias en el Ministerio, y Tocornal lo pondría en antecedentes, ya que Rengifo se demostraba ahora un tanto reservado. De seguro estaba éste disgustado por el reproche bien merecido que le había hecho respecto a lo de la libertad de porte de las cartas de don Diego. ¡Como si no fuese la mayor de las iniquidades el haberle echado en cara a don Diego el envío libre de su correspondencia! ¡Una correspondencia dirigida en su mayor parte a los Ministros y que llevaba consejos que difícilmente se pagarían con cien años de libertad de portel! Estas y otras pequeñeces le causaban indignación, y se preguntaba si eran ciegos o envidiosos los que, en el Gobierno, reconocían de aquella poco noble manera los inmensos servicios de su amigo. Había llegado frente al edificio de pórvido rojo, donde el «Niño-Dios» le hacía, como de costumbre, una profunda cortesía, a la que contestó un tanto distraído por un «Buenas tardes, buenas tardes», y subió con su paso fofo y ágil de elefante al que no le pesa el vientre y cuyas orejas amplias están dispuestas a acoger, envolver y guardar, escrupulosamente, las importantes noticias que hubieran de transmitirse a quien ya sabría interpretarlas.

DON DIEGO PONE FIN A SUS TAREAS  
DE GOBERNADOR DE VALPARAISO

EL mar estaba en calma y relucía en su quietud verdosa como un espejo de agua a cuyo borde se miraba sonrojado el sol virginal de la aurora. Dormía aún el Puerto; pero en las alturas de Playa Ancha, mil quinientos hombres de las tres armas maniobraban en línea hacía más de una hora. Atento a censurar la menor falla, el jefe les había pasado minuciosa revista, comprobando, a su satisfacción, que se desempeñaban como veteranos soldados.

Al fin sentía invadirse de tranquilidad su corazón rara vez sosegado, y podía lisonjearse don Diego con la idea de que Valparaíso no sería fácilmente penetrado por una fuerza invasora.

Ya subía el sol en el cielo y una esperanza luminosa envolvía el Puerto. La banda de músicos dió la señal de la marcha: en revuelo espejeante, los instrumentos levantaron sus pechugas doradas y estalló el canto de los gallos de bronce saludando la mañana de su jornada militar. Las tropas retornaban a los cuarteles, bajo la custodia del capitán Zaldívar, y don Diego seguía hacia su casa.

En la recova, en el muelle, en la Aduana, empezaba al son de los pregones, el rumoreo matinal de los variados quehaceres. El olor mojado a mar se condensaba por momentos en nubes invisibles que humedecían de sal las narices y la boca, los pulmones.

Al respirar con fruición el aire vitalizador, pensaba don Diego que pronto se alejaría de este puerto, en el que daba por concluída su tarea administrativa. Después de diez meses de intenso trabajo, dejaba la escuela de náutica en buen camino, los almacenes francos, la escuadra

en formación, la policía urbana establecida, abierto el camino carril a Quillota, y terminadas otras «cosillas» de menor importancia. Pero se sentía compensado de sus esfuerzos y sacrificios con haber conseguido elevar a la categoría de provincia el departamento de Valparaíso, pésele a don Mariano, y pésele más al Rozas, que se estarían rascando o haciéndose la víctima frustrada. ¡Muy ilustre intendente de Aconcagua! Parecía increíble que no se dieran cuenta los hombres crecidos de que ellos estaban para servir los puestos y no los puestos para servirlos u honrarlos a ellos. . .

Don Diego le picó espuelas al caballo, y el animal tomó el trote. No había tiempo que perder; iban a ser las siete y tenía que bañarse, desayunar y abrir la correspondencia de ayer que no había alcanzado a leer en la noche. A las ocho y media estaría en su oficina adonde había citado al gringo que se interesaba por la compra de «La Independencia». Sí, vendería su barco, aunque le doliese, pues le reportaba buenas ganancias, porque había que juntar dinero para la alcancía de Pedegua y poner la hacienda en estado de que produjese pronto. Cardoso pedía y pedía; era racional dejarlo contento para que trabajase con gusto, ya que por ahora no podría ayudarlo mientras se dedicara al Rayado. Además, con la muerte del bribón de Torres, volvería a poner en tabla el negocio de Purutún. Sería ya más fácil hacerle soltar la presa a la vieja p. . . de doña Ana-Josefa. Sí, lo había pensado bien: la vida en Valparaíso, aun como simple particular, lo seguiría ligando a Santiago, es decir, a las cojudeces de la política. Además, le demandaba gastos que no podía sobrellevar desde la nueva sangría por causa del pago imprevisto a Elizalde que le costaba la mitad de su haber, sin contar la desilusión. Sofocó un suspiro y una sonrisa de desdén se esbozó en sus labios. Si el negocio hubiera resultado, pensaba, habría llegado corriendo a cobrar los beneficios, pero, fracasado, venía al cabo de meses a recordar aquel «préstamo». Volvían a su mente las miserias y mezquindades constatadas tan a menudo en los diferentes negocios; pero si todas le llegaban al alma porque demostraban lo poco que valía el corazón humano, las de un amigo le dolían doblemente. ¡Paciential. Ahora era Elizalde, antes había sido Estanislao Portales —su propio

cuñado, al que consideraba y quería como a un hermano, tanto más querido en memoria de la Chepa—, después vendrían otros; ¿no lo defraudaban ya en pequeñas cosas el mismo Cea, Newman? No, no querría pensar mal, había que hacer confianza a los amigos, no debía pararse en pequeñeces; no porque alguno se hubiese hecho acreedor a la desconfianza o al desprecio iba él a presumir por tonterías de los otros; no, no les infligiría ni en pensamiento tal ofensa, y en prueba de su resolución, se prometía no revisar los libros como lo había pensado; sólo en caso de un motivo completamente fundado lo haría... ¿Un préstamo, lo de Elizalde? En fin, cada alma tenía derecho a interpretar de manera distinta. En todo caso, no ignoraba Elizalde su precaria situación financiera... No pensarlo más: el Rayado era la solución a muchas cosas. Este aislamiento suyo sería la más decente manera de combatir su actual miseria. Por el precio que le pagaba a Cea en el arriendo de la quinta, tendría en la Placilla para muchas cosas necesarias. Ahí, sin la tentación de invitar a los amigos, sin los gastos de Constanza si lograba embodegarla adonde la vieja, le bastaría un rancho de doce pesos anuales, y por setenta pesos al mes se mantendría. Se irían saldando así las cuentas atrasadas, viviría sanamente y, sobre todo, dirigiría personalmente su nueva propiedad del Rayado, y estaría a mano para poner mejor el ojo sobre Purutún...

Trataba de hacerse el ánimo a este destierro voluntario pintándose el cuadro de su nueva existencia con colores, si no apetitosos, digeribles. Pero nunca se engañaba a sí mismo y bien sabía que le iba a doler despegarse de Valparaíso casi tanto como antes de Santiago. Haciéndose burla, se decía: «No hay niño más dócil que yo; el que quiera comprar paciencia y conformidad, venga a buscarla a mi tienda, que ayer no más estaba en tablas y hoy tiene para surtir a todos. Que, pagadas mis deudas, y en estado de gastar sin dolor quinientos pesos mensuales, viviendo entre verdores y caballos, no le envidiaré su suerte ni a Mahoma.»

Por otra parte, si sacrificio había, era necesario aceptarlo en razón de aquellos otros motivos tanto más importantes que estos pobres intereses personales: su alejamiento acabaría por convencer a los que

no creían en su falta de ambición al mando. ¡Ese pobre Tuerto andaba hecho una fiera en el Monte atribuyéndole los artículos de «El Mercurio», y voceaba que pretendía algo más que mandar: mandar a los que mandan!... ¿Era ésta, entonces, la razón de aquella guerra solapada contra el Presidente, contra Tocornal? ¿Se creía, al combatirlos, combatir al mandón que los mandaba? ¡Poco patriotas, o tontos, o niños, estos pobres! ¿Pero qué pretendían así Joaquín Campino, Gandarillas, Benavente, Ramón Rengifo, y los demás de quienes no tenía noticias? Muy bien si hicieran una sana, justa y abierta oposición que ayudara a la buena marcha del Gobierno. Pero ahora asomaban los móviles; aquello iba solapadamente, llevado por la pequeñez de darle la contra. De ahí se derivaba la actitud indecisa del Presidente que, temeroso, no se atrevía a darles en la cabeza como lo merecían aquellos poco temibles «aniñados», y continuaba con su conducta cada vez menos pronunciada. Bueno; se decía Portales, ya que nadie comprende o quiere comprender lo mejor y más sano de mis intenciones, las que tampoco podría manifestar de una manera más abierta, tomaré nuevamente el camino del retiro. Libres de su fantasma del mandón, los aniñados, si sólo eran aniñados y no posibles ambiciosos que escondían su juego —¿no le aseguraba Garfias que Benavente aspiraba a un Ministerio más que a subir al Cielo?—, dejarían de hostilizar a un Presidente que creyeran libre. Se les dejaba, pues, esta posibilidad de demostrar su patriotismo y se les daba un ejemplo de desinterés que tal vez pudiese contagiarlos. Pero, ¡ojo! con los aniñados! No perderlos de vista, que sus chamonadas podían costarle caro a la patria si les daba por dirigir la batuta... Vamos, se dijo, todo se presenta por lo mejor con mi retiro al Rayado.

Su ánimo resuelto vencía, como siempre, y al llegar a la casa, se sentía sereno, casi alegre. Le tiró las riendas a Adalid que salía a recibirlo, y se metió a su cuarto, donde una especie de tinaja con zinc, que hacía las veces de bañera, lo esperaba. Un vaho ligero se desprendía del agua tibia acarreada allí con baldes por Adalid.

Rápidamente se quitó la ropa. El cansancio lo vencía ahora. Hubiera querido reposar un momento en la caricia blanda del agua; pero el

tiempo, siempre el tiempo, venía a fustigarlo de apresuramiento. Vamos, había que abrir las cartas; el reposo se lo daría sobre el lecho mientras leyera. Sesenta cartas por contestar sin tomar en cuenta las de ahora. Paciencia; ya pronto descansarían sus maltratados lomos de tanta escritura. A ver, a ver, qué novedades le contaba el niño Antonio. ¿Cómo andaba la *moneda corriente*? Sin duda se habrían sublevado contra su priora las monjas de algún convento; después de lo de los colegiales del Instituto podía esperarse cualquier cosa... Milicos, civiles, alumnos, todos estaban contagiados de espíritu revolucionario, ¿por qué no suponer que les llegara el turno a las monjas o a los niños de pecho?

Se envolvió en la sábana y se tendió sobre la cama. No bien empezó a leer las primeras líneas, soltó una estruendosa carcajada. ¡Santo Dios, hasta las más absurdas profecías, hechas por burla, le daban la razón en tratándose de la *moneda corriente*?

«Los frailes de San Agustín tuvieron un alzamiento —le comunicaba Garfias—, y a palos con el prior; y esto no se acabó hasta que capitularon con el provincial. En seguida se sublevó el coristado de Santo Domingo: agarraron a su maestro de novicios, lo amarraron y le dieron un miserere cantado, hasta que capitularon con el provincial y prior para que se les pusiera otro.»

Las dos anécdotas le costeaban francamente la diversión. No eran para tomadas en cuenta, y resultaban graciosísimas aquellas escenas. Sin embargo, demostraban hasta qué punto seguía reinando en todas partes el espíritu de indisciplina, y qué verdadera amenaza significaba éste cuando se apoderaba del ejército o de grandes facciones de civiles influyentes, como era el caso en la grave revolución «de los puñales»: la celada tendida por el Gobierno a Puga para desenmascarar a los cómplices había puesto de manifiesto la necesidad urgente de autorizar «facultades extraordinarias». Mientras tanto, aquí en Valparaíso se habían tomado las providencias del caso. Aunque —se decía don Diego— si los actuales maquinadores no han podido consumir su crimen, lo consumirán los que maquinen después...

Con un gesto de impaciencia tiró la carta, cual si fuera el medio de librarse de inútiles preocupaciones. Cruzó las manos detrás de la nuca y cerró los ojos. Pero volvía a su espíritu irritado la cantilena de siempre: «El Gobierno había perdido su prestigio por la vaguedad de su marcha y por la ambigüedad de sus procedimientos. Los malos no le tenían respeto, y los buenos, cansados de chascos, le habían retirado su confianza. Poco a poco aumentaría la deserción de los afectos al Gobierno, aun de los que lo eran por su natural propensión al orden y a la paz. Todas las piezas de la máquina, constataba, se van desencajando sensiblemente, y cuando se detenga, la compostura se hará imposible: no hay artistas tan diestros y tan infatigables cuales los demandaría la naturaleza de la obra. Tendrían además que contrarrestar el poder invencible de la ignorancia y la presunción unidas. Y la ignorancia y la presunción podían señalarse en casi cada individuo... Caramba, era mucha ya su paciencia; no aplazaría más el envío de su renuncia, hecha desde algún tiempo fundándose en excelentes razones, las que servirían además de lección y norma de conducta. ¿Aprendería alguna vez don Joaquín cuál era el camino recto, el único por donde debía marchar dando pasos firmes, continuados y justificados, como tantas y tantas veces se lo insinuara y predicara? Pudiera ser que cuando se sintieran solos, don Joaquín Presidente y don Joaquín Ministro, se decidieran a echarle una buena amarra a los calzones».

Se levantó y abrió el cajón de la cómoda. Ahí estaba en un sobre la renuncia. Un último vistazo antes de ponerle la firma. Volvió a tenderse don Diego, y comenzó a recorrer la hoja que decía:

«Es ya demasiado público que entre los días 1.º y 3 del corriente S. E. el Presidente de la República, sin precedente acuerdo, mandó a un oficial del Ministerio de Guerra tirar el despacho de Teniente Coronel a un Sargento Mayor del Ejército, y que después de haberlo firmado lo remitió a US. para que lo refrendase. Se sabe también que habiéndose negado US. a suscribirlo, S. E., por medio del mismo oficial de la secretaría del cargo de US., le intimó que haría firmar el título a un oficial si US. continuaba en su negativa, y que US. contestó digna-

mente que, no pudiendo ceder sin traicionar su conciencia, dispusiese S. E. del Ministerio.

«Se ha tomado razón en las oficinas respectivas del despacho autorizado con la firma del primer oficial de la Secretaría, y US. presentó su dimisión, que ha retirado después, según se dice, por evitar mayores males, que yo no alcanzo a divisar, porque me parece que no hay otros de un orden superior a los que deben nacer de un atropellamiento del Código Fundamental; y sea lo que fuere, se ha infringido abiertamente el artículo 86 de la Constitución en los mismos días en que ha sido jurada; infracción que se hace más notable cuando el Presidente de la República pudo legalmente haber cumplido sus deseos pidiendo a US. los sellos y nombrando otro Ministro, en cuyo juicio fuese justa la orden que US. no encontraba así en el suyo.

«Se ha permitido además, o diré mejor, se ha presentado a los jefes de las oficinas, donde se ha tomado razón del despacho, y al Inspector del Ejército, que le puso el *cúmplase*, la ocasión de quebrantar el mismo artículo constitucional que dispone expresamente que no pueden ser obedecidas las órdenes del Presidente de la República que carezcan del esencial requisito de la firma del Ministro.

«Ha corrido cerca de un mes sin qué haya habido un diputado que, conforme al artículo 92 de la Carta, haya formalizado la acusación que debe hacerse a US., por más inocente que aparezca; ni se ha visto que algún funcionario acuse a los empleados infractores que obedecieron la orden.

«Esto da lugar a esperar que la Constitución va a quedar impunemente atropellada, y abierta la puerta para quebrantarla en lo sucesivo.

«Habiendo sido yo uno de los que esforzaron más el grito contra los infractores e infracciones de 828 y 829; cuando en los destinos que me he visto en la necesidad de servir, he procurado con el ejemplo, el consejo y cuanto ha estado a mi alcance, volver a las leyes el vigor que habían perdido casi del todo, conciliarles el respeto e inspirar un odio santo a las transgresiones que trajeron tantas desgracias a la República, y que nunca podrán cometerse sin iguales resultados; cuando hasta hoy no he bajado la voz que alcé con la sana mayoría de la Nación

contra las infracciones de la Constitución del 28; cuando no debo olvidar que ellas fueron la primera y principal razón que justificó y aseguró el éxito de la empresa sellada con la sangre vertida en Lircay, no puedo manifestarme impasible en estas circunstancias, ni continuar desempeñando destinos públicos, sin presentarme aprobado; o al menos, avenido ahora con las infracciones que combatí poco antes a cara descubierta.

«Para no aparecer, pues, caído en tal inconsecuencia, y para contribuir al sostén de las instituciones por el único medio que esté en mis facultades, hago de todos y cada uno de los distintos cargos y comisiones que el Gobierno tuvo a bien confiarme, la más formal renuncia, cuya admisión tengo derecho a esperar tan pronto como US. se sirva dar cuenta a S. E. de esta petición. Y al hacerlo, ruego a US. tenga a bien asegurarle que en el retiro de la vida privada a que soy llamado para siempre; serán incesantes mis votos por el acierto del Gobierno y la prosperidad de la República.

«Ojalá US. fuese tan feliz que lograrse persuadir a S. E. el Presidente de que su propia reputación y suerte de los chilenos que más se han empeñado en darle pruebas inequívocas de distinción y de una ilimitada confianza, le demandan la reparación del daño que les ha inferido una resolución suya, tomada sin duda por no haberse fijado en su valor y consecuencias, y de que nada le sería más honroso y nada más conducente a la consolidación del orden público y del Código Constitucional, que aparecer vindicándolo con la cancelación del despacho expedido y el castigo de los empleados que no se opusieron a su curso.»

Terminada su lectura, puso el pliego en el sobre, lo cerró y se lo echó al bolsillo: la mandaría sin modificarla. Luego, volviendo a la carta de Garfias, consideró especialmente las noticias sobre el asunto de doña Ana Josefa.

Era preciso no demorar y actuar antes de que se enfriaran las buenas disposiciones de la vieja. Llamó entonces a Adalid, que esperaba sus órdenes afuera, y le preguntó si habían despertado los huéspedes.

—El señor don Andrés ya se desayunó, pero el musiu gringo está todavía durmiendo —contestó, cuadrándose, Adalid.

—El musiu gringo es gabacho, y se llama señor Gay —dijo don Diego con severidad—. Bueno, les dirás a los dos que me hagan el favor de disculparme, pero que un asunto urgente me obliga hoy a almorzar fuera; que se consideren en su casa y dispongan de todo como su dueño. Tenles los caballos listos con silla inglesa y los acompañarás si quieren salir. Que si prefieren quedarse, aquí hay unos diarios recibidos ayer en la tarde.

A cada frase Adalid se cuadraba, o decía: «Muy bien, mi comandante», «Perfectamente, mi comandante».

—Pasa donde Fitz Roy a decirle que le agradeceré venga mañana en vez de hoy, porque un negocio me obliga a almorzar fuera.

—Sí, mi comandante.

—Irás en seguida de una carrerita a casa de misiá Constanza y le entregarás la tarjetita que voy a darte.

Trazó entonces en una tarjeta de visita dos líneas que decían:

«Tengo que hablar contigo, espérame a almorzar. No es necesario que se entere Adalid de dónde almuerzo. Diego».

Pegó el sobre cuidadosamente y dijo con indiferencia:

—No hay contestación.

Adalid le pasó la capa, el sombrero y el bastón, y salió don Diego, camino de su oficina, hacia el Puerto.

Brillaba el sol dando la sensación de que entibiara el frío aire mañanero. Era un placer caminar, para don Diego, especialmente a esta hora temprana del día. Sentía con el ejercicio un más ágil vaivén de las ideas, y no era nunca tiempo perdido este momento gastado en el trayecto a pie de su oficina. Sin contar la importancia que le concedía para la salud al ejercicio.

Sus pensamientos se concentraban ahora sobre el asunto de que le hablaba Garfias, pues antes de abordar nuevamente el delicado tema con Constanza era conveniente reflexionar acerca de la manera de presentárselo. Con la niña había que manejarse con sumo tino si la quería llevar a cierto fin sin que se le «empacara».

De algo habría servido el cura Torres antes de morir; con sus infinitas intrigas, y al pretender envolverlo y embodegarlo en un matrimonio, no había conseguido sino quedar él, el muy bribón, enredado en la trampa; pues doña Ana Josefa, después de la enfermedad de la sobrina, manifestaba por segunda vez sus deseos de reconciliarse con ella. Lo que en otra época no conviniera, se le aparecía ahora como una verdadera intervención de la Providencia, y era preciso hacerle aceptar a la Constanquita este proyecto de volver con su tía. Este paso de doña Ana Josefa significaba sin duda que la vieja quería y estimaba a su sobrina, y posiblemente la llevaría a dejarle su fortuna, en desmedro de los frailes. ¿Cómo explicarse, entonces, que al morir no hubiese elegido Torres, para sucederle en el manejo de la vieja, a otro bribón como él: al Goycolea, por ejemplo, o a Manuel Rosales? Era una inesperada suerte para Constanza que esa estúpida y demente hubiese caído en manos de don Alejo Eyzaguirre. La reconciliación no podía caer más a propósito en estos momentos en que había de restringir su vida económica. Constanza no tenía idea del valor del dinero. La pobre-cita, sin embargo, a pesar de su mano abierta, era tan desinteresada que no representaría un cebo para ella la posible herencia de la tía: la única manera de hacerle considerar aquella conveniencia sería invocar la propia situación de estrechez que lo obligaba a él mismo a llevar una vida vecina a la miseria, y señalarle el porvenir de sus hijos: había que pensar en la educación de otro más, ahora con la llegada de Juanito... En fin, trataría de darse maña y de no precipitar el asunto. Las primeras redes estaban lanzadas y seguiría, con paciencia, evitando el írsele de frente porque si no arriesgaría que se le pusiese como buey empa-cado. Llevarla por bien daba generalmente el mejor resultado. Claro que si quisiera ponerle cara fea mandándole terminantemente que fuera a vivir con su tía, había de conseguirlo sin tanta demora; pero era de temer que un embodegamiento hecho con violencia durara como cuchara de pan; era preciso, por el contrario, que fuera a ello con su voluntad y por convencimiento, para que así viviera en buena armonía con la vieja y sufriera si se le presentaban ocasiones de sufrir. Por otra parte, si la vieja seguía demostrándole cariño, era seguro que

engañaba y hacía lo que quería de la Constanza. Había que escribirle en este sentido a don Antonio para que se viera con la vieja y con Eyzaguirre y cercaran allá la voluntad de la chiquilla en cuanto pusiera el pie en Santiago. El punto negro y que venía a desbaratar un poco estos planes era la llegada a Chile de doña Constanza Cortés. Esa mujer arrogante e imperiosa, capaz de echar a la dueña de casa a la cocina, con algún fin venía a vivir con la vieja. ¿No se podría conseguir con doña Ana Josefa que le pasara una pensión sin recibirla en su casa? ¿Cómo permitir que viniera a aplastar y desplazar a su sobrina indefensa! Pero sin duda la Rosalía y su madre podrían más sobre el corazón de la vieja, siempre que la otra no viviera en la casa.

Combinado ya su plan de embodegamiento, apresuró el paso, pues daba la media hora de las ocho el reloj de San Agustín y le faltaba poco menos de una cuadra para llegar a su tienda: había que ser puntual y principalmente con los gringos.

Nevazón perfumada en «El Almendral»: los árboles visten su copa blanca de primavera, y en la tupida florescencia se engarzan, como nidos, las casas o los ranchos.

Al son de sus campanitas, pasan las mulas con la carga de agua, y desde los carretones, atrasados verduleros vocean con grito agudo y destemplado el rosario de su jerigonza.

En la puerta de la primera quinta una vieja llama a los aguateros que se le pasaron: «¡Agua, agua!» les grita, y uno vuelve sobre sus pasos con la mula.

Por una de las ventanas ha llegado hasta la tortuosa callejuela la melodía de un canto de incomprensibles palabras.

—¿Casa e gringos? —pregunta el aguatero a la Pechoña, y alarga el cuello y la jeta situando a una invisible persona por el rastro del sonido.

Constanza canta y canta; es su mejor confidente el canto; la desahoga de sus preocupaciones, adormece sus penas, la baña de dulce evasión. Es la música, para la enamorada, como la caja de resonancia de ese otro canto inefable del corazón. Es un arma también su voz. La única, tal vez, que le queda para rendir a Diego.

«*Mein liebe, mein liebe...*» canta con la ferocidad desesperada de una leona a quien le fueran a robar su cachorro. Pero se ha detenido mirándose aterrada en el espejo; la peineta ha resbalado de sus manos. Tiene miedo, Constanza, de su propia expresión. Interroga su imagen, la de esa mujer —¿ella misma?— que ha gritado, cantando, trágicamente su amor. Mira, mira con estúpidos ojos: su figura pálida, extrañamente existe, se crea, adentro de un espejo, como un doble de su ser, las silletas de paja también se duplican, la mesa, y allá en el fondo, la cortina azul de la puerta; son *dos* cuartos, *dos* Constanzas, *dos* mesas, y *una* cortina que se mueve: ¿la del espejo, mal azogado, o la otra?

Se da vuelta hacia la realidad Constanza:

—¿Diego, has llegado?

Nadie contesta.

Constanza empieza a trenzarse el pelo, pero la cortina, a su espalda, la atrae como un imán.

—Diego, entra, estoy segura que estás allí.

Por la puerta que da al jardincito aparece Diego «como si viniera llegando», piensa Constanza que no lo cree. Está risueño, aunque ligeramente pálido, dentro de la habitual palidez.

—¿Qué hubo, mi niña, todavía no está lista?

Deposita unos paquetes sobre la mesa.

—Le traigo miel recién recibida de Pedegua.

Le da un beso frío en la frente: «como a los chicos», piensa Constanza, que se «deja» besar también, como los chicos. Pero lo escudriña con su mirada gris, y si no fuera tan listo y consumado el actor que tiene al frente, vería Constanza —¿y no lo ve, acaso, esa otra que lleva en sí misma, la gemela del espejo que vió moverse la cortina?—, vería un río de encontradas emociones, tras el dique de vidrio de unas pupilas azules, serenas, frías, reidoras; sabría que Diego llegó cuando ella estaba cantando; que su trágico acento removi6 aquellas entrañas suyas; que se detuvo y quiso darse tiempo para ponerse la máscara con que le sonr6, irónico, ahora.

Constanza está muda. Se ha vuelto a sentar frente al espejo y enrolla alrededor de su bien modelada cabeza las dos largas trenzas.

Ya se le «taimó» la niña. Es peor que la Rosalía. Si le pone cara fea, va a emperrársele de veras y no le sacará una palabra en todo el almuerzo. Por otra parte, hay que tratarla con un poco de consideración; está debilitada, nerviosa...

Un lloriqueo de gato nuevo se tamizó a través de la cortina azul.

Constanza se levanta a ver al niño. Diego la sigue. Para halagarla besa con afecto la frente arrugada de la criatura que parece todavía un diminuto viejecito.

—¿Cómo se porta Juan? —pregunta, mientras Constanza se sienta para darle de mamar al niño.

Constanza, displicente, no contesta. Pero a Diego no le dura mucho rato la paciencia en asuntos caseros; bastante ha de reservarles a los negocios públicos.

—Bueno, Constancita —dice—, yo no tengo tiempo que perder. Ud. lo sabe. He dejado a don Andrés y a Gay por venir a tratar con Ud. ciertas cosas de que ya hablamos ayer. Ud. dirá si prefiere que me vuelva con mis huéspedes.

Constanza siguió muda. Don Diego hizo ademán de buscar su sombrero.

—Ud. avisará cuando se le quite la «taima» —dijo, disponiéndose a partir.

Entonces Constanza, como si abriera compuertas del alma, prorrumpió en un desborde de lamentaciones:

«...que lo comprendía muy bien; ya no la quería...; que deseaba deshacerse de ella...; lo de mandarla a vivir con la tía era un pretexto para alejarla... Juanito no le importaba, tampoco...; a la Rosalía y al pobre Ricardo los tenía en un colegio encerrados...; tal vez a ella misma nunca la había querido...; la soportaba, solamente...; pero ella no era mujer de imponérsele por fuerza; tenía su dignidad, su orgullo...; ah, si no estuviera enferma, de sirvienta se entraba...; no quería deberle el pan si no se lo debía por amor...; en mala hora lo había conocido, por qué, señor, por qué...; ¡pero ya no le estorbaría!...»

Y continuaba, continuaba.

El se paseaba, calmoso, al parecer esperando que pasara el chaparrón.

—Estás tonta, Constanza —le dijo al fin—. Cálmate, por favor, mujer; le vas a dar una leche descompuesta a tu hijo.

—Sí, *mi* hijo, sólo mío.

Besó furiosamente al niño y se puso a llorar. El chico, que en todo este zamarreo se quedaba sin comer, rompió en llanto a su vez. Diego, entonces, se lo quitó de los brazos y lo puso en la cuna dándole el chupete. Luego se sentó en una sillita baja al lado de la de Constanza, y pasando el brazo alrededor del cuello de su afligida «niña», la atraía hacia sí, la arrullaba, en tanto con su mano libre mecía la cuna para que Juanito se durmiera y no estorbare. ¡Esta fregada chiquilla que de alguna manera llegaba siempre a desbaratarle sus propósitos de portarse un poco frío y distante! ¡Maldita voz, malditas lágrimas de Constanza!

En fin, no era el momento de ser inflexible con una pobre mujer.

Cuando la Pechoña golpeó, avisando que estaba la cazuela en la mesa, no la oyeron: resonaba en la estancia, en murmullos de besos, un apasionado canto de amor.

## CAPITULO XII

### EN EL RAYADO

¡T U-turú! ¡Tuturuuuú!

Desde la lejanía se esparció el cornetazo, y de los ranchos vecinos al huerto de lúcumas de «Don Pedro» salieron en algazara los chiquillos rotosos. Como los de Valparaíso, al son del cañonazo de las doce se

persignan o gritan: «¡Son las doce!», éstos, batiendo las manos frente a la casa del «gordo» Prieto, gritan, regocijados, esperando que aparezca don Pedro:

*«¡A comer y almorzar,  
que ya llama el capitán!»*

*«¡A comer y almorzar,  
que ya llama el capitán!»*

Pero como pollos que el gruñido de un perro espanta, al oír entre las matas del huerto la carraspera del «gordo», arrancan metiéndose detrás de las tapias.

«Ña-Peta-la-meica» sacó de una oreja a uno de ellos que se le había metido en su propia casa, el sinvergüenza.

—Estos lagartijas e chiquillos están ma resublevaos, entoavía, ende que llegó el arremolinao del Rayao.

Pero el chiquillo lloraba ahora:

—¡Me espegó l'oreja, la vieja bruja! ¡Mamíiita! —salió gritando hacia el rancho vecino en el que apareció ña Rosa a ampararlo.

—¿Qué te pasa, Cursiento? —preguntó. Pero al ver que le sangraba la oreja, embistió con un rosario de palabras contra la vecina.

—Tanta bolina pa na —contestaba la vieja—; que se unte un poco e saliva rezando un Padrenuestro, y se acabó.

—Sí, vieja bruja. Al capitán voy a llevárselo, y ahorita mesmo, pa que me lo cure y vea lo que pasa por estas tierras. Ese da remedios, y no saliva y mariguanzas que infestan, como dice.

—¡A ése ya le llegará por intruso! —masculló Ña-Peta-la-meica, levantando el puño en la dirección en que se oía nuevamente resonar un cornetazo.

—¡La segunda seña! —gritaron los chiquillos, mientras la vieja se metía a su inmundo rancho del que salía un humo negruzco con olor a hueso y pelo calcinados.

—Así nos tiene a todos sahumaos la vieja, cocinando sus porquerías pa embrujos, en vez de meicinas verdaeras.

El Cursiento continuaba llorando, mientras los demás chicos habían seguido, a cierta distancia, a la zaga del Gordo que caminaba, trepando y sudando, y agitaba para darse aire un enorme pañuelo a cuadros de vistosos colores, que parecía la bandera semafórica con la que contestara al lenguaje sibilino del cornetazo.

Ña Rosa se echó el rebozo y, tomando a su chiquillo de la mano, las emprendió hacia El Rayado.

—No te toquéis con tus manos sucias —le decía—; capaz que se te pasme.

«Cómo no le iba a creer mah al capitán que a la bruja: en pocos días, con sólo unos polvos «regalaos», y miel «regalá» y recetando comía sana, le había parao la diarrea al Cursiento. Y no cobraba la consurta como Ña-Peta...»

Don Pedro había seguido más arriba, pero los pilluelos estaban ahora detenidos frente al «cuartel», como llamaban ellos al rancho en que don Diego había instalado a los aprendices de una banda de músicos. Cada día y a cada hora, venían a mirar «cómo se toca» y sus ojos brillaban de envidia. No faltaba ninguno que pensara: «cuando yo sea grande voy a ser músico de banda». Ya silbaban todo lo que oían. Un cabo, adentro, salió a espantarlos y dió un formidable golpe en el bombo. Pero sólo sirvió el hecho para que se aumentara el regocijo de los niños.

—A ver, patrón —se aventuró a decir uno—, emprésteme la tambora; hasta yo sé tocar, así.

—Apúrale el tranco, niño —le gritó la Rosa a su chico, que se había detenido junto a los otros, olvidado, al parecer, de su oreja despegada—. Tenemos que llegar antes que se siente a almorzar el capitán. —Y agregó, estimulándolo: —Apúrale, a ver si pasamos al Gordo. Córrele.

Ya alcanzaban a don Pedro que, a pesar de la tercera seña, entre resoplidos y abanicamientos del pañuelo, disminuía un poco el apresuramiento de su marcha. Cuando lo pasaron, preguntó el Cursiento:

—Mamita, ¿por qué la ganga e don Peiro que lo convida a almorzar el capitán?

—Se aburrirá tan solo, pueh. Al «Ojo muerto» también por eso lo convida: pa hacelo pelear con don Peiro y que el herrero le eche en cara su guata e barril al gordo, y el gordo se ría del tuerto y le diga: «si a mí me gusta comer, a Ud. mah le gusta el trago, amigo». ¡Y ahí se arma la rosca y el señor Diego se entretiene que hay que ver!... ¡Así dice don Adalid!

—¿De veras que era mozo del capitán?

—¿Mozo... , mozo Adalid? Es su ayudante, vamos. Y si no, ¿cómo lo tendría ahora en la banda de platillero?

El niño no se atrevió a insistir porque había notado que a la mamita le gustaba echar sus «conversah» con el señor Adalid. Además, el señor Adalid le había prometido a él enseñarle a manejar los platillos. Pero vaya, qué necesidad de enseñar «eso qu'es tan fácil como silbar...» Otra cosa, sí, era aprender a zapatear como lo hacía Mateo.

—Mamita —dijo—, yo podía quedarme por el día donde el señor capitán; le ayudaría a lavar los platos a Montoya y espueh me ocuparía Mateo en espulgar los perros o peinar los caballos...

—Cállate, Cursiento. Pa que crea el señor Diego que vay a almorzar. Te verá l'oreja, y en cuanto nos dé la meicina, vueltos pa la casa, chiquillo mal criaio.

Ya estaban en El Rayado. Cruzaron por el caminito que orillaba un recinto con un cerco de alambre donde se divisaban cuatro potros.

—Esos —dijo el niño, señalando con toda la mano a los animales— los ha domao él mesmo. Y el otro día se zafó una muñeca porque ese colorao —volvió a señalar— el de mah allá —precisó— le salió chucarazo; nadien se había atrevió con él.

—Tú te lo pasai metío aquí pa ver zapatear al Mateo. Se lo voy a poner en conocimiento al capitán pa que no te admita.

Sin hacer caso de que lo regañaran, el niño, todo azorado, miraba en dirección a la pequeña terraza diciendo:

—Mire, mire, mamita: ¿ve como eh cierto? Está aguaitando con el aparato.

Don Diego, catalejo en mano, acechaba el camino para ver si venía don Pedro.

—Ya nos habrá visto hasta el alma mientras veníamos —dijo la Rosa con resignación—. Pero na sacábamos con habernos escondío. Aunque Adalid jura qu'es mentira qu'el mueble ese hace ver a través de las mismas paredes y los mismos techos y deviste al que anda con ropas.

—Que sabrá el Adalid... —dijo el Cursiento que prefería creer en que aquello era, al fin, una de tantas varillitas de virtud de las que hasta ahora sólo sabía por los cuentos.

Pero como ya estaban cerca y como don Diego, el telescopio al ojo en dirección al camino, no los veía ahora, se sentaron con cautela en unas piedras aprovechando de contemplar, sobrecogidos, el maravilloso aparato que, junto a otras razones, contribuía en el pueblo de la Placilla a darle una aureola de brujo al solitario de El Rayado.

Los peones estaban afanados, sudantes. Unos traían gangochos, otros amontonaban barro para afirmar el taco.

—Gánelo p'acá —gritó Mateo que se había metido a ver, y luego a ayudar, seguido del Cursiento.

—Abran la compuerta, nada se saca con el taco si no dan agua, caramba —ordenó don Diego, mientras, pala en mano, acuñaba aquí y allá el taco.

—Si está abierta, patrón —dijo un peón forzado. Apoyadas sus dos manos cobrizas sobre una pica, parecía considerar terminado su esfuerzo.

Don Diego fué a registrar la compuerta: en efecto, estaba totalmente en alto, pero sólo un hilo de agua se arrastraba por la acequia, y aunque se pusieren los tacos que se pusieran, no alcanzaría a rebalsar y llenar los fines del riego.

—El río eh mal mandao —dijo un gañán de ojos astutos y rostro curtido.

Así le estaba pareciendo a don Diego el río: «mal mandado». Resistía a todos sus esfuerzos y previsiones. Ya le habían predicho, amigos y vecinos, el fracaso: el desnivel del canal sobre el lecho del río,

la poca agua que traía éste... Pero él se había empeñado, siempre a la espera de suplir por medio del trabajo artificial, y había llevado adelante la construcción de la acequia.

Tiró la pala con fastidio y dijo:

—Prosigan la poda de la viña; aquí hay que esperar la buena voluntad de su merced el río. Nosotros ya hemos cumplido con nuestro deber de esfuerzo.

Los peones se echaron las palas y picas al hombro y se fueron mansamente arrastrando las ojotas.

Sin agua, ¿qué se podía esperar en esta meseta árida, agotada por los vientos, en que ni las hierbas más ruines crecían?... Meses de trabajo para verse así recompensado.

—Sí, cuando el río no trae agua, es vano canalizar y empeñarse...

Así se empeñaba él, desgraciadamente, en cada cosa, esperándolo todo de su voluntad, de su paciente energía, y afrontaba el obstáculo exterior seguro de vencerlo con prodigios de esfuerzo y de astucia.

En fin, este fracaso carecía de verdadera importancia. Seguiría un tiempo con la pequeña viña y ¡a deshacerse de El Rayado se ha dicho! Un mal negocio entre muchos en mano no bastaba a quitarle el sueño. Si hubiese conseguido aquí la paz y la tranquilidad esperadas, se daría por satisfecho, pero ya le estaban llegando, otra vez, las noticias políticas y las insistencias de los amigos para que no se desentendiese del Gobierno. ¡Fregado destino el suyo! Estaba por creer en una Providencia del Diablo y no del Cielo, que se proponía embromarlo y embromarlo.

El calor arreciaba. Don Diego contempló unos instantes todavía el primoroso trabajo de canalización llevado a cabo inútilmente. Se sentía irritado ante su impotencia: ¡ah, si dependiera de él y no del río...

Miró en la lejanía el Ligua turbio y lento.

Resignarse: traía sus compensaciones esa agua. A estas horas bajaba a bañarse la beldad del vecino fundo de Pullally. No había por qué perder las ventajas del río Ligua.

Llamó a Montoya para que le trajera el anteojo. Pero nadie asomaba en la cocina, aunque se oían voces confusas como si estuvieran riñendo. De pronto, ante un nuevo llamado, salió el Curşiento, y venía corriendo a saber lo que necesitaba.

—¡Dile a Montoya que me traiga el anteojo! —gritó don Diego. El chico se quedó indeciso, y al fin murmuró entre dientes:

—T'a ocupao, patrón.

—Pues, que se desocupe.

—Está... él y Mateo... Mateo lo insurtó, y él le contestó...; entonces están...

—¡Mateo! —gritó con fuerza don Diego, sin esperar más aclaraciones.

Salió Mateo perseguido por Montoya que se le venía a las manos, y se armó entonces afuera una verdadera rosca en que venían e iban los puñetes y se entreoía: «tú le ijiste al patrón... , él me lo ijo... , abris de entrarte la lengua, so demonio... , apriende a gente... » «Si no juí yo... y too porque sabís bailotear... »

Don Diego se había cruzado de brazos y contemplaba, gozoso, el pugilato que había provocado él mismo chismeando, como solía hacerlo para verlos pelear, a sus dos servidores. Pero Montoya era más fuerte y ya tenía el puño teñido con sangre de las narices de Mateo.

—Echale, Mateo —gritaba don Diego, animándolo; y luego, viendo que el esfuerzo del muchacho no bastaba a defenderlo de Montoya, se puso a palmotear silbando una cueca.

Tal un sonámbulo al influjo de ignotos mandatos, se apartó Mateo, y agitando los pies con furioso zapatear se desaparecía bailando.

¡Espectáculo siempre nuevo para don Diego! La agilidad, el buen oído de aquel imbécil que sólo para bailar servía, eran dignos de causar asombro; y más su peculiaridad de autómatas, a quién sólo bastaba oír palmotear, cualquiera que fuese el lugar y la ocasión, para salir como trompo disparado.

Montoya traía ahora el telescopio y se lo entregaba con solemnidad a su patrón.

Alelado por el baile, el Cursiento no hacía caso de «la varilla e virtud»: miraba y miraba con ojos de espantado respeto a Mateo o a lo que quedaba de Mateo, todo forma vibratoria, encarnación trepidante del movimiento perpetuo.

Don Diego se alejó sonriente: la cuerda dada, el juguete humano pararía cuando estuviesen exhaustas sus fuerzas.

Un caminito oculto entre las zarzas conducía hasta la ribera del río y por allí se podía bajar sin ser visto.

Parapetado por las matas, ahí se colocaba cada tarde don Diego, y, telescopio en mano, disparaba a la distancia ardientes miradas que el maleficio de una castidad precavida había de tornar invulnerables. Apareció al fin en el círculo del lente la imagen de una virgen con sayal.

Se metió al río la muchacha, y al cabo de algunos instantes de palmoteos y juegos con el agua, salió despegándose la ropa mojada que esculpía su cuerpo juvenil. Luego, acechando a su alrededor, como temerosa de que pudieran verla los invisibles seres de las soledades, resguardándose púdicamente con la sábana, se quitó el saco y empezó a vestirse.

¿Qué parte, pensaba don Diego, había tenido la presencia de aquella muchacha en su decisión de comprar El Rayado? Sólo ahora se formulaba nítidamente esta pregunta. Recordó la profunda impresión que le causara la joven vecina, cuando pasó bien montada en su caballo aquel día en que había venido él a dar un último vistazo a la propiedad para decidir la compra.

De manera, don Diego, que aquel corazón que «estaba como debía estar», que aquel viejo que «nunca lo sería verde»...

Se fustigó a sí mismo con unas cuantas carcajadas, y, levantado el ánimo, volvió hacia la casa por el senderito oculto entre las zarzas: así también sabía, entre los abrojos de la vida, volver por un camino escondido, pero bien trazado, a la meta de su deber.

\* \* \*

La luna, en alto, como un imán de luz que atrae, irrita la campiña: ladran los perros, cantan los sapos, se contestan con estridencia los gallos. Sin duda el sueño de las muchachas de la aldea sería inquieto, desvelado, esta noche: la luna llama, llama, con su insistente irradiación plateada.

Haya luna o estrellas, terminado el servicio en la casa de El Rayado, a las diez ya están durmiendo Montoya y Mateo Torres. Don Diego toma entonces su escopeta, hace él mismo cada noche la ronda, da al aire un disparo que espante a los merodeadores —disparo que suele a veces ser reemplazado por el de un volador: señal de que habrá fiesta en El Rayado— y, seguido de su fox-terrier Toy, va a soltar al perro guardián.

El enorme animal, a quien el encierro del día ha puesto pólvora en la sangre, libre ya de su cadena, estalla en un galope furioso. Luego vuelve hacia su amo, salta a su alrededor, se lanza nuevamente desplazando rápidas sombras, y así varias veces, hasta que ha botado por el camino un poco de la exuberancia que lo aloca. Entonces, por fórmula de poderío, le gruñe a Toy, y Toy —fuerte, a su vez, de otra clase de fuerza— le ladra y le mordisquea las patas. Sabe el gigante Gargantúa que le iría mal si mordiera a Toy: recibió su buena azotaina la primera vez que hizo el atrevido intento. Sin embargo, Toy no se aventura a hacer proezas sino en presencia de su amo. Considera su pequeñez frente a Gargantúa, suele pensar que éste muy bien pudiera de un mordisco hacer lo que él hace con los ratones desde que su amo le enseñó a cazarlos: Toy se siente ratón cuando está solo con Gargantúa, y se siente Gargantúa cuando asoma un pericote.

Así interpreta don Diego el sentir íntimo de sus perros mientras éstos se agitan en torno suyo y juegan con la luna a proyectar negras siluetas sobre el suelo.

Pero es hora de entrar, lo espera el mejor momento del día, el que reserva para abrir la correspondencia y sentirse ligado a los que quiere. Es decir, debería ser éste el mejor momento, y lo sería si no empezaran nuevamente a tocarle de política. Quiere estar enterado de

todo por cierto, pero sin que lo jodan con que ha de intervenir: él sabrá si ha de intervenir y cuándo. ¡Que lo dejen, que lo dejen en paz, carajo!

Después de encerrar a Toy en la despensa, donde tiene probabilidades de ejercer dignamente su oficio, pasa don Diego a su cuarto.

Antes de entornar la puerta echa un último vistazo al cielo. La luna parece fosforescente. Por supuesto hay paseo en La Placilla y las chicas andan al aguaito de sus galanes. A él lo esperaría alguna...; sin duda la sobrina de «Ojo muerto» ha dejado junta la reja en tanto duerme la mona el tío. «¿Me importa, acaso, la muchacha?», se pregunta don Diego. De ninguna manera: coqueta, insinuante, con olor a juventud, lo ha enardecido un momento y se acabó. Quisiera desechar este mal recuerdo que lo irrita: falta que tenga ahora que cargar con un guacho. La chiquilla no merece mayor consideración; es una fresca que si no se mete con él se mete con otro. ¡Volver la hoja, vamos!

¡Luna, luna!...

¡Cuántos recuerdos de amores, y se le va la juventud!

En Pullally una muchacha casta estará rezando. Otra más de quien es preciso, apartar el espíritu. Hay mujeres que deben serle sagradas al hombre, y éstas, rara vez tienen suficiente amor o valentía para vencer escrúpulos...

¡Constanza, querida chiquilla!

Un suspiro de agradecido respeto levanta su corazón en homenaje a la mujer que, en desinteresado amor, le ha rendido su virtud, su honor, su tranquilidad.

El parentesco lunar de los paisajes sigue evocándole en el tiempo y el espacio otras noches claras, otras mujeres.

Vamos, Diego, vamos: ¿de dónde te ha crecido tanto romanticismo? ¡Esto es un síntoma lamentable de vejez!

Encierra afuera la luna, don Diego, y enciende una vela. Se sienta frente a la mesita que le sirve de escritorio. Allí le ha dejado Mateo el montón de cartas recibidas en la tarde, algunos paquetes y una encomienda.

Al fin le manda Bustillos el botiquín tan solicitado. Cada remedio viene con su correspondiente explicación. Va a hacer, sin duda, curas maravillosas, y la pobre Ña Peta, su colega, le echará algún embrujo para librarse de tan peligroso rival.

Sonrió, y siguió abriendo los paquetes. Una esquila se escapó de uno de ellos. La recogió y fué leyendo:

«Querido amigo, le mando para entretenimiento de sus soledades dos libros que hemos leído y comentado con el choco Silva haciendo recuerdos de los buenos tiempos juveniles en que, en compañía de usted, discutíamos a estos nuestros autores predilectos. Ahí va, pues, el «*Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*», de Rousseau, que no pudimos obtener entonces cuando gozábamos con el «Contrato Social»; y de Voltaire: «*Essai sur l'histoire générale et sur les mœurs et l'esprit des nations*». Las clases de francés que le dió Bello en Valparaíso le permitirán apreciarlos directamente en el idioma. Léalos, no se bote a flojo, no diga que ahora no lee porque le bastan su Quijote y el estudio del inglés. Se encantará usted con estas obras; recuerde Ud. los tiempos de su vehemente admiración por el partidario de un *despotismo esclarecido*, por ese espíritu tolerante y progresista que quería que la palabra «Humanidad» fuese el primer distintivo de un ser pensante. Reciba Ud. el abrazo apretado de sus «amigos en Voltaire», *Cavada y Silva*, los que se mueren de ganas que les dé un ladito en su casa «desmantelada» del Rayado porque a ellos no es la casa, sino el inolvidable amigo, quien les importa».

—¡Queridos chiquillos!

Pero vamos, está «merengue» como una mujer; casi se le saltan las lágrimas porque dos amigos lo recuerdan con afecto.

¡Diego, te estás poniendo viejo!

—¿A ver, qué cartas vienen?

Las aparta, eligiendo una de Garfias, naturalmente; de Tocornal, de Constanza —asunto del pleito y de las tías, sin duda—, de Cardoso,

del bribón de Estanislao —¿qué nueva porquería le estará haciendo?—, de Cavareda, de Garrido, y para completarla... ¡una del propio don Joaquín!

¿Qué sucede para que se le descargue en masa el Gobierno?

Se decide por abrir la carta de Prieto.

A medida que lee va soltando carcajada tras carcajada.

No es nada la nueva: dimisión de los Ministros de Hacienda e Interior, y se le llama para que él los vaya «a poner bien» y a pedirles que vuelvan a sus puestos...

¡Que se coman todos como culebras! Que acabe don «Isidro» de enredarse solo. Y si no, que se decida de una vez a gobernar de una manera pronunciada. Se le ha indicado el buen camino, ¿por qué no lo sigue? Pague pues por sus pecados el pecador, y véase en el Infierno que ha merecido. Lástima grande que, a fuerza de desaciertos, saldría pagando el pato el mismo Chile. Había Dios, sin duda, y era protector de este malhadado país; si no, ¿cómo explicarse que no se hundiera con los repetidos golpes que le asestaban por todos lados los malos patriotas, los añiados, los imbéciles y los Presidentes de carácter indeciso y timorato?

En fin, pensándolo fríamente, a las tales renunciaciones no les daba demasiada importancia. Ya volverían los Ministros —no habían renunciado en circunstancias en que, por dignidad y respeto de la Constitución, debieron hacerlo—, y si no, ya se les buscarían reemplazantes o de alguna manera se les comprometería a volver.

—¡Y basta por esta noche de política! —exclamó apartando de sí las cartas. Las de Constanza y de Garfias las dejó sobre el velador para leerlas cuando estuviese en la cama. Tomó, entonces, el librito en inglés sobre leyes criminales que acababa de regalarle Fitz Roy y se puso a estudiar.

No se oía un ruido, no se sentía un alma. Sólo afuera el no interrumpido ladrar de los perros cortaba monótonamente el silencio blanco.

INTRIGAS DESDE EL PERU.— LOS  
FILOPOLITAS

EN el umbral de su tienda, chiquito, flacucho, los ojos al acecho, don Mariano de Arís está de pie; las piernas un poco separadas, las manos con los pulgares embutidos en cada embrase del chaleco. De vez en cuando se empina como si quisiera suplir con este movimiento la falta de ejercicio, o darse la ilusión de ser más alto, o calmar la habitual nerviosidad de su persona inquieta. Injerto de caturra y gata, a caza de noticias que acumula por instinto de su espíritu novedoso, pero con el sagrado fin de mantener siempre al corriente a su ídolo en destierro, detiene a todos los conocidos que pasan al café de «La Nación», y le escucha hasta el respirar a cuanto cliente se enfrenta a su mostrador.

Mientras llegue la hora del movimiento entabla conversación con su vecino, «el Cholo», como apodan en los portales al peruano que arrienda actualmente el local ocupado antes por Rengifo.

—¿Qué hubo, mi buen Zabala, qué nuevas me tiene? —dice don Mariano, y atisba con el rabillo del ojo la expresión del buen Zabala.

—Iba a hacerle a Ud. la misma pregunta —contesta cauteloso el Cholo».

—¿Se refiere Ud. a las cosas de Chile, o de su tierra? —inquiere don Mariano, y sin esperar contestación continúa, locuaz: Oh, lo de las elecciones ha pasado a segundo término. Por otra parte —comenta como si su manera de sentir fuese extensible a todo el mundo— que salga Prieto, o Rengifo, o el mismo Portales, que... que... que... —sus labios se fruncen, despreciativos—, siempre serán *usurpadores* del puesto que sólo a uno corresponde: al salvador, al glorio-

so, al irremplazable O'Higgins —su voz hace por teñirse de elocuencia y, como parte su entusiasmo del corazón mismo, casi lo consigue. Mas, luego se alza de hombros manifestando que desecha importunos pensamientos—. No hablemos de aquí —dice con dejos de filósofo que sabe a qué atenerse respecto de las cosas humanas—. Lo que preocupa la opinión son los tristes sucesos de Lima. Gamarra por un lado, Orbegoso por otro. ¿Quién saldrá venciendo, quién? ¿quién?... Entre tanto se despedaza el país... —suspiró en demostración de condolencia.

—Yo me he venido —dijo «el Cholo»— cuando comprendí que todas esas contiendas civiles, lejos de ser movidas por el patriotismo, son hijas de ambiciones e intrigas personales de los distintos caudillos; y sólo volveré cuando resuelva la situación el hombre fuerte e inteligente que ha de salir envolviéndolos a todos.

—¿El joven Salaverry?

—No... —el peruano se dió tiempo para pensar si diría o no su pensamiento y si convenía o no darlo, pero luego prosiguió—: Ud. es chileno, vamos, bien puedo hablar: el hombre a quien me refiero es Santa Cruz. El y Gamarra sueñan cada cual por su lado con la unión del Perú y Bolivia restableciendo así el dominio del antiguo imperio incásico. Pero sólo llevará a fin la empresa Santa Cruz, acuérdesese de lo que yo le digo, y tal vez no falte mucho. Soy paisano y amigo suyo: tengo sangre boliviana por mi madre —explicó— y sé cuánto se puede esperar de este hombre inmenso. Lo admiro como admira Ud. a su O'Higgins, lo que no es poco decir —subrayó sonriendo, y sus labios descubrieron dientes de coipo, amarillos, y azulosas encías; sus ojitos oblicuos de canaca se plisaron.

—¡Santa Cruz! —exclamó don Mariano levantando los brazos—. Lo conocí, señor, sí, sí, cuando estuvo aquí de ministro, el año 26; venía a jugar ajedrez a mi café —decía «mi» café siempre que se refería al de «La Nación», tal vez por ser contiguo a su tienda—. Preguntaba siempre por don Diego Portales, que se lo pasaba en Valparaíso. —Se interrumpió para hacerle un reverendo saludo a don Fernando Errázuriz que venía pasando, tieso, heráldico, y apenas le con-

testaba con una breve inclinación de cabeza—. Este va a jugar su partida de rocambor con Palazuelos —explicó don Mariano a su vecino—. Es un Errázuriz, de la grande y poderosa familia que Ud. habrá oído apodarar «los Litres».

—¿No son los que financian el diario de oposición que acaba de aparecer?

—Parece... Pero entre los que dirigen «El Filopolitas» está el propio hermano del Ministro de Hacienda, ¿sabe? Y el que mueve la máquina, aunque entre bastidores, es Campino. No el militar —explicó— Joaquín, el amigo suyo, vamos, que acaba de llegar de Lima. —Como «el Cholo» no parecía darse por entendido, insinuó, interrogador—: ¿Ud. ha de saberlo mejor que yo?...

—Yo no sé nada. —Los ojitos oblicuos titilaron levemente.

—Aquí se ha corrido que venía de emisario de O'Higgins y Freire a quienes había reconociliado. Pero a mí nada me dice el Director.

—No lo crea Ud. El que sí, tal vez, viene con algún fin es...

—¡Bilbao! —dijo don Mariano sin poder contenerse—. Ud. lo sabía también. A mí me lo comunica el Director con gran reserva, y por eso le preguntaba yo denantes qué nuevas tenía Ud.

Se cuchichearon un momento, recelosos de que pudieran oírlos.

—Yo no me meto en política —dijo en seguida don Mariano—; pero me gusta estar al tanto de cuanto pasa...

Después de meditar un momento en lo que le acababa de decir Zabala, exclamó a media voz, como si pensara para sí solo:

—Colcura... Chiloé... ¡Este era mi proyecto para el Director, y no lo quiso aprovechar!

Sus ojos miraban afiebrados en lontananza la apoteosis alucinatoria de aquella llegada del Héroe que sólo en su imaginación tendría lugar: ¡los vítores serían para otro!...

El cuadro invisible que enfocaba la pupila de don Mariano se fué disipando, absorbido por la realidad de una presencia: doña Mariquita Cotapos, seguida de su criada india, venía por los portales. Ya le había anunciado a don Mariano su visita, y él quería atenderla personalmente en las compras para su ajuar de novicia. Don Mariano

la miraba venir con cierta compasión: Vaya, la niña más culta de Santiago, que hablaba el francés y el inglés como su propia lengua, y hacía versos... tan educada, tan señorita para tratar a la gente... Y todo —si había que creerle a doña Cata Opazo que le iba a coser la ropa— por un despechado amor a ese pícaro de Portales.

Del momento que se habían propuesto con Gandarillas llevar a cabo la candidatura de Rengifo a la próxima presidencia, no había que descansar en los medios de acción; no bastaban los artículos de «El Filopolitas», que, desgraciadamente, empezaba a ser contestado por ese «Farol», guiado, de seguro, por el mandón; era necesario tratar de atraerse, a más de los diversos bandos derrotados, a los propios amigos de Portales.

Ya estaba empezando el Tuerto la campaña, y se preguntaba Benavente, mientras golpeaba con el aldabón la puerta de su amigo, qué novedades le tendría éste, si había o no resistencia marcada a los argumentos aducidos. Pero no bien le abrió el criado, un resonar de voces en animada discusión le detuvo y se quedó en el zaguán, tendido el oído hacia el salón. La voz que entrechocaba con la del Tuerto era, sin duda, la de Elizalde, y creyó distinguir a través de las palabras en el acalorado diálogo, que se trataba de Portales:

—¿Hasta cuándo se arriesgan en manos de ese loco, de ese quemado? —decía Gandarillas.

—¿Cuáles son, c... los defectos que tiene que sacarle usted a ese loco?

—¿Me lo pregunta usted de veras o por burla?

—¡Váyase al c...!

—¡Y usted, váyase a diez!

Un portazo, y salió al zaguán hecho una fiera Elizalde. Luego apareció tras él Gandarillas.

—¡Pero cálmense, qué les pasal —dijo con amable gesto Benavente.

Gandarillas sujetaba ahora a Elizalde, pero éste, sin hacer caso de ninguno, tomó su sombrero y salió en forma que daba a entender lo vano que sería sujetarlo y disculparse.

Gandarillas se alzó de hombros.

—Cualquier día nos explicaremos; está hoy demasiado acalorado.

—¿Qué le ha dicho Ud.?

—Le propuse la candidatura de Manuel, y él me contestó que estaba por la reelección de Prieto o por que se eligiera a Portales. Le pregunté, entonces, cuáles eran las cualidades que le encontraba a éste para Presidente, y cuando me las enumeró se las rebatí. Se indignó, me insultó, y Ud. ha visto el fin. El loco, el quemado, los tiene en su mano, en su mano —repetía exaltándose.

—Cálmese —dijo Benavente dándole golpecitos en el brazo, con el tono de quien promete una golosina al niño para que deje de llorar—: acaba de ocurrírseme un plan que si lo llevamos a cabo va a quitarnos al loco del camino. Por otra parte, la plaza ya es nuestra. Han entrado en juego las mujeres en el asunto ese: la esposa de Borgoño, la de Las Heras y otras, conseguida la entrevista por María Vial, lograron ablandar y convencer al buenísimo de don Joaquín, que les prometió firmar el decreto. Bien sabía doña María que su primo sería sensible a las lágrimas femeninas.

Se regocijaba interiormente de haber combinado él mismo aquel hábil plan, pero su satisfacción se tornó pronto en amargura: Gandarillas lo miraba con desconsuelo dejando caer estas palabras:

—¡Desgraciado! No ha pasado el decreto, acaba de detenerlo en el último instante Tocornal.

—¡No puede ser!

—Hace media hora me lo dijo Garfias que me detuvo «amigablemente» —dijo con sorna, apretando los puños— para soltarme la ducha.

—Por algo se lo pasa en Las Cajas el «otro yo» —dijo Benavente con fingida serenidad, pues le dolía darse por vencido—. Lo que Prieto no veía —continuó— se lo aclararon ojos más listos: no siendo repuestos los militares dados de baja, ya no han de temer los jefes actuales por sus ascensos y quedarán adictos al régimen. Pero si falla

un medio, no faltan otros. Existe una manera de debilitarle a Prieto el Ejército. ¿No se podría proponer la candidatura del general Cruz, por ejemplo?

—¡Su sobrinol

—Con maña, naturalmente, recomendando al mismo Prieto, por alusiones, que ceda a su sobrino la presidencia porque aunaría mejor los diversos sectores de opinión...

Ya estaba exaltándose Gandarillas con la nueva idea.

—Busquemos a Pradel —dijo—; hay que proponérselo inmediatamente.

—Dejar venir, mi amigo, no hay por qué precipitarse. Ya hablaremos con calma. Yo tengo que pasar a buscar a la Ana María a casa de doña Manuela que tiene «un té», como dicen ahora nuestras damas desde que la moda inglesa va relegando el sabroso maté a las simples reuniones del hogar.

—¿No me ha dicho Ud. su proyecto?

—Vamos saliendo y me acompaña Ud.

La tarde era clara, sin embargo se sentía electricidad en la atmósfera.

—Un día como para temblores —observó Gandarillas husmeando.

—¡Temblores!, está Ud. siempre oliendo temblores.

—Algo me lo avisa en mi sangre cuando va a haber temblor. Sí, aunque Ud. se mofe —repuso un poco amoscado Gandarillas.

—Puede ser. A mí me sucede algo parecido con los acontecimientos políticos que se preparan.

Habían seguido por Catedral hacia el Este y llegaban a Tertinos.

—Doblemos aquí —propuso Benavente.

—¿Pero no va a casa de doña Manuela?

—He cambiado mi itinerario. Quiero pasar a la casa de Moneda y ya sabrá por qué. ¿Me preguntaba Ud. por mi otro proyecto, verdad? Pues, es éste: enviar a España, como Ministro Plenipotenciario, a don Diego.

—¡Sería magnífico! —exclamó con cara de iluminado Gandarillas.

Pero casi sin transición se le nublaba el rostro—. No aceptará —dijo con desencanto.

—Aceptaré, porque se le pondrá cebo a la proposición, y el cebo es éste: tiene allá la familia Portales un derecho a mayorazgo, y no les vendría mal en su actual situación de fortuna heredar aquel bien. Hay que hacerle la proposición a don José para que intervenga éste con su hijo. A eso voy. ¿A qué dejarlo para mañana? Me esperarán un poquito donde misía Manuela Caldera.

Habían llegado a la Moneda.

Gandarillas estaba en admiración ante el ingenio de su amigo. Sacudía con entusiasmo la mano que éste le pasaba para despedirse.

—No me la zafe —dijo Benavente, y retirando su mano la agitó como ratificación cordial de despedida; luego se oyó en el duro enlozado el ruido de sus botas que se alejaban.

Gandarillas siguió hacia el centro. Quería pasar al ministerio para averiguar con Rengifo cómo se había conseguido, tan a última hora, detener el proyecto a favor de los militares dados de baja.

Ya había tomado asiento el Presidente en el alto sitio de su despacho. El oficial del Ministerio de lo Interior disponía unos papeles sobre la mesa.

—Urizar —dijo su Excelencia—, hágame el favor de decir a los Ministros que pueden pasar.

El oficial hizo una venia y salió a cumplir las órdenes.

El Presidente fué tomando uno a uno los decretos y poniendo su firma al pie de los oficios:

«Joaquín Prieto... Joaquín Prieto... Joaquín Prieto...»

Corría sola la pluma. ¡Cuántas veces había escrito este nombre, y cuántas seguiría escribiéndolo si nuevamente lo nombraban en las elecciones! Le parecía necesaria su presencia en el Gobierno si se quería llevar a cabo la obra comenzada.

«Joaquín Prieto... Joaquín Prieto... Joaquín Prieto...»

Mas, era imprescindible el apoyo de Portales. La experiencia y la observación le demostraban que su más desinteresado y fiel conse-

jero era don Diego. Abría al fin los ojos sobre los manejos de «la prima» que aspiraba a llevar a Rengifo a la Presidencia.

•Joaquín Prieto... Joaquín Prieto...•

Pero Rengifo le daría al Gobierno un rumbo distinto y se perdería todo el trabajo emprendido. ¿Consentiría Portales en volver a los asuntos públicos?

•Joaquín Prieto...•

Estaría dispuesto a someterse a todas sus condiciones, a ser un instrumento en sus manos, ya que esas manos eran limpias, firmes, abnegadas y leales: las únicas que sabían bien cómo y hacia a dónde se debía marchar.

•Joaquín...•

Dios podía leer en su corazón sin orgullo las buenas intenciones que lo animaban, y así lo ayudaría a cumplirlas: aceptaba entregarse en las manos de un hombre para ser el verdadero instrumento en las manos de Dios.

«Joa...»

Sería «el que firma», ya que así lo disponía el Señor. Acababa de levantar la vista como si mirara al cielo para dar fe a Dios de sus sentimientos de modestia, pero en ese instante entró Rengifo, y don Joaquín, al recordar lo que le había manifestado en la mañana Garfias sobre las intenciones de su Ministro, indicándole adónde llevaría el decreto a favor de los militares, sintióse invadido por una oleada de indignación, y comprendió, vagamente tal vez, que no sólo por modestia se sentía dispuesto a someterse a Portales, sino porque era la mejor manera de disputarle la elección a Rengifo.

Al mirar a su Ministro lo veía ahora con nuevos ojos: como si caída de repente una máscara juvenil, apareciera al fin el verdadero rostro actual de éste. Había cambiado sin duda. No era ya el ingenuo muchacho dispuesto a acatar órdenes, a esperar que otros resolvieran. Su brillante carrera en el Ministerio lo había engraido. Lo que aprendiera de amigos más hábiles le parecía experiencia propia, y creyéndose fuerte, quería volar orgullosamente por sus propias alas.

«¡Don Decretos, Don Proyectos!» —dijo para sí, con no acostumbrada ironía, recordando los apodos que Portales le ponía al Ministro. Pero su espíritu conciliador y bondadoso se sobrepuso a la pasajera malevolencia y trató de responder con amabilidad al saludo de Rengifo.

Como Tocornal venía entrando, les indicó sus asientos y ambos se sentaron frente a él.

A pesar de la reconciliación, perduraba cierta frialdad entre los dos Ministros. Vencido ya por Tocornal en el asunto de la separación del Seminario con el Instituto, se sentía de veras ofendido Rengifo por la anulación de su último decreto. Felizmente, en el asunto que discutirían ahora estaban de antemano conformes.

El Presidente hizo un gesto como invitando a Rengifo a iniciar la sesión:

—Ministro... —dijo.

Rengifo lo miró, sorprendido de este trato que no acostumbraba a darle en las reuniones privadas. Pero caía: habían corrido las intrigas. El súbito cambio del Presidente para negarse a firmar el decreto no se debía a que «pensándolo bien» le había parecido una medida imprudente, contraproducente. Eran otros los que se lo hicieron pensar.

Tocornal permanecía impassible. No así Prieto, que después del brevísimo, pero embarazoso silencio en que los tres medían a su manera la situación, se agitó en su sitio, como si calzara mal el asiento, y luego, volviendo a señalar a Rengifo con ademán amable, en la ilusión de que al repetirla en otra forma se borraba su anterior invitación, dijo:

—Rengifo, haga Ud. el favor...

—Presidente —recalcaba con sutil represalia Rengifo—, he creído conveniente redactar una prolija exposición de todas las controversias que hemos de agitar ante el representante peruano, cuya copia puede serle enviada antes del debate para que medite a solas, a su vez, sobre los distintos puntos que se han de resolver. Se reducen así al mínimun las discusiones o explicaciones a viva voz.

El Presidente aprobó con un movimiento de cabeza.

—Ud. nos economiza hasta el tiempo —observó Tocornal, encubriendo con una amable sonrisa su ironía.

Halagado Rengifo por lo que tomaba a alabanza, proseguía:

—Pueden reducirse a tres los tópicos en tabla: 1.º la deuda del empréstito; 2.º los derechos aduaneros; 3.º los derechos especiales con que se gravan las mercaderías reembarcadas en Valparaíso.

Entró entonces en pormenores sobre los distintos puntos.

Aquella deuda de un millón quinientos mil pesos que había cedido Chile del empréstito contratado en Londres en 1822, más los gastos de la Expedición Libertadora y los cruceros marítimos, representaban unos diez millones noventa y cinco mil pesos, enorme suma que la economía chilena había sufragado con extremo sacrificio.

Entre tanto, el trigo, que durante el régimen colonial pagaba doce centavos, quedaba gravado desde el año 24 con tres pesos por fanega.

Y; para completar esta situación angustiosa, venían ahora los peruanos a anularles todo beneficio que le reportaban a Chile los almacenes francos, gravando con derechos especiales las mercaderías reembarcadas desde Valparaíso, mientras mantenían los derechos generales a la misma mercadería que llegaba directamente del puerto de origen. Así, Valparaíso, que había logrado convertirse en el primer centro comercial del Pacífico, se veía despojado súbitamente de sus ganancias, de las que usufructuaría en cambio el puerto del Callao.

Le había parecido necesario —decía Rengifo— reconstruir con todos sus detalles la historia de las relaciones comerciales entre los dos países durante once años, señalando al plenipotenciario peruano los entorpecimientos continuos de que se había valido su país hasta la fecha para postergar, siempre en desmedro de los lesionados intereses chilenos, el acuerdo justiciero al que habían de llegar ahora sin mayor dilación.

Dadas estas explicaciones, dió lectura a su prolijo trabajo.

Luego que hubo concluído entraron los tres a discutir la forma en que se redactaría la carta al Presidente del Perú.

El oficial mayor había entrado a dejar unos oficios. Se acercó al Presidente y le dijo al oído que venía llegando Garfias.

—Hágalo pasar a la salita —contestó el Presidente—; ya voy.

Entretanto, mientras se paseaba don Antonio en la sala común de espera, aparecía a su vez el Tuerto Gandarillas en busca de Rengifo.

—Vaya —exclamó al divisar a Garffias—. ¿Ud. por aquí otra vez? ¿Hay algún nuevo decreto detenido, o qué otras noticias puede Ud. comunicarme?

—Por ahora no —contestó con exagerada amabilidad don Antonio—, pero quizás si en unos pocos días le tenga una sorpresa... —y como su primo, el oficial mayor, le hacía señas de que pasara; sin más abandonó la sala de espera dejando perplejo al pobre Tuerto.

Un grupo de tres damas se divisaba en el estrado cuando penetró Méndez en el salón, acompañado del amigo que venía a presentarle a la dueña de casa.

No bien divisó doña Manuela Caldera a sus visitantes, se levantó apresurada adelantando a su encuentro.

—Bien venido Ud., mi amigo —dijo al Ministro de Bolivia. Y, haciendo una nueva cortesía al acompañante que éste le presentaba exclamó—: Celebro verlo a Ud. por mi casa, señor Vidaurre, y sólo siento que no haya venido también su hermano el coronel.

—Le escribí, señora —contestó don Agustín Vidaurre—, comunicándole su amable convite, pero está de guarnición en el Sur, cual se lo dije a Méndez, y no ha podido abandonar su regimiento.

Les presentó doña Manuela a sus amigas.

—La viuda de nuestro recordado Tupper —dijo señalando a doña Isidora Zegers— y Ana María Cotapos. ¿Pero Uds. la conocen, creo?

—¿La señora de Benavente? —preguntó don Agustín—. Soy muy amigo de su marido —dijo—; jugamos rocambor en «La Nación» y nos juntamos siempre para las riñas de gallos.

Doña Ana María no pareció celebrar estos entretenimientos de los que su marido no le había dado participación.

«De manera —se decía— que las tales reuniones políticas... En fin, paciencia, así son los hombres y era preferible el rocambor a las filarmónicas.»

Se sentaron. La conversación no prendía. Las mujeres estaban distraídas: doña Ana María, por imprevistas sospechas contra el marido; doña Isidora, porque esta reunión en casa de la esposa de Freire le traía dolorosos recuerdos; doña Manuela, por la excitación que le producía la espera del que pronto llegaría. Hacía calor, y en los movimientos precipitados del abanico manifestaba cada una su particular desasosiego y a un mismo tiempo la común expectación de todos. Méndez propuso que se abriera la ventana, y doña Manuela aprovechó este pretexto de agitarse abriéndola ella misma. Volvía a su asiento cuando de pronto se detuvo: el cascabeleo herrumbroso de la campanilla había resonado en el patio.

—¡Es éll —exclamó palpitante, y todos esperaron en suspenso la entrada del huésped que, recién llegado de Lima, estaba de incógnito en Santiago.

Pero doña Manuela había salido al zaguán, donde Bilbao y Pradel se quitaban el sombrero.

—¡Rafaell —exclamó desfalleciente, y se abrazaba de Bilbao como si su presencia la acercara al ser querido.

Pradel había pasado discretamente al salón, mientras Bilbao, en breve coloquio, daba a doña Manuela noticias de Freire: Ahora había esperanzas de poder llevar a cabo «aquello». Contaban con la ayuda de los peruanos. Había venido a tantear el terreno en Chile. Aquí era preciso ganarse a algún jefe del Ejército...

—Lo tendremos —decía vibrante doña Manuela—. He invitado precisamente para presentárselo a Ud. al hermano de Vidaurre. No estará mal irse primero indirectamente. El coronel es algo cauteloso... En fin, no se comprometería así no más, según Pradel, y para arriesgar su espléndida situación: es el mimado de Portales. Claro, existe su rivalidad con Bulnes, como insinúa Méndez, el Ministro de Bolivia, que es ahora de los nuestros. Como ve, si nos fallara Gamarra, tendríamos a Santa Cruz. En fin, ya hablaremos detenidamente después

que estemos solos. Por ahora deseo que se conozcan todos con Agustín Vidaurre, y Ud. debe conversar con Méndez.

Pasaron al salón.

Doña Isidora y doña Ana-María festejaban ruidosamente la llegada del antiguo pipiolo. Lo asediaban de preguntas: ¿Qué era de Novoa? ¿Le gustaba Lima? ¿Y las, peruanas, qué tales, mejor que las chilenas? El clima, el viaje...

Entretanto los hombres hacían averiguaciones más precisas y sólo en el sentido de la política.

Bilbao trataba de contestar, aquí y allá, a cada persona; y como se cruzaban dos y tres preguntas a la vez, parecía aquello un juego de prendas. Al fin fué tomando éste rumbo de conversación.

—Me escribe Joaquín de Mora —dijo Pradel— que continúa la lucha entre Gamarra y Orbegoso.

—Sí, está la guerra civil bastante enardecida —dijo Bilbao— y ahora el joven Salaverry se prepara también a la contienda.

—Ya se acabarán las luchas fratricidas —dijo sentenciosamente el Ministro boliviano—. ¿No lo cree así, mi amigo? —preguntó con una mirada de complicidad dirigiéndose a Pradel.

—Oh, si interviene el gran Santa Cruz...

—¿Y por qué no intervendría?

—Tal vez no convenga al equilibrio sudamericano el predominio sobre sus vecinos de un Estado demasiado poderoso —observó Bilbao—. Y éste sería el caso para la unión de Perú y Bolivia, pues supongo, señor —dijo a Méndez—, que Ud. se refiere a este posible suceso...

Méndez hizo un gesto vago.

—Y, a propósito, ¿qué es de Mora? —preguntó doña Ana María; recordando al que había sido profesor y luego correligionario político de sus hermanos cuando tenía a su cargo el Instituto.

—Al fin ha encontrado el pobre desterrado un empleo que lo saca de la miseria y le honra. Es ahora secretario privado del propio Santa Cruz.

Celebraron todos el hecho.

—¡Otra víctima de Portales, el pobre don José Joaquín! —exclamó Pradel—. Siempre ha de alejar a los hombres de talento que son los que pueden ver en su juego.

—¿Está siempre en Valparaíso? —preguntó doña Manuela—. Yo lo paso encerrada en San Felipe en el fundo de mi padre, y aunque me informo de todo, muchas noticias se me escapan. Me parece que actualmente poco se oye hablar del tirano. ¿Dicen que se ha desentendido de los negocios públicos?

—Vive en el pueblecito de La Placilla, por la Ligua; trabaja en labores agrícolas —dijo Pradel—. Pero como se acercan las elecciones, verán Uds. que sale de su escondite.

—¿Es verdad que se ha susurrado su nombre como posible candidato? —preguntó Bilbao.

—¡Semejante desatino sería nefasto a vuestro país! ¡Abajo la tiranía! —sentenció Méndez como si lanzara un fulminante.

—No aceptaría la presidencia; no tiene esa ambición —observó Pradel—, aunque, sí, la de dirigir el mando. El ideal, para él, sería conservar a Prieto.

—No está tan bien con Prieto —dijo doña Ana María— y es lo que pone intranquilo al Presidente. No sabe qué hacerse porque Portales no quiere intervenir para nada, y como desconfía ahora de Rengifo, en quien ve un posible rival, sólo le queda Tocornal para apoyarse, y al sentirse tambaleante se ha puesto más «Isidro» que nunca.

Méndez hizo un ademán demostrando que no entendía y que le explicaran el significado de aquella comparación.

—Es el apodo que le ha puesto Portales, según el nombre de un pobre mentecato: Isidro Ayestas, que ha sido durante años el hazmerreír de la juventud santiaguina.

—Tengo otra opinión de Prieto, y Portales me parece bastante irreverente —dijo Méndez.

—Prieto —dijo doña Manuela—, si no es un mentecato, es en todo caso un desleal. En cuanto a Portales... ¡Portales! ¡Portales! —exclamó con odio—. Quiera Dios que nunca vuelva al poder. Y si

tal sucediera, es de esperar que no faltaría un buen patriota para librarnos de tan nefasta presencia.

Todos miraron con estupor a la dama que osaba proferir tal insinuación. Pero se disipó el malestar con la entrada del criado que traía las bandejas para el té. Tácitamente aprovechaban los invitados para acercarse unos a otros según su conveniencia. Las señoras se pusieron a hablar de modas, de chismes sociales. Bilbao conversaba con Vidaurre; Pradel con Méndez.

—¿Cuándo se va su hermana al convento? —preguntó doña Isidora a la Ana María.

—Este otro mes; aun no tiene listo su ajuar. Sólo ahora hemos conseguido a la Cata.

—Se la pelean todas. Yo la hice llamar hace poco para que me hiciera un camisón de angaripola y fué imposible obtener que viniera.

—Es que ha quedado sola con la María Inés. La otra peleó con el novio y se fué a servir al Sur, «para la mano» en casa de esos Izquierdo, sabe, unos pipiolos muy ardientes de allá.

—¿No me había anunciado Ud. que vendría Benavente? —preguntó Bilbao a doña Manuela.

—Por supuesto y no me explico su atraso —contestó ésta consultando con la mirada a doña Ana María.

—Yo tampoco. ¿Quizás alguna partida de rocambor muy disputada? —dijo doña Ana María que estaba saboreando con recelo su rica taza de té.

Pero la campanilla vino a contestarles a todos y pronto estuvo entre los del grupo Benavente, el que, a juzgar por la impresión contenta de su rostro, traía probablemente alguna buena nueva.

Vuelto a su casa, Garfias llamó a su hermana Rosario para que le entregara la llave de la pieza «del fondo».

—Mira —dijo—, quiero ver por mis ojos cómo ha quedado el trabajo de la puerta. ¿Sabes? —agregó—, voy a confiarte la verdadera razón que me llevó a transformar aquella ventana en puerta.

Doña Rosario se sonrió.

—Tal vez ya lo he adivinado —dijo con malicia—. Estás siempre con la idea de que pueda darse una vuelta por Santiago el «viejito», y quieres tenerle una buena pieza de alojado, independiente, que logre tentarlo a aceptar de ser tu huésped.

—Vaya —dijo Garfias, como si se sorprendiera—, las mujeres se hacen las lesas, y cuando uno va, están ellas de vuelta. Bueno. Sí, ésa es la razón. Pero quería avisarte, además, que tal vez no diste demasiado ese día en que tengamos aquí al «viejito». Es necesario, por lo tanto, que busques entre los muebles que están guardados los que puedan convenir, y si falta algo pídelo al tío Miguel que me había ofrecido, ahora tiempo, un armario y unas sillas.

Doña Rosario había palmoteado y saltaba de gusto como una chiquilla.

—No te entusiasmes, no hay ninguna seguridad todavía. Precisamente me voy mañana a Valparaíso, donde él ha de ir unos días a revisar las milicias, para alcanzarlo en el Puerto y convencerlo de que se venga. No quiero que lo sepan las chiquillas.

—¿Cómo no han de comprender cuando me vean arreglando pieza de alojado?

—Diremos que es para Ovejero.

Inspeccionaron la cerradura. Había quedado perfectamente.

Don Antonio cerró y abrió dos veces la puerta. Luego se asomó a la plazuela de Santa Ana, adonde daba el fondo de su casa.

—No podrá negarse a nuestra hospitalidad; estará aquí mejor y más libre que en parte alguna.

—Se me alegra la vida con sólo pensarlo —exclamó jubilosa y emocionada la Rosario.

—Y ahora, hermanita, a prepararme la maleta. Pero primero hágame servir a mi pieza un matecito de leche, mire que he trajinado toda la tarde y no he tomado once siquiera; me siento desfallecido.

En verdad, el pobre don Antonio se veía lánguido, y corrió la Rosario a la despensa.

Agradecido, la miraba él alejarse y oía el entrechocar del llavero en el ancho bolsico de su delantal rosado. Bien sabía, el goloso, que el matecito vendría acompañado: había en la despensa una verdadera reserva de dulces en almíbar, mermeladas, confites y bollitos, confeccionados por aquellas cariñosas manos, y a los que hacía siempre honor «Antuco», a juzgar por la silueta de su abdomen que adquiría cada día un aspecto más imponente. «Vas pareciendo Abad», decía doña Rosario, pero no por eso le disminuía la ración de golosinas.

Ña Petita había dejado una bandeja bien «adorná» sobre la mesa, y don Antonio se hallaba en el agradable compromiso de desadornarla: porque no era posible hacerle «desaires» a una buena vieja. Además, cuando el estómago «habla» es porque el cuerpo mismo lo pide, y si pide es porque necesita, que no sólo los flacos necesitan...

Don Antonio chupaba con unción la bombilla. Entre sorbo y sorbo —ya podía pensar, le volvían las fuerzas— meditaba acerca de sus gestiones del día.

Si con las dos cartas —de los Joaquines— no se resolvía...

Amenazaban ya muchas nubes y era demasiado previsor para esperar que se desencadenara la tempestad. Objetaría a lo de Freire que desde más de un año se llevaban con los mismos avisos: «que viene Freire, que viene el Cuco». Y, hasta ahora, eran sólo risibles alarmas. ¿Pero los Filopolitas? ¿No era acaso tiempo de dejar de reírse y de ponerles «el tapón en el hocico»? ¿Y Campino? ¿Si fuera cierto lo que le había insinuado a Pereira un cadete? Claro que, en medio de tan continuas intrigas, era difícil saber cuándo habían de ser tomados en cuenta los avisos. ¿Y la cuestión del tratado de comercio? Don Diego era partidario de no cejar, y si no cejaban, sería preciso entrar de frente a una guerra, así lo creía Garrido. ¿Bastarían, entonces, los consejos por correspondencia para resolver tan importantes problemas? Y, sobre todo, ¿quién pondría atajo a la candidatura de Rengifo si no se movía directamente el mismo Portales?

«Se vendrá, no lo dudo», pensaba.

Oía afuera un tintineo de llaves: a carreritas, iba y venía, de uno a otro patio, la Rosario, afanándose en los preparativos de la pieza. La llamó.

—Ven para que hagamos la maleta —dijo—; te sobrará tiempo mañana para el arreglo del cuarto.

El sol se había entrado y en el naranjo frondoso se cobijaba un pájaro.

—Ya vienen a dormir los zorzales —observó la Rosario—; con todo este ajeteo no había sentido que pasaba la tarde.

#### CAPITULO XIV

### DESEMBARQUE Y APRESAMIENTO DE FREIRE.—ACTITUD DE VIDAURRE

CADA vez que se asomaba Alemparte por el balcón de la Intendencia sentía una vaga irritación: continuaba y se hacía mareador el ir y venir de la gente por la plaza. En ningún punto de la República, seguramente, había repercutido como en Concepción la noticia del desembarque de Freire que, junto con pisar la costa chilena, había sido capturado y enviado a Valparaíso. La ciudad natal del héroe se hallaba en un estado de verdadera febrilidad, que no había manifestado de esa manera ni ante la vuelta de Portales al Gobierno ni ante la reelección de Prieto. Se tenían ahora noticias precisas y los comentarios de los pencones corrían de una a otra casa, principalmente entre los militares que tomaron parte en el plan de alzamientos, organizados desde Chillán hasta Valdivia, los que ahora se desbarataban o debían ser indefinidamente postergados. Alemparte no desesperaba de dar al fin con todos los hilos de aquella

ramificada conspiración. Tenía los ojos puestos, desde tiempo, en cada hombre sospechoso. Sabía por la Rosa, aquella lista hija de doña Cata, todo lo que se armaba en casa de los pipiolo Izquierdo; y por Ruiz, el posadero, cuanto comentario hacían, sin sospechar que se les espía-ba, los emisarios de los conspiradores que se hospedaban en su casa. Ya podía comunicar a Santiago los nombres de varios comprometidos. En cuanto a la ingerencia indirecta de Vidaurre, sus sospechas se confirmaban cada día. Pero José Antonio no era un atolondrado, sabía escurrirse a tiempo —lo había demostrado en otras ocasiones: en una de ellas, prefiriendo ser tenido por traidor antes que darse por implicado en la conspiración— y ahora saldría limpio de culpa y hasta posiblemente se indignaría contra Freire... Ah, amiguito, hace años que nos conocemos, ¿verdad? ¿Y qué pensar de la amistad estrecha, a la vista de todos, de Agustín con el ministro boliviano, a quien el Gobierno acababa de entregarle sus pasaportes, después de constatar su connivencia en la expedición de Freire? ¿Se le dejaría continuar en Valparaíso como jefe del Resguardo? La situación era delicada para Portales, y no podía enemistarse con el coronel, destituyendo a su hermano, en momentos en que se preparaba el ejército para la guerra. Porque guerra habría después de la ruptura con el Ministro de Santa Cruz y de aquel firme ultimátum... Todo esto llevaría, desgraciadamente, a echarle tierra, en parte, al descubrimiento de las ramificaciones que acusaba la conspiración. Mas, sin una sanción, ¿no se estimularían nuevos estallidos mal sofocados aún?

Se había sentado frente a su despacho y tomaba la pluma, pero no lograba concentrar el espíritu en su tarea diaria y, por la ventana abierta, seguía distraídamente con la vista la gente que pasaba afuera. Divisó, de pronto, a Vidaurre que venía hacia la Intendencia.

No lo recibiría, no: le sería demasiado difícil en este momento disimularle su manera de sentir.

Dió la orden consiguiente y juntó la ventana. Luego, por el resquicio, lo observó cuando fué alejándose.

¿A qué vendría? ¿A tantear qué sospechas inspiraba, a desvirtuarlas con palabras huecas de protestaciones al honor, al amor patrio?...

Muy bien todo eso para crédulos subalternos apasionados, pero no para amigos expertos, para zorros viejos...

Una lámpara humeante ilumina el comedor.

Están de sobremesa en casa de Vidaurre, él, su mujer, su hijastro Santiago Florín, y sus dos hijastras con sus respectivos esposos los hermanos Narciso y Raimundo Carvallo.

—Tengo que hablar con Ud., mi coronel —dijo Narciso.

—¿No vas con tus hermanos a la Posada Ruiz?

—Iré después, con Arrisaga y López, que quedaron de pasar a buscar a Uriñdo.

—¿Todas las noches han de salir? —reclamó la mujer de Raimundo.

—Sí, mientras sea necesario —contestó éste—. Vamos, Santiago, ya nos alcanzará Narciso.

Se levantaron empujando ruidosamente las sillas. Santiago, de pie, vació el concho que quedaba en su copa y se saboreó.

—Tiene gusto a poco —dijo, y alcanzando la botella, se sirvió hasta el borde y de un trago vació el contenido.

—¿Qué dejas para la Posada? —observó displicente la Sara.

—¿Está de mala la hermanita porque se le va el marido? —contestó éste dándole una palmada insolente en la nalga, y se escabulló sin escuchar las habituales e inútiles protestaciones de la Sara.

Doña Valentina y sus hijas pasaron al dormitorio de ésta donde acostumbraban a reunirse después de la comida cuando los hombres salían.

Vidaurre dió vuelta su silla y sentándose a horcajadas quedó con el respaldo al frente. En esta posición, como desde arriba del caballo, se sentía más «en mando»: así llamaba a la actitud exterior que, según él, había de conservar siempre un jefe ante los subalternos a su cargo.

¡Bueno, pues, a afrontar la descartada conversación!

Carvalho empezó nuevamente a lamentarse sobre los sucesos de Chiloé y la captura de Freire. Su temperamento arriesgado no le permitía comprender el fracaso de la expedición, y menos que se hubiese paralizado el levantamiento en Concepción y demás puntos de la República. ¿Por qué acobardar? ¿No era el momento, al contrario, de libertar al General?

Se exaltaba recordando que había peleado a su lado contra Prieto en Lircay.

—¡Has perdido el seso! —exclamó al fin el coronel—. Ya está el Gobierno sobre aviso del plan, y sospechando hasta de mí, que no soy de los que traicionan su deber. Yo sólo estaba dispuesto a ayudar a Freire en caso de convencerme que así lo pedía la Nación entera; que su vuelta al poder significaba la salvación del país. Ahora queda en claro que no ha sido llamado a una sola voz como nos lo figurábamos todos, y he de decírselo así a tus compañeros para que comprendan que cambia el aspecto de la cuestión: será juzgado como traidor a la Patria. ¡Desgraciado Freire!

—No dejaremos que se le juzgue por lo que no es. Sus partidarios son los más del país, pero están amedrentados. Hay que volverles el ánimo.

Vidaurre perdía la paciencia, pero reprimiéndose fué probándole al joven incauto que la prudencia exigía evitar el seguro fracaso a que se iría actualmente y conservar sus fuerzas para mejor ocasión, si es que los acontecimientos —agregó compungido— impusieran «la triste necesidad» de llegar a un motín; era preciso «dejar venir».

Sacó un papel de su bolsillo y se lo pasó.

—Lee —dijo— para que te convenzas de que tienen recelo de nuestro cuerpo y están al acecho nuestro. Sí —continuó—, he recibido la orden de trasladar el Maipo a Santiago.

Pero Narciso Carvalho, lejos de desistir, se entusiasmaba.

—¡Esa es la ocasión! —exclamó—; habría que ponerse al habla con Campino. El Maipo representa un refuerzo considerable para las tropas de Santiago.

—Mi capitancito —dijo el coronel mirándolo compasivamente de alto abajo—, ¿no ves que nos mandan a Valparaíso?

—Pero hemos de pasar por Santiago...

—No hay por qué precipitar las cosas. Ya se verá cuando estemos en el terreno mismo. Yo juzgaré entonces. Odio los planes de puro entusiasmo. Ya sabes que mi táctica es de medida, y creo haber sabido llevar a mis regimientos por los caminos del honor y del éxito.

—Su tono parecía emocionado y era en todo caso solemne. Carvalho se sentía ganado por la admiración.

—Sí, mi coronel —dijo con entusiasmo—. Cuenta Ud. con el respeto de todos sus oficiales.

—No debiste, entonces, discutir tanto con tu jefe, sino acatar sus razones.

—Sí, mi coronel, Ud. sabe mejor lo que conviene —decía Carvalho, más y más sumiso.

—Bien, puedes marcharte ahora. Pero ni una palabra a Arrisaga o a tus hermanos sobre lo que te dije. ¡Ni una sola palabra!

Vidaurre había hablado imperiosamente, y en su rostro una expresión cerrada suplía a la de la verdadera energía consciente de su propia fuerza.

—Está bien, mi coronel —contestó Narciso Carvalho, y respetuosamente se inclinó y salió en busca de su gorra y de su capa.

**TERCERA PARTE**

**(1836 - 1837)**

## PORTALES NUEVAMENTE MINISTRO

ESTABA sumida en una semipenumbra la sala del despacho en que trabajaba el Ministro. Le habían traído un vaso de naranjada y bebía de cuando en cuando por sorbos: el dolor de cabeza no se le quitaba ni «a punta de voluntad» —que así pretendía vencer este mal, cuando por casualidad le aquejaba, y a veces lo conseguía—. Se levantó entonces y, pasando al cuarto contiguo donde había hecho colocar un lavatorio, mojó el pañuelo y se lo aplicó sobre la frente. Vuelto a su asiento, se estuvo un instante quieto, la cabeza apoyada en las manos, tratando de no pensar.

Al fin se le fué aliviando el dolor.

Sólo faltaba que serios disgustos vinieran ahora a interponerse y a perturbarlo en sus apremiantes labores: cuatro Ministerios a su cargo desde la dimisión de Rengifo y la vuelta de Cavareda a la gobernación de Valparaíso. ¿Por qué alarmarse de esta manera? ¿No estaba hecho a la zozobra?, ¿no era su vida un continuo luchar contra torpezas, traiciones, bellaquerías? ¿Por qué tomar tan a pechos este nuevo denuncia?

Se trataba de un amigo al que quería, con quien contaba...

¡Maldita vehemencia para entregar el corazón, la suya, a la que no todos respondían, y que pocos comprendían porque mal sabía él manifestar afectos! Mas, ¿a qué precipitarse a juzgar? ¡Cuántos falsos avisos cada día, cuántos chismes, cuánta intriga! ¡Al diablo el moscardón de las falsas aprensiones!

Le era muy duro creer que Vidaurre hubiese sido capaz del atentado que le atribuía Alemparte y trataba de buscarle razones que lo justificaran.

Suponiendo que la acusación fuera fundada —se decía—; el único motivo de tal conducta sería esa especie de celos y tonterías con el mismo

Alemparte y, sobre todo, con Bulnes, y el creer que éstos desconfiaban de él... Pero ello no era causa suficiente para tamaño extravío.

No: habían quizás informado mañosamente a Alemparte por malevolencia. Vidaurre era hombre de pundonor, conocía el estado del país y tenía bastante juicio para no perderse tan tontamente. Sería agraviarlo proceder contra él ya que no había más datos que la declaración del tal Bastías, y no era posible que por la palabra de un facineroso fueran a sonrojar a un jefe con un arresto o manifestarle desconfianza. El coronel, muy receloso por carácter, debía ya sentirse mortificado por la orden de Bulnes que lo trasladaba a Valparaíso. No bastaba a encubrir el asomo de sospechas que implicaba ese traslado del Sur la razón que se le había dado de que se le entregaría la custodia de Freire, manifestándole así la confianza del Gobierno.

La parecía un deber dar aviso al coronel de los cargos que se le imputaban a fin de que se defendiese y probase que carecían éstos de fundamento. Pero le costaba resolverse a tal medida porque comprendía que si él estuviese en el mismo caso de Vidaurre, siendo inocente, se caería muerto de vergüenza al ver que le manifestaban desconfianza.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por la entrada del fiscal de guerra y oficial mayor del Ministerio.

Aunque acostumbrado a los modos bruscos de Ovejero, «a lo perro suelto» —como los calificaba—, no pudo menos de notar don Diego, dentro de la acostumbrada actitud de su amigo, esa particular animación que nos revela en una persona que viene a darnos una urgente o importante noticia.

—¿Qué pasa, Tomás? —preguntó.

—Que todos los avisos han resultado ciertos —contestó Ovejero, y sin esperar que se le interrogara con mayor precisión lanzó dos buenos «chilenismos» y fué desembuchando cuanto le traía hecho una fiera al acecho de invisibles presas.

Se paseaba mecánicamente a grandes zancadas, como si estuviera encargado de medir con pasos la pieza.

—Dos cadetes, sí, de la Escuela Militar —contaba con voz tonante— le confesaron a Pereira la verdad: estaban en connivencia con

el Maipo, y si no es por el denunció de uno de los chicos, a esta hora teníamos revuelta en la ciudad. Ud., Prieto y algunos otros cuyos nombres no me supieron decir, habrían pasado a mejor vida. Sí, como se lo digo: pensaban asesinarlos.

Portales, sin inmutarse, lo interrumpió:

—¿Ha traspasado la noticia los muros de la Escuela? —preguntó.

—No se sospecha nada todavía. El interrogatorio se efectuó en el mayor secreto para poder pescarlos a todos «infraganti» si es posible.

—Entonces, vuele a traerme a Vidaurre sin que sospeche de qué se trata. A esta hora le será fácil encontrarlo. Pero póngale una cara serena, hombre, si no se va a enterar.

El tiempo de atravesar la Plaza, y volvía Ovejero con Vidaurre que tenía su alojamiento en «La Nación».

Don Diego lo esperaba con la más tranquila actitud.

Había extendido una carta sobre la mesa.

—¿Qué hay, coronel, cómo está Ud.? —preguntó en cuanto el negro receloso de la mirada de Vidaurre se posó sobre sus azules pupilas. Luego, señalándole la carta, puso su mano encima de la firma y dijo: —Lea estas líneas, mi coronel; mi deber de amigo me obliga a revelarles a Ud. este feo chisme; dicen que quiere Ud. hacerme revolución.

Vidaurre tuvo un imperceptible titubeo, pero recobrando el aplomo se irguió. La rabia contenida le hacía temblar la cara y exclamó con tono de dignidad ofendida:

—Señor Ministro, cuando yo le haga revolución, Su Señoría será el primero en saberlo.

Portales le pasó cordialmente la mano, y en seguida hizo mil pedazos la carta.

—Puedo asegurarle —dijo— que no he dudado un instante de Ud. Cuánto me habría dolido una sospecha en estos momentos en que estoy decidido a llevar la guerra al Perú y en que he pensado en Ud. como el mejor de los jefes que tiene nuestro ejército para confiarle aquella honrosa empresa.

Vidaurre se inclinó, imperceptiblemente escéptico.

—Agradezco que se me demuestre preferirme a Bulnes —dijo.

—Creo habérselo manifestado siempre; me parece Ud. el hombre de arrojo, de tacto militar que necesita esta campaña. El cuerpo que Ud. dirige merece por su disciplina las alabanzas del Gobierno y le ruego comunicárselo a los oficiales que están bajo su mando.

—¿Pero —observó Vidaurre, entre insinuante e irónico— si en vista de los elogiosos conceptos que emite Su Señoría pidieran ellos un ascenso?

—Si Ud. como jefe lo pide, se les concedería, porque es Ud. el encargado de juzgar con justicia sus merecimientos personales. No hemos de temer abuso con Ud. Un hombre de pundonor, cuando recompensa o castiga, lo hace siempre por motivos justificados. Ya tendremos ocasión de volver sobre el asunto.

Vidaurre se sentía agitado por distintos sentimientos a medida que hablaba don Diego: su orgullo estaba halagado; sus celos contra Bulnes, desvirtuados; su ambición, despierta. Pero el eterno recelo se filtraba entre aquellos mismos sentimientos: se preguntaba cuál sería la verdadera intención de Portales al prodigarle tantas pruebas de aprecio y confianza. En primer lugar, ¿era sincero el Ministro al hablarle de tal modo? ¿No le tendía una trampa, como el zorro de la fábula al cuervo, y después se comería el queso? Es decir, ¿no era siempre una manera de tenerlo bajo su férrea mano, pero con guante de terciopelo? ¿No lo estaría *mandando* a través de aquellas alabanzas, como si le impulsara: *yo creo* que Ud. es leal, y con esta creencia *lo obligo* a serlo; *yo creo* que Ud. es hombre de pundonor, y *lo obligo*, así, a no abusar pidiéndome ascensos que no quisiera darle; *yo creo* que sus oficiales me son fieles, y al comprometerlos con esta fe *mando* que lo sean?...

Le pareció que con aquel guante supuesto acababan de darle una bofetada.

¡No, señor Portales —decía para sí—. Vidaurre no es hombre de aceptar un destino para convertirse en un ciego instrumento, y se lo irá demostrando! Búsquese a un Bulnes, un Alemparte, un Prieto. A mí nadie me manda.

Portales, que celebraba ya el éxito de la entrevista y fundaba en ésta las esperanzas que, momentos antes, le hiciera perder Ovejero, leía en la fisonomía del coronel misteriosos cambios de espíritu proyectados por sombras ignoradas: ¿recelos? ¿orgullo?... No se atrevía a formular: ¿envidia?, porque no comprendía bien aún qué le podía envidiar. Pobre amigo, había que aplacar en él estos malos sentimientos que una maldita suspicacia traía a la superficie de su carácter empañando sus naturales dotes de buen sentido, de medida. Ya se entenderían los dos.

—El Gobierno cuenta con su cooperación, coronel —dijo—, para ir combatiendo desde luego, moralmente, contra las intrigas de los agentes de Santa Cruz. ¿Es posible que se haya sembrado entre los oficiales la idea descabellada de que el Gobierno chileno toma el pretexto de esta campaña para deshacerse de su ejército enviándolo a morir en los desiertos del Perú?

—Los que lo creen —contestó Vidaurre— se fundan en que Santa Cruz está en su casa y dispone de veinte mil hombres, contra a lo sumo tres mil chilenos no fogueados que formarían la expedición.

—Vamos, coronel, ¿cree Ud. que si Santa Cruz estuviese tan seguro del éxito no nos dejaría caer tontamente en la misma ratonera? Pero si hemos de perder, ¿por qué se interpone a que perdamos? ¿Cómo suponer que, poderoso ahora con la reunión de Perú y Bolivia y aspirando a anexarse el Ecuador y Chile, *no quiere* la guerra? No la quiere *todavía*, solamente, y esto porque sabe que necesita darse un poco de tiempo para saltar con más impulso sobre su presa.

Don Diego no despegabla la vista del rostro de Vidaurre, aguaitándole «hasta el movimiento de las cejas», al acecho de sus distintas expresiones: el coronel cavilaba, sin duda, y parecía «amansarse».

—No, mi coronel, no es a morir que irá el ejército de Chile al Perú —lanzó don Diego— sino a cubrirse de laureles, y así también sabrá recompensar el pueblo a sus generales que le hayan dado victoria.

No era a Bulnes —pensaba Vidaurre— sino a él a quien se le ofrecían aquellas brillantes perspectivas que relegarían al odiado rival.

Por su parte, creía Portales haber hecho un buen trabajo con aquella delicada entrevista.

—En cuanto haya Ud. cumplido su misión de embarcar a Freire —dijo— le daré un llamado para que vuelva a Santiago y conversemos.

Se despedían en los mejores términos.

—Hasta muy pronto, coronel —dijo el Ministro—, le deseo un buen viaje. Mis saludos para sus oficiales.

Ovejero, que venía entrando y había alcanzado a oír las últimas palabras, lanzó al Ministro una mirada de sorpresa. Pero éste, como única contestación, dijo con tono que no admitía réplica:

—Las sospechas eran infundadas. Vidaurre está con el Gobierno y el Gobierno está con Vidaurre.

Sin embargo, Ovejero abría la boca; tenía pruebas y las iba a dar.

La mirada de don Diego le hizo tragar sus palabras: Diego ministro y Diego amigo eran dos cosas distintas, ya lo había comprobado...

—¿Qué necesitaba Ud.? —preguntó el terrible Ministro dando por terminado el asunto Vidaurre.

—Nada...; es decir, hay ahí esperando una mujercita que se empeña en hablar ella misma con Su Señoría. En vano le he dicho que el Ministro está ocupado. Es una pobre, casi una mendiga —agregó, despreciativo—. Está abajo, en la puerta, y el portero no ha conseguido echarla.

—Hágala pasar inmediatamente, y dígale al Niño-Dios que no es él el llamado a apreciar quién puede o no hablar con el Ministro.

Entró, al fin, la pobre, llena de vergüenza, pero digna, meritoria en el esfuerzo de vencerse para llegar a enfrentarse con todo un Ministro: así iba aquilatando Portales a su humilde solicitante, cuya ropa raída, pero remendada y limpia, hablaba del heroico esfuerzo del pobre que no se abandona a su miseria. En su pelo se veían las huellas de la peineta mojada con que lo había alisado.

—Me llamo María Burgos, pa servilo, su mercé —contestó a la pregunta del Ministro, y se sonrojó toda al ver que éste, de su puño y letra, apuntaba en un papel el nombre, tomando en cuenta, entonces, la petición que venía a hacerle. Con voz dolida y sujetando sus lágrimas contó que «el finado» José Cirilo, su marido, había muerto sin el consue-

lo de los auxilios religiosos por haberse negado a molestarse los padres mercedarios a quienes se había dirigido.

—¿Los nombres de esos malos cristianos? —preguntó, pluma en mano, el Ministro.

—Fray Isidro y fray Jerónimo Solís, su mercé.

—¿El nombre del difunto?

—José Cirilo Fajardo, su mercé.

La miró un instante don Diego, admirando en ella el don de espíritu de justicia que la llevaba, a ella, humilde mujer desamparada, a exigir una especie de reparación póstuma, dirigiéndose para ello al propio Ministro de Estado.

—Váyase tranquila —le dijo despidiéndola—, su queja no ha caído en los oídos de un sordo.

La mujercita no contestó ni saludó, o creyó saludar porque bajaba la vista; pero sacó el pañuelo y salió llorando silenciosamente.

¿De manera que el pueblo creía en el Gobierno?

Estaba halagado el Ministro por esta humilde visita más que por la de un importante embajador.

Llamó al oficial.

E' bueno de Ovejero debía estar ahora con la cabeza en frío y se podría conversar sobre asuntos de conatos de revolución. ¡Esos cadetes! ¡El Maipo! . . . Las conspiraciones se iban pareciendo más y más a una gangrena escondida que seguía estallando ya en uno, ya en otro miembro de este pobre suelo maltratado. ¡No más contemplaciones! Se necesitaba tranquilidad interior para poder llevar afuera, con éxito, la guerra. Ese cholo de Santa Cruz daría trabajo si no se le cortaban a tiempo las alas . . . Facultades extraordinarias, pues, y se haría promulgar una ley que autorizara la implantación de tribunales implacables, libres, rápidos en dictar y hacer ejecutar las sentencias: ¡pena de muerte, sí, para todo el que osara perturbar la tranquilidad de la patria!

## CONSPIRA LA OFICIALIDAD DEL MAIPO ACANTONADO EN QUILLOTA

SOL otoñal de mediodía ilumina la plaza de Quillota, y resaltan en la cruda luz meridiana la aridez y fealdad de aquel cuadrado, de unas cincuenta varas de largo y otras tantas a lo ancho, sin árboles, jardines ni solados. Por el costado Oriente, un pequeño bar, contiguo al almacén, luego el templo y claustro de Santo Domingo, y la casa de ejercicios espirituales; por el costado Sur, un tapial con un ancho portón de tablas a su término; al Poniente, la iglesia matriz y la casa de la Gobernación; al Norte, la cárcel, la botica y un edificio demolido.

Un cornetazo prolongado partió detrás del tapial donde se acuartelaban las tropas del Maipo, y al mismo tiempo las campanas de ambas iglesias dieron las doce; luego fueron saliendo por el portón, ya solos, ya en grupos, numerosos oficiales. Algunos se dirigían al bar de la esquina próxima, otros seguían hasta una posada situada a una cuadra de la plaza. Desde unos pocos días se hallaba el pueblo de Quillota invadido por los uniformes. El comandante García, del segundo batallón, iba saliendo para la plaza cuando de pronto lo detuvo Carmona que venía de la botica.

—Hola, cuñado —le dijo—, ¿qué le pasa al coronel? Acabo de saber que sufre de una disentería, y en vez de consultarme consulta a Tello, como si un boticario de Quillota supiera más que el propio médico de su regimiento.

—Creerá que puedes envenenarlo —contestó a manera de broma García—; como es tan receloso... Pero la verdad es que está muy

raro. Lo desconozco. Yo que comparto ahora su dormitorio en la choza me pregunto qué le sucede. Se pasa la noche sin dormir paseándose por el cuarto, y cuando ocupa la cama, son tantos los vuelcos que da en ella, que temo a cada momento haga pedazos el catre.

—El exceso de trabajo con aquel reclutamiento en Las Tablas lo ha perturbado, entonces.

—¡Qué!... El trabajo lo han hecho los oficiales. Precisamente, me llamó la atención su comportamiento ahí: parecía desentenderse de los preparativos de la expedición. Se lo pasaba en la pieza durmiendo y, ¿por qué no decirlo?, tomando.

Carmona caviló un momento retorciéndose el espeso bigote; luego, como si diagnosticara, dijo:

—Pesará demasiado sobre él la responsabilidad de su nuevo cargo. No es lo mismo mandar un cuerpo que ser jefe de Estado Mayor de un ejército en campaña.

—Lo atribuyo más bien —observó García— a que siendo puntilloso, lo tienen mortificado las hablillas que lo hacen aparecer, por un lado, como protegido y satélite de Portales; por otro, como habiendo conspirado en el Sur y hasta preparándose a una próxima revuelta.

—¿Habilllas solamente habían de inquietarlo tanto? Esto me haría pensar que éstas tienen fundamento: se explicaría con más lógica, así, la manera de ser de Vidaurre...

García movió negativamente la cabeza.

—¿No has observado tampoco la extraña conducta de algunos oficiales? Ya alguien me había llamado la atención sobre ellos...

—No, vamos; ésas son historias del coronel Toledo. Como se muere por meterse en las remoliendas de los Carvallo, Ramos, Arrisaga, Florín, etc., lo pasa al aguaito cuando éstos andan juntos, y porque le quitan el cuerpo imagina trámites misteriosos.

—Sí, pues; ya que lo nombras, te diré lo que me ha confiado Toledo: sorprendió, sin quererlo, una conversación entre el capitán Ramos y Narciso Carvallo la misma noche en que llegó éste de Santiago para reincorporarse al Maipo. Le decía al chato, Narciso: «Si cree Bulnes haberme embromado al destituirme, se equivoca, y por desconfiado le

ha ido peor conmigo. No perdí mi tiempo fuera del cuerpo; conocí en Santiago, por medio del cholo del portal, a Bilbao y a dos bolivianos que dejó De la Cruz Méndez». . . No supo más porque en ese momento se dieron cuenta de su presencia y cambiaron de tema.

—Cuidado, ahí viene el chato Ramos —advirtió entre dientes García, que se había dado vuelta al oír pasos tras ellos.

Un militar de pequeña estatura y rostro tostado los alcanzaba. Luego de cuadrarse, dijo:

—Perdón, mi comandante, los divisé desde la puerta del bar y pensé iban Uds. a almorzar a «La Poza». —Así le decían los militares a la posada de doña Fulgencia, combinando el nombre del sitio con el de la dueña, una goda de apellido Poza.

—Para allá íbamos —contestó el comandante.

—Desearía entonces —dijo Ramos— que mi comandante me hiciera el honor de acompañarme a mi mesa. Me gustaría consultarle unos puntos de táctica que me atreví a discutirle a mi coronel.

—No tengo inconveniente —contestó García.

—Cuento también con Ud., doctor.

—Gracias —replicó Carmona, y se fueron caminando los tres.

La posada estaba llena de militares. En las perchas de las paredes, frente a las mesas, colgaban capas, espadas, gorras y uno que otro colero.

En la mesa del centro, Vidaurre rodeado de su séquito habitual: los dos Carvallo, Florín y Arrisaga. Estaban pendientes de algún artículo de prensa que les leía y comentaba Narciso. De cuando en cuando se oían las exclamaciones indignadas que lanzaba el coronel, o la risa insolente del joven Florín.

—Deben estar leyendo el texto que publica «El Araucano» sobre la nueva ley por la que quedan instituídos los famosos «Consejos Permanentes».

Miró a sus comensales buscando descifrar en sus semblantes lo que pensaban a este respecto.

—¿No han leído «El Araucano» de la semana que pasó? —preguntó, al ver que no parecían enterados. Sacó, entonces, el periódico que traía en el bolsillo y dió lectura al trozo del cual se trataba.

Al terminar, como permanecieran mudos los que le habían escuchado, se adelantó a darles su opinión.

—Aunque no nos corresponde a nosotros, los militares —dijo—, censurar los actos del Gobierno, yo no puedo menos que encontrar ominosa aquella ley. Además, esa manera de dar facultades extraordinarias el Congreso deja abolida por entero la Constitución del Estado.

—Debe haber parecido de absoluta necesidad tomar aquella medida —contestó el comandante— puesto que la ley fué votada, según lo que Ud. ha leído, *por unanimidad*.

—Tome Ud. en cuenta —hizo observar el doctor— que las condiciones del momento son de veras excepcionales: está el Gobierno empeñado en la delicada misión de preparar una expedición guerrera al extranjero y a la víspera del embarque de las tropas. Los estallidos revolucionarios que acaban de sucederse unos tras otros han de ser al fin vencidos por la amenaza de una ley sin contemplaciones que atemorice, de una vez, a los posibles revoltosos dispuestos a perturbar el orden en tan delicadas circunstancias.

—¿Y qué están probando aquellas continuas conspiraciones sino que el régimen de tiranía es reprobado por todo el país?

—¡Vaya —exclamó el doctor—, no por *todo* el país! Por otra parte, recuerde Ud. que nunca hubo tantas revueltas como en tiempo del liberalismo pipiolo. ¿A qué obedecían aquellos movimientos? Entonces y ahora, siempre a la turbulencia de los caudillos, de los ambiciosos, de los descontentos, de los ilusos ensayadores de fórmulas impracticables: todos ellos gente revolucionaria por instinto que existe bajo cualquier régimen y que sólo un gobierno fuerte logra dominar y contrarrestar.

—Veo que siguen Uds. muy portalistas.

—Sí —contestó don Manuel García—; en cuanto a mí, no sólo soy amigo del Ministro, sino también su admirador.

—Yo lo sería, igualmente—repuso Ramos—si no me hubiera convenido al fin de que está abusando de su poder. Hasta sus mismos amigos

se le apartan y lo llaman «loco». Nos lleva ahora, contra la opinión de civiles y militares, a una guerra absurda.

—No exagere —dijo el comandante—; la guerra también fué votada por unanimidad en el Congreso; y tome en cuenta que Portales deja en tanta libertad a las Cámaras que ni asiste a sus sesiones.

—¡El Congreso!... Pero si está en el aire la disconformidad. Esta mañana, para darles un ejemplo, un señor que venía de Valparaíso y estaba por casualidad en la plaza mirando maniobrar las tropas de reclutas, exclamó a pocos pasos de mí: «¡Tanto preparativo para no ir!» Me acerqué a él y le pregunté por qué decía aquellas palabras que podían desmoralizar a la tropa. «Porque —me contestó— la voz que se está corriendo en Valparaíso es ésta: No hay expedición, nadie quiere la guerra.»

El comandante García tenía el convencimiento, al oírlo, de que acababa de inventar la anécdota para sondearlos. Comprendía ahora que las insinuaciones de Carmona en su conversación anterior tenían fundamento. Sin duda el grupo de Vidaurre conspiraba, y Ramos había venido con pretextos a tantear si podría contar con ellos, o por lo menos a sembrar en sus espíritus la desconfianza en la empresa contra la Confederación.

Queriendo entonces demostrarle indirectamente que sospechaba de él, lo miró el comandante de cierta insistente manera y dijo:

—¿No cree Ud. que pueda ser todo ello obra de la propaganda peruana? Porque aseguran que Santa Cruz tiene aquí sus agentes; por algo, como sabe, se le entregaron sus pasaportes al ministro Méndez, dicen que Bilbao es uno de ellos y está de incógnito viniendo de Valparaíso a Santiago, y se hospeda en San Felipe en el fundo del suegro de Freire, donde en connivencia con doña Manuela organiza su acción.

Ramos se quedó de una pieza, pero como divisó por la ventana que se detenía frente a la Poza un caballo del que se apeaba don Agustín Vidaurre, valiéndose del incidente, se paró con el pretexto de salir a recibirlo.

—¿No te parece —dijo el doctor a su cuñado— que esta visita también es sospechosa?

—Puede ser, aunque es natural que venga a ver a su hermano. Ramos volvía, en tanto pasaba don Agustín al cuartito del lavatorio a quitarse el polvo.

—Viene de Valparaíso —explicó—. ¿No saben la noticia que trae? —dijo a sus comensales, contento de rehuir la conversación anterior—: fusilaron a los procesados de Curicó.

—Conque se está aplicando la ley... —fué la contestación que recibió de García.

El doctor sólo dijo:

—Vaya, alguna vez han de pagar inocentes por pecadores. Puede que estas víctimas impidan peores males.

Pero en ese momento la atención de todos los de la sala se concentró sobre la mesa del coronel Vidaurre. Acababa de saludar don Agustín a su hermano y le daba, al sentarse, la noticia que traía, sin imaginar el trastorno que iba a causarle aquélla. Como habían terminado de almorzar, el mozo disponía ahora un cubierto para el nuevo huésped; de pronto, una mano —la del coronel—, con incontenible gesto de arrebató, arrastró el mantel, y entre la sonajera de copas y platos que se rompían al caer, su voz irritada articuló con lengua éntorpecida: «¡Mi... miserables!», y sin dar otras explicaciones, la cabeza gacha, atravesó el comedor rápidamente en busca de salida. Todos se miraron atónitos.

—Vamos, el coronel está muy irritable —observó el doctor.

El incidente fué comentándose un instante entre los distintos grupos y luego, como a un tácito acuerdo, se levantaron los militares y abandonaron uno a uno la posada.

Doña Fulgencia, que al oír el estrépito había salido de la cocina al comedor, contemplaba, alelada, el abandono de sus huéspedes.

Cuando no quedó nadie, se dirigió hacia la mesa del centro, y, como una autómatas, se puso a recoger los pedazos quebrados.

Al salir de la Poza, Arrisaga se separó de los capitanes Uriondo y López, que se le habían juntado para darle un recado, y con amable ademán se acercó al coronel Toledo.

—Le invito —ofreció— a que sigamos por el camino de los sauces para bajar un poco el almuerzo. —Al decir estas palabras les hizo un guiño a sus compañeros, que seguían hacia el cuartel, con don Agustín, en busca de Vidaurre.

—¿En qué estamos, mi coronel —preguntó—; lo ha pensado Ud.?

—Mi amigo —replicó Toledo—, me ha tomado Ud. un poco de sorpresa esta mañana, pero le confesaré que la idea no deja de entusiasmarme. Naturalmente, quisiera obtener algunos datos sobre el plan que se proponen ejecutar para darme cuenta de las probabilidades de éxito que éste represente; porque, ¡vamos!, con la nueva ley no es cosa de risa ahora el meterse en conspiraciones que se frustren.

—La idea es sencilla y de éxito seguro. Se trata de apoderarse de la Escuadra surta en la bahía en cuanto estén los buques guarnecidos por los soldados del Maipo a cargo de Ramos, Florín, el ayudante Pérez, un sargento y un cabo. Nuestros oficiales pondrán centinelas de vista a los capitanes y oficiales de los buques, y luego cortarán las amarras, maniobrando y situando aquéllos fuera del alcance de los cañones. Se daría entonces pronto aviso a Quillota para que se ponga en marcha la división y se deje caer en la mañana sobre Valparaíso.

—Muy bien, pero suponiendo el buen resultado de esta maniobra, ¿qué se saca si el resto del país no se adhiere? ¿No seríamos profito vencidos por las fuerzas de Prieto y de Bulnes?

—Se ha hecho buen trabajo en todos los sectores, y esperamos que al ver dominado Valparaíso se pronunciaría a nuestro favor todo el ejército, y la caída del Gobierno se efectuaría sola sin necesidad de combatir.

—¿Y si el temor a la nueva ley impide este fácil pronunciamiento que Uds. suponen?

—Nada se arriesga: Vidaurre y los más comprometidos se embarcarían al Perú, donde se les espera y hallarán protección.

Toledo quedó un instante pensativo, y de pronto, resolviéndose con entusiasmo, exclamó:

—¡Que... abajo la tiranía! Soy de los vuestros, cuenten en cualquier caso conmigo. —Se dieron un apretón de manos que sellaba el

pacto y Arrisaga le propuso que fueran a reunirse a los demás, quienes debían estar concertándose sobre los últimos aprestos del plan.

Llegando al campamento Arrisaga se adelantó solo hacia la choza que ocupaba con los dos Carvallo, Ramos y Florín, situada al extremo opuesto de la de Vidaurre, y en la que solían reunirse todos para las sesiones secretas. Pronto volvió diciéndole a Toledo que el coronel conversaba con don Agustín y no podría recibirlo, que ya le avisarían cuando hubiera alguna novedad. Se retiró entonces Toledo y Arrisaga se metió a la choza.

Una noticia bastante más importante, para Vidaurre, que la de los fusilamientos había motivado el viaje de su hermano: el capitán de la goleta «Yanqui», Guillermo Thayer, arribado en la mañana de Talcahuano, había traído un mensaje del coronel Boza pidiendo que se aplazara el movimiento hasta que llegara él con su batallón. Además, proponía una modificación del plan: Vidaurre se pronunciaría en Quillota y él auxiliaría el movimiento en Valparaíso.

Después de un agitado debate y de cruzarse entre el coronel, su hermano y Ramos distintas proposiciones, Narciso Carvallo, que había asistido a la discusión sin intervenir, adelantó una idea que, conciliando ambos planes, le parecía de seguro resultado: consistía en invitar al general Blanco, a Cavareda y demás autoridades de Valparaíso, a un baile en Quillota, con el propósito de apresarlos y apoderarse en seguida, sin resistencia, del Puerto.

Florín aprovechó la oportunidad de hacer chacota:

—Voto por la solución del baile —dijo—, pero con derecho de apresar también a las damas.

El coronel le lanzó una mirada fulminante: se estaban discutiendo asuntos de la mayor importancia y los que no les tomaran el peso podían salir afuera. Esta advertencia se dirigía también a Narciso Carvallo, que se lo había pasado barajando un naipe y a veces extendía las cartas sobre la mesa como si fuera a sacarse la suerte.

Rebatió Vidaurre la idea del baile y acabó determinando que se haría la revolución en Valparaíso y cuando estuviera reunido todo el

ejército, en el momento de su embarque, lo que nacionalizaría el movimiento, sacándolo del recinto de un simple cantón militar.

La idea fué bien acogida por todos y Ramos les recordó a este respecto la célebre revolución de Cádiz, en el año 1820, llevada en esa misma forma con el mayor de los éxitos.

Se dió por terminada la sesión y Vidaurre ordenó a sus oficiales que en adelante tuviesen más cuidado con la instrucción de los reclutas, la que había sido un tanto abandonada.

—Hay que pensar —dijo el coronel— que, aunque no haya expedición, estos mismos soldados han de servirnos para otros fines...

Se cuadraron los oficiales ante su jefe y fueron saliendo al campamento. Vidaurre se quedó con su hermano.

—Mira esto —le dijo, pasándole un papel—: el Mandón de Santiago debe haberles tomado el olor a nuestros preparativos. Adelanta su viaje y llega mañana a Valparaíso. ¿Comprendes ahora por qué me ha caído tan mal el atraso de Boza, y por qué modifiqué el plan como dejamos convenido?

Agustín, cabizbajo, se mordía el bigote, pensativo.

—¿No lo saben los niños? —preguntó al fin refiriéndose a los oficiales.

—A ninguno se lo he dicho. No quiero inquietarlos antes de mañana.

—Y... —se detuvo ligeramente Agustín, luego continuó—: ¿el plan contra la persona también se modifica?

—Ramos decidirá él mismo —contestó Vidaurre— ya que se ha encargado del asunto. ¡Por Santa Bárbara! —exclamó dando un puñetazo sobre la mesa, que hizo saltar los naipes— ¡Falta que se desbarate todo!

—¿No vas a echarte para atrás nuevamente, supongo? —dijo Agustín mirándolo con receloso desaffo.

El coronel no contestó. Se paseaba, febril.

—El tiempo apremia —dijo Agustín—. ¿Vas a permitir el embarque que nos lleve al seguro fracaso combinado por el loco santiaguino?

Continuaba animándolo y exhortándolo. Pero el coronel, abstraído en mil contradictorias reflexiones, ni siquiera le oía. De pronto

detuvo su agitada marcha y se acercó a un estantito en el que habían dispuesto «los niños» algunas botellas, y se sirvió, una tras otra, tres copas de un aguardiente especial, muy «pícaro», que preparaban ellos mismos para «darse mona», como decían.

Agustín se levantó sin disimular su impaciencia.

—Adiós, me vuelvo —dijo—. No quiero verte cometer disparates en momentos que necesitas mayor lucidez.

Salió golpeando la puerta.

El coronel había vuelto a pasearse por el cuarto, y hablaba solo, ahora casi en voz alta:

«... Sí, se podría impedir todavía el pronunciamiento... Los niños no lo permitirían, están ya lanzados... ¡Vaya con la exaltación de la juventud!... Se pasarían, a lo mejor, sin mi autorización... Ramos, sí... ¿No había empezado a obrar por su cuenta en Santiago cuando desistí de unirme a Campino?... ¡Por qué desistí, entonces! Por prudencia, pues: estaba descubierto. No, no por prudencia: qué importaba que estuviera descubierto... Si en Las Lomas hago el pronunciamiento, volvemos atrás y... ¡De manera que Portales, con cuatro palabras!... ¡Cómo estaría de ufano creyendo haberme sometido lo mismo que a los demás! ¡Qué vergüenza, no, nunca!... ¿Me ha sometido? No, Bernardino; no, paisanos míos... No me escuchen, estaba delirando... Son pesadillas del vino, marean los aires de la capital... ¡Qué he dicho! ¿Sometido yo?... ¡No, nunca!... ¡Pero él lo cree!... ¿Y qué me importa la opinión de ese hombre?... Sombra maldita que me persigue hasta en mis sueños... ¡Pundonor!... «¡Creo en Ud., Vidaurrel!»... ¡Qué tiene que creer o no creer en mí! ¿Valgo más porque su majestad me otorga pundonor?... ¿Es él el llamado a aquilatar a sus semejantes?... ¡Cree en mí! ¡Cuánto me honra!... Puedo pasarme sin su fe, señor Portales, árbitro del Gobierno y de los hombres. ¡El «Virrey»!... «Ordene Ud. al más sumiso de sus servidores»: frase de falsa humildad con la que cree apagar los recelos de quien ve su soberbia. El, sólo él es limpio...; puede mandar asesinar, tiene su prensa mercenaria para decir: «La ley por sí sola ha derramado esta sangre»... La ley... la ley azul... Ah, esos ojos agudos, que miran, que calan...

Tanto azul... y la sombra, la sombra que me persigue... ¡Quítenla, quiten la sombra!... ¡Mátenlo, que lo maten, sí!...»

Dió un grito, y el sonido de su propia voz le despejó de su delirio.

Traspiraba abundantemente. Sacó el pañuelo y se secó la frente, el cuello, las manos. Una sed intensa le abrasaba la garganta. Se sirvió nuevamente, y bebió, bebió, para apagar su íntima hoguera. Luego, extenuado, invadido de sueño, se tiró sobre la cama de Ramos y quedó profundamente dormido.

### C A P I T U L O   I I I

## PORTALES VIENE A DIRIGIR EL EMBARQUE DE LAS TROPAS

SE abrió la puerta, y luego la espesa cortina que la cubría y daba acceso al despacho del Gobernador: Cavareda y Necochea seguían discutiendo sin advertir la presencia del que acababa de entrar.

Plantado contra el oscuro terciopelo, como un personaje de retrato que desde el fondo de su cuadro escucha inmóvil, oía lo que estaban diciendo:

—Bulnes y Alemparte le han dado mil avisos —proseguía con calor Necochea—; pero se ríe y contesta que son «bullas de pipiolos que no quieren que haya expedición».

—Ya está don Necochea calentándole la cabeza con la sonsera que Vidaurre me hace revolución —exclamó el personaje cuya bien timbrada voz retumbó sorpresiva.

La pálida faz de don Diego resaltaba entre el negro del frac y de la gorra que le cubría la cabeza; pero se estampaba, perdida, la silueta del cuerpo, en los negros densos del cortinaje de fondo.

Al darse vuelta, sobresaltado, Cavareda, tuvo la extraña sensación de que una cabeza sin cuerpo, quizás un espíritu, había hablado.

—Ministro —dijo después de levantarse y ofrecerle asiento—, no es Necochea quien abrió la conversación sobre este tema; no hace sino contestar a mis prevenciones. —Sacó maquinalmente su cajita de rapé y, sorbiendo una narigada, prosiguió—: Anoche, cuando Ud. llegó, no quise perturbar su descanso con conversaciones desagradables, pero ahora, y como Ud. se empeña en ir a Quillota, es preciso que lo sepa y se convenza: hay peligro para Ud.

Portales había quedado entre los dos, frente a la mesa de despacho, sitio que tantas veces ocupara cuando había sido él mismo Gobernador.

Se inclinó hacia uno y otro lado, mirándolos por turno maliciosamente con el rabillo del ojo, y luego exclamó frotándose las manos:

—¡Al parecer, estoy sobre aviso! Necochea le habrá contado —dijo a Cavareda— que un embozado se acercó a nuestro birlocho en Curacaví y le pasó a mi hermano Miguel un papelucho en que se le comunicaba que Vidaurre me hacía revolución. ¡Bueno, y qué? —los volvió a mirar, pero ya sin malicia—. No lo creo —dijo— porque Vidaurre no habrá perdido así el seso: ¿qué puede él con un pronunciamiento aquí si no cuenta con el ejército del Sur, adicto a Bulnes, y las fuerzas de Santiago, que están con Prieto? ¿Se habrán ganado siquiera algunos subalternos con su ridícula historia de que la Expedición va a la derrota, que mi ánimo es deshacerme del actual ejército enviándolo a la muerte para reemplazar el poder militar por las milicias? Espero mucha tontera de los señores milicos, y disculpen Uds., pero no tanta. Tendrán la cordura de comprender que en aquella supuesta derrota me envolvería yo mismo y el país. Pero ya hablé a este respecto dos veces en Santiago con Vidaurre y pude convencerme de que estaba con el Gobierno a favor de la expedición. De la muchachada tal vez pudiera temerse algún atolondramiento pipiolo, pero son adictos a su jefe, que tiene sobre ellos el mayor ascendiente, y no querrán lo que no quiera éste. Tengo fe en la lealtad de Vidaurre que, a más de ser militar consciente, me honra con su amistad. Es más —dijo don Diego, dirigiéndose a Necochea—: le encargo a Ud. que si con algún oficial entabla amistad du-

rante la expedición, sea con Vidaurre; tiene las mejores cualidades, y aun cuando parece que disconvienen en carácter, serán buenos amigos. Pero no perdamos más tiempo en vanas discusiones —dijo—. Ruego a Ud., Necochea, que avise inmediatamente a la escolta que saldremos dentro de media hora para Quillota, y consígame el birlochero que nos trajo, un tal Ascencio Palma, porque estoy muy fatigado para ir de a caballo.

La orden había sido dada con tono perentorio, y Necochea, sin atreverse a más intervención; se levantó y salió.

Portales, dándole entonces unos golpecitos sobre el hombro a Cavareda, le dijo:

—Desarrugue el ceño tétrico, Argandoña; no porque me ponga mala cara he de quedarme por complacerle. Mi deber me llama a Quillota. Además, recibí una carta del mismo Vidaurre pidiéndome que fuera.

Cavareda estalló:

—¡Vidaurre es un traidor; lo va a apresar a Ud.!

—Calle Ud., yo no desconfío de un amigo.

Cavareda arrugaba más y más el ceño.

—Pero no sea zonzo —advirtió don Diego—. ¿Qué ganaría con apresarme, suponiendo que fuese capaz de tal felonía? Es más, quiero ponerme en el caso de que piense hacerme revolución: no la haría en Quillota, esperarí a el embarque a Valparaíso, y de aquí a ese momento tendríamos tiempo de impedirselo. Oiga Ud. —miró a su alrededor cerciorándose de que estuvieran bien cerradas las puertas, y luego prosiguió en voz baja—: esto que voy a decirle es para su tranquilidad, y en la mayor reserva. Anoche vino a hablar conmigo Boza, a quien había escrito yo a Talcahuano, pues tenía sospechas, por unos avisos de Alemparte, de que estuviese conspirando con Agustín Vidaurre, a quien habría propuesto la cooperación del Valdivia si lograban convencer al coronel para un pronunciamiento. Boza me hizo indirectamente la confesión del hecho, rogándome le otorgase la destitución de su cargo porque «su salud» no le permitía hacer la campaña del Perú... Con este motivo —agregó Portales— se quedará de comandante general de las milicias.

Cavareda comprendía ahora que la tranquilidad manifestada por don Diego era de exterior solamente: tomaba sus precauciones, destituía y luego encubría con un nombramiento de confianza aquella destitución, para que el público no tuviese recelos de que se temían traiciones y que peligraba la salida de la Expedición.

Este juicio se le confirmaba con las palabras del Ministro que seguía diciendo:

—Sería prudente, de todos modos, confiscar las municiones del resguardo, y cuando se efectúe el embarque de las tropas, se despacharán por destacamentos separados...

Golpearon en la puerta y apareció don Manuel Cavada.

—Ministro —dijo—, don Victoriano Garrido quedó a bordo continuando la revisión, pero el Almirante ya se embarcó en su lancha para venir a saludarlo a Ud. y debe haber llegado al muelle. No tardará en estar aquí y le ruego que lo espere.

—Hágame el servicio de ver si ha llegado el birlocho porque podría ganar tiempo yendo al encuentro de Blanco; ya van a ser las cuatro.

—Está en la puerta, y Necóchea lo espera con la escolta.

—Entonces, vamos.

El mozo había entrado y le decía a Cavareda que un sacerdote quería hablar una palabrita con el señor Ministro.

—Es imposible —contestó el mismo Portales—. Dígale que vamos saliendo, que siento mucho. Será para cuando regrese.

Pero lo esperaba en la puerta de calle el mercedario. Venía con el «Chueco», pobre epiléptico medio idiota, popular mendigo de Valparaíso a quien muchas veces don Diego diera su limosna. El sacerdote se adelantó hacia el Ministro suplicándole que le oyera dos palabras. Se apartó entonces Portales de su grupo y al ver al Chueco le pasó una moneda de oro. El infeliz la hacía saltar en la mano repetidas veces, riendo, en tanto el fraile, con vivos ademanes, le rogaba a don Diego por Dios y la Virgen que no se fuese a Quillota, que caería en una celada.

El Ministro le agradeció su interés contestándole lo mismo que había repetido ya tantas veces, y como divisara al Almirante que venía; saludó poniendo término a la insistencia del mercedario.

Blanco y el Ministro se dieron un cordial apretón de manos, y después de una breve conferencia a media voz se despidieron. Portales con su comitiva subió al birlocho. Entretanto, el fraile se había acercado a Cavareda comunicándole que tenía datos seguros: iba a su pérdida el Ministro. Cavareda, entonces, por última vez, invocando ante Portales la estrecha amistad que los ligaba y recordándole que a nombre de ésta muchas veces él mismo había accedido a ruegos suyos, le pidió con vehemente ahinco que no partiera. Pero don Diego una vez más se negó, y Cavareda, airado, le dijo que ya no quería tener nada que ver con él, y dándole la espalda se metió violentamente en la Gobernación.

Partió el birlocho. Don Diego hizo un último saludo con la mano y le gritó, irónico, a Blanco:

—Almirante, ya oirá Ud. decir que Vidaurre me tiene preso...

El Almirante quedó unos segundos pensativo y luego se metió a la Gobernación para hablar con Cavareda.

Sólo quedaban en la puerta, mirando alejarse el birlocho, el fraile, el Chueco y algunos rotitos que los serenos habían distanciado anteriormente del lugar donde estaba la escolta.

De pronto el Chueco se puso a tiritar. Sus ojos fijos, visionarios, se abrían desmesuradamente siguiendo a la distancia el carruaje. Su mano temblorosa, instintivamente se aferraba a la sotana del sacerdote. De su boca salía un sonido gutural. Luego dijo claramente:

—¡Quite, quite!

—¿Qué quieres que quite?

—El Dia... bl... Diablo...

Con su enredada lengua explicaba como podía, y sus ademanes, con pesada mímica, daban a entender que el diablo empujaba. Señalaba siempre a la distancia el coche.

—Dos ánge... dos ángeles... no quieren, no... Diablo empuja —dijo al fin haciendo un visible esfuerzo.

Entonces los rotitos creyeron entender que dos ángeles venían sujetando los caballos del birlocho de don Diego, y que el Diablo se había montado en la culata y empujaba..., empujaba..., empujaba...

## CAPITULO IV

### LA TRACION

«¡CORONEL; le he traído una gorra y una espada, pero no tan buena como desearía!»

Una gorra, una espada...

La frase vuelve y vuelve a zumbear en sus oídos: ha zumbado toda la noche. ¡Insistente moscardón azul imposible de espantar, porque es adentro que zumba y zumba y zumba!... «Coronel...»

Frente a un diminuto espejo que cuelga malamente de un clavo, Vidaurre ha terminado de abrochar su casaca de parada y se coloca ahora el apuntado de felpa con lucientes galones de oro. Recuerda que, años atrás, se acicalaba una noche para aquella comida en que lo conoció.

«Coronel, le he traído una gorra...»

¡Basta, basta! Sí, tienen razón «los niños»: cuanto antes mejor; hoy mismo.

Debía haber dejado que se le apresara al llegar el birlocho... Se habría evitado toda esta humillación de verle siempre en su actitud de confianza, mandando, así, mandando siempre hasta en los sentimientos de los demás.

¡Pero a mí no se me compra con regalos!

Por el espejo alcanza a divisar en la perilla del catre la gorra. Más allá, en el rincón, reluce la espada: es demasiado larga, se la regalará a Florín.

«Coronel, le traigo...»

No ha venido a destituirlo, como a Boza —porque lo de Boza, asegura Agustín, ha sido una destitución—; ha venido a ofrecerle esa gorra y esa espada...; «pero no tan buena como desearía...»

¡Su voz, su voz!

Vaya, sólo pretende ganárselo. ¿Deja de ser el tirano?

«Coronel, le traigo...»

Golpean en la puerta y Vidaurre se sobresalta. El asistente avisa que el señor Ministro ya viene al cuartel. Sale Vidaurre prontamente. Necesita saber en qué están Ramos y Arrisaga. Pero ahí viene Toledo. Marcial, ufano, se cuadra:

—Coronel—dice—, todo marcha bien. Ya se está corriendo la voz. La tropa ha sido más o menos informada por el sargento Espinoza y otros. Se les han leído los parrafitos de las cartas de don Diego. Aquí se las traigo —dijo entregándole dos cartas.

Vidaurre se las metió al bolsillo. Bien sabía lo que quería significar don Diego con sus palabras: «no olvide Ud. manejar bien el palo con los reclutas; en general son mala gente», pero presentadas con maña, ya harían aparecer al Ministro como un hombre cruel, sanguinario, enemigo del pueblo.

—¿No cree Ud., Toledo, que Portales ha entrado en sospechas? Es lástima no haberlo apresado anoche mismo, al bajar del coche, como proponía Ramos.

—¿Qué puede ahora contra nosotros, aunque sospeche? Moralmente está preso. No hemos disimulado anoche, los oficiales, al hacerle la visita obligatoria de cortesía, el sordo descontento que nos anima. Por supuesto, sospecha: después que Ud. se retiró, no pudo soportar más aquel olor a desaprobación que manaba de cada espíritu, y a costa de parecer mal educado, se marchó del cuarto dejándonos solos. Esta mañana, en la visita al cuartel, había recuperado su serenidad.

La banda de música prorrumpía en el estallido de saludo al Ministro.

—Ahí llega —dijo Vidaurre y fué a colocarse a la cabeza de su batallón.

La tarde es tibia; el cielo, limpio, dorado de sol, sin la más leve gasa de niebla otoñal. Si nubes había, su albo rebaño lo formaba la tropa de

mil reclutas, desplegándose ahora en sus blancos uniformes de brin sobre el cuadrilátero de la plaza de Quillota.

La asociación de imágenes se ha hecho involuntariamente en el espíritu del Ministro. Pero luego piensa que la fatiga del viaje, la intranquila vigilia anoche, la tensión de espíritu para mantenerse confiado y sereno, le hacen tornarse inquieto viendo fantasmas —nubes— donde sólo hay un buen ejército de reclutas dirigidos por un amigo receloso, pero fiel, cuya confianza ya se ha ganado otras veces y nuevamente habrá de recuperar ahora.

Después de distribuir algún dinero a la banda de músicos, el Ministro, seguido de su comitiva —Necochea, Cavada y el teniente Soto Aguilar—, recorre las distintas compañías. Se detienen frente a los granaderos del segundo batallón, todos hombres macizos, bien plantados.

—Capitán —dice el Ministro al jefe que los manda—, tiene Ud. una hermosa compañía.

Arrisaga se cuadraba ufano:

—Esta compañía —contesta— está al servicio del señor Ministro.

Portales agradece, y sigue la comitiva. Hacen alto nuevamente al llegar al costado izquierdo del batallón.

Está reconfortado Portales. Las palabras de Arrisaga le han confirmado en su fe. Vaya, son muchachos un poco locos, entusiastas, fácilmente perturbables por la mala intriga, pero que también con palabras sensatas, sabia y oportunamente distribuidas, han de volver con igual facilidad al buen camino. Vidaurre es hombre de seso, no correría el riesgo de un fracaso. Salvo que contara. . . ¿Pero qué pasa, por qué equivoca Vidaurre las voces de mando?

—Está perturbado el coronel —exclama por lo bajo Cavada.

Portales no se inmuta. Sigue con tranquila vista la maniobra del regimiento, al que Vidaurre, olvidándose de dar la consiguiente voz de «armas al hombro», ha impartido la orden de desfilar por el flanco derecho.

Los soldados comenzaban un blanco movimiento circular alrededor de la plaza, y cuando el segundo batallón, ya enfrentando a la

puerta de su cuartel, cambiaba de dirección para introducirse en él, recibe aviso de seguir los pasos del primero. Portales se da vuelta entonces para mirar a la tropa que pasa por el ángulo sudoeste de la Plaza, a la retaguardia del sitio desde donde asiste con su comitiva al desfile. Mas, de pronto, las compañías tercera, cuarta y cazadores del segundo batallón, formando un cuadro imperfecto, los han dejado al medio. El rebaño blanco, a la voz de Ramos y Carvallo, los envuelve y les apunta.

—Este es, a la verdad, un ejercicio bien extraño —dice al Ministro, Necochea.

Una mirada de inteligencia y desconsuelo le responde.

Se ha descargado, de súbito, la solapada tempestad.

Narciso Carvallo se adelanta con desfachatez hacia Portales y exclama:

—Dése Ud. preso, señor Ministro, pues así conviene a los intereses de la República.

¡Así conviene a los intereses de la República!

—Muchachos —continúa Carvallo dirigiéndose a la tropa—, seamos generosos: retiren armas.

Mientras les vuelve la espalda Carvallo, Portales lanza a sus amigos una mirada en que brilla la esperanza: sí, viene a salvarlos Arrisaga que se acerca a toda carrera con su compañía, Arrisaga que momentos antes le ofreció su compañía de granaderos. Pero, ¡ay!, le aboca al Ministro dos pistolas al pecho y le intima que se rinda.

¿Es posible tan vil traición?

Al fin, la voz de Vidaurre que protesta. El ha de intervenir en la locura de sus oficiales.

—¿Qué tumulto es ése? —exclama, y Carvallo le contesta:

—Señor coronel, si no quiere entrar Ud. con nosotros en el movimiento, se pierde. No se comprometa.

Portales espera: no quiere creer en la deslealtad de un amigo, no quiere. Pero aquella traición mil veces negada, rechazada, descartada, se le clava como un puñal en el pecho.

—Señores —dice con marcial entusiasmo Vidaurre—, estoy con Uds. ¡Viva la República, no más tiranos!

—¡No más tiranos! —corea la aleccionada masa blanca.

Polvareda en la carretera de Quillota. A mataballo, y en direcciones opuestas, dos jinetes han partido: uno se dirige hacia Valparaíso; otro, vía de La Dormida, a Santiago. Ya corre y corre la noticia: el ministro está preso, hay motín en Quillota.

## CAPITULO V

# LA NOTICIA DEL MOTIN EN VALPARAISO Y EN SANTIAGO

**S**UDOROSO, exhausto; ha llegado a las dos de la madrugada a Valparaíso el ordenanza de Soto Aguilar. Cavareda, Blanco, Garrido son avisados: el Ministro está preso, hay motín en Quillota.

El tiro del cañón en el castillo de San Antonio pone en alarma a los ciudadanos dormidos.

¡En pie los milicianos, que hay motín en Quillota y está preso el Ministrol

La noche y la neblina envuelven aún al Puerto.

En cada casa despuntan luces y empieza el sonambúlico ajeteo de toda esa gente despierta a deshora; en cada hogar viste el uniforme un miliciano, y las madres, las hermanas, las criadas, ayudan.

Los faroles encendidos indican en la bahía, sobre el mar, la disposición de los buques, el trajín de los marineros: se traslada la Escuadra

hacia el Almendral y el castillo del Barón. Frente al barrio del puerto ha quedado sólo la «Monteagudo». El Almirante Blanco, desde el muelle, imparte órdenes, y van y vienen lanchas. Se transportan a bordo los caudales públicos y todas las armas y municiones sobrantes. Entre las voces y silbidos de los gañanes y marineros que se afanan, se oye, desde los fuertes, un martillar acompasado: están clavando los cañones, previendo el caso de que puedan caer en manos de los sublevados.

Ahora se sabe por las activas diligencias de Garrido que Vidaurre ha enviado un emisario al regimiento Valdivia, que las fuerzas del Maipo han de llegar al amanecer y esperan se adhiera aquel batallón al movimiento. Cavareda y Garrido combinan planes: es preciso desaguiar al sargento mayor don Mariano Rojas a quien correspondía, después de la separación de Boza, tomar el mando del Valdivia. Ha sido pospuesto al teniente coronel Juan Vidaurre y conviene que, sin tardar, Blanco se dirija al cuartel a efectuar el debido nombramiento. Es preciso, también, que arengue a la tropa. Pero antes de despuntar el alba han llegado los cívicos al propio cuartel del Valdivia donde tienen sus armas. Hijos militares de don Diego, su entusiasmo por libertar al que fué su jefe y abnegado instructor durante un año se comunica a los soldados y oficiales del Valdivia. Han manifestado éstos indignación por la conducta del amotinado Maipo, y a las ocho de la mañana ya dispone Blanco de más de mil quinientos hombres, número prodigioso y superior al de las fuerzas de Vidaurre. El bergantín «Arequipeño» y varias lanchas cañoneras resguardan sobre el mar la entrada de la Cabrtería, y así queda cubierta la quebrada del Barón, desde lo alto y por su fondo, imposibilitándose el acceso por el camino carretero.

¡A la espera del Maipo, aguardan los cívicos formados por los desvelos de don Diego!

Una hora después de estar realizados todos los preparativos de defensa en Valparaíso, echaba pie a tierra, en Santiago, el jinete que había salido de Quillota casi a un tiempo con el que llevara al Puerto la noticia del motín. Ya se esparcía a su vez la triste nueva por los distin-

tos sectores de la capital: el cañón del Santa Lucía y el toque de generala en los cuartelés reunían los cuerpos milicianos y la poca fuerza de línea que guarnecía la ciudad.

Pero la efervescencia de los civiles se ha concentrado toda en el palacio de Las Cajas. Los guardías se han hecho incapaces de contener al público que invade la casa de Gobierno y habla como en Cabildo abierto ante el Presidente de la República y sus Ministros, buscando los medios de contrarrestar aquel súbito estallido revolucionario.

¡Portales, si estuviese Portales!

Pero, precisamente, está preso el consejero de siempre, el hombre a quien se acude en los casos difíciles desde más de diez años...

El pánico se ha apoderado de los espíritus en los círculos de la administración. El fiscal, don Mariano Egaña, está abrumado por la noticia. Los brazos caídos, la cabeza gacha, se pasea, inerte, entre la multitud que va y viene por los corredores. El Presidente se siente afectadísimo, no sólo por el conflicto de la guerra civil que se prepara, sino por el peligro más inmediato que corre su Ministro y amigo: ¡teme, no sabe por qué, teme a Vidaurre! Tocornal permanece relativamente tranquilo; confía en la habilidad de Garrido que se encuentra en el terreno mismo de los acontecimientos. Garfias y Elizalde están con él en su despacho y consultan su parecer sobre la situación. Elizalde les habla de una carta de Vidaurre que acaba de ver en manos de Benavente.

—Le propone —dice— que mueva aquí la opinión y le participa que escribe en igual sentido a Aldunate en Coquimbo y a otros en distintos puntos del país.

—De manera que Benavente...

—No sospechaba la conspiración —asegura Elizalde—. Lo prueba el hecho mismo de haberme mostrado aquella misiva que piensa entregar al Gobierno.

—Ya se verá —dice Tocornal— si tiene o no culpa de complicidad. Por el instante, lo que me interesa es constatar que no hay connivencia con las provincias, del momento que sólo ahora hace Vidaurre estas proposiciones de adhesión.

—Quiere dar golpe con la toma de Valparaíso para envalentonar en otras partes a los secuaces de los movimientos parciales efectuados o por efectuarse y que se había logrado dominar.

La observación de Garfias les pareció acertada. Estaba pálido e impaciente.

—¡Ah —exclamó sin poderse contener—, cómo ha sabido mentir y disimular este mal hombre! Es capaz de todo quien tiende igual celada a su amigo y protector. Hay odio de Vidaurre contra don Diego; últimamente lo he comprendido; pero fueron vanas mis advertencias. Yo no vivo, no sé lo que irá a pasar. Apremia el tiempo y no quiero perder un minuto —sacó el reloj—. Es la hora de marcharme a casa a buscar mis bultos —dijo—. ¿Tiene Ud., don Joaquín, algunas instrucciones o carta que pueda llevar a los de allá?

—Por ahora nada; esperamos que lleguen datos más precisos. Si está perdido Valparaíso, será necesario que Blanco y Cavareda se retiren, con los elementos de que disponen, a Melipilla y la Escuadra a Talcahuano.

Garfias se despedía.

—No tema Ud. por don Diego —dijo Elizalde—. Benavente le encarece en su contestación a Vidaurre el buen trato del Ministro; así me lo dijo.

Por toda contestación hizo don Antonio con los hombros y las manos un ademán vago de duda; sus labios se contraían en un mohín angustiado. Luego, sin más, y quizás reprimiendo el llanto que se le venía a los ojos, salió bruscamente. Se detuvo en el pasillo hasta sentirse en posesión de sí mismo: hay que atravesar por entre aquella muchedumbre que lo detiene a cada paso.

—Ahí viene Garfias; él tendrá noticias.

—Si no sé nada. ¡Qué quieren Uds. que sepa!

—¿Garfias, qué sabe Ud.?

Se porfían todos en que ha de informarlos, como si estuviera en libre comunicación con el prisionero.

Ahí un grupo: Ovejero, enorme, largo, entre el chocó Silva y Gandarillas.

—Garfías, oiga, Garfías...

Otro grupo: los Errázuriz, los Viales.

Se le acerca don Agustín:

—Estamos con el Gobierno, no lo dude.

Le hablan como si fuera él mismo Portales.

—Adiós, Bustillos, adiós... No hay tiempo.

—¡Si me marchó con Ud.! ¿Cómo se le imagina que tendría paciencia para esperar aquí las noticias? Lo alcanzo a su casa, voy por mi equipaje.

Infante, Campino...

No quiere mirar a éste que ha estorbado a don Diego.

El cura Meneses con un grupo de militares...

Pasa y pasa don Antonio.

—Adiós, sí, me voy.

Doña Cata y don Mariano Antonio de Arís —sin sombrero éste, de vecino— circulan con agilidad, cada cual, de unos a otros grupos, abejorros zumbantes que llevan y traen el polen de los comentarios.

Aquí y allá, como negros manchones, grupos de mujeres. Están de manto; han sabido la noticia junto con salir de misa, y se pasean por los corredores de Las Cajas como si estuvieran en las mismas arcadas de Sierra-Bella.

Y a cada instante suenan los nombres de los protagonistas del drama que se esboza: Portales... Vidaurre... Se oyen indignados epítetos. Un militar ha exclamado a toda voz:

—¡El traidor!

Cada cual propone un plan de defensa. La cohesión, en el deseo de atacar y vencer a los revoltosos, es unánime.

Ya en la puerta, es detenido don Antonio por dos mujeres.

—¡Doña Rafaela!

—¿Es posible? Acaba de decírmelo la Mercedita.

Doña Mercedes Marín del Solar y doña Rafaela no ocultan sus lágrimas. Y aunque las ocultaran, ya diría su aflicción la palidez del rostro, la expresión de espanto.

—No nos quedemos aquí —dice Garfias.

Salen caminando hacia la calle de la Catedral.

Don Antonio les ha explicado lo poco que sabe, y les comunica su viaje. Se despide, frente a la iglesia de La Compañía, excusándose de no poder acompañarlas. Las dos afligidas amigas se meten entonces al templo: ¿qué pueden hacer, sino rezar y rezar?

Ahora urge para don Antonio darle la noticia a doña Constanza. ¡Pobre mujer, tan sola, tan totalmente abandonada! No puede dejarla así en aquel caserón desmantelado. ¿Si le ofreciera la pieza que ocupaba Diego? La Rosario es muchacha de corazón; la atendería solícita, ya que doña Manuela está en la quinta con los niños... Ah, porfiada Constanza, enamorada Constanza que no ha consentido en seguir al Perú con las tías; que ha preferido romper nuevamente con tal de quedarse a vivir en el mismo país donde vive Diego. Diego, con quien ahora solía apenas cambiar algunas palabras de tiempo en tiempo... ¿En qué habrán quedado las relaciones de Diego y Constanza después que se marcharon las tías? Sólo sabe que le estaba buscando una quintita cerca de Santiago mientras vencía el arriendo de la casa en que la dejara doña Ana Josefa al irse a Lima con la demás parentela. Bien supo urdir la intriga, la otra, como lo había previsto don Diego, y comprendiendo que la Constancita no se movería de Chile, e invocando precisamente la necesidad de alejarla aún más de don Diego, había imaginado la vuelta de toda la familia al Perú, provocando así los disgustos y la separación de doña Ana Josefa con su sobrina.

Está cerrado el portón y aún la puerta chica, como en las mansiones donde se está de duelo. Después de golpear con el aldabón, y como nadie asoma, ha tirado don Antonio la campanilla. Retumba desde el fondo de la casa deshabitada con resonancia ronca de hierros. Al fin sale una chiquillona medio desgredada y lo hace entrar a «la sala». Ahí sólo quedan tres sillas y el piano: los cortinajes, los cuadros han sido quitados. Se oye, al fin, reforzado por el eco de los desnudos cuartos, un taconeo cansado, arrastrado. ¿Si sabrá Constanza? Su rostro desencajado, sus ojos hundidos, su desfallecido continente lo evidencian.

—¡Don Antonio!

Suelta el llanto. Entre sollozo y sollozo dice que en cuanto sintió el cañoneo de alarma se había alistado para ir a las noticias, pero que le fallaron las piernas y temió desmayarse en la calle; que mandó un chico a su casa pidiéndole que viniera, pero el niño dijo que no estaba. Y aquí se ha quedado ella, ansiosa de saber, muerta de angustia.

—¡Presol —repite al oír la noticia que le da don Antonio.

En tanto llora desconsolada explica que no la toma de sorpresa lo sucedido; que ella, como otros muchos, le había dado aviso a Diego de la conspiración por saberlo de fuente segura: unos peruanos amigos de las tías habían hablado abiertamente del asunto, sin sospechar sus relaciones con Portales. Pero él nada quiso saber: «tenía que irse, debía irse» decía.

—La víspera de su viaje —continuaba doña Constanza— le lloré, y dejándome de orgullos, me arrastré a sus pies implorándole una vez más que no se fuera. . . ¡No vivo, desde entonces: está perdido, perdido, —decía juntando las manos y retorciéndolas con desesperación—, está perdido, don Antonio, está perdido! —exhaló ya sin voz y se desmoronó como un atado de ropas sin cuerpo.

## CAPITULO VI

# TABOLANGO, PRIMERA ETAPA DEL CALVARIO

EN el serpenteo gracioso de colinas que corren entrelazadas al río y a sus esteros —morenas pantorrillas musculosas, enjoyadas por el acero del agua— ya cae la noche borrando y confundiendo en una sola mancha negra las lomas de Tabolango, el Aconcagua, los esteros de Limache y de San Pedro, la rancharía de la aldehuela, agazapada como un grupo de insectos bajo la ca-  
21.—Don Diego.

parazón de su techumbre pajiza. Pero en la obscuridad naciente sigue gimiendo presurosa la voz del río y cuenta a los aldeanos que vienen soldados por uno y otro extremo de la carretera.

Agitación en los ranchos. Los pilluelos salen al camino. Entre los reclutas hay parientes y amigos. Las mujeres se peinan, asean los pobres cuartos, limpian las mesas en las que tal vez habrá que servirles de comer a los oficiales. Algunos viejos se adelantan al encuentro de los soldados.

Mientras avanza hacia Tabolango la columna de Toledo con el grueso de la infantería, y Vidaurre un poco más a retaguardia con los cazadores a las órdenes de Vergara, Ramos viene huyendo desde Reñaca, hasta adonde lo han perseguido las milicias del Barón. Y allá en la lejanía, por el camino de travieso de los Portillos, un pequeño destacamento mueve sombras en las sombras al ruido del crujir de ruedas de un birlocho.

\* \* \*

Penumbras, y el esfuerzo de estrellitas de luz por disipar la obscuridad: seis velas de sebo humean chorreando sobre la mesa, y otras tantas, dispuestas en viejas palmatórias o en ollitas de barro, sobre el desvencijado escarapate, entre piezas de loza disparejas y vasos de vidrio acanalado. La mancha roja de unos cardenales en el gollote de dos botellas quiere alegrar el aspecto del cuarto; pero sólo contribuye a dar la ilusión de que en el rancho de ño Fulgencio, se estuviera en la triste ceremonia de un velorio. Mas, no son viejas sobrecogidas que se disponen al rezo aquellos bultos cuyas siluetas la mala luz humosa pinta negreadas aquí y allá, en el ámbito del cuarto.

Después del silencio que ha seguido a la viva discusión y a las protestaciones de fidelidad, parece que hubiera quedado desierta la pieza. Y es que en aquella penumbra más indican la presencia las voces que las figuras.

Los jóvenes oficiales, aun impresionados con la amenaza de suicidarse que les hizo su coronel, han jurado acompañarlo y ayudarle a

llevar a término la empresa. ¡Qué vergüenza la defección de Vergara que ha desertado con sus cazadores! Sin embargo la situación no se presenta del todo perdida si se consigue que escriba Portales a las autoridades de Valparaíso. ¡Y se conseguirá, por supuesto!

Uno carraspea en un rincón, otro tose. No saben cómo reanudar la conversación interrumpida. El capitán Piña entreabre la puerta para dar aire y disipar un poco la atmósfera cargada por el humo de los cigarros y de las velas. Junto a la corriente refrescante penetra un apetitoso olor a caldo: la señora de ño Fulgencio está cocinando en el corredorcito, bajo el alero. Se sienten pronto unos pasos y el ruido de un coche en el camino.

—Ahí llega —dijo Vidaurre, y se paró y salió afuera a recibir al Ministro.

—Esta era la solución, naturalmente —observó Narciso Carvallo—; habría sido absurdo aceptar la primera proposición del coronel. ¡Huir hacia el Norte! —exclamó—. La tropa, al darse cuenta de nuestro fracaso, se nos hubiese desbandado o bien habría apresado a sus jefes. Verdaderamente, el coronel. . .

—Ya se ha discutido y resuelto el asunto —dijo con irritado acento Santiago Florín—. Mi coronel no necesita de las observaciones y reparos tuyos.

Carvallo carraspeó irónicamente. Le llamaba siempre la atención la extraña mezcla de odio y respeto que le profesaba Santiago a su padrastró.

Como parase el birlocho frente al rancho, salió Narciso Carvallo, sin esperar el insulto que le depararía Florín. Ño Fulgencio venía con un farolito, y al proyectar manchas de roja luz, señalaban éstas ya una rueda, ya el guarapón del cochero, los caballos, el camino, la casaca de Vidaurre. El coronel se había adelantado hacia el carruaje y, poniéndose al estribo, le ofrecía el brazo al Ministro. Portales, sin manifestar la menor indecisión, se apoyó en él. Pero, entrapado por los grillos, desfallecido por la vigilia y la falta de alimentos, fué bajándose con suma dificultad, lentamente, del birlocho. Ño Fulgencio dirigía ahora la luz sobre los pies engrillados del Ministro, y pareció un momento que sólo

existiesen, en un marco de aureola, aquellos pies pequeños ahogados por los grillos. Se oyó una voz que decía, insegura:

—Ud. comprenderá, Ministro, que si le han puesto grillos no ha sido por mortificarlo.

—Comprendo, señor coronel, comprendo —respondió solamente Portales, y con tranquila actitud entró a la choza arrastrando sus hierros.

En el claroscuro hubo un remolino de sombras. Se ponían de pie los oficiales saludando al Ministro. Vidaurre le indicó un asiento contra la pared frente a la mesa, y llamó al ordenanza pidiéndole que trajera recado de escribir. Una vela crepita. Alguien estornuda y luego se suena ruidosamente. Nadie habla. La puerta ha quedado cerrada ahora. El Ministro espera en silencio alguna explicación. Su rostro pálido, más pálido aún, está iluminado de abajo hacia arriba por las velas de la mesa que le hacen destacarse como la figura de cera de un santo en su nicho, o la de un muerto a quien sólo da apariencia de vida el sutil ondear sobre el rostro —como una palpitación— de la impalpable gasa de luz ahumada que teje la llama de los cirios en una velada funeral.

Portales se siente mirado por varios pares de ojos. Mas su vista ya se habitúa a la semiobscuridad, y pronto descubre rostros: Arrisaga, Florín, Uriondo, Muñoz Gamero, Sotomayor, López, Carvallo, Toledo, Beltrán...

Volvió el ordenanza y depositó el recado de escribir sobre la mesa frente a Portales.

Vidaurre llamó a Florín y le dijo por lo bajo que si se negara a escribir el Ministro sería preciso «intervenir», y que él lo hiciera si llegara el caso. Dirigiéndose entonces a Portales, empezó Vidaurre a exponerle la importancia de aquella revolución que acaudillaba.

—Han firmado el acta —dijo— todos los oficiales y empleados de la división acantonada en Quillota.

—¿A qué acta se refiere, señor coronel? —preguntó el Ministro—. Es la primera vez que oigo hablar de un acta.

—A la que se firmó ayer. Aquí puede Ud. tomar conocimiento de ella —repuso Vidaurre, sacando un pliego del bolsillo de su casaca.

Portales acercó el papel a una de las velas, pero no pudiendo leer porque le fallaba su vista, rogó al capitán Piña que efectuase la lectura.

Arrogante, destacando con insolencia algunas frases, Piña iba leyendo.

Aun sin hacer caso del tono, hirieran aquellas palabras el alma de Portales si no conociera ya desde tiempo la torpeza, la incomprensión de los hombres, o sus bajas intenciones de hacer aparecer como mal el bien que ellos no han hecho. Escuchaba, escuchaba:

«... de un hombre que ha sacrificado constantemente a su capricho la libertad y la tranquilidad de nuestro amado país...»

¿Ceguedad? ¿Maldad?

«...Primero, suspender por ahora...»

¿Por ahora?

«...la campaña dirigida al Perú, a que se nos quería conducir como instrumentos ciegos de la voluntad de un hombre que no ha consultado otros intereses que los que halagan sus fines particulares y su ambición sin límites...»

¡Intereses que halagan mis fines particulares y mi ambición sin límites! ¿Creen en verdad lo que dicen? ¿Son unos malvados?

•...intrigas de unos pocos que no habiendo prestado ningunos servicios en la guerra de la Independencia».

¡Siete años de sacrificios y desvelos no se ven!

Seguía ahora la larga enumeración de las firmas. ¡Todos habían firmado! Piña dobló el papel y se lo devolvió a Vidaurre. Este miró entonces a Portales, y viendo que el Ministro persistía en su tranquilo mutismo, le dijo que hacía pocos momentos el cabo de serenos de Valparaíso, Luis Ponce, que venía en descubierta de las fuerzas revolucionarias, acababa de pasarse a ellas y le había comunicado las noticias más satisfactorias sobre el espíritu de adhesión a la causa que manifestaban los porteños.

—Como Ud. ve —dijo—, la revolución triunfa.

Se sentía «en mando» el coronel, y alzaba la voz como si le hablase a un subalterno.

—Sería una temeridad —continuaba—, una loca temeridad, que las autoridades de Valparaíso intentaran resistir a nuestras fuerzas, pues todos los pueblos de la República están a esta hora a favor del pronunciamiento. La manera de evitar una inútil efusión de sangre es que Ud. se dirija por carta a Blanco y Cavareda instándolos a entregar la plaza. Sí, Ud. va a escribirles.

Portales lo miró largamente, sin reproche, como si comprendiera que la mayor tristeza era ser, a más de un Judas, un pobre hombre, un impotente hambriento de poderío.

—No puedo escribir en el sentido que Ud. me pide, señor coronel —dijo—, porque significaría un acto revolucionario, una complicidad, de parte del Ministro de la Guerra.

—Ya no es Ud. Ministro de nada —dijo con dureza Vidaurre—. Es sólo un prisionero.

Los oficiales levantaban la voz, amenazantes, intimándole que escribiera.

—¿Qué eficacia tendría aquella carta? —hizo observar entonces Portales, sin departirse de su serenidad—. Han de suponer allá que me la han arrancado por fuerza.

Florín se adelantó y dió un puñetazo sobre la mesa que hizo temblar las luees y chorrear la cera.

—Si no escribe —exclamó— se le pegarán cuatro tiros. Tiempo ha que debía estar fusilado.

—¿Capitán, qué son esós modos? —intervino Vidaurre ante Florín, estupefacto. Pero éste recordaba ahora una frase similar de su padrastro en el momento del motín: «¿qué tumulto es ése?» había preguntado el coronel como si lo ignorara...

Portales, contestando a la amenaza de Florín, decía con firmeza que en nada estimaba su vida.

—Juro a Dios, a la patria y a los hombres —continuaba, levantándose— que he sido un buen patriota y un buen ciudadano. He sacrificado mi fortuna y mi reposo al bien de la Nación. Puedo haberme equivocado involuntariamente como hombre, pero jamás he pensado hacer cosa alguna que degrade el nombre de buen patriota...

Vidaurre lo interrumpió:

—¿Cómo ha consentido, entonces —dijo, acusador, atenido a sus estrechas miras—, en inmolar a tres honrados ciudadanos de Curicó? ¿Y los asesinatos cometidos recientemente en Juan Fernández?

—No es tiempo para tales cargos —replicó Portales—. Cuando se me juzgue se conocerá mi inocencia.

El coronel se sentía una vez más en mala postura frente a su odiado contendor.

—Déjese de palabras subversivas —gritó con ira— y diga de una vez si escribe o no la carta. ¡Ya el dado está tirado! —agregó, con desafío.

Portales le interrogaba con la mirada, y después de una imperceptible vacilación contestó:

—Escribiré, pero exijo primero de Ud., señor coronel, la promesa de que no habrá derramamiento de sangre y que no se atrasará la Administración.

Acordado este pacto de simple apariencia, el Ministro se reconcentró un momentó. Todas las miradas estaban pendientes de la expresión de su rostro; pero su rostro no dejaba traslucir el pensamiento: junto el entrecejo, baja la vista, parece cerrarse Portales a toda investigación de sus carceleros. Mas, su espíritu agotado por la lucha, por la vigilia, por el ayuno en que sin piedad lo han mantenido, medita en su escondido «jardín de los olivos» la mejor fórmula.

Toma la pluma.

Las velas ya son cabos que agonizan a aletazos de negruzca luz. Portales escribe.

## LA INTRANQUILIDAD DE GARFIAS

—NECESITO ver al Gobernador —insistió—. Dígale que soy don Antonio Garfias. Acabo de llegar de Santiago.

El mozo, uno bajito y flacucho que era nuevo y no lo conocía, quedó impávido.

Pero don Antonio, en su impaciencia, hacía el ademán de pasar adelante.

—No señor —dijo con rara firmeza el hombrecito oponiéndose a que entrara. Y explicó entonces, a su manera, que estaba don Ramón Cavareda parlamentando con un emisario de los amotinados.

—¿Está allí Garrido?

—Sí, señor, y también el señor Almirante. —Viendo que Garfias se paseaba dando muestras de vivísima impaciencia, explicó —: Ya irán a terminar. —Se acercó a la puerta y poniendo el oído dijo —: Ahora ya no gritan; parece que se irán despidiendo.

En efecto, a los pocos instantes salía un oficial del Maipo, pálido, tiritón, que tropezó al pasar junto a una mesita. Don Antonio lo miró alejarse y luego entró al despacho del Gobernador.

Después de las primeras efusiones con que lo recibieron sus amigos, y como preguntara por don Diego y la marcha de los acontecimientos, le rogaron se sentara y aguardara un momento porque el Almirante debía irse y tenían que acabar de tomar algunos acuerdos.

—Ven Uds. —decía Blanco—; tenía yo razón al porfiarme en hacer volver las tropas al cuartel. Ahora las tenemos descansadas, sin la tensión de la inútil espera.

—Si todos los del Maipo están con el mismo ánimo del capitancito ése, no habrá necesidad ni de librar batalla —observó irónico Garrido, mientras examinaba con Cavareda el bosquejo de un plan sobre la mesa.

Blanco, entonces, les fué señalando las líneas con la pluma y explicándoles las posiciones.

—Aquí —decía— en la altura que domina de frente el camino que cae a la quebrada de la Cabritería, formaré en línea los dos batallones de la guardia cívica; y a corta distancia sobre su izquierda, la compañía de cazadores del Valdivia. Sacaré dos compañías de la guardia cívica para disponerlas del siguiente modo: aquí, a la altura de la derecha, y un poco a retaguardia para proteger este flanco; y otra en el castillo del Barón. Aquí...

Don Antonio escuchaba ahora sin oír, y miraba sin ver. Poco le interesa aquella estrategia que no entiende. Se siente a un tiempo presente y ausente. Se halla en el mismo espacio de esta sala en la que tantas veces visitara a Diego, pero a pesar de permanecer exactamente igual en todos sus detalles, aquel sitio le parece distinto. Sólo a fuerza de evocación, superponiendo gracias a la memoria la sala de sus recuerdos a ésta —como un vivo decorado sobre la simple armadura que ha de sostenerlo— logra, sin resucitarla del todo, una vaga impresión de su identidad. Pero, ¡oh milagro!, aquel decorado que cuelga de las remotas zonas del recuerdo, tambaleándose aún, se fija de pronto al encender Cavareda uno de aquellos cigarros que fumaba don Diego. El olor especial del humo trae ahí, vivos, los pasados días, y la sala existe como antes: real, verdadera, al fin. La silueta del amigo surge frente a la mesa, descartando a Cavareda; su risa burlona estalla apagando las voces de los que discutían: fantasmales, relegados ahora a un plano secundario, ¿quizás sean ellos los inexistentes? Diego está ahí.

—Tonto lesa —dice—, huela este cigarro, es exquisito. Los reservo sólo para los amigos.

Ha lanzado un chiflón de humo bajo las narices de don Antonio. Don Antonio cierra los ojos aspirando voluptuosamente...

Temeroso de que se esfume la visión los vuelve a cerrar, ahora al revivir la escena, y aspira este otro humo de Cavareda, y sigue viendo a Diego que se ríe:

—Fume, el olor no basta. No sea maricón...

—¡Despierte, don Antonio! ¿En qué está Ud. soñando?

Garrido le golpea el hombro, Cavareda sonrío, el Almirante se ha ido.

Mira don Antonio esta extraña sala. Mira el escritorio, mira a Cavareda. Ahora lo informan sobre el triste presente. Lee la carta de Diego que el capitán Piña ha traído...

—¿Qué han contestado Uds.? —pregunta al fin.

—Lo que se merece ese sinvergüenza de Vidaurre —dice Garrido—. Le digo que es un canalla, un desleal, un traidor a la Patria y a la amistad, un hombre ambicioso y sin talento. Que se retire inmediatamente a Quillota, que perderá su empleo y se le echará quién sabe adónde.

Garrido gritaba, al contar, como si estuviera insultando de frente al mismo Vidaurre.

—Pero eso puede ser contraproducente para la seguridad de don Diego —observó, atemorizado, Garfias.

—Déjese Ud.; si hubiera visto a Piña, el que vino a parlamentar, comprendería que no las tienen todas consigo los señores amotinados. ¡Por la Virgen del Pilár, que hemos de arrollarlos! Ese Vidaurre es un pobre hombre, no tiene duende; que no tiene, se lo digo yo.

Don Antonio lo dejaba hablar. Había cogido nuevamente la carta y parecía querer extraer de ella el significado oculto que pudieran llevar aquellas líneas del prisionero coartado a escribirlas.

«Reitero a Uds. eficazmente mis súplicas»...

*Efícazmente...*

«Capítúlese, sacando ventajas para la Patria a la que está unida nuestra suerte...»

*Nuestra suerte:* esto, ¿qué significaba?... La *suerte de él:* es decir, que su vida peligró si no se capitula. Obtenida su libertad, ya se arreglarían las cosas... No puede creer don Diego, desde el momento que

se le hace presión para pedir un arreglo, que se sientan victoriosos los amotinados:

«Me han asegurado todos que este movimiento tiene ramificaciones en las provincias»... «Yo creo que Uds. no tienen fuerzas para resistir a las que los atacan...»

Naturalmente, no lo cree. Necesita que se le salve «para sacar ventaja para la Patria».

Garfias explica su pensamiento. Discute, trata de persuadir, de conmover a los amigos.

¿Cómo el Godo, que es tan fértil en combinaciones ingeniosas, no ha de encontrar una solución que permita conseguir la restitución del prisionero?

—Está Ud. imaginando tragedias inverosímiles—dijo al fin Garri-do con impaciencia—. Sí, han amenazado una primera vez con fusilar al Ministro y por toda contestación perseguimos la división de Ramos que huyó: era un ardid para obligarnos a la rendición porque no se sienten fuertes contra nosotros. El capitán Piña nos lo confirma con su actitud temerosa. Pregúntele a Cavareda. Si nos pedía a gritos que lo dejásemos prisionero para no verse obligado a volver a sus filas. En tales condiciones no pretende Ud., don Antonio, que vayamos a rendir la plaza. ¿Cree Ud. que lo permitiría don Diego? Ha escrito pidiéndolo porque lo han obligado a ello bajo amenazas, y ha querido ganar tiempo, pensando que comprenderíamos el estado de la situación.

Garfias estaba todo abochornado y trataba de volver a la tranquilidad. ¿Qué se podía hacer? Pedía lo imposible, como un niño alocado por el miedo, y no había más que resignarse y esperar. Ya pasada la tarde, en la noche probablemente se decidiría la suerte de aquella revolución. ¡No había más que esperar!

—¿Quiere darme un cigarrillo—dijo a Cavareda— y si no es abuso, quiere regalarme un atado?

—¡Vaya! ¿Desde cuándo fuma Ud.?

Le pasó el cigarrillo y le ofreció el mechero. Luego, abriendo el cajón del escritorio, sacó uno de los paquetitos y se lo entregó.

Don Antonio se puso de pie.

—Siento la necesidad de caminar un poco —dijo—; volveré más tarde. He de encontrarlos aquí, ¿supongo?

—Es lo probable —contestó Cavareda—, salvo que hubiera novedades antes y nos trasladáramos a la carpa del campamento.

Salió Garfias en dirección al muelle. Hacía bastante frío, pero no lo sentía. Quería fumar, matar estas horas, suprimir el presente, volver atrás.

Suben las volutas en remolinos.

...Tonto leso..., tonto leso..., tonto leso...

### CAPITULO VIII

## CENA Y BORRACHERA EN LA POSADA DE LA VIÑA DEL MAR

ENTRE los esteros de la Viña del Mar y del Almendral, macizo de montañas chatas, abruptos sobre el océano, dividido por las quebradas paralelas denominadas las Siete Hermanas. Por cimas y hondones viene serpenteando, como un río de tierra, el camino carretero de Quillota. Ha pasado por páramos de greda y arenales, por un oasis de verdor, y llega hasta la última de las quebradas, la de la Cabritería, que flanquea los altos del Barón. Ahí están apostadas, esperando, las fuerzas militares de Valparaíso. El Maipo aun no se divisa. Las sombras nocturnas cubren ya el paisaje confundiendo lomas, hondonadas y caminos.

Gran algazara en la pequeña posada de la Viña del Mar. Mister John, el dueño, va y viene de la cocina a la despensa, moviendo provi-

siones, destapando botellas, dando un grito a los criados soñolientos que hubo de despertar en la media noche para recibir a aquellos inesperados huéspedes que mandan allí como en su propia casa.

—¡Oh, mozo, más pisco! —grita una voz enronquecida desde la salita del comedor.

Mister John abre el otro canasto.

—Gracias a Dios —dice al mozo— estos bárbaros milicos han traído buenas provisiones.

—Eran pal baile qu'iban a dar en Quillota, eh que ijo el ordenanza.

Mister John iba apartando botellas: cerveza, aloja, jarabes...

—Toma, aquí está el pisco.

—No es na lo que llevan tomao —dijo el mozo, viejón con cara de idiota, que por su edad se había escapado de la recluta—. Así están de hablaores —concluyó, llevándose la botella.

De la cocina salía un olor a azúcar quemada que se mezclaba al de una fritura en aceite.

—¡Y esa tortilla acaramelada que no llega! —reclamó un joven militar, arrogante y hermoso, cuyos ojos negros relucían, encendidos, al par que sus mejillas sonrosadas se teñían de vivo carmín.

—Santiago está casi tan ávido de postre como de pisco —observó Arrisaga.

El mozo iba escanciando el licor y los miraba a unos y otros maravillado: estos milicos dejan muy atrás a los gringos que vienen los días de fiesta.

La cocinera hacía su entrada triunfal, llevando en alto una fuente sobre la que esplendía la dorada y olorosa tortilla.

—¡Hurrah! —exclamó Florín, y sus rojos labios sensuales se abrieron en una sonrisa que dejaba brillar los dientes albísimos—. Vamos, —dijo, animándolos a todos con el brazo en alto—: ¡Un saludo a la tortilla!

—¡Hurrah! —exclamaron algunos sin mucho entusiasmo.

Vidaurre callaba. De cuando en cuando bebía un sorbo en su copa. Sus ojos relumbraban por momentos con fulgores de odio, y un rictus

de desdén levantaba su labio. Parecía abstraído en desagradables pensamientos.

Florín, entretanto, rociaba con ron la tortilla y la encendía: estalló la danza lila y tenue de la llamarada.

Luciano Piña, cabizbajo, volvía a contar pormenores de su entrevista con Blanco. Los que le rodeaban: Beltrán, el teniente Alejo Jiménez, Silva Chávez, el mayor Soza, Murillo, no habían hecho caso de los vítores de Florín, y éste, a medida que esparcía con la cuchara el licor encendido, no los perdía de vista.

—Mi coronel —dijo de pronto—, ¿qué espera Ud. para descartar a Luciano Piña que está ahí desmoralizándole a su gente?

—Yo no desmoralizo a nadie —contestó Piña—. He contado la verdad, y no es culpa mía si la verdad no se presenta bajo colores de victoria.

Vidaurre dió un puñetazo sobre la mesa.

—El que la tengamos depende de Uds., señores —exclamó, y los fué mirando escrutador a cada uno. Luego, poniéndose de pie, empezó con énfasis:

—Oficiales del viejo Maipo...

Su voz retumbó, pero la frase quedó cortada. El coronel buscaba sus ideas. Tomó un sorbo de pisco, y volvió a decir:

«Oficiales del viejo Maipo... —se secaba los bigotes, a golpecitos, « con el pañuelo— ya me habéis demostrado ayer con juramento vues-  
« tra fidelidad... Vuestro jefe, vuestro coronel... , la cabeza de vuestro  
« cuerpo de valientes que ha marchado siempre en el sentido del ho-  
« nor y del deber ha sido insultado... —Empezó a accionar, ya con  
« una, ya con otra mano—. Es preciso vengar aquellos insultos del in-  
« fame Garrido, ese godo mercenario disfrazado de patriota chileno...  
« ese, en fin... —sus ojos echaban chispas al recordar la afrenta de sus  
« adversarios, buscando palabras inauditas para calificarlos, pero no  
« encontraba ni los términos corrientes y prosiguió—: al Almirante,  
« igualmente se le arreglarán sus cuentas. —Animado por el espíritu  
« de venganza, su voz iba cobrando bríos—. Ya se verá quién es Vidau-  
« rre —decía— y cómo el viejo Maipo sabrá dar término a esta noble

« empresa . . . , esta empresa noble . . . , noble, sí . . . , en que se empeña la  
« libertad de nuestra amada Patria. —Bebió un largo sorbo y prosi-  
• guió—: Hemos de salvar a esta pobre Patria comprometida en manos  
• de la más inicua tiranía, hija de una baja ambición personal —dió  
« un puñetazo sobre la mesa—, de un espíritu sultanesco indomable  
« —otro puñetazo—, de . . . , en fin, la sombra fatídica del usurpador de  
« mandos debe ser descartada . . . Ya vamos a iniciar la lucha defini-  
« tiva —alzó la copa—; juremos todos llevarla adelante valerosamente,  
« y salir airosos, vencedores, o morir como héroes combatiendo por la  
« causa de la libertad: o vencer o morir. ¡Viva la libertad!»

—¡Viva la libertad, viva nuestro general Vidaurre! —gritaron los  
oficiales poniéndose de pie. Alzaban la copa estimulándose unos a otros  
a brindar por su «general». Beltrán y Piña, que se habían puesto de pie  
como los demás, pero sin echar vivas, comentaban por lo bajo, aprove-  
chando el bullicio, que estos vítores no manifestaban el mismo espon-  
táneo entusiasmo de aquellos que, a una voz, habían lanzado todos en  
Quillota, en el momento del pronunciamiento.

Reconfortado Vidaurre al oírse aclamar y llamar «general», les  
agradeció a los «niños» y les invitó a que descansaran un poco antes de  
emprender la marcha hacia el Barón. El mismo quería reposar y dormir  
unos instantes, y se tendería ahí afuera en el corredor. Salió, llamando a  
Florín para averiguar de los prisioneros. Sotomayor le preguntó enton-  
ces al capitán José-María Díaz si no era él el encargado de la custodia  
de Portales.

—No —repuso éste—; poco antes de que llegáramos aquí fuí rele-  
vado por Florín, porque algunos —dijo mirando a Carvallo y a Ramos—  
me encontraban demasiado indulgente con el Ministro porque le per-  
mitía fumar . . .

—Ese continuo fumar y encender el mechero, señor —interrumpió  
Carvallo—, podía señalar el sitio que iba ocupando en su marcha el  
birlocho.

—Eso podría valer como razón que justificara aquella medida  
—intervino Sotomayor—, ¿pero el no darle alimento y tenerlo al frío  
en su mismo coche, a qué obedece?

—Ya no está a mi cargo y ésa es cuenta de Florín —contestó Díaz. Carvalho y Ramos habían dado vuelta la espalda y salían demostrando que no estaban dispuestos a oír censuras.

Silva, Jiménez y Soza se guiñaron el ojo y salieron también.

Beltrán le murmuró a Piña unas palabras:

—Estos van a desertar, ¿sabe? —dijo—. ¿Qué le parece?

—Me parece «bien» —apoyó Piña, como si hablaran de cualquier cosa.

Varios oficiales permanecían aún en sus asientos bebiendo y charlando.

—¿En qué estará «Dieguito»? —dijo con desenfado fanfarrón un muchacho imberbe que se había dado el gusto de insultar a Portales en el momento en que le apresaron. «Dieguito, ésta no estaba en tus cuentas», le había dicho, y como algunos compañeros le hicieran gracia, seguía llamando Dieguito al Ministro.

—Debe estar asustado como liebre ante el cazador, bajo la custodia del terrible Florín —adelantó un tal Solano que le temblaba a Florín.

Pero Muñoz Gamero lo hacía callar diciéndole que hacía falta que los «mocosos» no hubiesen asistido a la reunión de oficiales en la que se le había exigido al Ministro escribir la carta. Lo había amenazado allí Florín con cuatro tiros, y Portales había seguido tan sereno. Después de escribir conversaba con los oficiales del modo más tranquilo y hasta les había llamado la atención cómo, distraídamente, al hablar, hacía dibujos con el dedo sobre la mesa.

La sala estaba ahora blanca de humo. Las voces resonaban enronquecidas por el efecto del alcohol. Hablaban todos juntos en coro desarmónico. Un muchacho se había quedado dormido y roncaba profundamente. Otro se tambaleaba en su silla riendo por todo con risa boba.

—¡Hay que entonarse, hay que entonarse, muchachos! —gritaba de cuando en cuando Raimundo Carvalho, y empinaba la copa.

De pronto, Piña se subió a una silla y empezó a hacerles un discurso en contra de las guerras fratricidas.

—¡Así es, somos hermanos! —decía después de cada frase, como un estribillo, y alzaba los brazos torpemente, clamando al cielo.

En vano trataba Arrisaga de hacerlo callar y de aquietar a los demás que ya lo vitoreaban, ya lo insultaban: constataba, aterrado, que estaban todos ebrios. Pero Florín en ese momento volvía. Traía un par de pistolas que, por falta de las respectivas pistolerías, trataba de amarrar en un pañuelo para colgárselas de la cintura.

Al oír la palabra de Piña tomó una de ellas y le apuntó, intimándole: —O te callas, imbécil, o te pego cuatro tiros.

El susto le despejó la mente al improvisado orador y se bajó de la silla.

—Vaya, las bromas de Santiaguito —dijo, como si no le diera mayor importancia, pero sabiendo que «Santiaguito» no amenazaba en vano.

—Dos pistolas para un solo pájaro —observó el muchacho de la risa boba— ¡y qué pistolas!

—Una puede ser para ti —le gritó Florín, apuntándole.

Entonces, Raimundo Carvallo, que estaba con sus buenas copas, le dijo rabioso;

—¿Hasta cuándo haces aquí de matón?

Se siguió un altercado entre los dos que amenazaba terminar mal, pero que fué interrumpido por la entrada de Uriondo. Venía éste de parte del coronel a buscar a todos los oficiales: los soldados reclutas, transidos de frío, sin comer, a la espera de sus jefes que no aparecían, habían empezado a desbandarse y era preciso ponerse inmediatamente en marcha hacia Valparaíso.

El tiempo de ponerse las gorras, las capas, de ceñirse las espadas, y ya estaban afuera.

El que dormía había rodado bajo la mesa. Florín, que volvía en busca de la carta de Blanco que se le había extraviado al coronel, al registrar los asientos dió con el muchacho que roncaba, tendido como en su propia cama. Le plantó un par de puntapiés que lo hicieron volver en sí aullando.

—¡Cállate, borracho, a las filas!

Lo empujaba a combos y a patadas obligándolo a salir delante de él.

Desde la despensa se oía la voz de Mister John que discutía con el proveedor del Maipo, Espinoza:

—Tienen que pagarme lo que se me debe —decía el pobre gringo, lamentoso—; eso no es correcto, no es correcto.

—No se le debe nada, lo hemos traído todo.

—¿Cómo todo? ¡Si han arrasado con mis conservas y mis vinos!

—Yo no sé nada. Mande si quiere la cuenta mañana a Valparaíso.

Y como el ordenanza se llevara ya los canastos con las sobras, Espinoza le dió la espalda a Mister John y siguió hacia el campamento.

Ya desfilaban las distintas compañías y sólo alcanzó la última, a la que se incorporó con el ordenanza que llevaba de la brida la mula con los bultos. Más atrás venía, a la distancia, el pequeño destacamento que custodiaba el birlocho.

La larga procesión iba serpenteando obscuramente en el frío del camino.

## CAPITULO IX

### ¡YA EL DADO ESTA TIRADO!

EL paso acompasado y opaco de los soldados en marcha se había ido perdiendo poco a poco. El birlocho quedaba atrás en un lento caminar de los caballos. De trecho en trecho, sin embargo, cuando había que escalar la cima de una loma, se oía de súbito la recia voz del postillón «—¡Ah, yegua yegua yegua!—»; picando espuelas, en endiablado ajetreo, animaba gritando a las bestias; y el birlocho, entre sacudidas, partía unos instantes con un impulso de esforzada rapidez.

Ya subían cuestas, ya bajaban. Crujían las ruedas del coche; los cascos de los caballos sumaban su ritmo al de los del piquete de soldados que seguían al birlucho. Había orden de no hablar, y las aisladas voces del postillón, el crujir de ruedas, el sonar terroso de cascos, hacían resaltar aquel silencio de los hombres.

Arrebujados en sus capas, el Ministro y Necochea guardan también silencio.

«¡Ya el dado está tirado!» había dicho Vidaurre. Nada había que hacer. ¡Diez años perdidos por un motín!

A las sacudidas del coche, sentía don Diego sobre su mejilla el suave roce del cuello de nutria. Movi6 despacio la cabeza repetidas veces para apreciar mejor aquella inesperada caricia. Sus ojos se humedecieron: surgía una dulce evocación. ¡Mano querida y santa!... El parrón en Quilicura. Filtrábase luz blanquecina de luna. Todos habían salido al huerto, mientras él, rendido por la tarea del día, se adormecía bajo el parrón. ¿Ha soñado? ¿Quién ha sido? El dorso terso de una mano femenina acaricia, leve, levísima, su mejilla... No había querido abrir los ojos para no turbarla. Oía la mano a agua de rosas; de la que fabricara ella misma, la comadre; «es sana, refrescante»; solía decir como excusándose de usar un perfume...

¡Querida comadre! ¡Mujer fina, delicada, de tacto y corazón, tan chilena!...

¡Ya el dado está tirado!

¡Mujeres queridas!

No quisiera torturarse recordándolas en tales amargos momentos, pero al evocársele doña Rafaela, trae consigo, en ronda de ensueño, el fantasma de todas, amigas y amadas.

Rosarito, con su risa reconfortante, su andar ágil; revolotea el delantal rosado..., tintineo hogareño de llaves... «Viejito, viejito»...

Rosa Mueno: turbadores ojos que perseguían durante las vigilia. ¡Rosa, Rosita!... Mejillas encendidas, manos que rasgúan la guitarra: «Tengo un sufrir»... María Inés...

Ojos tristes, ojos sonrientes, ojos cándidos, perversos; bellos, todos: negros, pardos, azules o verdes.

Pero estos grises, anegados en llanto como el mar en tormenta, a fuerza de amor le disputan a los demás sus mirares.

Constanza, ¡el dado está tirado! ¡Garfias y la Manuela recogerán a los chicos, los huachos!

...Vaya, hubiera querido ver crecer a la Rosalía...

Mi don Antonio, conformarse, ¡el dado está tirado!

El birlocho se bambolea lentamente.

Don Diego mira en la obscuridad a su compañero de infortunio: este pobre desgraciado, ¡qué suerte irá a correr junto a él! ¡Cómo quisiera salvarlo! Estará pensando en el hogar lejano, en su mujer, en sus hijos. Esos hijos que llevan su nombre...

Pero Necochea, de súbito jubiloso, toma del brazo a don Diego. —¿Oye Ud.? —dice—. Se defienden en Valparaíso.

En efecto, se oye claramente un tiroteo. Pero don Diego sigue en su obstinado mutismo. Su pecho se levanta como si hubiera suspirado hondamente.

Cuando hubo cesado el ruido de balas se detuvo el birlocho. Un grupo de hombres venía hacia ellos y se oyó a Florín que ordenaba al postillón quitase los caballos. Luego llamó al sargento Espinoza y parlamentó con él en voz baja. Espinoza partió en dirección a las columnas de avanzada.

Necochea ha mirado a Portales con angustia:

—Señor don Diego —dice—, nos fusilan.

Sin contestar, le tomó don Diego la mano y se la estrechó.

—Elevemos nuestro espíritu a Dios —dijo Necochea.

Se soltaron y se apartaron un poco uno de otro para recogerse.

Necochea oraba moviendo imperceptiblemente los labios.

Don Diego quisiera rezar también. Cuánto añora en estos instantes la perdida fe. Pero no en vano ha sido en años juveniles un fervoroso creyente. Vuelven ahora, como un consuelo, las frases de su libro de oraciones preferido, y repasa en su mente aquellas palabras de «La imitación de Cristo»:

«No temas el juicio humano cuando la conciencia no te acuse. Teme a Dios y no te espantarás de los hombres. ¿Qué te puede hacer el hombre con sus palabras o injurias? A sí se daña más que a ti: y cualquiera que sea no podrá huir el juicio de Dios. Tú pon a Dios ante tus ojos y no contiendas con palabras quejosas. Y si te parece que al presente sufres confusión o vergüenza sin merecerlo, no te enojés por ello ni disminuyas tu corona por impaciencia, mas mírame a mí en el cielo, que puedo librarte de toda vergüenza o confusión, y dar a cada uno según sus obras».

Sintió frío y se envolvió estrechamente en su capa: hora y sitio bien desolados eran éstos que la intensa obscuridad, bajo un cielo cubierto, volvían aún más desolados.

Ha hecho severo examen de conciencia y nada le acusa, por lo menos en cuanto a la limpieza de sus intenciones. Puede; sí, haberse equivocado como hombre. No odia ni a Vidaurre, ni a Florín, ni a ninguno de los que, malos o inconscientes, le han dañado. Le parece que lo comprende todo, y lo perdona todo. Una infinita humildad invade su alma: ¿no es la más triste suerte nacer Judas o Caín? ¡Señor, Dios de los humanos, si existes, cuáles son tus escondidos fines? Es triste no poder llevar a término la obra comenzada y verla desbaratada por la inconsciencia de los hombres. Desgraciado país...

Se siente el galope de un caballo. Es Espinoza que vuelve. Habla con Florín y éste ordena que enganchen los caballos al birlocho. Se retira la tropa, y salen otra vez en marcha lenta y tambaleante.

Habrían caminado unas tres cuadras, cuando Necochea dice a su compañero:

—¿Quiere Ud. que fumemos tal vez el último cigarro?

Don Diego hizo señas que sí. Sacó fuego entonces Necochea, y se pusieron a fumar. Algunas volutas ya se esfumaban; pero una voz de trueno gritó detrás del coche:

—Voy a hacer que esos caballeros acaben de pitar.

Necochea dió con el codo a Portales, y uno y otro tiraron los cigarros.

Crujen las ruedas. El balanceo del birlocho y un golpetear opaco de cascos rjtmán la callada meditación de los prisioneros. Avanzan en la noche obscurísima. Deben ser las tres. Nueva descarga a corta distancia rompe el silencio.

Ordena Florín hacer alto y por segunda vez sale con órdenes suyas el sargento Espinoza.

Portales y Necochea ya no buscan mirarse. Ha llegado el momento, lo saben. Sólo falta que vuelva Espinoza.

A algunos pasos, rodeados del piquete de custodia, están Cavada y Soto Aguilar. Se preguntan qué irá a suceder. Al Ministro lo fusilan, sin duda. ¿Y los demás, ellos, cuál irá a ser su suerte? Esperan angustiados. Florín está parlamentando con el teniente Sotomayor que acaba de llegar a la zaga de Espinoza. Después de discutir unos instantes en voz baja se aleja Sotomayor en dirección a las columnas. Florín ordenó entonces que salieran de las filas el cabo Justo Verdugo, Pedro Cabezas, José González y Antonio Cornejo.

—Yo no voy —murmuró Cornejo a sus compañeros, escurriéndose. Y tuvo que sacarlo a empellones el sargento Espinoza. Luego de formado el pelotón, frente al birlocho, Florín se acercó a Portales y dijo:

—¡Baje el Ministro!

Portales, con extraña resolución, intenta incorporarse, pero se lo impiden los grillos.

—Vengan dos hombres a bajarme —dice con entereza.

Dos soldados acudieron y con mucho respeto lo tomaron por ambos brazos tratando de ayudarlo.

—La capa —dice uno de ellos, al ver que se le ha resbalado de los hombros.

Pero Florín interviene, impaciente. Con un dejo de burla exclama:

—¡Para qué quiere capa!

La capa inútil quedó en el suelo, desmoronada.

Necochea se siente desfallecer. Los latidos de su corazón le golpean el pecho con tal violencia que parece va a destrozarse: Portales está ahí

a cuatro varas solamente de la rueda del birlocho, y le manda pedir el pañuelo que se le quedó.

—¡Salga Cavada! —ha gritado Florín.

Necochea y Soto Aguilar sienten que les va a llegar también el turno.

¿Pero qué pasa?

Cavada emprende la fuga hacia el mar, y Espinoza lo persigue volteándolo de un disparo. Florín entonces, sin perder más tiempo, ordena hacer fuego sobre el Ministro y le intima a éste que se hinque. Pero Portales, estorbado por los grillos, logra solamente encucillarse un poco. La humilde actitud de su víctima no ha conmovido el cruel corazón de Santiago Florín, pero sí el de los rudos soldados que le apuntan, y cuando se oye la voz: «¡Tírenle seis!» no sale un solo disparo.

—¡Tírenle seis! —repite Florín.

Silencio.

—¡Tírenle seis! —ruge fuera de sí. Y al ver que no ejecutan su orden saca el florete y lo hunde en el pecho de Portales. Acto continuo, y como se ensañara sobre la víctima, le tiraron entonces los soldados.

Necochea está helado de horror. Siente que el herido no muere. Su cuerpo da tumbos y se arrastra. Se oye una horripilante mezcla de quejidos reprimidos, de bayonetazos, de golpes de culata con que tratan de ultimarle. Y esto no acaba, sigue, sigue...

—Si tendrá reliquias, regístrenlo —dice el postillón, que se acerca supersticioso. Pero Florín remata al fin, de un pistoletazo, a su víctima.

¡Portales ha muerto!

Los soldados y el postillón se precipitaron a despojar el cuerpo de sus ropas para registrarlas. Sólo un pequeño escapulario han encontrado.

En la quebrada de La Cabritería estalla un tiroteo seguido de intensa descarga, y al poco rato asoman unos reclutas del Maipo que vienen huyendo.

Necochea baja del birlocho ayudado por el postillón que acaba de enganchar los caballos, pronto a partir, y al favor de la obscuridad y

del desbande del piquete de guardia, logra ocultarse en un pequeño barranco. En un instante queda despejado el sitio donde acaba de efectuarse el terrible asesinato.

Yacen desnudos, tirados sobre la vía, a poca distancia uno de otro, los cadáveres de Portales y Cavada.

## CAPITULO X

### ANTE EL CADAVER

EN vano trataban los serenos de despejar la callecita estrecha, torcida, montuosa. Frente a la casa-quinta del Barón, conocida en Valparaíso por «La quinta de Portales» desde que éste la habitara durante varios años, se agolpaban los vecinos y el gran gentío que había seguido a las milicias en el transporte de los cadáveres del Ministro y de Cavada recogidos después de la persecución y derrota del Maipo.

Esta derrota, como ya se sabía, le costaba al enemigo ciento cuarenta hombres entre muertos y heridos y ochocientos prisioneros. Los vencedores tenían sólo veintiún heridos y cuatro muertos, uno de ellos el joven capitán de milicias don Santiago Zaldívar.

No se habían reanudado las distintas actividades paralizadas por el esfuerzo de la defensa al que, directa o indirectamente, había contribuido cada cual. Se formaban grupos en las calles que detenían a los milicianos y soldados para preguntar pormenores y detalles de los sucesos acaecidos en la madrugada. Terciaban en las conversaciones el caballero con el roto, el extranjero con el chileno... Pero en ninguna parte era mayor la efervescencia que frente a la quinta donde había vivido y reposaba, muerto ahora, don Diego Portales.

Todo el mundo se había resistido a creer las primeras noticias que anunciaban el asesinato del Ministro. ¿No habían de ser recompensados, acaso, tanto esfuerzo, tanto anhelo de libertar al hombre único, admirado y querido de todos los porteños? ¿Muerto el estimado comerciante, el diligente gobernador, el jefe de los batallones cívicos? ¿Muerto el ciudadano ejemplar que día y noche, durante años, sacrificara su tiempo, sus gustos, su fortuna en provecho de sus semejantes, organizando el gobierno y salvando la República? No, seguramente una Providencia especial velaría por su destino permitiéndole llevar a cabo las grandes tareas emprendidas, los mil proyectos que habían de convertir a Chile en aquella «Perla del Pacífico» soñada por él en sus patrióticos desvelos.

La indignación ante el hecho consumado se manifestaba por un tétrico silencio, interrumpido a veces por gritos que pedían venganza, y se oían «muera» a Vidaurre y los oficiales del Maipo. Se pedía para ellos la horca, las penas más infamantes. Hombres de todas las edades y condiciones habían acudido allí, mujeres y niños, y hasta mendigos. Había como una necesidad de cerciorarse por sí mismo de que aquella terrible noticia era la verdad. Unos rotos señalaban al «Chueco» que había «visto» al diablo empujando el birlocho para llevar al Ministro a la muerte. Muchos deseaban saber los resultados de la autopsia que se le estaba practicando al cadáver. Se sabía que se le iba a extraer el corazón, porque una comisión de vecinos había solicitado al Gobernador que se dejara esta preciosa reliquia a la ciudad de Valparaíso.

Algunas personas que habían permanecido estacionadas toda la tarde, de pie, frente a la quinta, volvían a sus hogares; pero eran reemplazadas por otras que llegaban desde los barrios apartados del Puerto: pescadores de la caleta, partidas de guasos de los fundos vecinos, gente pobre que vivía allá arriba en los cerros. De pronto se formó un remolino entre la muchedumbre. Le daban paso a alguien que salía de la casa mortuoria: un caballero de ojos claros y pelo rubio que llevaba una maletita de mano.

—Es el doctor Cazentre —dijo un señor de los que miraban.

La gente se coló tras el cirujano tratando de oír lo que contestaba a los que le preguntaban por el resultado de la autopsia, y luego se fué corriendo la voz de unos a otros:

—Una bala de pistola había perforado la mandíbula superior, arrebatando los dientes; otra habíale quebrado tres costillas, atravesando el pulmón derecho. ¡Treinta y dos heridas de bayoneta acribillaban el busto y el estómago!

—¡Treinta y dos bayonetazos! —repetía cada cual consternado.

El asesinato había sido monstruoso, inhumano. Así lo había referido también a las autoridades el coronel Necochea, y volvían a repetir, los que lo habían sabido, el relato horripilante del que había presenciado el crimen. Una mujer del pueblo se tapó los oídos arrancando para no escuchar tantos horrores. En cada rostro se pintaban la indignación, el espanto. Muchos ojos estaban húmedos.

Un anhelo se manifestaba, unánime, en todos los espíritus: el de conseguir la captura de los asesinos que, al verse perseguidos por el Valdivia y las milicias, se habían internado en la montaña. ¡Se les buscaría hasta dar con ellos todos!

Ibase despejando la callejuela. Algunos se dirigían a la Gobernación a inquirir noticias sobre los prófugos, otros hacia la iglesia matriz donde se estaban haciendo los preparativos para velar el cadáver de la ilustre víctima.

De la quinta salía ahora el Gobernador Cavareda acompañado de don Victorino Garrido. Se veían huellas de lágrimas en los ojos del primero; el otro tenía ardientes las mejillas.

—¡Está loco Garfias —decía Garrido—, loco, loco! ¿Cómo se atreve todavía a censurarnos? ¡Y sus quejan van contra mí! Está loco. —Se pasó el pañuelo sobre la frente enjugando el sudor que le corría abundante—. ¡Ah, dè poderlo hacer —dijo—, qué no hubiera hecho yo por salvar a nuestro desgraciado amigo!

La voz se le estranguló. Cavareda, mudo, trataba de reprimir también los sollozos que le anegaban la garganta.

Se adelantó el coche que los esperaba. Subieron en silencio, y partió el carruaje. Una fina llovizna se había descargado del cielo gris.

La calle estaba ahora completamente solitaria. La casa, un poco adentro en la quinta, se veía aislada. Una especie de carretón con toldería y una cruz pintada de blanco se detuvo frente a la reja. El jardinero vino a abrir e introdujo en la casa a los empleados de las pompas fúnebres.

Dos ataúdes se alineaban ya en el pasadizo donde tantas veces charlara don Diego con los huéspedes —amigos y amigas— que a menudo invitaba a hacerle compañía.

Don Miguel Portales los hizo poner en la salita que servía de salón. Ahí estaban todavía algunas personas que conversaban en voz baja. Hacía bastante frío. Pidió entonces al mozo que trajera un brasero. Luego volvió al pasadizo y entreabrió la puerta de uno de los cuartos —la del dormitorio que en vida ocupaba su hermano— para avisarle a Garfias que habían traído el ataúd. Pero éste desde adentro hizo señas que esperaran. Luego, como se retirara don Miguel, lo llamó:

—El señor Domeniconi lo necesita —dijo.

Estaba éste cerca del lecho en que yacía, envuelto en una sábana, el cadáver de Portales. Sobre un pequeño atril improvisado, trataba el pintor de reproducir en el lienzo aquellos rasgos desfigurados.

—Quisiera, señor —dijo a don Miguel—, que me posara Ud. dos minutos, ya que su parecido con el difunto puede servirme para señalar esta parte de la boca que ha sido destrozada —indicaba con la punta del pincel la venda que ocultaba la herida.

Habían corrido el catre al medio de la pjeza para aprovechar la luz de la ventana y ésta caía directamente sobre el rostro inmóvil de don Diego, perfilando la nariz recta y un tanto prominente, haciendo resaltar la ancha frente dormida para siempre. Don Miguel lo contempló un instante: ¡nunca más se abrirían aquellos risueños ojos!

Demudado, se sentó al fin a posar junto al lecho.

Garfias se había retirado al fondo de la pieza. Hosco, miraba, comparándolo, a don Miguel.

Era mucho el parecido de las facciones entre los dos hermanos, pero cuán distinta la expresión. Nunca sabría este pintor que no había conocido a don Diego, reproducir aquella boca en cuyos labios finos vagaba —sutil diseño aflorante del alma —una ligera sonrisa, ya bené-

vola, ya burlona o sarcástica; ni podría fijar aquellas pupilas engastadas en un iris claro, que miraban con intensidad y a veces clavaban. ¿Y cómo lograr ese aire de la fisonomía que en el abandono de la tranquilidad era suave y aun respiraba candor? Don Miguel tenía sólo materialmente los mismos ojos, un poco hundidos, el mismo dibujo de los labios terminados por una pronunciada comisura...

El pintor miraba a su modelo entornando un poco los párpados y midiendo con el pulgar en alto ciertas misteriosas distancias. Trazó en seguida unas cuantas líneas.

—Basta para este esbozo —dijo—; cuando me ponga a la obra, necesitaré que me conceda Ud. dos o tres sesiones. Tiene frío Ud., señor —advirtió, al ver que don Miguel reprimía un tiritón.

—Sí —preferiré contestar don Miguel—, está muy helado el tiempo. Voy a hacerles traer un brasero —dijo al salir.

En cuanto cerró la puerta, Garfias se acercó al atril é hizo algunas observaciones. Pretendía que el pintor se penetrara bien del espíritu que debía animar su obra. Le hablaba del carácter único de don Diego. Le explicaba, febrilmente, que era un hombre inverosímil, paradójico, increíble. En vano —decíale con exaltación— se buscaría en la historia un tipo en que se hayan mezclado de una manera tan caprichosa, tan inesperada y espontánea, los más opuestos contrastes: quizás porque no sabía ponerle máscara a la natural originalidad que llevamos todos, unos más, otros menos, pero que cada cual refrena. Y es que podía —comentaba—, con la misma inocencia que muestra su cuerpo un niño, mostrar la hermosa desnudez de su alma sin deformaciones, vigorosa, llena de gracia, de salud.

—Mírelo, mírelo bien —decía señalando el rostro inmóvil como si fuese el de un vivo—. Mire esa frente: algo ha de decirle. ¿No ve Ud. en ella la suprema sencillez de un alma sin concupiscencia? Eso era Diego Portales: *¡el hombre sin concupiscencia!*

Don Antonio se paseaba agitado, contando anécdotas y rasgos en apoyo de sus aseveraciones. Hablaba con volubilidad inusitada en él, entremezclando disparatadamente una y otra referencia.

—Pinte, pinte Ud. todo eso —intimábale. Y criticaba acerba-

mente la obra que apenas iba tomando forma—. Su pintura es fría, no vale nada—seguía diciendo con acento trepidante—. Es preciso revelar aquella movilidad característica de la fisonomía de don Diego. Esa movilidad asombrosa, asombrosa, sí, que se prestaba al gesto de todos los movimientos del alma.

Domeniconi lo miraba con cierta compasión, pensando que se había vuelto loco.

—No volverá Ud. a ver nunca —insistía Garfias— tan hermosa cabeza: como que cupieron en ella las más altas concepciones. La vida exuberante de don Diego tiene que dejarla Ud. estampada para siempre en su cuadro. ¿Qué artista es Ud., señor, si no es capaz de volver a crear, para hacer existir? —Se abalanzó sobre el pintor y tomándolo de los hombros lo sacudía con fuerza gritando—: ¡Haga que sea mentira que ha muerto!

Luego, mirándolo con aire extraviado, lo soltó. Se llevó entonces la mano a la frente. Domeniconi se había retirado un poco, atemorizado. Un sollozo rompió el silencio, estallando ronco, convulsivo. Don Antonio, que hasta ese momento de aquel fatal día no había podido llorar, gemía al fin, a los pies del lecho en que yacía su amigo horriblemente quieto.

¡Llueve, llueve, llueve, llueve, llueve!

Como un llanto adecuado a las tristes circunstancias, llueve interminablemente desde Valparaíso hasta Santiago. El camino carretero entre el Puerto y la capital se hace casi intransitable al fúnebre convoy que trae los despojos del Ministro mártir. Van a pequeñas jornadas, por etapas. Escoltan el carro mortuorio una compañía del Valdivia y una de cada uno de los batallones de las guardias cívicas. Marchan esforzadamente por el suelo pesado, hecho barro. Empapados los uniformes, transido el cuerpo de frío, revelan en sus tristes rostros, los milicianos, el íntimo duelo del alma. Precede el convoy el mismo birlocho —enlutado ahora— en que recorriera su calvario Portales; luego avanza la suntuosa y elevada carroza: a los pies de la urna penden, visiblemente,

los grillos que llevó el ilustre preso. Y siguen los cívicos y una de aquellas bandas de músicos formadas a impulsos de la iniciativa y de las propias enseñanzas de don Diego.

Redoblan los tambores.

El cortejo adelanta, lenta, pesadamente, subiendo y luego bajando las lomas y cuevas del camino. Se aleja, se aleja...

Redoblan aún, como distantes truenos, los roncós tambores.

Se pierde en los montes la caravana funeral envuelta en el velo listado y gris de la lluvia.

Llueve, llueve...

## C A P I T U L O X I

### MUERTE DE CONSTANZA

A obscuras, en silencio, está la pieza que en su propia casa había cedido Garfias a don Diego. Ahí se está muriendo ahora doña Constanza.

—No hay nada que hacer...—acaba de asegurar el doctor Blest. Luego ha comentado—:Doña Constanza, que ha resistido enfermedades mortales, sin enfermedad se nos muere. Es el primer caso en que me toca ver acabarse «de pena». Esto es más frecuente—había agregado, con su espíritu de inglés sarcástico—entre los perros, los caballos: los «brutos», como dicen Uds., que entre los «cristianos».

Don Antonio y la Rosario se han quedado velando a la moribunda. La Rosita y la Bernarda han ido con el tío Miguel a esperar en la Alameda el cortejo que trae los restos de don Diego, y viene llegando a Santiago después de una semana de difícil marcha.

De cuando en cuando, la Rosario se acerca al sillón donde reposa doña Constanza, que no ha querido guardar cama; luego vuelve al lado de su hermano.

—Casi no se la oye respirar —declara.

Pero de pronto ha retumbado el cañonazo del Cerro y doblan, junto con las de todas las iglesias, las campanas de Santa Ana que parecen sonar ahí mismo, en el propio corazón de los tres seres que las escuchan dolorosamente.

Doña Constanza se ha agitado en la sombra y su voz desfallecida logra murmurar en un quejoso suspiro:

—¡Viene llëgando!... Rosarito, don Antonio...

Se acercan ellos. Doña Rosario entreabre el postigo para dar un poco de luz: los ojos de doña Constanza, heridos de tanto llorar, necesitan casi una total obscuridad.

—Voy a darle el calmante —explica la Rosario a su hermano.

—¡Calmante! Si ya no tiene fuerzas ni para sufrir —replica don Antonio.

Pero, como para desmentirlo, se oye la voz de doña Constanza que dice con bastante firmeza:

—Quiero verlo... por última vez. Don Antonio, esta noche... en la iglesia, cuando no haya gente... ¡Quiero verlo!

Trató de enderezarse, pero el esfuerzo de hablar la había aniquilado y se derrumbó desfallecida.

No había pronunciado una sola palabra desde que la confesara en la mañana don Alejo Eyzaguirre. Después de comulgar había recomendado los niños a don Antonio y a la Manuela, diciéndoles que no creía abandonarlos al morir, porque estarían mejor en sus manos y sin ella. Don Antonio, para consolarla, le había comunicado entonces el deseo del Gobierno de legitimar por un decreto a los hijos de don Diego. Esta noticia le ha producido un bienestar del alma que la hace morir tranquila y bendiciendo al amigo a quien seguramente se debe aquella idea piadosa.

Doña Rosario le tomó el pulso. Latía aún débilmente.

Un segundo cañonazo esparcía sus fúnebres truenos por toda la ciudad: debían sucederse cada cuarto de hora a partir del momento de la llegada del cuerpo.

Doña Constanza abrió los ojos.

—¡Ha llegado! —volvió a decir.

Se incorporó un poco y pidió café.

Después que hubo tomado con dificultad algunas cucharadas empezó a delirar.

—Quiero verlo —insistía en su desvarío—. Ahí viene...

Y había que sujetarla porque trataba de ponerse en pie y de caminar. La sostenían repentinas fuerzas.

Describía el cortejo como si lo viera y, cosa extraña, hablaba de los grillos sobre la urna y del birlocho enlutado de crespones. Sin embargo, no se le había comunicado ninguno de los tristes pormenores del calvario y martirio de don Diego. Salvo que alguien..., ¿pero quién?

Don Antonio y su hermana se miraban perplejos.

Ahora estaba más quieta. Hablaba, hablaba, pero sin tratar de levantarse. Recordaba palabras de Diego, episodios enteros de su vida pasada, de Lima. Decía que el mar la llevaba, que era dulce el viaje, que llegaba al valle del Paraíso donde Diego la recibiría.

—¡Diego solo, sin Madama Pharoux! —exclamó con fuerza, como si se enojara—, solo conmigo. Solo con su niña querida, niña inocente y querida... ¡Diego! —dió un grito y cayó de súbito en un estado de completa postración. Parecía que se ahogaba.

Doña Rosario salió en busca de un abanico, y entre los que tenía; el primero que encontró fué uno japonés, último obsequio del «viejito». Ni él ni ella imaginaran cuando se lo regalaba «para los sofocones de la comadrita» —habíale dicho pícaramente—, que había de servir en este trance de agonía...

Doña Rosario, al tomarlo, rompió a llorar. Pero ya se dominaba y volvía junto a la moribunda.

En vano le daba aire agitando rápidamente el abanico. No se reanimaba. El pulso iba bajando, casi no se sentía. La ronca respiración se hacía más y más acelerada. De repente cesó aquel aleteo de estertor y como una llama que se apaga de un soplo, quedó sin vida doña Constanza.

El tercer cañonazo partía.

## Epílogo

# JUSTOS Y PECADORES

Bronceada luna menguante, como fanal de lo alto, ilumina el tétrico espectáculo. A la distancia, en la penumbra, parecería un monumento erigido en la plaza de Quillota en memoria de algún prócer. No, no es ése el busto de mármol de un héroe: sobre el pedestal infamante de una pica se alza allí la cabeza de carne del que fué el promotor de un estúpido motín y el asesino del salvador de Chile.

Mientras juegan los rayos de luna sobre el lúgubre despojo desfigurándolo siniestramente, un tropel de perros vagos ladra a los pies de la pica.

Las casas que rodean la plaza han cerrado supersticiosamente sus puertas y ventanas. Sólo en los balcones de la Gobernación se filtra un poco de luz. Don Agustín Morán ha reunido a tres amigos: don Manuel Díaz, el comandante García y don Pedro Mena, aquel vecino apresado junto con él y demás personas de la comitiva que acompañaba a Portales cuando se efectuó el motín.

En reemplazo de Blanco, el comandante García hubo de presidir la macabra ceremonia de la tarde, dando a conocer ante los soldados del ejército, frente a la cabeza del que había sido su coronel, la proclama que lo ha condenado por traidor a aquella infamante exhibición.

Había quedado afectadísimo García, y don Agustín, para distraerlo, lo había invitado a pasar la velada en su casa, con el pretexto de leerle los diarios que acababa de recibir de Santiago, en los que venían las últimas noticias relativas a las ceremonias del entierro de Portales.

Estaban ahora reunidos en el escritorio particular de Morán, en los altos de la Gobernación. Un candelabro de cuatro velas esparcía su escasa luz. Salía del brasero un ligero olor a carbón mal encendido. Don Agustín abrió la puerta que daba al corredor sobre la plaza. Se oía desde un momento la voz de don Manuel Díaz prosiguiendo la lectura empezada por Morán:

«...el carro funeral fué entonces arrastrado por un número de militantes y paisanos que, espontáneamente, quitaron los tiros; y la comitiva, aumentada por las comunidades religiosas, el clero secular, el seminario eclesiástico, y por innumerables ciudadanos y extranjeros, entre los cuales notamos a casi todos los señores enviados y Cónsules, siguió a pie hasta la iglesia de la Compañía, donde a las tres de la tarde llegó el cadáver. Fué recibido por el venerable Cabildo eclesiástico, y custodiado día y noche por una compañía del número 4 de guardias cívicas. Todas estas demostraciones han sido enteramente espontáneas. Multitud de gente venía a todas horas a dar el último adiós al ilustre mártir del orden social cuya pérdida irreparable llena los corazones de congoja...»

Don Manuel hizo una pausa, se acomodó en su sillón acercándose más a la luz, y continuó:

«...La ceremonia del entierro se solemnizó el martes por la mañana. Jamás se ha visto en Chile una pompa fúnebre que, en lo majestuoso y solemne, admita comparación con ésta. La concurrencia llenaba la plaza y las calles vecinas; en las ventanas, puertas y balcones se apiñaban grupos. Cada semblante era revelador de la impresión dolorosa que dejaba en las almas la muerte de este ilustre chileno. El féretro, a cuyo paso la gente no podía reprimir sus lágrimas, dió la vuelta a la plaza y entró en la iglesia Catedral. El Illmo. Obispo celebró los oficios religiosos, y en seguida subió al presbiterio una comisión compuesta por un individuo de cada una de las corporaciones: venían a presenciar la última ceremonia del entierro, para decir el adiós nacional al malogrado Ministro y regar sus cenizas con el llanto más justo que ha arrancado la desgracia desde que los hombres y las naciones la conocen.»

La voz de Díaz había bajado de tono indicando que terminaba el artículo.

Hubo un silencio. Luego don Agustín les señaló, como particularmente interesante, fuera del discurso de Tocornal, el del arzobispo Valdivieso. Destacábase en éste —decía—, en todas sus fases, la admirable personalidad de don Diego.

—Yo mismo se los leeré —dijo.

Don Manuel le pasó el periódico.

Don Pedro Mena, que ya había leído el trozo por su cuenta, se levantó y salió al corredor a tomar un poco de aire: el olor a carbón le producía cierto malestar.

Apoyado en la baranda del mismo balcón desde donde el Ministro Portales había presenciado algunos ejercicios del Maipo en la mañana del fatal día en que fué apresado, contemplaba aquella plaza árida y fría de cuyo suelo brotaba esta noche, como una flor macabra y repugnante, la efigie cadavérica de Vidaurre.

Sintió un escalofrío.

«Vaya —se dijo—, no he de ponerme a temblar como una mujer. He servido en la guerra de la Independencia, donde conocí los espectáculos de la muerte.»

Pero esto era distinto.

Entornó los párpados prefiriendo abstraer sus miradas a aquella odiosa visión. Oía ahora, de cuando en cuando, entremezclados a sus propias evocaciones, algunos párrafos del discurso que seguía leyendo Morán:

«...Según su máxima favorita, para mantener la libertad de los  
» pueblos y la independencia del Gobierno, debía hacerse entender al  
» soldado que su oficio es pelear contra los enemigos de la Nación y  
» no discutir con espada desnuda las cuestiones políticas...»

Esto no lo había comprendido Vidaurre, y ahí estaba pagando su falta de inteligencia y de patriotismo.

«...Al mismo tiempo que perseguía los delitos, no había para él  
« mejor recomendación que el mérito y los talentos, y cuantos poseían  
« estas apreciables cualidades sólo dejaban de ser sus amigos cuando  
« conceptuaba que podían emplearlas en perjuicio del orden estable-  
« cido. Siempre que no hubo este temor, ocupó en empleos de impor-  
« tancia, y tal vez los más apetecidos, a personas que le habían sido  
« desafectas...»

Más, todavía —pensaba don Pedro—: cuando se trataba de su propia persona ni siquiera castigaba o tomaba venganza; no había

perseguido ni a Velásquez, ni a un tal Cuevas, que en ocasiones distintas intentaron asesinarlo. Y el primero había llegado, después, a ser un fervoroso adicto de don Diego. ¡Con Vidaurre, ni una palabra de resentimiento tampoco! Recuerda ahora don Pedro, que cuando se cerró sobre ellos la puerta del calabozo, Necochea le había dicho al Ministro, refiriéndose a Vidaurre: «¿Qué tal el amigo que Ud. quería darme?» y éste había contestado solamente: «No hablemos del pasado, pensemos en el porvenir...»

Como para corroborarlo, le llegaba esta frase del discurso:

«...mientras una mano firmaba decretos contra sus enemigos, «alargaba la otra para aliviar sus miserias...»

Así lo había hecho con el mismo Freire; y sostenía de su propio bolsillo, sin que éste sospechara de dónde le viniera el socorro, a la familia de otro militar desterrado: esto se lo había contado en reserva Morán.

«...enemigo irreconciliable de la adulación y lisonja, como franco «e ingenuo que era por carácter, más bien parece que estudiaba el modo «de disminuir sus aplausos...»

Pero los aplausos a su vida noble, sacrificada con ignominia, habían brotado espontáneamente en cada corazón chileno. Un furor de venganza había acosado el alma de este pueblo tranquilo: la mano sacrílega de Florín, clavada en alto sobre un tablero, en el sitio del asesinato, iluminada por esta misma luna, proclamaba allá su infamia, como aquí en Quillota, lugar del motín, acusaba su traición la cabeza sangrienta de Vidaurre.

Un insistente aullar de perros sacudió el medio sopor en que se había abstraído don Pedro Mena.

Abrió los ojos.

La luna iba descendiendo tras el cerro de la Mocaya. A lo lejos, se divisaba el convento de San Francisco. Era la medianoche, y la campana de la iglesia resonaba como un llamado de misericordia...

Ya se escondía la luna. Pronto las sombras caerían trayendo su paz sobre justos y pecadores.

# INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Prólogo.....	9
Sinopsis de presentación.....	15

## PRIMERA PARTE

Capítulo	I	En el Perú.....	23
Capítulo	II	Una partida de ajedrez que promete.....	26
Capítulo	III	Preludio de amor.....	33
Capítulo	IV	Una chica empecinada.....	38
Capítulo	V	Don Diego en Santiago.....	42
Capítulo	VI	Constanza llega.....	50
Capítulo	VII	Dos problemas: El Estanco y Constanza.....	55
Capítulo	VIII	Personajes de Concepción que habrán de desempeñar un papel importante en esta historia.....	64
Capítulo	IX	El campamento de los Pincheiras.....	70

		<u>PAGS.</u>
Capítulo	X Constanza en Renca.....	78
Capítulo	XI Don Diego en viaje al Sur. ....	83
Capítulo	XII Siguen los disgustos causados por el Estanco.— Don Diego define el «Pipiolaje»..	91
Capítulo	XIII Liquidación del Estanco.— Rodríguez Aldea trata de seducir a Portales a la política. ...	100

## SEGUNDA PARTE

Capítulo	I Seis meses después.— Ministro a la fuerza...	111
Capítulo	II Las congojas de un Presidente. ....	120
Capítulo	III Rengifo, Ministro de Hacienda.— Muerte de Ovalle .....	140
Capítulo	IV El día domingo del Ministro Portales .....	148
Capítulo	V Proclamación de Prieto.....	168
Capítulo	VI Un amigo a toda prueba.....	178
Capítulo	VII Un viaje de incógnito que agita a mucha gente.....	186
Capítulo	VIII Tocornal asume la cartera del Interior. ....	200
Capítulo	IX Don Diego y sus huéspedes.....	210
Capítulo	X Comentarios a una curiosa carta.....	233
Capítulo	XI Don Diego pone fin a sus tareas de Gobernador de Valparaíso.....	240
Capítulo	XII En El Rayado. ....	253
Capítulo	XIII Intrigas desde el Perú.— Los Filopolitas.....	265
Capítulo	XIV Desembarque y apresamiento de Freire.— Actitud de Vidaurre .....	282

## TERCERA PARTE

		<u>PÁGS</u>
Capítulo	I Portales nuevamente Ministro. . . . .	289
Capítulo	II Conspira la oficialidad del Maipo acantonado en Quillota. . . . .	296
Capítulo	III Portales viene a dirigir el embarque de las tropas. . . . .	306
Capítulo	IV La traición. . . . .	311
Capítulo	V La noticia del motín en Valparaíso y en Santiago. . . . .	315
Capítulo	VI Tabolango, primera etapa del Calvario. . . . .	321
Capítulo	VII La intranquilidad de Garfias. . . . .	328
Capítulo	VIII Cena y borrachera en la posada de la Viña del Mar. . . . .	332
Capítulo	IX ¡Ya el dado está tirado! . . . . .	338
Capítulo	X Ante el cadáver. . . . .	344
Capítulo	XI Muerte de Constanza. . . . .	350
Epílogo:	Justos y pecadores . . . . .	353

## TERCERA PARTE

		<u>PÁGS</u>
Capítulo	I Portales nuevamente Ministro. . . . .	289
Capítulo	II Conspira la oficialidad del Maipo acantonado en Quillota. . . . .	296
Capítulo	III Portales viene a dirigir el embarque de las tropas. . . . .	306
Capítulo	IV La traición. . . . .	311
Capítulo	V La noticia del motín en Valparaíso y en Santiago. . . . .	315
Capítulo	VI Tabolango, primera etapa del Calvario. . . . .	321
Capítulo	VII La intranquilidad de Garfias. . . . .	328
Capítulo	VIII Cena y borrachera en la posada de la Viña del Mar. . . . .	332
Capítulo	IX ¡Ya el dado está tirado! . . . . .	338
Capítulo	X Ante el cadáver. . . . .	344
Capítulo	XI Muerte de Constanza. . . . .	350
Epílogo:	Justos y pecadores . . . . .	353

## BIBLIOGRAFIA

- VICUÑA MACKENNA.—«Vida de don Diego Portales».
- RAMÓN SOTOMAYOR VALDÉS.—«Historia del Gobierno de Prieto».
- ERNESTO DE LA CRUZ.—«Epistolario de don Diego Portales».
- WALKER MARTÍNEZ.—«Portales».
- FRANCISCO A. ENCINA.—«Portales».
- JULIA GARCÍA GAMES.—«Portales, el predestinado».
- MARÍA GRAHAM.—«Diario de una inglesa en Chile».
- AURELIO DÍAZ MEZA.—«El advenimiento de Portales».
- ZAPIOLA.—«Recuerdos de 30 años».
- PÉREZ ROSALES.—«Recuerdos del pasado».
- ALONE.—«Portales íntimo».
- «El libro del Centenario».
- BARROS GREZ.—«Pipiolos y Pelucones».
- ALBERTO EDWARDS.—«La fronda aristocrática. Partidos políticos».
- BARROS ARANA.—«Historia de Chile» (tomo XVI).
- «Memorias de un oficial de la marina inglesa».
- MELCHOR CONCHA Y TORO.—«Chile durante los años 1824-1828».
- FRANCISCO BILBAO.—«Sociabilidad chilena».
- «Artículos de «El Araucano».
- LASTARRIA.—«Juicio Histórico».
- JORGE HUNEEUS GANA.—«Portales (perfil histórico)».

C O L E C C I O N  
B I O G R A F I A S

F E D E R I C O E L G R A N D E  
por W. F. Reddaway

L O R D C O C H R A N E  
por Enrique Bunster

B O L I V A R  
por Ph. Marschally J. Crane

W E L L I N G T O N  
por Ph. Guedalla

E L I N M O R T A L D E L O S A N D E S  
por Armando Bazán

C R I S T O J E S U S  
por P. E. R. Housse

L A S A V E N T U R A S D E  
W A S H I N G T O N I R V I N G  
por Claude Bowers

O ' H I G G I N S  
por Jaime Eyzaguirre

E L A B A T E M O L I N A  
por Januario Espinosa

D O N D I E G O P O R T A L E S  
por Magdalena Petit

E N V E N T A E N L A S M E J O R E S L I B R E R I A S

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.  
Casilla 84 D. Santiago de Chile.